# GRIS PLATA



AISLIN LEINFILL

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial, sin el permiso de autor. Todos los personajes y situaciones de este libro son ficticias, cualquier parecido con personas vivas o muertas, lugares o acontecimientos es pura coincidencia.

Título original: Gris plata.

Aislin Leinfill, Octubre 2023

Diseño de la portada: Lidia Ramilo y Oliver Vidal

Maquetación: Lidia Ramilo

ASIN: B0CL311K8D

*Dedicado a los supervivientes. A esos a los que la vida les dio la espalda, pero siguieron luchando y consiguieron encontrar su lugar en el mundo.*

*Aislin*

# CAPÍTULO 1

—Voy tarde, voy tarde —murmuró deslizándose entre las puertas del edificio.

Las puertas del ascensor se abrieron dejando salir a varias personas. Pulsó el botón de su planta mientras miraba su móvil, era raro que Logan todavía no hubiera llamado. Siempre era puntual, no era propio de él llegar media hora tarde, pero había tenido una mañana infernal.

Esa mañana se le había inundado el baño de su apartamento. El casero no le respondía las llamadas y no tenía ni idea de qué hacer mientras el agua seguía saliendo del suelo junto la ducha. Para cuando logró encontrar la llave de paso había pasado más de una hora, tenía todo el pasillo lleno de agua y no había podido ducharse.

—Lo siento muchísimo —dijo a nadie en particular mientras entraba a la oficina—. He tenido una mañana de locos. —Fue directo a la sala del café y preparó uno para su jefe, Logan.

—¿Estás bien? Me tenías preocupado. Nunca llegas tarde —le dijo Logan desde el interior de su despacho que estaba al lado.

—Ya lo sé —se lamentó poniendo dos azucarillos al café de Logan—. Para hacértelo corto. Grifo roto, agua por toda mi casa, ni rastro del casero y sin poder ducharme. Suerte que me había duchado ayer por noche, pienso pasarme la mañana llamando a mi casero hasta derretirle el teléfono —dijo haciendo un mohín de disgusto mientras removía el café y ponía un poco de nuez moscada como a Logan le gustaba.

Recogió su agenda del bolso y entró al despacho, listo para empezar su jornada. Se quedó paralizado al ver a un hombre y una mujer sentados en el sillón del lujoso despacho de Logan. No había ninguna cita para esa mañana y tampoco reconoció a las personas que lo acompañaban.

—Perdona, no sabía que estabas acompañado —se disculpó con rapidez mirando a los clientes—. Aquí tienes tu café.

Era bueno calando a las personas, pero no supo qué pensar de la mujer. Era guapa, alta y esbelta, con un traje entallado de chaqueta y falda en color blanco que destacaba su proporcionada figura. Tenía el pelo castaño, largo hasta por encima de los pechos, con unos elaborados rizos desde la mitad la melena a las puntas. Sus ojos eran azul cielo, luminosos y enmarcados por un producido maquillaje que realzaba su bonito rostro.

Cada detalle en ella gritaba elegancia y dinero, desde sus discretas y finas joyas de oro hasta sus zapatos de diseñador.

Observó al hombre a su lado. ¡O Dios mío! En su trabajo trataba con hombres atractivos casi a diario, pero él era otro nivel. Alto, con unos músculos que su traje azul oscuro a medida no podía disimular, la camisa blanca puro destacaba su tez tostada y la corbata gris enfatizaba sus ojos de un gris turbio, muy parecido a la plata fundida.

Todo en él parecía irreal, desde su mandíbula fuerte y bien afeitada, hasta su pelo echado hacia atrás y cortado a la moda, corto en los lados y más largo de la parte de arriba. Su pelo negro brillaba como alabastro dándole el toque devastador que le faltaba a su imagen. No le pasó desapercibido el Rolex en su muñeca, ni su cinturón y sus zapatos de piel.

Eran la pareja perfecta, se complementaban a la perfección, tanto que iban incluso vestidos a juego, notó con sorpresa al percibir que los zapatos de la chica y su bolso de lujo eran casi del mismo color azul que el traje de él.

El hombre frunció el ceño en una mueca de desprecio que borró de inmediato la primera y agradable primera impresión que tuvo de él.

—Está prohibido usar las horas laborales para hacer llamadas personales. —Su cuerpo traidor se estremeció con la sorpresa al oír su voz. Una voz ronca y masculina que hizo estragos en su interior—. Tus problemas personales no deben interferir en tu trabajo, es inaceptable llegar una hora tarde.

«Bien, eres un adonis, pero eres un gilipollas estirado». Pensó mientras una sonrisa profesional y falsa ocupaba su rostro.

—Cierto, me disculpo de nuevo —dijo haciendo una ligera impresión en su voz, dejando claro que ya se había disculpado antes y por tanto su regañina no era necesaria—. No había ninguna reunión agendada para esta mañana —comentó dirigiendo la mirada a su jefe después de echar un vistazo en su agenda y comprobar que llevaba la razón.

La sonrisa de Logan le dejó claro que sabía lo que estaba pensando sobre su repelente visitante.

—Porque no la había —le contestó sonriendo como un niño la mañana de Navidad.

Llevaba cinco años trabajando para Logan y sabía que era muy difícil que alguien le cayera mal, por eso disfrutaba especialmente cuando eso pasaba. Se divertía viendo cómo trataba de ocultar su animadversión porque sabía lo mucho que le costaba disimular sus emociones. Era una persona muy transparente.

Entrecerró los ojos sin apartar la mirada de Logan, dejándole saber que sabía a qué estaba jugando y que no sería su entretenimiento del día.

Logan casi se atragantó con el café al percibir su gesto.

—¿Puedes llamar a Lucas y decir que tenemos visitas? —le preguntó Logan riendo sin inmutarse.

—Por supuesto —aceptó girándose de nuevo para mirar a la pareja—. ¿Desean tomar algo? ¿Café? ¿Té? —ofreció con amabilidad.

Ella lo miró de arriba abajo sin disimular, soportó su mirada sin dejarse intimidar.

—Un té caliente con una piedra de hielo para mí, él tomará un café solo sin azúcar —le pidió después de unos segundos—. Supongo que no tendréis nada orgánico. —Odió su tono altivo y ligeramente despectivo en cuanto lo oyó.

Hizo un esfuerzo por no poner los ojos en blanco. Eran tal para cual. Despreciaba a los esnobs.

—Estás en Boston, querida —dijo con suavidad y de una forma amable—. El 16 de diciembre de 1773 vivimos el Motín del té, nos gustaba tanto que nos negamos a pagar de más por él, estoy seguro de que en algún lugar de esta ciudad conseguiré algo a la altura.

Se dio media vuelta y salió de la habitación mientras veía por el rabillo del ojo como Logan se reía escondiéndose detrás de su taza.

Fue a la sala del café y eligió uno de los cafés más fuertes que había, todos en la oficina eran adictos, así que tenían una generosa variedad de cafés entre otras bebidas. Sin pararse a pensar eligió un té para la mujer, era uno de los favoritos entre los trabajadores. Dejó que se infusionara y se acercó a la oficina del director creativo de la empresa.

—¿Cómo estás encanto? —le preguntó Rosie.

Sonrió a la chica con sinceridad, Rosie era la secretaria de Lucas y un verdadero cielo. Tenía un carácter tranquilo y aunque se agobiaba con facilidad, era una trabajadora incansable.

—Agotado. Tenemos dos cisnes en el despacho de Logan y quiere que Lucas le acompañe —le advirtió.

Cisnes era la clave cuando había algún cliente idiota al que debían hacerle la pelota.

—¿Dos? —se quejó ella—. No está de buen humor, le llamaron de la oficina central de Nueva York.

—¿Prefieres que se lo diga yo? —se ofreció sin problema.

Para ser el jefe Lucas era un buen hombre, directo, relajado e inteligente, siempre estaba dispuesto a responder preguntas y dar responsabilidades a quien estuviera dispuesto a trabajar.

—Yo me encargo —se negó Rosie poniéndose en pie y subiendo las tres escaleras que separaban su mesa de la oficina de su jefe.

Volvió a la sala de café y colocó todo en una bandeja. Se aseguró de llamar a la puerta a pesar de estar abierta antes de entrar.

—Pasa, Adrien —le indicó Logan al verle.

Dejó las bebidas con facilidad sobre la mesa.

—Té Darjeeling, es una variedad de té negro, directamente traído de la India —indicó a la mujer. Le puse el hielo en un vaso aparte porque no estaba seguro de si se hizo con agua mineral, no sabía si querría correr el riesgo, usted decide —le dijo con falsa amabilidad antes de recoger la bandeja y volver a la puerta. Se aseguró de cerrarla al salir antes de sentarse en su mesa que estaba frente a la puerta.

Rosie pasó junto a Lucas para reunirse con Logan, le gustaba que su secretaria estuviera presente en cualquier reunión y tomara notas, era muy meticuloso.

Olvidó por completo lo que pasaba en la oficina sumergiéndose en el trabajo y no alzó la cabeza hasta dos horas después cuando ya se había puesto al día después del fin de semana.

—Lucas quiere que pases —le dijo Rosie con suavidad.

Recogió su *tablet* y entró a la oficina.

Logan y Lucas sonrieron en su dirección.

—Adrien, necesito saber cuánto tardaríamos en preparar una de las salas de reunión en un despacho. ¿Una semana? —le preguntó Lucas—. Es urgente, tenemos que darle cabida al señor Cornwall y a su secretaria, la señorita Howard.

Adrien se centró en el problema y su solución mientras escribía lo que iba a necesitar.

—Puedo conseguir que los de mantenimiento retiren las mesas y demás enseres hoy mismo. Le pediré al informático que consiga un ordenador para cada uno, necesitaremos un día para eso. Si usamos muebles como las demás oficinas podría conseguir que todo estuviera aquí en dos días como máximo —resumió levantando la cabeza—. Y dos días también para estética como ahumar los cristales de la sala y cosas por el estilo, pero puede hacerse a la vez. Dos días, tres si algo va mal.

Lucas sonrió satisfecho.

—Eso sería perfecto. El señor Cornwall quiere un resumen de nuestras operaciones del último año, Rosie encárgate de eso. Adrien tú encárgate de elaborar un informe de las campañas de publicidad que estamos haciendo en este momento —le ordenó Lucas.

—Por supuesto —dijeron Rosie y él sin dudar.

—Adrien, envíale nuestro plan de trabajo a la señorita Howard para que aprenda a moverse entre nosotros y pásale la agenda de cada uno de los equipos. Convoca una reunión general para este viernes. Tendrán que presentar las campañas que están elaborando, premisa del cliente, plan de ejecución… un vistazo global.

Asintió distraído sin dejar de apuntar.

—¿Objetivo a corto, medio y largo plazo? —preguntó sin alzar la cabeza.

—Sería buena idea, sí. Pídele a contabilidad el informe anual general hasta el momento y

también el plan de ganancias para nuestros próximos objetivos. Nos queda un rato todavía, consíguenos algo de comer, por favor. ¿Qué día es hoy?

Adrien sonrió sin poder evitarlo, notando como Rosie también lo hacía.

—Lunes —le recordó sabiendo que la pregunta era porque en función del día le traería un menú u otro.

—Es un buen día para comer en la oficina —le respondió Lucas con una sonrisa.

—Me encargaré de todo. ¿Alguna preferencia para la comida? —preguntó mirando a la pareja.

—Cualquier ensalada que sea solo de vegetales. Sin aliño —le pidió la mujer enseguida.

«Y sin sabor» se dijo divertido mientras seguía apuntando.

—Pescado a la plancha para él —terminó de decir ella.

Al parecer el señor Cornwall era demasiado importante como para pedir su propia comida.

Les dedicó un asentimiento y salió de la oficina con Rosie a su lado.

—¿Se queda a trabajar con nosotros? —preguntó cuando estuvieron lejos de la puerta.

—¿No sabes quién es? —se extrañó Rosie.

Negó con la cabeza mientas cogía la carta del restaurante que tocaba ese día.

—Es Alexander Cornwall. El CEO de la compañía, viene de la sede central en Nueva York —le dijo emocionada, había pocas cosas que le gustaban más a Rosie que un buen chisme.

—¿Y qué hace aquí? —quiso saber.

—Parece que viene a auditar la oficina.

Adrien la miró con sorpresa.

—¿Por qué? Nuestra sede es una de las que más beneficios generan.

Ella se encogió de hombros sin definirse.

—No creo que traer al jefazo sea una buena señal, pero los jefes no parecen nerviosos así que nosotros no deberíamos estarlo tampoco. ¿verdad? —inquirió insegura.

—Verdad —le respondió para tranquilizarla antes de coger el teléfono para hacer un pedido para todos.

# CAPÍTULO 2

Alexander Cornwall era, con diferencia, la persona más exasperante que había conocido en toda su vida.

Tenía facilidad para tratar con cualquier tipo de personas, pero ese tipo le ponía de los nervios. Y no solo era él, su secretaria era igual de desagradable. Todos en la oficina estaban incómodos solo con cruzarse con ellos por el pasillo, se comportaban como si los demás tuvieran algún tipo de enfermedad contagiosa. No se relacionaban con nadie de la oficina en persona, preguntaban y daban órdenes por correo, y rara vez se molestaban en mirar en su dirección salvo para dirigirles una mirada altiva.

Los únicos que no parecían molestos eran Lucas y Logan, ya lo conocían de las reuniones de la empresa en la central de Nueva York y aunque admitían que no eran simpáticos, los dos defendieron que eran excelentes en su trabajo.

Confiaba en el criterio de ambos, pero seguían sin gustarle, aunque fue divertido ver como todos se ponían nerviosos y saltaban cada vez que les hacían una pregunta.

Dos semanas después de su llegada, nadie sabía aun porqué estaban allí.

"S.O.S" miró la notificación de mensaje en la pantalla de su ordenador.

Se levantó de inmediato y fue a la sala de reuniones donde los jefes estaban reunidos con uno de sus mejores clientes.

Llamó con delicadeza a la puerta y entró sin esperar confirmación.

—Lamento interrumpir —se disculpó dedicándole una amplia sonrisa al señor Marshall—. Logan, tienes una llamada urgente —mintió mirando a su jefe, qué salió detrás de él con rapidez.

—Tenemos un problema —le dijo Logan en voz baja en cuanto se alejaron—. El señor Marshall no está contento con el tema que el equipo A diseñó para él. Le parece anticuado, ahora ha empezado a replantearse si la campaña de publicidad es la adecuada para lanzar su nuevo producto.

Frunció el ceño entendiendo el problema. Habían trabajado meses en esa campaña, sería tirarlo todo por la borda si no conseguían retener la atención del cliente.

—Dime que fuiste un perfeccionista insufrible e hiciste esa cosa tuya tan molesta cuando tuvimos la primera reunión de contenidos —le suplicó Logan.

Adrien sonrió con satisfacción en vez de responder.

—Y por eso eres el mejor del mundo —murmuró Logan dándole un abrazo entusiasta—. Ayúdame a calmarlo.

Adrien rio empujándolo lejos de él.

—Vamos a solucionar este desastre. —Abrió la puerta y dejó que Logan entrara antes. Lucas se relajó al ver el buen humor entre ellos.

—Señor Marshall —lo saludó fingiendo sorpresa—. No puedo creer que todos sean tan desconsiderados con usted, llevan horas aquí encerrados. ¿Puedo sugerir un pequeño descanso para una comida especial?

El hombre sonrió ampliamente. El señor Marshall era un hombre de sesenta años que fundó un imperio propio desde abajo. Su primera tienda de ropa fue en el pueblo donde creció y la creó con el dinero que ahorró trabajando como transportista durante el día. En la actualidad, era el

dueño de una de las marcas de ropa más importantes del país. Tenía un carácter tranquilo y afable, aunque en ocasiones podía ser un poco caprichoso.

—No tienen piedad —se quejó él mirándolo con simpatía—. Pero ahora que lo dices… ¿Con qué me sorprenderás hoy Adrien?

Amplió la sonrisa mientras fingía pensar.

—No lo sé, pero podría pensar algo realmente especial para nuestro mejor cliente —dijo antes de salir de la sala.

Lucas le hizo un gesto de victoria mientras salía, sabiendo que era una de sus artimañas.

Llamó por teléfono al restaurante mientras iba la oficina de la jefa del equipo A.

—Evelyn, estás en problemas. El cliente odia la idea para la fiesta de estreno —le advirtió en cuanto abrió.

—Mierda —murmuró ella, apartando la atención de su ordenador.

Evelyn Brown era la jefa del equipo A. Uno de los tres equipos de la agencia de publicidad y el más importante de todos. Ellos siempre se encargan de los anuncios y campañas más relevantes. Pese a su juventud, ya que solo tenía treinta y cinco años Evelyn, se había ganado su puesto a base de tenacidad.

—Puedo conseguiros dos horas —le advirtió sin dejar de mirar su *tablet*—. Te enviaré las notas que tomé durante la reunión de contenido. Había otras dos ideas que descartamos, elige la más opuesta a la que entregasteis al cliente.

—Gracias, Adrien. Reuniré a los chicos enseguida —le prometió Evelyn girándose para coger ya el informe de la campaña.

Volvió apresuradamente a la sala de café y llamó a una de sus pastelerías favoritas mientras ponía la mesa para todos en otra sala de reuniones.

Janice, la recepcionista de la empresa, entró con la comida y lo ayudó a disponerlo todo.

—¿Necesitas algo más? —le preguntó ella.

—Descorcha el vino para que se vaya aireando. Estaría bien si te acercaras a la sala del equipo A, puede que necesiten grandes dosis de café extra.

Toda la oficina se llevaba bien, se ayudaban unos a otros y tenían un ambiente laboral relajado en el que era fácil convivir.

Janice asintió y terminó lo que estaba haciendo mientras él iba a la sala de juntas para avisarles de que ya podían comer.

—¿Cómo estuvo mi elección de hoy? ¿Fue lo suficiente impactante señor Marshall? —le preguntó mientras Rosie repartía cafés para todos después de la comida.

—Siempre eliges los mejores lugares. Ya he perdido la cuenta de los restaurantes que descubrí gracias a ti, Adrien. Tendré que llevar a mi mujer a disfrutar de este pescado, fue un plato espectacular.

Adrien sonrió satisfecho.

—Supuse que diría eso —dijo tendiéndole una tarjeta del restaurante.

El señor Marshall se rio guardando la tarjeta en la chaqueta. La sonrisa no decayó de su rostro, lo que indicaba que su humor había mejorado de forma considerable.

—¿El postre era de allí también? —le preguntó mientras todavía saboreaba la innovación de la tarta *red velvet*.

—Me temo que no, pero permita que un hombre guarde alguno de sus secretos —se quejó sonriendo.

El hombre rio relajado, haciéndole preguntas aleatorias mientras bebía su café. Contestó con amabilidad e imprimió el archivo que llegó a su correo sin dejar de hablar.

Mientras todos volvían a entrar en la sala de juntas, le hizo una señal a Logan y Lucas. Previsiblemente el teléfono sonó unos segundos después.

—Adrien, tenemos un problema con la propuesta del señor Marshall.

—No hay ningún problema, el equipo creó dos propuestas para la campaña. Enseguida te llevo la otra —dijo antes de colgar.

Ahogó la sonrisa, mientras metía copias en carpetas y las llevaba a la sala de juntas.

❧

—¿Se lo tragó? —le preguntó Evelyn con nerviosismo.

—Por supuesto, todo controlado —la tranquilizó sonriéndole para calmarla—. Tómate un café, parece que lo necesitas.

Ella se rio chocando la mano con él en su paso a la sala de descanso.

El señor Marshall salió casi una hora después con el mismo buen humor que había salido de la comida y la promesa de volver pronto.

—Adrien, ¿puedes venir a la sala de juntas? —le pidió Rosie.

—Estoy ahí en un minuto —le respondió mientras terminaba su tarea.

—Bien hecho, Adrien —le felicitó Lucas en cuanto entró.

Sonrió a su jefe ignorando la mirada penetrante del CEO. Era difícil no hacerlo, el traje azul que llevaba ese día le sentaba increíblemente bien. No es que se hubiera fijado, su escritorio quedaba de paso, nadie podía juzgarlo por echar un vistazo si pasaba delante de él.

—Te quiero tanto —murmuró Logan envolviéndolo en un abrazo.

—Quita —protestó alejándolo aunque no estaba molesto de verdad. Su relación con Logan estaba muy lejos de ser la típica entre empleado y jefe.

—Menos mal que tienes esa horrible manía —se quejó Logan dejándose caer en la silla.

—No es horrible. Nuestro equipo es talentoso, apuntar las ideas que surgen en las reuniones, aunque no sean las elegidas puede servir para otro momento. Además, ¿Por qué te estás quejando? No es la primera vez que mi “horrible” manía te salva —reclamó burlón.

—Cierto, bien hecho —le concedió Lucas tirando la chaqueta en una de las sillas vacías mientras movía el cuello tratando de relajar la tensión—. Hay que decirle a Evelyn que haga una estimación de gastos y que desarrolle las ideas que le dimos a Marshall.

—Ya están trabajando en ello, lo tendréis mañana mismo —les prometió.

—Buen trabajo —lo felicitó Logan—. Tenemos una reunión en una hora con el nuevo equipo de fotografía.

—Llamé para cambiarla. Estarán aquí mañana a primera hora, también moví las reuniones con contabilidad para mañana antes de la comida —les advirtió a los dos.

—Eso es perfecto, estoy agotado después de esto —dijo Lucas.

Adrien sonrió comprensivo.

—¿Té matcha para todos? —ofreció.

—Eso sería estupendo —aprobó Lucas.

Rosie salió de la habitación, para empezar a preparar las bebidas.

—¿Qué sabemos de la localización del anuncio para el perfume? —preguntó Logan.

—Está arreglado. Conseguí que el dueño nos la ceda, pero solo por dos días. Cambié los vuelos el día antes para que el equipo llegue allí a primera hora y pueda aprovechar el tiempo lo máximo posible.

—Sabía que podías —respondió Logan satisfecho—. ¿Cómo va el equipo C con el desarrollo de la campaña de videojuegos?

—No muy bien. Diría que están estancados, el diseño de la campaña es un poco básico, no pasará vuestro corte de calidad.

—Ya veo —murmuró Lucas frunciendo el ceño—. ¿Le dijiste eso a ellos?

—Por supuesto, pero están bloqueados.

—¿Ideas para ayudarles? —le preguntó Logan.

—Creo que los clientes fueron un poco vagos al decir que los anuncios tenían que centrarse en la innovación del sistema de juegos. Ayudaría si pudieran ver algún video o saber qué es lo que lo hace especial. Tenemos cláusula de confidencialidad, no es necesario que nos mantengan a oscuras sobre los detalles —opinó Adrien.

—Sí, eso debería funcionar. Hablaré con ellos personalmente —dijo Logan.

—¿El equipo B ya tiene la propuesta definitiva para la reunión del lunes? —quiso saber Lucas.

—Todavía no, pero estará a tiempo. Hay un ligero contratiempo con el equipo de vídeo, están grabando un documental en Alemania. Retrasaría la producción dos semanas. Están tratando de cerrar agenda con otro de los equipos.

—Bien, mantente al tanto de eso. Por si hay que intervenir —le ordenó Lucas—. Hoy metimos la pata con Marshall y aunque conseguimos arreglarlo no estaría mal hacerle un poco la pelota.

—Lo sé, conseguí entradas con asientos de primera fila para el próximo partido de los Red Sox.

—¡Vamos Red Sox! —cantaron Logan y Lucas al mismo tiempo como buenos forofos del equipo—. Magnífico, Adrien. Gracias.

Les dedicó una sonrisa antes de marcharse y dejarlos solos. Su mirada se encontró por unos segundos con la del CEO que lo observaba fijamente. Salió de la sala sintiéndose profundamente aliviado, ese hombre lo ponía de los nervios.

# CAPÍTULO 3

Miró la puerta de la oficina sin saber qué hacer antes de volver a mirar la carpeta que llevaba en la mano.

En teoría tenía que dejarle esa carpeta a Tiffany para que se la diera a su jefe, pero el escritorio estaba vacío.

—¿Sabes dónde está el cisne? —le preguntó a Janice que se estaba preparando un café.

—El blanco salió hace media hora, el negro sigue en su cueva —bromeó ella.

—Mierda, esperaba no tener que entrar ahí —protestó.

—Suerte amigo, no me gustaría estar en tu lugar —se burló Janice.

Le dedicó una mirada contrariada antes de llamar y esperar que lo dejara entrar. Cuando no contestó después de un minuto volvió a llamar.

—Adelante —contestó él desde dentro.

Adrien contuvo el aliento antes de pasar.

—Lamento interrumpirle señor Cornwall… —la disculpa se le atragantó en la garganta al verlo. Se había quitado la chaqueta y soltado las mangas que ahora estaban arremangadas alrededor de sus fuertes antebrazos. Su cabeza cortocircuitó todavía más, cuando alzó la cabeza y sus ojos grises se clavaron en él.

—¿Sí? —preguntó él con exasperación harto de que no le dijera nada.

El tono desagradable con el que le habló lo sacó de su letargo.

—Logan le envía el informe que solicitó, señor Cornwall —le dijo moviéndose hasta su mesa para dejar sobre ella la carpeta. Se dio la vuelta y trató de no correr hasta la puerta para marcharse.

—Espera —le ordenó Cornwall de manera seca.

Adrien se dio la vuelta y esperó que le dijera algo más.

Él leyó el informe por encima, haciendo girar la pluma que sostenía entre sus dedos.

—¿Por qué no hay un artista todavía para el proyecto del grupo B?

—Porque pidieron bocetos a varios que encajaban con el perfil que necesitamos —respondió sorprendido porque le estuviera preguntando a él.

Cornwall asintió mientras seguía leyendo.

—El equipo A es un treinta y cinco por ciento menos productivo que los otros equipos. ¿Por qué? —inquirió.

—El equipo A hace las campañas más importantes, requieren más tiempo de trabajo por lo que producen menos proyectos —explicó.

—¿Por qué?

—¿Disculpe? —preguntó desconcertado.

Cornwall levantó la cabeza clavando en él su mirada penetrante.

—Los resultados de los otros dos equipos son satisfactorios. ¿Por qué no se reparten las campañas más relevantes con ellos?

Adrien se esforzó mucho para que no se le notara la molestia. ¿Insinuaba que Lucas no dirigía bien la oficina?

—No puedo responderle a esa pregunta.

Cornwall dejó de mover su estilográfica mientras lo observaba.

—¿Por qué no?

—Solo uno de mis superiores podría saber algo como eso. —No era verdad. Los equipos B y C eran buenos en su trabajo, pero no les gustaba trabajar bajo presión y tendían a volverse caóticos. El equipo A resistía y funcionaba bien, aunque el ambiente fuera exigente.

—Tendrás una opinión al respecto, trabajas aquí desde hace cinco años.

Era listo, obviamente tenía que serlo. No se llegaba a ocupar un puesto como el suyo sin serlo. Pero si pensaba que iba a conseguir que hablara mal de sus jefes estaba muy equivocado.

—Cierto. Trabajo, no dirijo. No conozco los pensamientos de Lucas o Logan, me limito a hacer lo que ellos necesiten.

Sus ojos grises se entrecerraron, haciéndole un gesto con la cabeza a modo de despedida. Adrien salió directo a la oficina de Logan y entró sin llamar.

—¿Qué? —lo interrogó Logan con la boca llena de comida.

Le quitó el plato y lo señaló de forma amenazadora con el dedo cuando él trató de recuperarlo.

—El cisne negro está buscando sangre —le advirtió.

Logan se limpió la cara con la servilleta antes de responder.

—¿Cornwall? Ya te dije que no te preocuparas.

—Acaba de insinuar que no puede haber favoritismo en vuestro trato al equipo A. Me preguntó el motivo por el que no se les daban proyectos grandes a los otros equipos.

Logan frunció el ceño moviendo la silla de lado a lado mientras pensaba.

—¿Y qué le respondiste?

Adrien puso los ojos en blanco sin molestarse en disimular.

Logan se rio, cogió el móvil de la mesa y envió un mensaje antes de volver a mirarlo.

—Sé que no respondiste la verdad, pero algo tendrías que haberle dicho.

Se encogió de hombros sin definirse.

—Le dije que solo soy un trabajador.

Logan volvió a reírse sin mostrar enfado.

—¿Cornwall te preguntó por el equipo A? —preguntó Lucas entrando al despacho.

Asintió mientras él se sentaba en la silla enfrente a Logan.

—No le dijo nada —le aclaró Logan.

—Eso ya lo sé —dijo Lucas—. La oficina central lleva un tiempo husmeando en nuestras cosas, pero me parece un poco raro que se quede aquí tanto tiempo. Le dimos los informes de los últimos años y los nuevos proyectos. No necesitaba venir aquí para eso, podíamos enviárselo por correo.

—Nosotros hacemos todo conforme a las normas de la empresa y la legalidad, no tenemos nada que ocultar. ¿Verdad? —le preguntó Logan a Lucas.

Adrien volvió a poner los ojos en blanco antes de devolverle el plato.

—Come algo mejor.

Lucas se rio robando la taza con café de Logan.

—No hay cadáveres en nuestro sótano y si los hubiera nunca te lo diría —le aseguró Lucas.

Adrien negó con la cabeza, era mentira. Logan y Lucas eran mejores amigos desde la universidad.

—Bien, no iré a la cárcel por ti. Cuéntaselo a Adrien, lo hará desaparecer todo —le contestó Logan.

—¿De verdad no estás preocupado? —quiso saber incapaz de contenerse—. ¿Qué le dirás si

te pregunta?

—La verdad —contestó Lucas—. No todos los equipos pueden ser el número uno. No todos soportan la misma presión. No hay que avergonzarse del puesto que ocupas en la lista, tienen que existir segundos y terceros. Gente que haga un trabajo extraordinario, pero para ello necesite tiempo. Además, los equipos B y C también ayudan en los grandes proyectos. Si los tres equipos fueran igual de competitivos, estaríamos en constante lucha por ver quién le pisa la cabeza a quién para subir. La compañía se resentiría y el ambiente laboral será insoportable, no es como hacemos las cosas aquí.

Adrien contuvo las ganas de darle un abrazo. Lucas era exigente en el trabajo, pero era una muy buena persona y un jefe justo.

—Puede que prefiera eso. Sabes que la mayor parte de las sedes funcionan así. Cornwall dirigió durante cinco años el equipo más grande y competitivo de Nueva York, por sus manos pasaron las mejores campañas de las marcas más importantes del mercado —le recordó Logan a su amigo.

—Cierto —le concedió Lucas—. Es un hombre ambicioso, su sistema de trabajo es del depredador, en La Gran Manzana funciona, pero en Boston sería un desastre.

Adrien frunció el ceño, no estaba muy seguro de que Lucas estuviera totalmente en lo cierto.

—Dejad de poner esa cara —los calmó Lucas al ver sus rostros—. Mi cartera de clientes es fiel, os aseguro que, si me fuera, ellos se irían conmigo y la central lo sabe. Somos una de las oficinas que más dinero generan, innovadores en ideas y con clientela en constante expansión. No salimos a buscar clientes, ellos vienen a nosotros. Es una red de seguridad, os prometo que vuestro trabajo está a salvo.

—¿Quién dice que me preocupe por el trabajo? Conseguiría trabajo solo chasqueando los dedos y por supuesto me llevaría a Rosie y Adrien —protestó Logan.

—Te apuesto lo que quieras a que yo consigo trabajo antes. Y yo me llevaría a Adrien y Rosie —protestó Lucas indignado.

Adrien salió del despacho más tranquilo mientras ellos seguían discutiendo.

Le encantaban los domingos.

Eran uno de sus días favoritos de la semana, la ciudad bajaba su ritmo y los sonidos se atenuaban para que la gente disfrutara de su día libre.

Se despertó un poco más tarde de lo habitual y después de una larga ducha salió de su apartamento en busca de un lugar para comer.

Miró su lista de pendientes en el móvil, había varios restaurantes que quería probar.

Ya era un poco tarde, así que eligió el que estaba más cerca de su casa tomando un taxi para llegar antes.

Dado que era un lugar de moda, esperaba que estuviera abarrotado, pero probablemente debido a la hora, no estaba tan concurrido como imaginaba.

Siguió al camarero hasta una mesa individual y se sumergió en el menú en cuanto se lo pusieron en la mano. Había leído muy buenas referencias del lugar, así que sabía en qué debía fijarse.

—¿Qué le gustaría beber al señor? —preguntó el camarero en cuanto volvió.

—¿Por qué no pido la comida y tú me recomiendas algo que marine bien con los platos? —sugirió sonriendo cuando el otro aceptó.

—Como aperitivo pediré los buñuelos de calabaza y… ¿qué llevan los tostones de repollo?

—Llevan repollo, pimientos rojos y labneh que es…

—Leche fermentada tradicional de oriente medio —completó Adrien—. Tostones de repollo entonces. Como principal gnocchi de remolacha, gracias —le dijo devolviéndole la carta.

El camarero le sonrió antes de desaparecer.

Adrien se relajó en su silla, le encantaba tener tiempo para hacer lo que quisiera y no tener que andar con prisas. Echó un vistazo alrededor fijándose en el tipo de clientela del lugar y se quedó petrificado al darse cuenta de quién estaba sentado a un par de mesas de distancia.

Giró la cabeza con rapidez con la esperanza de que no le hubiera visto, ¿Podría pedirle al camarero otra mesa? «No seas infantil, como si a él le importara tu presencia». Lo meditó unos segundos, haría un ridículo mayor si salía corriendo. Incluso aunque Cornwall se hubiera dado cuenta de que estaba allí, probablemente se limitaría a ignorarlo.

—Buen provecho —le deseó el camarero mientras le servía sus aperitivos—. Espero que disfrute del vino, es suave y ligero.

—Seguro que sí, muchas gracias —le agradeció observando con codicia el plato que tenía una pinta impresionante.

—¿Buscando un nuevo menú para la próxima reunión con el señor Marshall?

Adrien levantó la mirada con sorpresa al distinguir su voz, era imposible no saber de quién se trataba.

—Algo así —murmuró.

Era domingo, pero Cornwall iba vestido con un traje formal igual que en un día de oficina. Se removió incómodo en la silla. Al contrario que él solo llevaba unos vaqueros de color negro y un jersey fino del mismo color bajo un abrigo gris claro. Ni siquiera llevaba zapatos, solo unas zapatillas blancas, sabía que estaba guapo porque se vio al espejo antes de salir, pero ahora ya no estaba tan seguro.

Cornwall cogió una silla de la mesa de al lado sin preguntar y tomó asiento.

Adrien cerró la boca cuando se dio cuenta de que llevaba un rato con ella abierta.

—¿Necesita algo? —preguntó confundido.

—Tuve una charla interesante con tu jefe el viernes —le dijo sin perderle de vista ni un solo instante.

—¿Logan?

—Lucas —puntualizó Cornwall—. Vino a reclamarme, parecía bastante molesto.

Adrien le dio un sorbo a la copa sin saber qué decir. No era propio de Lucas que buscara una confrontación.

—Me solicitó que de ahora en adelante le haga todas las preguntas a él directamente o a Logan. Curiosamente no parecía molesto por el hecho en sí. Lo que de verdad le enfadaba era que… ¿Cómo lo expresó él? Que no agobie a sus empleados —concluyó con ese deje de altivez que tanto le crispaba.

Adrien probó el repollo para tener la boca ocupada y no decir algo que lo metiera en problemas.

—Qué yo recuerde, ese día solo hablé contigo y con Tiffany. Y no agobié a ninguno de los dos. Entonces no he parado de preguntarme en qué momento, un par de preguntas inofensivas a un asistente se convirtieron en un motivo de disputa entre dos de las personas que dirigen la empresa.

Adrien respiró para calmarse, recordándose que su sinceridad no sería bien recibida en este caso en concreto.

—Como estoy seguro de que ya sabe, dado que es el CEO de la empresa central, no soy un

asistente. Soy el secretario de Logan Hill, director de proyectos.

Los ojos grises de Cornwall brillaron.

—Eso decís todos. Otra curiosidad de la sede de Boston —dijo con falsa diversión—. Lucas dice que puedo preguntar lo que quiera, pero parece reacio a hablar de ti.

—No hay nada que decir. No creo que un simple secretario pueda ocupar ni un segundo de los pensamientos de alguien con sus responsabilidades.

—Cierto.

Adrien entrecerró los ojos, conteniéndose mientras probaba los buñuelos de calabaza que a pesar de estar deliciosos no puedo disfrutar por la compañía.

—¿Necesita algo más de mí, señor Cornwall? —preguntó con toda la educación que pudo reunir.

Cornwall lo miró con tanta intensidad que sintió que su cuerpo se pegaba a la silla.

—Nos vemos en la oficina —dijo levantándose. Lo observó una vez más y se fue sin decir nada.

Adrien lo miró alejarse, con incredulidad.

«¿Quién se cree que es?»

# CAPÍTULO 4

—¡Adrien! —lo llamó Lucas asomándose por la puerta de la sala de juntas.

—¿Qué necesitas? —ofreció acercándose.

—Tenemos un problema —le advirtió Lucas dejándole entrar.

—Necesitamos tu magia —le rogó Logan sentado en la mesa con Cornwall y su secretaria.

Se rio negando con la cabeza.

—Haré lo que pueda para brillar —prometió mirando a Lucas a la espera de una explicación.

—Tenemos un nuevo cliente —anunció Logan.

—Un potencial, nuevo cliente —le puntualizó Lucas—. Edward Morrison. ¿Te suena?

—No, ¿a qué se dedica? —preguntó sentándose en la silla que Lucas le ofreció.

—Es el magnate del tomate frito —bromeó Logan.

Ignoró la respuesta esperando a que Lucas dijera algo más.

—Su empresa empezó vendiendo tomate frito casero, su abuelo montó la primera fábrica. Su padre expandió la empresa a las conservas y el actual dueño, Edward fue durante tres años una de las cuentas más importantes de la sede de Nueva York.

Miró a Cornwall un momento con curiosidad.

—Varias sedes han tratado de reclutarlo de nuevo, porque sus últimas campañas fueron creadas por distintas compañías de publicidad. Es una buena señal porque parece que no está convencido con ninguna, pero ahora va a sacar una nueva línea de comida preparada fresca —le explicó Lucas—. Una gama más saludable enfocada a la gente que quiere cuidarse.

—¿Por qué dejó de trabajar con la sede de Nueva York?

—Es el típico cliente insatisfecho, por mucho que hacíamos nunca parecía contento. Su periplo por todas las demás agencias es una señal de ello —contestó Tiffany de manera cortante.

—O simplemente es alguien que sabe lo que quiere y no se conforma con menos —contestó con calma.

Tiffany lo miró como si fuera un insecto en su zapato. En todo el tiempo que llevaban allí ni una sola vez se había relacionado con nadie que no fueran los jefes.

Logan le guiñó un ojo con una sonrisa aprobatoria.

—Ese es mi chico, mentalidad ganadora —le felicitó Logan.

—No sé si ganadora, pero desde luego nos esforzaremos por hacerlo lo mejor posible —prometió de forma sincera.

—No tienes que hacer nada especial, solo lo que haces siempre —lo tranquilizó Lucas—. Nunca necesitaste directrices, no te las daré ahora.

Adrien sonrió ante la muestra de confianza. Una de las cosas que más le gustaban de trabajar allí era que siempre se sentía cómodo y valorado.

—Me pongo con ello enseguida —prometió—. Tendré noticias para vosotros al final del día.

Salió de la sala de juntas lleno de energía. Los retos nunca le habían asustado y este tenía toda la pinta de ser de los grandes.

—¿Y bien? —le preguntó Lucas cuando se reunió con ellos de nuevo a última hora de la tarde—. ¿Cuál es el veredicto?

Adrien dedicó a los cuatro una sonrisa radiante.

—Podemos con él —les prometió antes de pasarles el informe que había preparado a cada uno de ellos.

—Bien —se animó Logan dando una palmada como si ya estuviera hecho.

—He examinado sus últimas campañas, la nueva línea que van a estrenar y la vida personal del actual dueño. Todas sus campañas tienen cosas en común, tratan de dar un enfoque moderno y fresco, aunque con cierto toque tradicional que no acaba de encajar. Sugiero al equipo C para preparar la campaña, son muy imaginativos y se les da bien hacer que cosas opuestas encajen. Necesitaran un poco de tiempo extra para que funcione, ¿cuánto tiempo tenemos antes de que venga?

—¿Cuánto necesitamos? —quiso saber Lucas sin dejar de mirar su informe.

—Están en la fase final de la campaña actual, necesitaran unas dos semanas para hacer algo con lo que llamar su atención. Tres si queremos algo excepcional.

—Bien, dile al equipo que venga y escucharemos lo que has descubierto.

**ALEXANDER**

Siguió el movimiento de las manos de Adrien mientras hablaba.

Todo en él era la viva imagen de un secretario cualquiera. Pantalón, camisa a rayas azul, zapatos marrones claro y cinturón a juego. Su pelo cuidadosamente peinado y unas gafas metálicas cuadradas.

Era alto y de constitución promedia. Nada reseñable si no fuera por su cara. Era, y no había otra forma de definirlo. Hermoso.

Su piel pálida, labios rojos definidos y gruesos, boca pequeña, nariz suave y ojos castaños miel. Lo primero que le había venido a la cabeza la primera vez que lo vio fue a una de las pinturas del renacimiento europeo. Ese tipo de belleza clásica y delicada que solo quedaba bien en un cuadro.

Alexander sintió una aversión instantánea hacia Adrien. No le agradaba en absoluto; ni su andar suave para ser hombre, ni el tono bajo y dulce de su voz. Cada aspecto de él parecía gritar la palabra ‘gay’, y aunque no tuviera nada en contra de ello, Adrien lograba ponerlo de mal humor.

Tampoco ayudaba que estaba en el maldito Boston. Odiaba ese tipo de ciudades, tan lentas, tan comunes. Prefería Nueva York, el bullicio, el movimiento continuo. Sin embargo, venir hasta allí fue una necesidad, todas las sedes estaban haciendo un buen trabajo, pero la de Boston había destacado en innovación y capacidad para retener clientes, algo que hizo que la junta directiva los eligiera para llevar uno de los proyectos más ambiciosos hasta el momento.

Vino a Boston con la intención evaluar a la sede durante tres meses y asegurarse de que podían con el reto que tenían por delante, los desafió a recuperar a uno de los clientes más esquivos. A su favor reconocía que no parecían muy preocupados, tampoco pensó que fallarían la prueba, solo necesitaba comprobar por sí mismo cómo enfrentaban un reto.

Esperó a que terminara la reunión y todos se marcharan quedándose a solas con Logan y Lucas.

—Explícame el plan para asegurarme de que lo entendí todo —le pidió a Lucas—. ¿Te ordeno que recuperes a un cliente de alto perfil y tú le pasas ese trabajo a un secretario?

Logan frunció el ceño sin molestarse en ocultar su mirada de enfado.

—Adrien no es un secretario cualquiera —le recordó.

—Sí, ya escuché eso antes. Pero además de ser un secretario de los que trae el café, es tu asistente personal organizando tus citas y además funciona como personal de recursos humanos e incluso como relaciones públicas. Interesante —pronunció jugando con el bolígrafo.

Logan hizo un respiro exasperado, pero Lucas lo observó fijamente.

—Parte de ser el jefe es usar de forma eficiente los activos de la empresa, eso incluye destinar a las personas que creo competentes para las actividades que se necesite.

Logan clavó su mirada en él, pero lo enfrentó hasta que apartó la vista de él.

—Cuando empecé a fijarme en esta oficina, ¿sabes qué fue lo primero que me llamó la atención?

Lucas esquivó su mirada apenas un segundo, era obvio que sabía lo que iba a decirle. Lo que le enfadó aún más, si lo sabían tendrían que ponerle remedio.

—Sois los que tenéis una cartera de clientes más sólida, pero los únicos sin jefe de relaciones públicas. Asumí que era porque cumplías esa función tú mismo hasta que llegué aquí y me di cuenta de que es una de las funciones de Adrien. Generáis buenos beneficios, puedes permitirte pagarle por su verdadero trabajo.

Le tocó un nervio, se dio cuenta por cómo se sentaba con la espalda recta. Logan por fin había dejado de sonreír.

—¿Estás insinuando que me aprovecho de él para no pagarle?

Jugó con la pluma en su mano, mientras esbozaba una pequeña sonrisa.

—No lo insinuó, ni siquiera te molestaste en tratar de disimularlo —le reprochó—. ¿A qué se debe? ¿Es una cuestión de principios, no querer ascenderlo porque era secretario?

Todo el mundo a quien le había preguntado le aseguró que Lucas era un tipo justo y decente, no encontró ni una sola razón para explicar ese extraño suceso.

Lucas apretó la mandíbula con rabia.

—Puedes acusarme de muchas cosas, pero no de explotar a mi gente. No soy ese tipo de jefe. Valoro y premio las capacidades de cada una de las personas que trabajan a mi cargo —le señaló con voz enfadada.

—Adrien entró a trabajar como ayudante del equipo dos, solo tenía que llevar cafés y hacer fotocopias. Lo robé en menos de un mes y lo hice mi ayudante personal —interrumpió Logan—. En seis meses se convirtió en mi secretario. No tenía estudios de ningún tipo, pero tiene muy buena cabeza y es muy dedicado. Desde que llegó aquí hace cinco años se ha estado formando, estudiaba de noche y prestaba atención a todo lo que nos rodeaba, siempre tratando de aprender.

—Si examinaste la empresa como dices, te habrás fijado en que Adrien cobra mucho más de lo que corresponde a un secretario. Cumple las funciones de un jefe de relaciones públicas y se le paga como a uno —le puntualizó Lucas.

—Eso tiene aún menos sentido. Lo tratas como a uno y le pagas también, ¿por qué no hacerle un contrato y ponerle una oficina? —Desde luego, para él la solución era tan obvia que le parecía ridículo tener que discutirlo.

Lucas y Logan suspiraron al mismo tiempo.

—Porque no quiere —contestaron los dos a la vez.

—¿Cómo dices? —preguntó seguro que había escuchado mal.

—No quiere —repitió Lucas—. Le ofrecí el puesto hace un par de años, y lo he vuelto a hacer varias veces, pero siempre lo rechaza. ¿Cuándo fue la última vez que se lo pedimos? —le preguntó a Logan.

—Creo que en la fiesta de Navidad… no. Fue en la comida de aquel restaurante francés —confesó Logan sin avergonzarse.

Alexander movió la cabeza tratando de entender lo que decían.

—Eso no tiene ningún sentido. Nada de lo que acabáis de contarme lo tiene —contradijo.

—Lo sabemos —coincidió Logan—. Pero es la verdad, no quiere el puesto.

—Pero hace el trabajo —insistió tratando de comprender. Odiaba no entender algo, desde que era pequeño siempre había necesitado racionalizar cada parte de su vida.

—Sí —aceptaron ambos.

—Cobra por el puesto que desarrolla.

—Sí —volvieron a decir.

—¿Quién no querría una oficina y una secretaria propia?

—Adrien —dijo Lucas mesándose las sienes como si le doliera la cabeza.

—Oblígalo, eres su jefe. Te pone en mal lugar al hacer un trabajo que no le corresponde a su puesto. Da mala imagen y es confuso para los clientes. Amenaza con echarlo si no firma un nuevo contrato —resolvió perdiendo la paciencia.

—No me arriesgaré a perder a Adrien. Sabes lo volátiles que son los clientes, una mala palabra o un malentendido, se convierte en la pérdida de un contrato. Todos quieren creer que sus contratos son una prioridad para nosotros, hay que lidiar con fotógrafos engrandecidos, modelos quisquillosas, que el equipo funcione.

Lucas movió la cabeza de un lado a otro como si estuviera pensando en todas las cosas negativas que supone montar una campaña.

—Adrien es excelente en su trabajo y cae bien a la gente con facilidad, tiene una extraordinaria capacidad resolutiva y una muy buena memoria. Hay clientes que piden de manera específica tratar con él. Tú mismo lo dijiste, tenemos la cartera más sólida de todas las empresas y en parte es gracias a él —continuó Lucas.

—Le das mucho crédito —señaló malhumorado—. Tus equipos tienen un buen sistema de trabajo e ideas originales. Habéis ganado varios premios, eso no puede deberse solo a una persona.

—Por supuesto, todos hemos contribuido para conseguir lo que tenemos. Seguimos trabajando para mejorar, pero Adrien es una parte importante de la ecuación, tanto como nosotros dos. Puedes creerme o no, pero es la verdad —terminó Lucas.

—Nadie es imprescindible —les recordó.

—Cierto —admitió Lucas—. Podemos traer a un jefe de relaciones públicas, alguien con buenas referencias que tenga que acostumbrarse a nuestro sistema y que con suerte pueda encajar con nosotros. Lo que llevará tiempo y molestias para los tres equipos que como bien sabes tienen mucho trabajo. Quizá incluso puede que les guste a los clientes. Pero también podría pasar que no encaje aquí y los clientes no se entiendan con él, con lo que perderíamos tiempo y dinero.

Volvió a mover la pluma mientras pensaba, tenía razón. Parecía lógico si solo se tenía en cuenta lo que podría suponer para la empresa, aun así, no le parecía bien.

—¿Crees de verdad que puede conseguir a Morrison? —preguntó con curiosidad.

Logan sonrió asintiendo con la cabeza.

—No lo conoces como nosotros. Si Adrien dice que puede, lo hará —le aseguró Lucas.

Seguía pensando que le daban mucho crédito a alguien tan insignificante. No discutiría sus capacidades, porque ya había visto que era competente.

—Consigue que firme un contrato o contrata a un jefe de relaciones públicas y que Adrien lo entrene. —No esperó una respuesta, como CEO de la empresa debían obedecer, así que salió de la sala de reuniones para volver a su oficina.

Adrien volvía a estar en su mesa, hablando por teléfono entre risas con alguien. No le gustaba

un pelo ese tipo. ¿Qué llevaría a alguien a rechazar un ascenso?

# CAPÍTULO 5

—¿Qué significa eso? —preguntó Adrien agarrándose las manos con nerviosismo por debajo de la mesa.

Lucas le lanzó una mirada de lástima.

—Cornwall me dio un ultimátum. O firmas un nuevo contrato como jefe de relaciones públicas o estás fuera.

—¿Va a despedirme? —su tono sonó tan asustado como se sentía.

—Eso no fue lo que dijo —le reclamó Logan a Lucas, poniendo una mano sobre su brazo para tranquilizarlo—. Dijo que si tu no quieres el puesto contratemos a otro para que lo prepares y pueda sustituirte. Tú te quedarías en tu puesto actual, como mi secretario.

El alivio casi lo hace desmayarse.

—Como si eso fuera poco trabajo —respondió contento.

—Adrien —se quejó Lucas—. No puedes rechazar el puesto.

—Llevamos años hablando de esto. No lo quiero —aseguró con convicción—. Hoy mismo empezaré a buscar posibles candidatos para que los entrevisteis y…

—Déjame a solas con él, por favor —le pidió Logan.

—Hazle entrar en razón —aceptó Lucas saliendo de la oficina.

—Adrien… —empezó en tono conciliador.

—No lo quiero, gracias por la oportunidad. No me gustaría sonar desagradecido, pero es la verdad.

Logan lo observó de manera calculadora.

—Dame un motivo real para rechazar una oportunidad como esta —le pidió sin enfadarse.

—Adoro mi trabajo, ya lo sabes. No quiero cambiar, estoy bien como estoy. —Las palabras le rechinaron, pero no modificó ninguna de ellas.

Logan suspiró, moviendo la cabeza en una negación.

—Adrien, sabes que estoy de tu parte, pero me cuesta entender y defender tu postura. No puedo mantener algo que ni yo mismo comprendo. Eres buenísimo en tu trabajo, el mejor. No puedes decirme que quieres pasarte el resto de tu vida haciendo esto.

—Claro que sí —le aseguró.

Logan lo miró con algo que solo podía definirse como pena.

—Me conoces, eres uno de mis mejores amigos —reclamó mirándole a los ojos—. Sabes cuando miento.

Logan frunció el ceño.

—Soy tu único amigo —le recordó con suavidad.

—Eso no es verdad —se defendió sin mucho esfuerzo.

Le gustaba la gente, pero nunca dejaba que nadie se le acercara demasiado. Aprendió por las malas que no se puede confiar en nadie. Llegó a esa empresa en la peor época de su vida y aunque trató de no encariñarse con su jefe y mantener las cosas profesionales, no hubo forma de hacerlo. Logan era muy persistente y decidió que serían amigos, no hubo mucho que hacer al respecto o quizá fue porque estaba tan roto que no fue capaz de presentar batalla.

Se llevaba bien con todos sus compañeros, pero dibujó la línea de manera contundente para

que todos supieran que eso sería todo lo que podían ser.

Logan giró su silla hasta que sus rodillas se tocaron y pudo cogerle las manos entre las suyas.

—No quiero que mi vida cambie, estoy bien como estoy —le prometió tratando de ser sincero.

—Siempre que tenemos esta discusión dices lo mismo —dijo mirándolo a los ojos—. Y cada vez me lo creo menos. Te dejaré salirte con la tuya de momento, pero esto no se quedará así. ¿Cenamos juntos esta noche? Acaban de abrir un restaurante que tiene lista de espera de un mes, conseguí que nos colaran.

Adrien sonrió sabiendo que esa era la forma de Logan de agitar una bandera blanca para tratar de calmar el mal momento.

—Podrías ir solo o mejor, invitar a alguna de esas chicas de revista con la que te gusta salir —le sugirió aliviado por poder cambiar de conversación.

—Quiero divertirme y charlar, no me apetece ponerme en plan casanova esta noche. Tengo que descansar de vez en cuando —lo pinchó Logan.

—¿Casanova? —repitió alzando una ceja—. Esforzándote mucho y en un local con las luces muy bajas podrías ser un primo lejano de cuarta generación y extranjero de casanova.

Rio mientras salía de la oficina y escuchaba a Logan protestar con intensidad.

Logan tenía razón, el restaurante era precioso. Todo de cristal y amueblado en una variedad de brillantes muebles en blanco y negro. Le fascinó cómo los centros de cristal refulgían bajo las luces contrastando con la mantelería de un blanco inmaculado.

Degustaron una variedad de platos, compartiendo sus comidas para evaluarlos. Cuando llegó el momento del postre, se percató de que probablemente había bebido más de la cuenta. Los dos se habían bebido dos botellas de vino.

Logan recibió una llamada y salió a responderla para que no le molestara el ruido.

—Mousse de chocolate negro, sobre una cama de bizcocho con frutos secos —le anunció el camarero dejando el plató delante de él.

—Tiene una pinta deliciosa —dijo emocionado.

—Espero que lo disfruten —le deseó dedicándole un pequeño asentimiento a Logan al volver.

—¿Tomamos un vino dulce para acompañar? —le ofreció Logan.

—Mejor dos cafés cargados, o acabarás llevándome a casa en brazos —dijo en broma despidiendo al camarero con una sonrisa.

—No sería la primera vez —le contestó Logan riendo—. Después de esta semana me hacía mucha falta pasármelo bien, gracias por acompañarme.

Adrien sonrió con cariño a su amigo.

—Servicio integral, jefe.

Logan casi se atraganta con la risa al escucharlo. Tuvo que toser un par de veces antes de conseguir respirar con normalidad y poder hablar.

—Lamento interrumpir.

La risa se le cortó al reconocer esa voz aburrida a su espalda.

—Cornwall, ¿también estás cenando aquí? —le preguntó Logan recuperándose de la sorpresa.

Adrien miró de manera obstinada su postre, ignorando su llegada de forma deliberada. No estaban haciendo nada malo; todos en la oficina sabían que Logan y él eran amigos, muchas

veces Lucas los acompañaba, sin embargo, que Cornwall los encontrara riendo y bebiendo lo hacía sentirse como si estuviera haciendo algo indebido.

—Me hospedo aquí, vengo a cenar cada noche, no tiene sentido ir a otro sitio cuando tengo disponible al mejor restaurante de la ciudad.

Adrien levantó la cabeza para atravesar a Logan con la mirada. Él tuvo la decencia de mostrarse un poco avergonzado por obligarle a aguantar a ese tipo también fuera de la oficina. Cornwall no tenía ni idea de gastronomía si creía que ese era el mejor restaurante de la ciudad, era una muy buena comida, pero las había probado mejores.

Se produjo un pesado e incómodo silencio entre los tres. Adrien peleó contra su naturaleza que le presionaba para que aligerase el ambiente.

Logan cruzó la mirada con él, disculpándose antes de hablar.

—¿Te gustaría unirte a nosotros? —le ofreció a Cornwall.

Adrien se quedó tranquilo, sabiendo que ellos no tenían ningún tipo de relación y que Cornwall usaría la pregunta para marcharse.

—Está bien —dijo con la misma voz aburrida.

Adrien miró a la mesa para que no se le notaran la sorpresa en su cara.

El camarero se apresuró en conseguirle una silla y ofrecerle la carta de postres.

No debería asombrarse que ignorase las postres y pidiera un café, sin azúcar. Era aburrido hasta para la comida.

—¿Teníais una reunión de trabajo aquí? —preguntó Cornwall.

—No, solo pasábamos el rato —contestó Logan sin alterarse.

Adrien agradeció el carácter tranquilo de Logan. ¿Era el único que notó la acusación implícita en su pregunta?

—Ya veo…

El tono en que lo dijo hizo que quisiera empezar a darle explicaciones, se sentía igual que cuando iba al instituto y le llamaban al despacho del director.

—Somos amigos —aclaró Logan.

Cornwall no dijo nada haciendo que el momento fuera de nuevo incómodo.

—Las relaciones entre personas de la misma empresa no están prohibidas, pero son altamente desaconsejables sean del tipo que sea —les dijo mirando del uno al otro.

Miró a Logan deseando ponerle el postre de sombrero por haberlo invitado a sentarse con ellos. Todo en ese hombre resultaba insultante.

—¿Ya sabes cuánto tiempo te quedarás en nuestra ciudad? —le preguntó Logan cambiando de tema—. Porque si necesitas ayuda para encontrar casa, Adrien podría ayudarte —se apresuró a añadir para disimular.

Por la sonrisa que le dedicó Cornwall había notado la verdad tras sus palabras. Logan estaba tratando de averiguar si iba a quedarse más tiempo.

—Todavía estaré algún tiempo, pero es provisional y mi suite en el hotel es cómoda.

Suite, por supuesto. Alguien de su posición no podía conformarse con menos que eso. No era justo que alguien tan insoportable fuera tan guapo. Incluso en su propio hotel y fuera de la oficina, seguía vistiendo traje como si estuviera listo para otras ocho horas de trabajo intensivo. ¿Es que no se relajaba nunca?

—¿Dónde se queda Tiffany? —le preguntó Logan en un intento de tener una conversación normal—. Ella siempre está contigo.

—En su habitación, supongo —contestó Cornwall con indiferencia.

—¿Se queda en este hotel? —preguntó incapaz de contener la curiosidad. Ninguna secretaria

podría pagarse un hotel así.

—Por supuesto, es conveniente. Así podemos seguir trabajando cuando estamos aquí.

Adrien giró la cabeza para que no le viera poner los ojos en blanco. ¿Desconectaba en algún momento del trabajo? Estaba agradecido de que no fuera su jefe, el puesto no merecería la pena ni alojándose en hoteles tan exclusivos como ese.

—Ya… —Logan intercambió una mirada con él que le dijo que compartían pensamiento.

Adrien perdió la atención al escuchar el tono de su móvil al llegarle varios mensajes. Lo cogió mientras se le ocurría la forma de salir de allí.

—Lo siento, había olvidado que tengo que estar en otra parte —se disculpó de buenas maneras.

Los ojos de Logan se abrieron al darse cuenta de que lo estaba dejando solo.

—Lo cancelaría, pero ya me había comprometido. Nos vemos el lunes. —Se despidió con la mano y salió del restaurante lo más rápido que se atrevió sin llamar la atención.

**Logan:**
Traidor. No puedo creer que me dejes solo con él.

**Adrien:**
Disfruta de lo que queda de noche con el cisne negro.

**Logan:**
No te perdonaré en la vida. Tú eres el experto. ¿De qué se supone que voy a hablar con él?

Leyó el mensaje mientras se sentaba en uno de los taxis de la parada del hotel.

**Adrien:**
Es del tipo simple. Trabajo, dinero y marcas de lujo. Es un adicto al trabajo, háblale de negocios y llevará la conversación solo. Espera una hora y di que tienes que irte.

—Al cine ShowPlace, por favor —le pidió al conductor.

**Logan:**
Creo que sospecha que estoy hablando contigo.

**Adrien:**
Pues deja de hacerlo.

Le envió un emoji enviando un beso y salió del chat para ver qué películas había disponibles. Ya había comprado su entrada cuando el taxi lo dejó. Fue a por palomitas y algo de beber y entró solo a la sala del cine, dispuesto a disfrutar de lo que quedaba de noche.

# CAPÍTULO 6

—Tengo buenas noticias —anunció entrando en la sala de juntas después de ver salir al último cliente.

Logan, Cornwall, Rosie, Lucas y Tiffany estaban todavía revisando cosas de la reunión.

—Esas son las noticias que nos gustan, las otras están prohibidas —le dijo Logan estirándose en la silla.

—Pues esta va a gustarte mucho más —le aseguró de buen humor—. El señor Morrison vendrá a Boston mañana. Acaba de llamar su secretaria para formalizar la reunión.

—Quiere sorprendernos para saber de qué somos capaces —adivinó Lucas.

—¿Conseguiste que Morrison viniera aquí? —le interrogó Cornwall.

Adrien disimuló la sonrisa, estaba claro que lo había sorprendido y no solo a él por la cara de Tiffany. No le importó, no en realidad. Ser gay le obligó a que la gente lo prejuzgara y lo menospreciara, siempre tuvo que esforzarse el doble para demostrar lo que valía.

—Estamos preparados para él. El proyecto ha avanzado mucho en las últimas dos semanas y tenemos varias cosas para enseñarle —les aseguró Logan que no podía ocultar lo orgulloso que estaba.

—¿Tendremos una comida de empresa? —preguntó Lucas.

—No. Un desayuno —le corrigió sin dudar.

—¿Un desayuno de empresa? No creo que eso le guste al señor Morrison —opinó Tiffany.

Le sonrió con indulgencia sin picar en la pulla antes de volver su atención a Lucas.

—No recomiendo que le enseñemos nada todavía. Será una reunión informal, la secretaria del señor Morrison es dura de pelar, dice que solo nos dedicará media hora.

—Eso no sirve de nada —volvió a picarle Tiffany.

—Lo que es más que suficiente para mostrarle que somos distintos a los demás —continuó como si no hubiera dicho nada—. No vamos a vender nuestra campaña, nos venderemos a nosotros mismos.

—No hay dinero para comprarme —dijo Logan enseguida.

Sonrió sin poder evitarlo, poniendo los ojos en blanco.

—Nos encontraremos con él en un local del viejo puerto y la premisa del encuentro será saber si nuestras empresas podrían trabajar juntas.

Lucas se echó para atrás en la silla.

—Quieres embaucarlo con la idea de que no nos centramos en el dinero —adivinó.

—No —le corrigió mirándolo con severidad—. Hemos rechazado proyectos por no ajustarse a la política que tú instauraste, y después de semanas tratando de conseguir esta cita, estoy seguro de que él lo sabe. Si intentamos ser directos, no vamos a conseguir nada. Su empresa no tiene una agencia fija porque no se conforma con lo que le dan. Él sabe lo que quiere, pero no consiguen plasmar su idea. Si nota que le damos importancia a que nuestras visiones creativas estén en la misma línea, podríamos tener posibilidades

—Eso es como tirar una moneda a una fuente y pedir un deseo —opinó Tiffany.

No se aguantó más y miró en su dirección sin disimular su molestia.

—No, se trata de localizar las necesidades del cliente y hacer caso de ellas. Nuestra empresa

es como un camaleón, se adapta a su entorno para ensalzar el producto sin llamar la atención sobre nosotros. Es selección natural, el que logra adaptarse sobrevive. —Sonrió de manera falsa antes de volverse a los demás.

—¿Qué necesitamos hacer? —preguntó Lucas.

—Nada, revisar el informe que os di sobre sus campañas y presentaros mañana a las diez en la ubicación que voy a enviaros. Ropa informal y la mejor actitud. —No pudo evitar mirar en dirección a Cornwall, no creía que se le diera muy bien las relaciones públicas—. Es hora de crecer y salir al parque a hacer amigos.

Todos se rieron menos Cornwall y Tiffany. Se despidió con un gesto antes de salir de nuevo, ellos no tenían mucho que hacer, pero a él todavía le quedaban un montón de cosas.

**ALEXANDER**

Solo necesitó ver a Adrien con el señor Morrison para entender por qué Lucas no quería arriesgarse a perderlo. Era excepcional en su trabajo, nunca había visto nada igual.

La mañana había comenzado de manera poco prometedora en su opinión. El local que había elegido Adrien era un minúsculo café que necesitaba una remodelación urgente, pero que disponía de un pequeño y privado patio interior que reservó para ellos. Desayunaron toda una variedad de postres caseros que fascinaron al señor Morrison, en especial el pastel de plátano, que resultó ser su favorito. El patio ofrecía unas vistas impresionantes al puerto, repleto de turistas y paseantes. Resultó ser del agrado de su cliente, un fanático de los barcos.

“Casualmente” Adrien señaló que el museo del Motín del té estaba convenientemente cerca y junto a él, dos grandes buques conservados de la época. Por lo que pasaron una hora visitando el museo y los dos barcos, por supuesto el señor Morrison salió de allí con unas costosas reproducciones de las cajas de té que habían visto en el museo.

Su mujer, inglesa y apasionada por las antigüedades, acabó uniéndose a la visita poco después de una emocionada llamada de su marido al decirle que había todo un mercadillo de antigüedades auténticas en la zona.

Tras varias compras e innumerables paradas para señalar edificios antiguos y contar curiosidades, Adrien consideró despedirse del matrimonio y la secretaria del señor Morrison para no monopolizar su día.

El señor Morrison, que insistió en que lo llamaran por su nombre después de subirse a los barcos del puerto. Bastó una fugaz mirada de Adrien a Logan para que él insistiera en llevarlos a comer.

La comida fue un despliegue de platos simples de marisco y pescado. Ingredientes sumamente sabrosos en un restaurante cercano. Los vinos europeos que acompañaron la comida se convirtieron en la sensación del momento.

Terminaron casi a las cinco de la tarde, con Edward estrechando la mano de todos después de pedirles que se encargaran de su nueva campaña.

Era insultante, apenas habían hablado veinte minutos de trabajo en todo el día y un hombre al que perseguían todas las agencias les había ofrecido el trabajo sin hacer nada.

Permaneció despierto toda la noche, repasando una y otra vez la jornada en su mente. Al día siguiente, todavía no entendía nada.

—Buenos días —saludó Adrien entrando con una bandeja llena de cafés en la sala de juntas.

—¡Aquí está mi chico! —dijo Logan sonriendo mientras giraba en su silla—. No pude

felicitarte ayer, ¿A dónde fuiste tan rápido?

—Ayer fue jueves —le recordó Adrien repartiendo los cafés—. Me tomé la libertad de pedir un americano doble para usted señor Cornwall, parece que lo necesita.

—Club de lectura —dijeron al unísono, Logan, Lucas y Rosie.

—Orgullo y prejuicio, un clásico que nunca pasa de moda —respondió Adrien dejando la bandeja y recogiendo una taza para él antes de sentarse al lado de Logan.

—¿Por qué nunca leéis libros nuevos? —preguntó Lucas.

—Las novedades están sobrevaloradas, con los clásicos siempre sabes lo que te vas a encontrar.

—Algunos dirían que eso no tiene emoción.

—La emoción reside en conocer el final. Es un viaje seguro —le respondió Adrien.

Interesante, cuanto más sabía de Adrien, más tenía la sensación de que había mucho más por descubrir.

Lucas se rio entre dientes de buen humor.

—Hablando de conocer finales. ¿Cuándo veremos al señor Morrison? —preguntó mirando a Adrien.

—Su agenda es ocupada, por lo que dijo que esperaba al menos tres propuestas para el lunes que viene.

—Tenemos dos —le recordó Logan.

Adrien asintió mientras abría su *tablet*.

—Lo sé, pero podríamos hacer una tercera con las ideas descartadas. De todas formas, después de conocerlo en persona creo que la segunda propuesta es la ideal para él.

—Sí, envié un mensaje a los chicos, sugiriendo un par de cosas que creo que podrían gustarle —irrumpió Logan.

Adrien asintió mientras escribía a toda velocidad.

—Para la reunión creo que deberíamos traer a los tres jefes de equipo para que vea que la implicación de la empresa con su campaña es total. Es un cliente “piki”.

—¿Piki? —preguntó incapaz de estar callado.

Adrien lo miró y asintió antes de explicarse.

—Son clientes que quieren que se paralice todo cuando ellos necesitan algo. Necesitan ser el centro de atención y reaccionan mejor cuando hay mucha gente alrededor porque tienen la sensación de que son importantes.

—Suena a que tiene un problema de ego —contestó.

Adrien hizo un amago de sonreírle y su estómago dio un pequeño salto.

—Es una forma de decirlo, sí —admitió.

—¿Cómo supiste a donde llevarlo ayer? No son locales a los que se lleva a los clientes de su nivel —necesitaba comprenderlo.

Adrien asintió dándole la razón.

—No es un cliente normal. Sus redes sociales están dedicadas a los negocios, pero tiene tres hijos y ellos sí suben fotografías. En su ciudad van a locales de comidas sencillas y suele ir a bodegas para catas de vino. Casi todos los fines de semana sale en su yate y su hija mayor comparte con su madre la pasión por el coleccionismo. Solo tuve que pasar estas semanas siguiéndolos para encontrar algo que se adaptara a ellos y los ayudara a sentirse cómodos.

Alexander escuchó su explicación y lo que no dijo, pero que sabía que había detrás. Un trabajo minucioso y detallista, una implicación muy alta con la empresa y todo un trabajo de organización además de actuar como relaciones públicas. Un trabajo excelente y poco común.

—Buen trabajo —lo felicitó.

La sorpresa inundó los rasgos de Adrien antes de que sonriera y un suave sonrojo cubriera sus mejillas.

—Gracias señor Cornwall —murmuró avergonzado.

Tenía que ser la falta de sueño, seguro. Porque era imposible que quisiera volver a ver esa sonrisa dirigida a él.

# CAPÍTULO 7

**ALEXANDER**

No sabría decir cuando pasó, pero dos semanas después se dio cuenta de que había empezado a pedirle cosas a Adrien.

Dejó que se encargara de sus comidas y cafés, porque parecía conocer todo un arsenal de restaurantes deliciosos. No tuvo que detallar sus preferencias alimenticias, él ya había observado sus elecciones y gustos, por lo que no tuvo que corregir nada.

En algún momento le pidió directamente informes, que llegaban a su mesa con fluidez y sin tener que dar prórrogas. Era demasiado eficiente, casi de una manera molesta, como ahora.

—Adrien, necesitamos un abogado externo para que revise las cláusulas de confidencialidad. Tiene que ser alguien nuevo —dijo Lucas mientras su secretaria empezaba a servir café después de una reunión.

—Por supuesto —aceptó él consultando su inseparable *tablet*.

—Es imprescindible que sea discreto, es un contrato importante —insistió Lucas.

—Lo será —prometió poniéndose en pie—. Logan, deberías irte. Tienes una cena con el director de fotografía en media hora.

—Lo olvidé por completo.

Adrien le dedicó una sonrisa amable.

—Lo sé, siempre olvidas lo que no te apetece hacer.

Lucas se rio mirando a su amigo que tuvo la decencia de sonrojarse.

—Yo también tengo que irme, Alexander se queda para una reunión con la filial de Nueva York. ¿Adrien puedes quedarte un par de horas más hasta que él acabe?

—Por supuesto —aceptó este sin dudar.

—No será necesario, puedes irte.

—Podrías necesitar alguna información, es mejor que se quede contigo, además hoy no tienes secretaria. ¿Está bien la señorita Howard? —se interesó Lucas.

—Sí, volvió a casa por una operación de miopía. Volverá la semana que viene —contestó apartando el brazo para que Adrien pudiera servirle el café.

—Puedo asistirle si lo necesita señor Cornwall —se ofreció él.

Levantó la cabeza y sus miradas se encontraron. Hoy era un día soleado y sus ojos miel parecían oro fundido.

—Cuente conmigo, señor Cornwall —se ofreció también la secretaria de Lucas. No recordaba su nombre, Dorothy o Pomfey. No les prestaba atención a los empleados.

—Estoy seguro de que lo haréis bien —dijo Lucas removiendo su café—. Terminemos con esto para ocuparnos de nuestros asuntos.

Las reuniones con la central le llevó mucho tiempo, era difícil dirigir la empresa desde Boston mientras trataba de conseguir el contrato de Morrison, pero el esfuerzo merecería la pena.

Había peleado para llevar su empresa a lo más alto en el mundo de la publicidad, consiguió mejores resultados que nadie del sector, hasta el punto lograr que cuatro de cada cinco contratos

se realizaban en su empresa.

El de Morrison era un unicornio en la industria, si lo conseguían serían la agencia de referencia, todos sabrían que tienen lo necesario para cualquier tipo de cliente.

Si la campaña era buena llamarían la atención de las agencias europeas, algo que los llevaría directos a un mercado en el que todavía no conseguían ni la mitad de los contratos.

Se aflojó la corbata mientras salía al pasillo.

—¿Necesita algo señor Cornwall? —le preguntó Adrien sobresaltándolo.

—¿Sigues aquí? —preguntó mirando su reloj. Eran más de la una de la mañana.

—Sí, señor. ¿Ha terminado por hoy?

—Sí, no recordaba que tú también te quedabas —reconoció—. Puedes llegar más tarde mañana.

Adrien asintió antes de empezar a recoger su mesa.

Todas las luces estaban apagadas en la oficina donde solo quedaban ellos.

—¿Necesita que también le llame un taxi? —le ofreció Adrien.

—Ya avisé a mi chófer. Te acercaremos, no es muy seguro ir por ahí a esta hora.

—Estoy acostumbrado, no me importa —le aseguró Adrien—. O puedo aceptar su oferta —murmuró al captar que no había sido una sugerencia.

Le hizo un gesto con la mano señalando la puerta y Adrien lo siguió hasta el ascensor. Se quedaron en un tenso silencio mientras bajaban.

Había un elegante coche negro esperándolos al atravesar las puertas del edificio.

—Señor Cornwall —le saludó el chófer abriéndole la puerta del Mercedes.

—A la calle Washington norte 170, Fred —le pidió haciéndose a un lado para dejar pasar a Adrien primero.

Adrien se detuvo con sorpresa al escuchar su dirección. Miró entre los dos hombres que esperaban que entrara en el coche.

—Gracias —murmuró al pasar entre los dos.

Entró detrás de él, dejando que Fred cerrara la puerta y los pusiera en camino. Comprobó los correos en su móvil, tenía más de cien sin contestar. Terminaría al amanecer de nuevo, la junta de accionistas estaba más pendiente de él que nunca.

Se mesó las sienes tratando de aplacar el dolor de cabeza que llevaba presente desde hacía una hora.

—¿Analgésicos? —le ofreció Adrien entregándole una pastilla.

Lo aceptó y cogió una botella del cubículo oculto que había entre los asientos.

—Logan suele tener jaquecas —le explicó Adrien como respuesta a su ceja alzada.

—¿Tienes comida en tu bolso de Mary Poppins?

Adrien sonrió antes de sacar una barrita del interior.

—¿Algo que se parezca a comida de verdad? —preguntó.

—No, pero podría recomendarle algún restaurante.

—¿Hay algo decente a esta hora?

—Hay un italiano cerca de mi calle, puedo indicarle dónde es. No creo que sea de su tipo, pero la comida es buena y los viernes abren hasta las dos.

Asintió señalando con la cabeza al chófer para que le diera las indicaciones.

—Calle Salem 125. Restaurante Libertine —le indicó al hombre que asintió en silencio.

Adrien volvió a sentarse recto mirando por la ventana para darle privacidad.

Cerró los ojos unos instantes relajándose contra el asiento, agradecía un poco de silencio y paz.

Al abrir los ojos vio la silueta de Adrien recortándose en la oscuridad y no pudo dejar de mirar.

—Señor, estamos en el restaurante —la voz de su chófer le sobresaltó.

Adrien se giró.

—Muchas gracias por traerme señor Cornwall, que pase buena noche. Iré andando desde aquí.

—Acompáñame —dijo señalando con la cabeza el local, el cual a pesar de la hora, todavía estaba lleno de gente.

—¿Quién yo? —preguntó Adrien con sorpresa —¿Quiere que cenemos juntos?

—Es una cena de negocios.

—Por supuesto —dijo él enseguida. Abrió la puerta y salió a la calle.

Su chófer le abrió la suya y le dedicó una inclinación de cabeza.

Les dieron una mesa frente al ventanal, con vistas a la calle de ladrillo y piedra. Era un lugar oscuro, dividido en dos partes, la coctelería y el restaurante. Estaba muy lejos de los lugares que solía frecuentar, pero no iba a protestar mientras le dieran algo decente de comer.

—Deja de poner esa cara, la gente creerá que estás aquí a la fuerza —comentó mientras esperaban a que les sirvieran la cena que habían pedido.

Adrien lo miró frunciendo el ceño, se quedó en silencio mientras el camarero les llenaba las copas de vino.

—¿Puede traerme agua por favor? —le preguntó al hombre con discreción.

—Por supuesto, señor —aceptó el camarero.

—¿No te gusta el vino que elegí? —quiso saber.

—Lo conozco, es muy bueno, pero no me gusta beber con mis superiores.

Entrecerró los ojos mientras lo miraba con una ceja alzada. Era un mentiroso, lo había visto beber con Logan cuando los encontró en el restaurante de su hotel.

—Eso es distinto —murmuró Adrien con las mejillas sonrojadas por la vergüenza al entender lo que estaba pensando.

—No estés tan tenso, solo es una cena —trató de calmarlo, al ver las miradas poco suspicaces que le envían los de la mesa más cercana a la suya.

—¿Suele cenar con sus empleados?

—A veces.

—¿Con secretarios de otros ejecutivos?

—No es común —admitió.

—Dirá que no ha pasado nunca —le corrigió Adrien girando la cabeza para que no lo viera poner los ojos en blanco—. Si va a despedirme hay forma más rápidas e indoloras de hacerlo.

—No voy a despedirte —le aclaró tratando de no dejar ver su diversión.

—¿No? —preguntó con incredulidad antes de relajar su postura que llevaba forzada desde que se sentara.

—¿Pensaste que te invité a cenar para despedirse? Eso es retorcido, incluso para mí.

Adrien no dijo nada, no hizo falta. Estaba claro que sí que pensaba que podía hacer algo así.

—Tengo hambre y quiero irme a casa después de trabajar catorce horas, pero aprovechando que todavía estabas disponible, quiero hablar de la próxima visita del señor Morrison.

Su cara se iluminó por la comprensión.

—Hemos preparado diferentes propuestas que…

—Basta —le ordenó alzando la mano—. No seas condescendiente, no eres tímido dando tu opinión con tus jefes, extiende esa cortesía para que podamos ir al grano. He visto las ideas, son

buenas, pero todas las que le presentan lo son. No te estoy preguntando eso. ¿Qué vas a hacer para que esté inclinado a escuchar nuestras propuestas?

—No voy a aburrirle con los detalles, es un hombre muy ocupado para eso, pero en lo que a mí respecta ya lo tengo todo listo.

El camarero les puso el primer plato delante, sopa de almejas en salsa verde cremosa.

—Me gustaría discutir el enfoque. Después de conocerle mejor, creo que podría reaccionar de forma positiva si le presentamos las propuestas fuera de la oficina.

—Coincido, sin embargo, no se lo recomiendo. Hemos conseguido que nos escuche, ahora hay que mantener su atención. Los clientes como el señor Morrison son de la antigua usanza, trabajo duro pero una mezcla rara entre placer y negocios. Sugiero que celebremos la reunión después de la comida, eso ayudará a que esté satisfecho y de mejor humor, con ganas de terminar pronto.

—¿Tu plan consiste en cebarlo?

Adrien se rio, aunque trató de disimular su arrebato.

—Algo así. Querrá ir directo al grano y tener vistazos globales de las propuestas. Elegirá una, aunque nosotros permitiremos que se las lleve todas.

—¿Por qué haríamos eso? —preguntó desconcertado.

Adrien sonrió satisfecho antes de responder.

—Porque cuando esté de nuevo en su casa y vea con atención cada una de las propuestas, verá cómo de implicados estuvimos en todas, la dedicación y los detalles. Es uno de nuestros puntos fuertes, no hacemos proyectos genéricos, nos dejamos la piel en cada una de ellas. Le ofreceremos tres grandes ideas y verá cuanta importancia le damos a la campaña. Le gusta la atención y por eso vamos a darle un baño de ella, no solo a él, sino a lo que más valora, su empresa.

Alexander dejó de comer la sopa, que era deliciosa, para observarle sorprendido.

—Creas todo un ecosistema para cada cliente. ¿Verdad?

—Es mi trabajo, señor —contestó Adrien sonriendo.

—No, no lo es. Es el trabajo del director de relaciones públicas de una empresa.

Su rostro se convirtió en una mueca similar a la de un niño al que pillan haciendo algo malo. Adrien dio un sorbo a su copa de agua antes de contestar.

—Es la una de la mañana, estamos cansados, no estropeemos la cena.

# CAPÍTULO 8

**ALEXANDER**

Se convirtió en una costumbre extraña. Al día siguiente de su primera cena, se encontró con un correo electrónico que contenía la ruta que Adrien había ideado para el señor Morrison.

Cenaron juntos cada noche después de ese día, siempre discutiendo planes y negocios. Resultaba más cómodo ponerse al día durante la comida, ya que estaba demasiado ocupado para encontrar otro momento.

La reunión con Morrison resultó un rotundo éxito; en menos de veinticuatro horas después de su partida, aceptó la propuesta que Adrien había anticipado que elegiría. El rendimiento en Boston era impresionante; trabajaban con precisión a pesar del ambiente relajado que llenaba el lugar.

Tenían un trato demasiado cercano para su gusto, pero no se podían negar los resultados. Doble L era una de las sucursales que mejor funcionaban.

Lucas era un jefe tranquilo, daba órdenes concisas y confiaba en la preparación de su equipo, todos recompensaban esa confianza esforzándose el doble. Lo que lo llevó a preguntarse si no solo era Adrien el que estaba en un puesto que no le correspondía. Lucas podría tener un cargo muy superior en la central, porque seguía en un segundo plano quedándose en Boston era un misterio para él.

Pasaron a la última fase del proyecto antes de empezar a producir la campaña, Lucas estaba gran parte del día con el equipo C, vigilando cada detalle y asegurándose de que la campaña quedara a su gusto.

Adrien empezó a contactar a los diferentes profesionales que necesitarían. Cada noche le presentaba propuestas de fotógrafos, cámaras, modelos, paisajistas; una sucesión de los mejores en cada categoría, provenientes de distintas partes del mundo, con el objetivo de lograr una campaña excepcional.

Solía volver con Tiffany al hotel, pero cuando ella se reincorporó al trabajo le hizo saber que ya no le acompañaría. No la necesitaba para repasar los detalles con Adrien.

—Podremos empezar a grabar la semana que viene. Las reservas de hotel para el equipo ya están confirmadas y listas.

—¿Vamos todos? —Se inclinó hacia atrás, permitiendo que el camarero les sirviera el vino.

—Sí. —Adrien sonrió al hombre mientras le rellenaba la copa. Le dio un sorbo antes de asentir con aprobación al vino blanco que había elegido—. Es excelente, nunca lo había probado —lo felicitó.

Sonrió satisfecho al notar que le había gustado; descubrió rápidamente que impresionar el paladar de Adrien no era tarea fácil. Dependiendo de la hora en que salieran de la oficina, elegían entre diferentes restaurantes.

—De mis favoritos —admitió.

—El señor Morrison acudirá al último día de grabación, por lo que solo verá la parte final del rodaje que está más enfocada a la fotografía —le informó Adrien.

—Conviene que sea así, no queremos que se entrometa. La idea es buena, no necesitamos cambios de última hora.

Adrien se rio y sus ojos brillaron por la alegría.

—Haré saber al equipo de su valoración, si no le importa usaré mis propias palabras para endulzarlo un poco.

—Tómate las libertades que quieras, lo harás bien —le respondió, probando su crema.

Un delicado sonrojo cubrió las mejillas que Adrien, que trató de disimular centrándose en la comida.

—¿A qué hora sale el vuelo? Tengo una reunión que no puedo posponer.

—Lo sé, a las diez y media —le tranquilizó—. Pero solo el equipo de producción viaja de mañana, los demás volarán por la tarde. Debería decirle a la señorita Howard que me retire el permiso de su agenda.

—Está bien. Es más cómodo así —aseguró sin darle importancia—. Habría que empezar a preparar el viaje para los premios ADDY.

—Todo está listo. He seleccionado los medios a los que Lucas concederá entrevistas, los billetes de avión, las estancias, y también he hecho un par de reservas en restaurantes para reuniones con posibles clientes o colegas.

—Estáis nominados a tres premios. ¿Verdad?

Adrien asintió sin responder porque tenía la boca llena.

—Y dime, ya que lo sabes todo. ¿Vamos a ganar alguno?

—Hay una agencia nueva que lo está haciendo muy bien. Son jóvenes y acaban de salir de la universidad, pero su jefe tiene una carrera forjada en Londres y sabe cómo aprovechar su potencial. Tienen un talento excepcional. Voy a intentar que Logan se entreviste con alguno de ellos.

—¿Quieres ficharlos?

—Esa no es mi labor —contestó Adrien sonriendo al camarero que les retiraba los platos—. Reconozco el talento y sé cómo trabajamos, creo que podrían encajar con nosotros. Lo pongo en conocimiento de mi jefe y dejo que él tome la decisión.

—¿Y qué crees que diga Logan de ellos?

Adrien sonrió de forma sincera.

—Logan es un experto en diferenciar el talento de verdad. Sabrá qué hacer.

—¿Cómo empezaste a trabajar en la agencia? —preguntó con curiosidad.

El camarero volvió con los primeros platos.

—Vi un anuncio, buscaban ayudantes para el equipo dos. Solo eran un par de horas y yo trabajaba por las mañanas en un Starbucks, así que me venía bien.

—¿No te interesaba la publicidad?

—Que va, no me fijaba en esas cosas. —Se rio con diversión—. Pero me encantó la oficina, el ambiente, la gente, el desafío que supone cada campaña, la creatividad y la intención que hay detrás de cada detalle. Creo que es fascinante cómo un mensaje puede llegar a tantos países y conectar con tantas personas.

Fue precisamente eso lo que le atrajo y por lo que empezó la carrera en vez de seguir los pasos de su padre como inversor. Los matices, el doble significado, conseguir transmitir un mensaje contundente con imágenes.

—Vi cuánto se esforzaban todos y resultó contagioso. Quería saber más, ser parte del equipo, contribuir al proyecto. Mi formación fue autodidacta; traté de fijarme y aprender de ellos, que son profesionales. Luego Logan me contrató de ayudante personal y dejé mi trabajo de la

mañana. Tomé algunas clases nocturnas, centrándome en asignaturas que pudieran serme de utilidad para desempeñar mi labor.

—En tu informe dice que tienes varios títulos.

Adrien negó con un gesto de la mano, avergonzado.

—No es tan impresionante como suena —le aseguró, abriendo mucho los ojos—. Hice algunos exámenes por libre en la universidad y también he tomado cursos. En la empresa, ofrecen muchos cursos para mantener actualizado al personal, así que procuro inscribirme en todos los que puedo que estén relacionados con mi trabajo. Tenemos acceso a formación continua, y a Lucas le gusta que todos estemos al tanto de las novedades y tendencias.

No insistió en el tema, pero sabía que había mucho esfuerzo detrás de esa historia.

—¿Por qué no quieres el ascenso? —preguntó incapaz de resistirse.

Adrien lo miró con hartazgo, pero no le dijo nada.

—Ayudarías más a la empresa si aceptaras el puesto. Eres muy bueno en tu trabajo.

—Gracias —murmuró sonriendo.

—Cuando me vaya tengo que dejar a un jefe de relaciones públicas. Estás cualificado para el puesto, no tiene sentido que no lo quieras.

Adrien frunció el ceño mientras lo observaba.

—¿Por qué piensa que no tiene sentido?

—Pasarás a tener tu propia secretaria, despacho y…

—No lo quiero —le interrumpió Adrien—. Estoy satisfecho con las cosas como están, no me gustan los cambios.

Parpadeó varias veces, seguro de no haber escuchado bien.

—¿Estás rechazando el puesto porque no te gustan los cambios?

Adrien le dio un largo sorbo a su copa de vino.

—No entiendo a las personas que suponen que los cambios son para conseguir cosas positivas. En muchos casos lo estropean todo.

Se quedó tan desconcertado con su respuesta que no supo qué contestar durante unos segundos.

—Tú trabajo no cambiaría, es lo que estás haciendo. Trabajarías menos porque no tendrías que encargarte de la agenda de Logan.

—No me importa encargarme de esas cosas. Logan me dio una oportunidad cuando nadie más estaba dispuesto a ello. Conseguí estabilidad, un buen empleo y un futuro. Ya sé el trabajo que hago, me siento valorado en el ámbito personal y profesional. No hay necesidad de ponerle un nombre a todo.

Dejó la copa sobre la mesa, dedicándole una mirada intensa.

—Puede que esa sea tu forma de verlo, pero las cosas no funcionan así. Doble L necesita un jefe de relaciones públicas, con un equipo propio. Están en plena expansión, si empezaste a estudiar y te esforzaste por el bien del equipo, piensa que aceptando el cargo estás haciendo lo mismo.

Adrien pareció pensarlo unos segundos antes de negar con la cabeza.

—No es tan fácil.

—Ni tan difícil. Piénsalo. Vendrá alguien nuevo y eso también será un cambio, puede que no te caiga bien, que no encaje con los demás o que no apruebes su método de trabajo.

—Elegiré a mi sustituto. Me aseguraré de que sea el indicado.

—Son demasiadas variantes. Podría fingir, o cambiar bajo presión. Tú eres lo único seguro, lo único en lo que puedes confiar.

—¿Por qué parece tan empeñado en que acepte el ascenso? ¿Por qué le importa? —quiso saber Adrien mirándolo con desconfianza.

—Quiero llevar esta empresa a lo más alto, trabajo de forma incansable para ser el número uno y estoy cerca, pero para conseguirlo necesito a los mejores equipos. Tener la tranquilidad de que las distintas divisiones esparcidas por todo el país funcionan con precisión suiza. Necesito a los mejores y tú lo eres. No puedo entender que alguien trabaje tanto y llegado el momento de recoger los frutos decida tirarlos al suelo.

—Eso no es lo que hago —protestó Adrien sin demasiada convicción.

Vio por un instante que empezaba a dudar de su propio argumento y decidió continuar adelante. Puede que no estuviera todo perdido.

—Tus actos dicen que sí. No tienes que verlo como un cambio trascendental, solo es la evolución natural.

Adrien sonrió de medio lado.

—Es bueno tergiversando las palabras.

—Soy bueno negociando —le corrigió haciéndole reír de nuevo.

Lo observó con expectación, dando un largo sorbo a su copa mientras esperaba su respuesta

—Lo pensaré. Es todo lo que puedo prometer.

—Bien, eres inteligente. Tomarás la decisión correcta —dijo sin dudar.

Adrien se carcajeó al escucharlo, mirándolo con una sonrisa en los labios.

—Que es la suya —supuso Adrien con diversión.

—Tus palabras, no las mías.

# CAPÍTULO 9

**ALEXANDER**

—¿Cómo que no viene? —preguntó mirando a Lucas que se estaba abrochando el cinturón de su asiento.

—No viene —repitió—. Está lejos de la oficina y Adrien tiene que atender a otros clientes. Con Logan y conmigo fuera, él se encargará de lo demás. No podemos dejar la oficina sin nadie al cargo.

No se molestó en decirle que un secretario no estaba cualificado para quedarse en lo alto de la cadena de mando de una empresa.

—Tiene que estar durante la grabación. —Percibió la mirada de Tiffany y Logan sobre él, pero las ignoró. Necesitaba que Lucas comprendiera lo que quería decir.

Lucas levantó la mirada con la sorpresa en su rostro.

—Sería más fácil con Adrien allí, sin duda —le concedió—. Pero tenemos otros clientes que son tan importantes como Morrison y necesitamos a Adrien cuidando el frente.

No era verdad. El contrato de Morrison era vital para conseguir su objetivo.

—Llámalo y ordénale que coja el siguiente avión, es crucial que consigamos que este anuncio salga adelante.

Lucas lo observó con intensidad, tratando de saber si estaba bromeando.

—Eso no será necesario. Todos hemos realizado nuestra parte, Adrien ha cumplido también con la suya. Si el cliente cancela el contrato es porque no le hemos hecho bien.

Estuvo a punto de protestar, pero se dio cuenta de que su argumento sería extraño.

—Si fuera el jefe de relaciones públicas de la empresa estaría aquí —le dijo a Lucas.

—O no. Porque ninguna agencia puede sobrevivir con un solo cliente por bueno que sea. Y un jefe tendría que encargarse también de los demás. Si estás dudando de mi labor para esto tienes que saber…

Levantó la mano pidiéndole silencio antes de abrir su portátil, ignorando a la azafata que se acercó a ofrecerle bebidas. Estaba furioso, había planificado hasta el mínimo detalle con Adrien. Conocía cada parte del proyecto y a cada uno de los participantes en el mismo. En ningún momento le dijo que no había pensado asistir a la grabación.

Entró en la ficha de Adrien, que ya casi se sabía de memoria, para recuperar su número de teléfono. Abrió la aplicación de mensajería.

**A.C:**
¿Por qué no me advertiste de que no venías a la grabación?

La doble señal le dijo que lo había leído, tamborileó con los dedos sobre la bandeja mientras esperaba una respuesta.

**Adrien:**
No soy necesario en esa parte. Logan y Lucas son los únicos imprescindibles. Ya teníamos la agenda llena en los últimos meses. El contrato del señor Morrison es importante, pero estamos manejando más campañas.

**A.C:**
Esta campaña es importante para mí.

Borró el mensaje en apenas un segundo, arrepintiéndose en el acto al ver que ya lo había leído.

**Adrien:**
Soy consciente. Hemos hecho uno de nuestros mejores trabajos, le aseguro que no hay motivo para preocuparse.

**A.C:**
Eso no lo sabes. Si hay algún problema no podrás solucionarlo desde ahí.

**Adrien:**
Le aseguro que si eso pasase estoy preparado para ello. Siempre tengo un plan B, o C…

Miró la frase tratando de no sonreír, estaba demasiado molesto para dejar que se le pasara el malestar.

**Adrien:**
Que tenga un buen vuelo señor Conwall.

Cerró la aplicación sonriendo a su pesar. Podía imaginárselo mirándole por encima de las gafas con esa expresión que ponía cuando no quería reírse porque algo le parecía ridículo.

Comprobó la hora en su Rolex; por suerte era un vuelo corto. Como jefe de Lucas podría obligarle a que trajera a Adrien, pero sabía que eso llamaría la atención. No había forma de justificar que un secretario fuera alguien necesario para un rodaje. Incluso en su cabeza sonaba ridículo. Entonces, ¿por qué no dejaba de pensar formas de obligarle a ir?

La grabación del anuncio fue impecable; todos realizaron un excelente trabajo. El señor Morrison pareció satisfecho con lo que pudo ver del rodaje y las fotos. Mostró su aprobación y prometió asistir en una semana para revisar el montaje completo antes de aprobar la publicación de la campaña.

No había motivo alguno para estar molesto y, aun así, nada más bajar del avión fue directo a la oficina.

Adrien no estaba en su puesto, pero no tardó en verlo preparándose un café en la sala de personal. Se acercó sin hacer ruido, cerrando la puerta a su espalda.

Adrien dio un respingo al escuchar el golpe, girando para averiguar qué había causado el ruido.

—Señor Cornwall —murmuró con evidente alivio—. Creía que todos se habían tomado la tarde libre.

Lo miró en silencio, cruzándose de brazos con molestia.

Adrien parpadeó cuando no dijo nada, sin saber qué hacer.

—¿Le gustaría tomar un café? —le ofreció.

—Pudo ser un desastre y sería culpa tuya.

El gesto de comprensión de Adrien apenas duró un segundo, antes de poner una expresión neutral.

—Muchos matarían por tener una oportunidad con un contrato de esta magnitud. —Mientras hablaba se dio cuenta de que estaba más molesto de lo que pensaba. Porque no tenía sentido recriminarle esas cosas cuando Adrien ya le había dejado claro lo que opinaba del ascenso—. Te preocupa dejar a Logan porque te dio una oportunidad, porque no te gustan los cambios, pero es lo mismo que hiciste al abandonar este proyecto en un momento crítico. Estuvimos semanas planificando el anuncio, tenías que hacerte responsable y dar un paso al frente.

Adrien se dio la vuelta, para no mirarlo, pero eso no iba a hacer que dejara de hablar, tenía mucho que decir. Llevaba días dándole vueltas a lo que había pasado.

—No comprendía tu negativa a aceptar el puesto, ahora creo que solo eras realista sobre tus capacidades. Eres bueno, sabes que lo eres, pero los ascensos hay que ganárselos. Se necesita implicación, tenacidad y compromiso, cualidades de las que careces.

Adrien dejó la taza sobre la mesa con brusquedad, girándose a enfrentarlo. No parecía abochornado por sus palabras, estaba furioso.

—No hables de mí como si me conocieras, no tienes ni puta idea de quién soy.

Le tomó por sorpresa el tono duro y que lo tutease.

—Compromiso es que pase mi tiempo libre después del trabajo con el CEO de la empresa preparando cada minuto de la grabación. Implicación es seleccionar personalmente a cada miembro del equipo y explicarles de forma individual el concepto para asegurarme de que todos entiendan lo que buscamos y lo que deben lograr con el anuncio. Tenacidad, la habilidad que permitió que esta oficina consiguiera un contrato imposible para cualquier otra agencia. Puedes decir lo que quieras de mí, no significará nada porque no somos amigos y no me conoces de nada. Pero no te voy a consentir que pongas en duda mi trabajo, porque cada día doy lo mejor de mí. Si no te gusta, elige a otro. Yo no pedí empezar a trabajar contigo, tú me elegiste.

Adrien tomó una respiración profunda como si tratara de contenerse.

—Ahora si me disculpa —continuó carraspeando para recomponer su imagen habitual de calma—. Que tenga un buen día señor Cornwall.

Lo vio salir de la sala de café con postura digna y esa sonrisa falsa que tenía los primeros días. Debería estar enfadado por su contestación, pero no lo estaba.

Le había atacado de forma injustificada, se merecía una respuesta a la altura. Le gustó que tuviera carácter para defenderse, usando argumentos y sin alzar la voz.

Salió de la oficina sin mirarle cuando pasó por delante de su puesto. Necesitaba una ducha y despejarse un poco antes de tratar de comprender lo que había sucedido.

### ADRIEN

—¿Y bien? —preguntó Logan a última hora del día siguiente.

—¿Qué? —le devolvió sin entender.

—¿Vas a contarme por qué llevas todo el día tan serio?

—Estoy en el trabajo, tengo una actitud profesional.

—¿Desde cuándo? —interrogó Logan con rapidez.

—¿Estás insinuando que no soy profesional?

—Calma —dijo Logan levantando las dos manos—. No estoy diciendo nada semejante. Por supuesto que eres profesional, pero no cuando estás conmigo. Somos amigos.

Adrien se sintió mal por responderle de esa manera.

—Lo somos. Perdona, no dormí mucho anoche.

Logan se movió en la silla de su escritorio, observándolo con curiosidad.

—Por esta reacción tan encantadora deduzco que tu discusión de ayer con Alexander tiene que ver con tu desempeño laboral.

Levantó la cabeza al escucharlo.

—Rosie dice que ayer llegó a la oficina muy enfadado y se encerró contigo en la sala de personal.

—Rosie es una cotilla —protestó sentándose en la silla de enfrente.

—Eso es verdad, pero no cambia que te viera salir muy enfadado y a Alexander marchándose de la oficina. Hoy durante la reunión de la mañana se respiraba un ambiente tenso. ¿Nada que decir al respecto?

Se quedó callado, pero frunció el ceño, no quería hablar del tema. Había perdido los estribos con el jefe de su jefe, ya era un milagro que no lo hubiera despedido.

—Bien. Deja que te diga que en el avión se puso echo una fiera al saber que no ibas y trató de que Lucas te obligara a ir. ¿Te dijo algo al respecto?

—No importa. —Intentó terminar con el tema porque era incómodo y recordarlo no le había dejado dormir.

—Sí importa —lo contradijo Logan con seriedad—. Si Alexander te está acosando…

—No está haciendo eso —aseguró impactado de sus palabras.

—Me alegro, porque si lo hiciera haría algo al respeto. ¿De qué trató la discusión?

Suspiró resignándose a responder, lo prefería a que pensara cualquier locura.

—El señor Cornwall cree que no estoy comprometido con la empresa porque no acepto el ascenso.

Logan se balanceó mientras lo miraba en silencio, esperando una explicación más extensa.

—Cree que, ya que asumo las competencias del jefe de relaciones públicas a nivel teórico debería hacerlo también a nivel práctico yendo a la grabación. Traté de explicarle que no era necesario, aunque no quiso escucharme.

Logan no dijo nada, pero lo conocía de años y supo ver que pensaba lo mismo.

—¿Estás de acuerdo con él? —preguntó dolido.

Logan se tomó unos segundos antes de responder.

—Sí. Nos vendrías genial en las grabaciones, tú contratas al equipo y lidias con los clientes. Sería de mucha ayuda que estuvieras allí.

No pudo ocultar la sorpresa al escucharle.

—Nunca me lo habías dicho.

—Lo hice, de muchas formas, pero tu negativa a asumir un nuevo puesto, hace que no te lo pidamos.

Por primera vez en mucho tiempo se sintió avergonzado. No era consciente de que estuvieran evitándole tareas.

—Yo no sabía…

—Lo sé y Lucas lo sabe. Cuando montamos doble L sabíamos lo que buscábamos. Un lugar creativo, donde primara la calidad a la cantidad. Plantilla pequeña en la que todos nos

conociésemos, crear una relación real entre nosotros para que todos pudiésemos trabajar de forma indistinta en cualquier equipo. Sé que tienes algún problema con avanzar y hemos sido respetuosos porque tu trabajo es impecable. Estás estancado, no sé si eres consciente o no. No tienes amigos, ni familia, ni novio…

—Nunca dije que fuera gay —murmuró con la garganta apretada.

Logan lo miró con lástima.

—No hace falta. Hay cosas que se saben sin más.

Lo miró sin saber qué decir.

—No nos importa. No eres el único homosexual de la empresa. Somos inclusivos, no nos importa nada la sexualidad de nuestros trabajadores.

—Ya lo sé —admitió en voz baja con la vista clavada en el suelo por la vergüenza. Desde el primer momento supo que había más en la empresa y aun así decidió no comentar su orientación.

—Te conozco bien Adrien, me imagino que tendrás tus motivos para ser como eres. Nunca he preguntado porque no creo que me contases la verdad, y solo conseguiría que te cerraras aún más.

No se atrevió a responder, porque se encontraba ante dos opciones; mentir o decir la verdad, y esas no eran posibilidades. No tenía intención de revelarle a nadie su pasado.

—No hace falta que me contestes nada. No te estoy pidiendo eso. Solo digo que las formas de Alexander no fueron las indicadas, pero el mensaje no estaba del todo errado.

—¿También crees que estoy siendo ridículo al no aceptar el ascenso? —preguntó con tristeza en voz baja.

—No, Adrien, pienso que tú crees que haces lo mejor para ti. Personalmente yo no lo haría. No ganas nada, el mundo sigue moviéndose a tu alrededor. Tú eres el único que está anclado, solo espero que sepas lo que haces.

# CAPÍTULO 10

La conversación con Logan revivió viejos fantasmas a los que se esforzaba por acallar. Pasó los siguientes días dándole vueltas a la cabeza y con la firme determinación de disculparse con Alexander. No parecía muy inteligente hablarle a su jefe de esa forma.

Ensayó lo que quería decir para asegurarse de que fuera una disculpa apropiada, pero no tuvo oportunidad de ponerlo en práctica porque el jueves no fue a la oficina, ni él ni su secretaria.

Rosie dijo que había volado a Nueva York para una campaña muy importante con Chanel, así que llegó al fin de semana siguiente sin poder disculparse de forma adecuada. Consideró enviarle un mensaje para poder llevarla acabo, pero era un secretario, no creía ni que recordara el incidente y solo conseguiría ponerse en ridículo y enrarecer el ambiente.

Como la cabeza no le daba un respiro, decidió despejarse saliendo a tomar algo al puerto. Volvió a casa ejercitándose, preguntándose si un poco de actividad le ayudaría a dormir bien. Solía funcionar en el instituto, con suerte, conseguiría el mismo resultado.

Se quedó paralizado al reconocer el coche que estaba aparcado delante de la puerta de su edificio. Después de cenar Alexander siempre le llevaba a casa, ya había dejado claro desde la primera vez que sabía dónde vivía, así que no debería sorprenderse tanto.

Tomó aliento y se acercó al coche, sin imaginar qué esperar. ¿Habría venido a despedirlo para no organizar un escándalo en la oficina?

El chófer salió y como de costumbre, le abrió la puerta a Alexander. Adrien dio un traspié al verle en un traje ajustado de color gris, con chaleco negro. Se ajustaba a su cuerpo de una manera que permitía distinguir con facilidad que se había confeccionado especialmente para él.

—Fred —murmuró al pasar delante del hombre que inclinó la cabeza de manera respetuosa.

—Señor Cornwall.

La mirada de Alexander lo hizo encogerse por su intensidad, parecía querer atravesarlo solo a base de fuerza de voluntad.

Adrien contempló anonadado cómo le daba la espalda y empezaba a caminar. Echó un vistazo a Fred, intentando adivinar lo que se esperaba de él sin conseguir ninguna respuesta.

Corrió unos pocos metros para ponerse a su altura, guardando silencio mientras esperaba el golpe de gracia. Ya no estaba en la misma situación que cuando entró a trabajar en Doble L, ahora tenía experiencia y estudios. Podría encontrar otro trabajo, solo tenía que…

—El señor Morrison quiere organizar una fiesta de estreno para el anuncio, Lucas sugirió que tú podrías encargarte.

Enmudeció por la impresión. ¿No iba a despedirlo?

—Por supuesto que puedo. Hablaré con su secretaria para que me dé una lista de invitados —aceptó mirándolo de soslayo. ¿Sería un buen momento para disculparse?

—Empieza mañana a primera hora —le ordenó dándose la vuelta, apartándose de él.

Se quedó mirando cómo se alejaba. ¿Había venido solo para decirle eso? Le agarró del brazo antes de entender lo que estaba haciendo. Alexander se giró, miró su rostro para después bajar a donde sus dedos apretaban la chaqueta de su traje.

Dio un paso atrás, dejándolo libre.

—Lo siento mucho señor Cornwall —se disculpó con sinceridad bajando la cabeza.

—¿Por qué te estás disculpando?

Se atrevió a mirarlo de nuevo a la cara. Su rostro inexpresivo no le daba ninguna pista de su estado de ánimo, ni lo que estaba pensando.

—Mi forma de responderle otro día fue…

—No importa —le cortó Alexander—. Me extralimité en mis observaciones, fue impropio de mí y estuvo fuera de lugar —admitió rezumando tensión.

Adrien lo observó con sorpresa. Se agobió tanto pensando en cómo iba a disculparse, que nunca imaginó que fuera a ser al revés.

—Tampoco fue mi mejor día. No soporto que la gente opine de mí sin conocerme.

Alexander lo miró con seriedad.

—No me gustan las cosas que no comprendo, y tú eres como un gigantesco interrogante. Tengo las respuestas, pero desconozco cuál es la pregunta.

Se quedó desconcertado por lo que acababa de decir.

—No hay ninguna pregunta. Yo solo soy… yo —murmuró confundido.

Sus ojos se encontraron y sintió cómo su respiración se ralentizaba. El gris de su mirada le quitó el aire, Alexander tenía un magnetismo difícil de ignorar. Era seguro, altivo, fuerte, inteligente y tan guapo que podía dejarle sin respiración. «Oh, no… No voy a hacer esto de nuevo».

—Buenas noches, señor Cornwall —murmuró dándose la vuelta para volver a casa con toda la prisa que se permitió, tratando que no se notara que huía.

Mierda, el paseo no iba a servirle de nada, ya no podría pegar ojo.

**ALEXANDER**

—Un café doble, señor Cornwall.

—Gracias Tiffany —murmuró mesándose las sienes, tratando de aliviar el dolor de cabeza que le causaba la falta de sueño continua. No le dio importancia, dormiría cuando terminara con la campaña de Morrison.

No le dio tiempo ni de tomar un sorbo antes de que comenzase la siguiente reunión. Intentó mantenerse enfocado cuando el equipo creativo empezó a explicar su concepto. El aroma fresco y limpio de Adrien inundaron sus sentidos antes de que le pusiera un informe delante y un analgésico.

Sonrió con disimulo. ¿Acaso llevaba un botiquín encima? Al parecer sí, porque también dejó una pastilla a Logan.

—Eres un ángel, gracias Adrien —le escuchó mascullar a su lado.

Logan tampoco tenía aspecto de descansar, pero su caso parecía más una resaca. Siguió con la mirada a Adrien, que tomó asiento y empezó a escribir notas. Todavía le daba vueltas a lo que hizo que fuera directo a verle nada más bajar del avión.

Durante el tiempo que volvió a Nueva York no pudo quitarse de la cabeza su discusión con Adrien. Ni siquiera entendía toda la frustración que había sentido durante la conversación, Adrien no era nadie, acababa de conocerlo… y a pesar de ello se sorprendía a sí mismo con ese extraño tirón que le llevaba de vuelta a él.

Su aspecto era llamativo, claro. No le interesaban los hombres, pero si fuera el caso… era precioso. Sus labios, su rostro, sus ojos dorados tan llenos de alegría. Tenía una mente rápida y despierta, buenos instintos e inteligencia. Era una combinación atrayente desde luego. No estaba

interesado, y aún así no podía parar de pensar en ello.

—¿Alexander? —Volvió a la realidad mirando a Lucas. Todos lo observando a la espera de su respuesta—. ¿Te parece bien el enfoque de la campaña?

Mierda, tendría que estar prestando atención a la reunión.

—Si está pensando en redirigir la campaña a un estilo más conservador, puedo traerle las otras propuestas de su oficina —interrumpió Adrien dándole una significativa mirada.

Entendió la indirecta, el concepto de la campaña era erróneo, pero no iba a decir nada sin saber de qué estaba hablando.

—No será necesario, no tengo claro si es un problema de concepto o perspectiva. Enviadme toda la información disponible y buscaré el mejor enfoque.

Perceptivo… era asombrosamente perceptivo. Acabó la reunión esforzándose por prestar atención a los temas y se encerró en su oficina después de pedirle otro café a Tiffany, el primero no había tenido éxito en despertarlo.

—Adelante —dijo al escuchar dos suaves golpes en la puerta. Se quitó la chaqueta, dejándola en el perchero antes de sentarse en su silla.

Adrien entró con una carpeta.

—El informe de la nueva campaña, señor Cornwall —dijo poniéndola con cuidado sobre su mesa.

—Gracias, Adrien. —No se refería al informe, sino a su intervención de antes.

—De nada. El dolor de cabeza siempre va a peor si hay que asistir a una reunión. Gente hablando, luces, números, demasiado sonido cuando lo único que quieres es meter la cabeza bajo la almohada. ¿La pastilla ayudó?

—La verdad es que no —reconoció—. El día será una pesadilla.

Adrien frunció el ceño, descontento por no haber logrado su objetivo.

—¿Me deja intentar algo? A Logan le funciona si tiene jaqueca —dijo mientras se acercaba a él y se colocaba detrás—. Son puntos de presión.

Alexander se tensó cuando notó sus dedos en la frente, haciendo que levantara la cabeza hacia el techo.

—Esto debería ayudar… —murmuró Adrien tocándole las sienes—, a aliviar el dolor.

Cerró los ojos y relajó el cuerpo. Sí, definitivamente eso ayudaba. Se dejó hacer.

—¿Un poco mejor? —le preguntó Adrien en voz baja.

Hizo un ruido con la garganta, en vez de responder. Estaba relajado y su dolor de cabeza por fin parecía remitir.

Adrien lo movió hacia abajo, para poder masajear su nuca. Un estremecimiento sacudió su cuerpo cuándo sintió sus dedos rozando su cuello. Eran largos y suaves, ejercían la fuerza perfecta para conseguir que sus músculos cedieran.

—¿Mejor? —le preguntó Adrien retirándose. Alexander tuvo el impulso de sujetar su mano y obligarle a que siguiera tocándolo, extrañó su toque en el mismo momento en que le privó de él.

Giró la silla para poder mirarle a los ojos y la sensación de necesidad fue tan fuerte que tuvo que hacer un esfuerzo por quedarse quieto. Apretó la espalda con fuerza al respaldo de su silla, conteniéndose.

No estaba acostumbrado a querer y no tener, a desear sin poseer. Iba contra su naturaleza no tomar lo que quería, viéndose obligado a retener sus impulsos.

Adrien también lo estaba mirando a los ojos.

Era racional, incluso cuando era niño siempre tuvo facilidad para tener la cabeza fría, pero todo voló por los aires al ver cómo sacaba la punta de la lengua y humedecía el labio inferior

antes de mordérselo. Clavó los dedos con tanta fuerza en el cuero de los reposabrazos que se hizo daño, necesitaba aferrarse a algo que le impidiera hacer lo único que tenía en mente.

Escuchó como tragaba saliva, y su respiración, que sonaba al ritmo de la suya, las dos igual de ruidosas y entrecortadas.

Los dos dieron un respingo cuando alguien llamó a la puerta con firmeza.

—Señor Cornwall… —Tiffany se detuvo abruptamente al verlos.

—Con permiso —murmuró Adrien saliendo de la oficina con rapidez.

—Le traigo su café señor —terminó de decir Tiffany.

Alexander se giró a mirarla, con el rostro en blanco, impidiendo que pudiese intuir lo que estaba pasando.

—Tardaste demasiado, solo era un café —reclamó con brusquedad.

—Lo lamento, señor Cornwall. Seré más rápida la próxima vez, si le parece bien podemos planificar…

La cortó con un movimiento de su mano y ella se dio la vuelta para abandonar el despacho, quizá creyendo por su actitud que estaba molesto.

Dejó salir el aire con fuerza en cuanto la puerta estuvo cerrada. Mejor que pensara eso a que sospechase lo que había estado a punto de interrumpir.

No era posible, no le gustaba la gente, no le interesaba nadie por más de unos pocos minutos.

# CAPÍTULO 11

Parte de su trabajo consistía en organizar eventos a los que debía acudir para asegurarse de que todo estuviera bien. Le encantaba la primera parte, elegir una temática, seleccionar los colores, diseñar un escenario al que luego le daría vida. Amaba todo el ritual, lo que ya no le gustaba tanto era tener que asistir.

Esa fiesta no fue una excepción, una agencia de modelos internacional acababa de cerrar un contrato con ellos y Lucas decidió organizar un pequeño evento con las agencias con las que trabajan y algunos de sus mejores clientes. Era una forma de demostrar que estaban en constante cambio, a todo el mundo le gustaban las novedades, especialmente en el ámbito de la publicidad.

El viernes por la noche se vistió para la ocasión con un esmoquin sencillo sin adornos y una camisa blanca. Elegante e informal, nada que resaltara demasiado para no llamar la atención. También se puso unas gafas, aunque no las necesitaba, le ayudaba a sentirse más protegido. Nunca se encontraba cómodo entre un grupo numeroso de personas.

Por el contrario, Tiffany parecía una estrella de Hollywood. Con un ajustado vestido negro, con escote barco muy favorecedor y conservador. Los diamantes de sus orejas ayudaban a que su cuello pareciera más esbelto, enfatizado por el elegante recogido con el que sostenía su brillante pelo.

—Estás muy guapa —murmuró asombrado por lo hermosa que era mientras los dos se ponían junto a Rosie un par de pasos detrás de sus jefes. No había forma de tener la elegancia natural de Tiffany, su estilo al moverse, su peinado perfecto, la manera en que llevaba su vestido, todo en ella era delicado y tan armónico que no se podía hacer nada más que mirar embobado.

Rosie también estaba muy guapa, con un vestido negro plisado, con un discreto escote redondo.

—Estás increíble Rosie —le dijo sonriéndole mientras ella le guiñaba un ojo con alegría por el piropo.

Tiffany le dedicó una mirada despectiva, como si estuviera cuestionando su buen gusto, pero no le importó. Rosie estaba guapa de una manera diferente, no era malo ser distinto.

Pronto todos los invitados comenzaron a llegar y estuvo demasiado ocupado recordándole los nombres a Logan para pensar en cualquier otra cosa.

Había *catering* de comida y bebida, una pista grande que se llenó de gente bailando en cuestión de un par de horas. El alcohol causaba estragos en cuanto juntabas a ricos y modelos, la historia de siempre.

—Sakato Itashi —murmuró con discreción a Logan mientras una mujer japonesa se acercaba a él con una sonrisa—. Pertenece a la agencia de Lisa, dicen que quiere robarle el puesto.

No le gustaban los cotilleos, pero advertir a Logan de ese tipo de jugarretas era importante para que no tomara partido y afectara a su empresa. Tener enemigos en la industria llevaba a cotilleos y mala prensa.

Dio dos pasos atrás mientras los veía coquetear, comprobó con un vistazo que todo estuviera en orden. No había gente desnuda, ni escenas comprometidas, así que lo consideró un éxito personal.

—¿Una copa señor? —le preguntó un camarero ofreciéndole una bandeja llena de copas de

champán.

—No, gracias —murmuró dedicándole una pequeña sonrisa de disculpa.

—Una copa no va a hacerte daño —señaló Alexander apareciendo detrás de él.

—Por Dios, señor Cornwall —se quejó tocándose el pecho para calmar sus latidos—. No se acerque a la gente así, casi me da un infarto. —Mantuvo su mirada lejos de Alexander. Si volvía a ver lo bien que le quedaba ese traje gris, no creía poder dejar de hacerlo. No conocía un hombre al que le sentaran así de bien.

—Llevamos aquí cuatro horas, no te he visto comer ni beber nada —señaló Alexander sin marcharse.

—No es verdad —respondió incómodo.

—Sí lo es —insistió él.

—Para que eso fuera real, tendría que haberme mirado a cada instante. Probé un par de canapés hace un momento —mintió con descaro.

Alexander alzó una ceja, llamándole mentiroso, sin decir una sola palabra. Era increíble el don de comunicación no verbal que tenía ese hombre.

—Vale. No lo hice, pero en mi defensa conozco el trabajo del *catering* y sé que es buena. No suelo comer en estas situaciones, me gusta estar alerta.

—¿Estamos en guerra? —le preguntó Alexander con diversión—. Si es así, ¿quién es el enemigo y con quién vamos nosotros?

Sonrió durante un segundo sin poder evitarlo. Sabía que lo dijo con ironía, pero le hizo gracia de todas formas.

—Tengo que ayudar a Logan, no puedo distraerme —intentó explicar.

—Creo que se basta y se sobra por sí mismo.

No podía discutir eso mientras Logan le hablaba a Sakato al oído. Puso los ojos en blanco, algo le decía que su jefe no tardaría en desaparecer de la fiesta.

—Creo que pronto te quedarás solo —adivinó también Alexander, que miraba en la misma dirección.

—¿Un cóctel? —le preguntó una camarera mostrándole una colorida bandeja llena de vasos.

—No, gracias —respondió de nuevo.

—¿Tiene alguno sin alcohol? —preguntó Alexander.

Trató de ocultar su sorpresa, Alexander estuvo bebiendo toda la noche. Quizá se había pasado y deseaba tomar una copa más suave.

—Este, aunque no creo que sea de su agrado. Es un poco afrutado —le advirtió la chica.

Alexander lo tomó de la bandeja y se lo pasó con tanta rapidez que lo agarró por acto reflejo.

—No quiero que nadie piense que maltrato a mis empleados —aclaró cogiendo un Martini para sí mismo.

—No tengo sed —insistió.

—Creo que tu jornada acaba de terminar, puedes tomártelo.

Alzó la mirada a tiempo de presenciar cómo Logan desaparecía de la mano de su nueva amiga.

Le hizo una señal a Rosie que seguía detrás de Lucas, necesitaba que él supiera que se había quedado solo.

Rosie asintió con discreción, dejándole saber que el mensaje fue recibido, se inclinó para decírselo a Lucas, quién le hizo un gesto para que se fuera.

Suspiró con satisfacción, prueba superada.

—Parece que acabes de ganar un premio —le dijo Alexander.

—Algo así. Si me disculpa, es hora de volver a casa. —Inclinó la cabeza y dejó su coctel sin tocar sobre la mesa más cercana.

Se despidió de Rosie con la mano al pasar y salió directo a la puerta principal del local. Apenas había pisado la calle cuando encontró de frente al chófer de Alexander.

—¿Señor Lewis?

—Buenas noches, Fred —lo saludó sonriendo—. ¿Vienes a por el señor Cornwall?

—Todavía no —le respondió el hombre dedicándole una de sus amistosas y apacibles sonrisas—. El señor Cornwall quiere que lo lleve a casa.

—¿Qué? ¿A mí? —preguntó desconcertado.

—Sí, me llamó y dijo que me asegurara de que llegue sano y salvo.

—Eso no es necesario… —empezó a protestar.

—Son órdenes, señor Lewis —insistió dándole una mirada de circunstancias.

—Pero no…

—No sirve de nada resistirse, cuando el señor Cornwall da una orden…

Adrien negó con la cabeza. Suponía que Fred tenía razón.

—Está bien. Gracias Fred, lamento las molestias.

—No se preocupe, señor. Acompáñeme, por favor. El coche está por aquí.

Adrien lo siguió, demasiado cansado para protestar, deseaba la calma de volver a estar en la soledad de su hogar.

❧

—¿El señor Cornwall te pidió un café? —preguntó Tiffany al verlo acercarse a la puerta de la oficina de Alexander.

—Sí, me dijo que se lo entregara enseguida —mintió golpeando la madera.

—Buenos días, señor Cornwall —saludó al entrar.

Alexander dejó lo que estaba haciendo para mirarlo.

—¿Te mandé llamar?

—No señor, quería darle las gracias.

Él alzó una ceja sin entender a qué se refería.

—Por enviar a Fred a recogerme, fue muy amable de su parte.

La comprensión iluminó los rasgos de Alexander, antes de hacer un gesto para quitarle hierro al asunto. Su estómago hizo un giro extraño. Le gustaba su personalidad, sabía que era una idea pésima mirarle más de unos pocos segundos, pero no lo podía evitar.

Alexander era la viva imagen de la seriedad, con una personalidad seca, actitud altiva y una educación impecable que causaba verdaderos estragos en su interior.

Cada vez que se detenía y le cedía el paso para que fuera antes, que se fijase en lo que le gustaba para darle a probar cosas nuevas, que le enviaba en su coche para que llegara a casa a salvo.

Dios, no debería atraerle tanto… no podía gustarle nada. Y, aun así, esa mañana corrió a buscarle el café que sabía que le encantaba.

Dejó la taza que le había traído sobre la mesa y se dio la vuelta con intención de marcharse.

—Adrien… —le llamó Alexander.

Se giró a mirarlo, y tuvo que contener la respiración por un segundo para calmarse.

«¡Qué guapo es el condenado!» Sus ojos grises aparecían cada noche en sus mejores y peores sueños. Si no se andaba con cuidado iba a meterse de nuevo en problemas, consiguió salir con vida la primera vez, pero si era honesto consigo mismo no estaba seguro de poder sobrevivir de

nuevo. Todavía no entendía de dónde había sacado fuerzas por aquel entonces.

—¿Sí? —preguntó en voz baja.

Alexander lo observó con intensidad antes de negar con la cabeza. A veces, creía ver señales en él. La forma de fijarse en sus labios, de mirarlo continuamente cuando compartían el mismo espacio, por momentos sentía que jugaban a un juego, pero no estaba dispuesto. Ya no. Nunca más. Fue mala idea ir a por ese café.

—Nada. Puedes irte —terminó por decir Alexander.

Apresuró el paso hasta la puerta, saliendo con rapidez, resistiéndose a la tentación de apoyarse en la madera para que dejaran de temblarle las piernas.

Ignoró la mirada inquisitiva de Tiffany y fue directo a su mesa.

¿Qué estaba haciendo? ¿En qué pensaba?

El recuerdo de su pasado fue suficiente para aniquilar las mariposas que vivían en su estómago desde el viernes.

¿De verdad era tan estúpido de inmolarse de nuevo de esa manera?

**ALEXANDER**

Se quedó mirando la puerta por la que Adrien había desaparecido. Esa ridícula fijación empezaba a salirse de control. Tenía que centrarse y olvidarse de él.

El recuerdo de la sonrisa que acababa de regalarle le hizo perder el hilo. Estaba siendo ridículo y lo volvía loco ser incapaz de controlarse. ¿Fue estúpido mandarlo a casa en su propio coche? No había hecho nada parecido en su vida, pero cuando veía a Adrien un fuerte sentimiento de protección lo invadía, como si fuera suyo. Nunca se había sentido así con nadie, apenas lo conocía, pero Adrien apelaba de forma directa a una parte de él que le era desconocida hasta el momento.

Dejó caer la cabeza hacia atrás, para quedarse mirando al techo. No había conocido las dudas en toda su vida y ahora estaba sumido en ellas. Tenía que ser atracción sexual, quizá su obsesión terminaría si se acostaba con él, algo imposible, ya que era el CEO de la empresa. Las palabras acoso sexual resonaban en su mente.

Lo mejor era que se mantuviera alejado de él, le quedaban unas pocas semanas allí, podía aguantar. Era bueno conteniéndose, nunca se había considerado como una persona apasionada o con problemas de control. No debería suponer un gran inconveniente.

# CAPÍTULO 12

—Oye —lo llamó Logan llamando su atención—. ¿Estás ahí dentro? ¿Puedes respirar bien con eso?

Adrien lo miró a través de sus gafas, hundiéndose más en la enorme sudadera blanca que llevaba puesta.

Estaba tan nervioso que no podía ni disfrutar de la sala de primera clase en la que esperaban el vuelo. Lo único que quería saber era dónde estaba la puerta para poder huir.

—Déjalo en paz —le amonestó Lucas pegándole en el brazo a Logan. Se sentó a su lado con semblante preocupado—. Adrien todavía puedes quedarte. No pasa nada.

—Estoy resfriado y no dormí demasiado anoche. Algo caliente de beber, unas cuantas horas de sueño y estaré mejor —prometió fingiendo que tosía.

Lucas retrocedió espantado por la idea de contagiarse.

—Perdón —murmuró cogiendo la mascarilla negra que había traído.

—Abrirán el embarque enseguida, es un vuelo corto, pero podrás descansar mientras volemos —intentó animarlo Lucas.

No se molestó en responder, quizá tendría que haberlo hecho.

Si le hubiera contado a Logan que le daba miedo estar encerrado, no lo habría presionado para acompañarlos o le habría dejado ir en tren. Pero la última conversación con Logan sobre su posible ascenso todavía estaba reciente. Se negó a acompañarlos al principio, y aunque Lucas no dijo nada, sintió la mirada de Logan haciéndole preguntas y lamentándose por su negativa.

Llevaba mucho tiempo durmiendo mal, dándole vueltas a las palabras de Logan, examinando de forma cuidadosa los últimos años de su vida.

Se había esforzado mucho por tener una vida normal, por mantener cierta distancia con todos los que lo rodeaban. Estaba estancado por voluntad propia. Había conseguido una estabilidad y tranquilidad mental a costa de crear una burbuja en la que no pudieran alcanzarle.

No le importaba seguir solo, nunca podría confiar en alguien del todo, pero en un alarde de sinceridad consigo mismo, reconoció que quería ese trabajo.

Se convenció de que no tenía por qué cambiar nada importante, podría seguir adelante. Eran un par de modificaciones. Una oficina estaría bien, podría preparar a alguien para ser el secretario de Logan. Eran amigos, Logan no dejaría de hablar con él sin más. ¿No?

Trató de quitarse esas ideas de la cabeza. Logan no le haría el vacío por no trabajar de forma directa con él. Lo sabía, pero no podía ignorar esa preocupación sorda en el fondo de su estómago. No sería la primera vez que alguien le daba la espalda sin más.

Agarró los cordones de su sudadera, y trató de relajarse. No iba a pasarle nada, volar era seguro, millones de personas viajaban a diario en a todas las partes del mundo.

—Adrien, vamos. Ya comienza el embarque —le dijo Logan sujetándolo del brazo, ayudándole a levantarse.

Dio un tirón rápido, deshaciéndose de su agarre.

—Adrien —murmuró preocupado por su brusca reacción.

—Perdona —se disculpó enseguida con vergüenza—. Me asustaste —mintió.

—Vamos —ordenó Alexander al acercarse, interrumpiendo lo que fuera a decir Logan.

Lucas y Logan intercambiaron una mirada preocupada, antes de seguir a Tiffany que llevaba los billetes para todos.

Siguió a los demás y a unos pocos desconocidos que también tenían embarque preferente. Se obligó a respirar al ver la compuerta del avión. Iba a encerrarse en un lugar sin salida a miles de kilómetros sobre la tierra. Indefenso.

Miró a Alexander, que se encontraba parado a su lado. No se había dado cuenta, pero estaba paralizado en mitad del pasillo.

—No sabía que tuvieras aerofobia. Ahora entiendo que no viajes con los demás. ¿Tomas alguna medicación para ayudarte con la ansiedad?

Negó con la cabeza apretando con fuerza la correa de su bolso de viaje.

—Señores, tienen que abordar —les llamó la azafata de la entrada, solo quedaban tres personas delante de ellos, los demás ya habían entrado.

Alexander se acercó a él, agachándose hasta que sus ojos quedaron a la misma altura.

—No va a pasar nada. Es el método de viaje más seguro del mundo —le aseguro manteniendo el tono suave para calmarlo—. Los problemas en vuelos suelen producirse en compañías de bajo coste o por mal tiempo. Es un trayecto de una hora, en la aerolínea más importante del país, el clima es soleado y sin viento.

Sus palabras consiguieron colarse en el terror que inundaba su mente, no temía volar, tenía miedo a estar encerrado.

—¿Señores? —les insistió la azafata.

—Adrien, voy a tocarte. ¿Te parece bien?

Asintió incapaz de decirle nada.

—Es un lugar seguro. Te lo prometo —dijo poniendo una mano sobre su brazo—. Soy demasiado valioso para morir, no volaría si creyera que no es seguro.

Una temblorosa risa escapó de sus labios.

—Engreído.

Alexander le dedicó una amplia sonrisa. Con firmeza lo llevó al interior sin soltarle el brazo hasta que atravesaron la puerta. Los otros ya estaban instalados por lo que terminó sentado al lado de Alexander.

Intentó distraerse viéndole guardar el equipaje. Se notaba que tenía práctica, dejó la chaqueta y puso su ordenador en la mesita del asiento. Hizo un gesto a la azafata que se acercó con rapidez a atenderlo. Le pidió algo que no entendió y luego se sentó a su lado.

—¿Te ayuda? —le preguntó.

—¿El qué? —contestó desconcertado.

—Estar escondido con la sudadera, las gafas y la mascarilla.

—No sé, creo que sí.

Alexander giró la cabeza, claramente no esperaba esa respuesta. Extendió la mano, metiéndola bajo su capucha y tiró con suavidad de la mascarilla para quitársela.

—La necesito por mi resfriado.

—¿Para tu resfriado imaginario? —inquirió dedicándole una mirada exasperada—. Si tienes ansiedad no creo que sea buena idea taparte la boca.

—Es posible —murmuró nervioso porque lo hubiera descubierto.

—No va a pasar nada malo. El personal hará una demostración de qué hacer en caso de emergencia, es algo rutinario. Después avanzaremos por la pista para coger velocidad, notarás cómo nos inclinamos durante unos pocos segundos antes de que el avión se estabilice. Luego las azafatas nos traerán algo de beber.

Sonrió sorprendiéndose a sí mismo. Encontraba muy tierno que estuviera explicándole todo en un intento de tranquilizarlo.

Asintió, haciéndole saber que le prestaba atención.

Alexander se inclinó sobre él, agarrando los dos extremos del cinturón, abrochándoselo con un movimiento rápido.

Tragó saliva demasiado sorprendido por tenerlo tan cerca. Fascinado por el calor que emanaba su cuerpo y su perfume. Alexander alzó la cabeza y su cerebro se apagó sin previo aviso.

—Gracias —murmuró tratando de poner todo el espacio posible entre ellos.

Alexander retrocedió y se abrochó el suyo sin hacer ningún comentario.

Miró a través de la ventana tratando de obligar a su corazón a calmarse. Notaba el calor de sus mejillas bajando por su cuello. Respiró profundamente una y otra vez con los ojos cerrados hasta que logró tranquilizarse.

—Su tila, señor. —Se giró sorprendido al escuchar la voz de una mujer.

La azafata de antes le ofreció una taza.

—¿Necesita azúcar?

Miró a Alexander esperando una indicación, él estaba escribiendo en su ordenador, pero de alguna manera supo que le miraba.

—Así está bien. —Alexander aceptó la taza en su nombre, tiró de la bandeja para ponerla sobre ella.

—¿Ya estamos en el aire? —preguntó al ver el cielo azul por la ventanilla.

—Sí, tus ejercicios de respiración surtieron efecto.

Intentó decir que no sabía de qué hablaba, pero no iba a avergonzarse, así que asintió.

—Bebe la tila y trata de dormir, no pareces estar descansando mucho.

Se encogió de hombros sin definirse. Estaba agotado, así que le hizo caso y se lo bebió todo mientras lo observaba trabajar. Apoyó la cabeza en el amplio asiento sin dejar de mirarlo, ¿Cómo podía mantenerse alejado de él si parecía empeñado en meterse en sus asuntos?

—Adrien.

Lo mecieron con suavidad, convenciéndolo de despertarse, pero giró la cabeza para hundirse en su cálida almohada, le encantaba ese olor.

Gimió bajito apretando la cara contra la sedosa tela. Sintió una caricia en su nuca y se estremeció de placer, dejándose hacer. ¡Dios, quería quedarse para siempre así, cómodo, calentito y a salvo!

—Adrien —le susurró al oído.

Asustado, abrió los ojos al reconocer esa voz. Imposible, no podía ser. Levantó la cabeza sin moverse y encontró la cara de Alexander a pocos centímetros de la suya.

—Creo que nunca he visto a nadie dormir tan profundamente.

Se incorporó separándose de él con rapidez, mirando a todas partes, apenas quedaban unos pocos pasajeros en el avión.

—Lo siento muchísimo, señor Cornwall —empezó a disculparse agobiado.

—No pasa nada —le tranquilizó Alexander—. Te moví para despertarte y caíste sobre mí, fue un segundo.

Lo miró tratando de saber si decía la verdad. ¿Qué motivo tendría para mentir?

—Los demás ya están fuera, ¿vamos? —Alexander se puso de pie y recogió su maletín del compartimento.

—Sí, sí —murmuró acelerado, intentando espabilarse—. Lo lamento, yo… no estoy

durmiendo mucho… lo siento.

Alexander le agarró del brazo, pidiéndole en silencio.

—Deja de disculparte, no tenemos tiempo para eso. —Se dio la vuelta y lo dejó con la palabra en la boca.

Lo siguió a ciegas, todavía no estaba despierto del todo y parecía más seguro limitarse a seguirle por la terminal.

—¿Fred? —preguntó al ver al hombre delante de un Mercedes idéntico al que conducía en Boston.

—Buenos días, señor Cornwall. Señor Lewis —lo saludó el hombre de buen humor.

—Pero cómo… —murmuró confundido mientras Fred cogía el maletín de Alexander y su bolso e iba con ellos al maletero.

—Fred viaja conmigo. Es mi chófer personal —le explicó Alexander—. No eres al único al que no le gustan mucho los cambios.

Alexander abrió la puerta y le hizo una señal para que pasara.

—Le pedí café a Fred, te ayudará a despejarte antes de ir a la central.

Se quedó parado, mirando a Alexander sostener la puerta, esperando. Alzó un poco la cabeza mirándolo a los ojos, sin saber qué decir, pero con las palabras acumulándose en su garganta.

Su trabajo era encargarse de los demás, era la primera vez en mucho tiempo que alguien cuidaba de él. Aunque eso no era del todo cierto, porque Alexander ya lo había hecho antes.

—Gracias —murmuró.

Alexander inclinó la cabeza y le hizo un gesto con la mano para hacerle pasar.

Se lamió los labios y tomó una respiración profunda. Le besaría, ahí y ahora, incluso con Fred a un par de metros de distancia.

Los ojos plateados de Alexander brillaron, y su nuez se movió mientras tragaba de forma audible. Sentirse atraído por alguien no era nuevo, pero esa electricidad que le recorría el cuerpo sí.

—Llegamos tarde —le señaló Alexander bajando la voz para que solo él pudiese escucharlo.

Asintió con torpeza y tomó asiento. Alexander cerró la puerta y fue al otro lado del coche, andando despacio como si tuviera que tomarse un momento antes de reunirse con él. Saber que los dos estaban igual de afectados por su cercanía no fue precisamente de ayuda.

Bajó la ventanilla dejando entrar el aire mientras Alexander se ponía cómodo. Quedaban dos semanas para que se fuera, tenía catorce días para aniquilar ese fuego y convertirlo en cenizas. Ni siquiera fue consciente del momento en que empezó a arder por él.

# CAPÍTULO 13

**ALEXANDER**

“Arder a fuego lento”. Nunca había entendido esa expresión hasta el día en que tuvo a Adrien durmiendo sobre su pecho durante una hora.

Una hora completa de su vida, observándole como un tonto. Suerte que los demás estaban sumidos en las citas que había que planear durante la entrega de premios o de lo contrario tendría un par de cosas que explicar. Cuando se dio cuenta el avión ya había aterrizado y convenció a todos de que acababa de caerse sobre él solo para que se fueran mientras lo despertaba. Mintió, esperó a que el avión estuviera prácticamente vacío.

Un segundo más, se decía. Un segundo más para poder mirarle así. De observar su rostro relajado y preguntarse por qué parecía tan asustado. Adrien siempre mostraba una imagen profesional y tranquila, pero en cuanto llegó al aeropuerto supo que algo iba mal.

La sudadera gigante en la que estaba escondido, la capucha, la mascarilla, las gafas. Parecía un delincuente tratando de huir de la justicia. A esas alturas, por supuesto, ya le conocía mucho mejor que eso. Desde que aceptó acompañarlos a los premios había estado nervioso y conforme se acercaba el día más y más esquivo con todos.

O puede que solo fueran imaginaciones suyas, tampoco es que tuviera derecho a opinar. Se había pasado la semana mirándolo a todas horas como si fuera un acosador.

Gimió mirando al techo de su cama, volver a Nueva York no fue tan increíble como pensaba, le encantaba la ciudad, pero no podía ni alegrarse de estar allí.

¿Qué le pasaba a Adrien? Ni siquiera asistió a la cena que la empresa organizó para las delegaciones nominadas a los premios. Escuchó cómo Logan lo llamaba por teléfono cuando ya llevaban una hora en la fiesta y todavía no había rastro de él. Al parecer seguía encontrándose mal y prefirió quedarse.

No estaba enfermo, lo sabía y Logan también a juzgar por los mensajes que se pasó enviando toda la noche, podría ser a cualquier persona, pero algo le decía que eran para Adrien.

Salió a la terraza de su habitación y miró la ciudad llena de luces, la ciudad que nunca dormía. El lugar donde cualquiera puede empezar de cero, un sitio en el que perderse entre la gente que nunca dejaba las ruidosas calles. Le encantaba, era su lugar favorito del mundo. ¿Habría salido Adrien a hacer turismo?

Por el amor de Dios, estaba siendo patético. Puede que en verdad no se encontrase bien y estuviera exagerando solo porque no podía dejar de pensar en él.

Volvió a la habitación y se resignó a serlo un poco más.

**Alexander:**
No te vi en la fiesta. Espero que estés mejor para la reunión de las diez.

Adrien no lo vería hasta la mañana, pero no pudo contenerse, quizá debería borrarlo.

Para su sorpresa la respuesta llegó enseguida.

**Adrien:**
¿Sabía que en Nueva York puedes comer una pizza a esta hora? Son las tres de la mañana. Es una locura.

**Alexander:**
La magia de Nueva York. ¿Dónde estás?

**Adrien:**
En Chelsea.

Se planteó por un segundo si era adecuado preguntarle la dirección, pero sin duda eso estaría fuera de lugar. ¿Lo estaría?

Una búsqueda rápida en Google le mostró que había cuatro restaurantes veinticuatro horas en la zona. Solo necesitó cinco minutos para vestirse y subirse al coche antes de ir a por algo de comer. No tenía que ver con Adrien, para nada. Solo quería una *pizza*.

Lo encontró en el segundo local que visitó, sentando dentro de su sudadera, con las gafas, pero sin mascarilla ni capucha.

Era un restaurante pequeño y sencillo, más de turistas que para neoyorquinos de verdad.

Vio sus preciosos ojos marrones abrirse al máximo cuando lo vio traspasar la entrada.

—No lleva traje —le dijo con sorpresa, mirándolo de arriba abajo, sin disimular.

—No duermo con él —contestó sentándose enfrente.

Apenas se detuvo en el armario lo justo para coger unos vaqueros, una camiseta gris y las deportivas.

—¿Por qué está aquí? —le preguntó Adrien.

—Por tu culpa, me hablaste de *pizza* y solo puedo pensar en comerme una —mintió sin remordimiento. No podía decirle que llevaba pensando en él todo el día.

Adrien sonrió, una sonrisa amplia y natural que le llegó a los ojos.

—Al final pedí una tortilla con verduras —le confesó.

—¿A las cuatro de la mañana? —preguntó haciéndole un gesto a la camarera que servía café de mesa en mesa con una jarra.

—No es peor que comerse una *pizza* —protestó—. No pida café, es agua sucia —le advirtió Adrien.

—Te contaré un secreto. Casi todo el café de Nueva York es así si no sabes a dónde ir.

Adrien rio mientras la camarera le ofrecía un menú que no tocó.

—Una coca-cola y una *pizza* de jamón y queso —le pidió a la mujer sin molestarse en mirarla a la cara—. Tienes mejor aspecto.

—Sí, me fui a descansar después de las visitas a la oficina, me desperté a las dos y no había forma de dormir. El servicio de habitaciones cierra a las once, así que decidí investigar por mi cuenta sobre la comida de La Gran Manzana. ¿Qué tal la fiesta?

—No te perdiste nada, más de lo mismo —le aseguró fijándose en su cara para comprobar que estuviera bien. Adrien era muy transparente cuando se le conocía un poco y había aprendido a leerlo con facilidad.

—Su tortilla —anunció la camarera poniéndole el plato delante sin ceremonia.

—No creo que este local acabe en tu lista de comida para sorprender.

Adrien se encogió de hombros.

—Bueno, por lo menos mi plato tiene buen aspecto —comentó mirando su pedido.

La tortilla ocupaba casi la mitad del espacio, acompañada por patatas fritas y una pequeña ensalada de pimientos. Esperó mientras Adrien le daba su veredicto.

—No está nada mal —le aseguró.

—Tendré que fiarme de tu palabra. No me gusta el pimiento.

—No lo creo, por ahí viene la suya. Y por el tiempo que tardó en prepararla yo no esperaría gran cosa —le advirtió en voz baja para que no le escuchara la huraña camarera.

No dijo nada mientras les dejaban la comida. La verdad es que no tenía buena pinta, a pesar de que ya había pedido algo sencillo tratando de evitar problemas.

—¿Y bien? —le preguntó Adrien.

Masticó un buen rato antes de responder.

—Asquerosa —reconoció.

Adrien se rio y su corazón se detuvo por unos agónicos tres segundos. Quería escucharlo reír de nuevo, ver sus ojos brillar de felicidad mientras estaba con él.

—No puede ser para tanto —protestó Adrien.

Partió un pedazo y se lo dio a probar.

—¿Crees que miento? Pruébalo si tienes valor.

Adrien aceptó el desafío, cortó un trocito y lo comió.

—Es terrible, la peor que he probado en toda mi vida —decidió—. Está bien, puede coger de la mía.

Adrien puso el plato entre los dos para compartirlo con él. Fue absurdo que algo tan ridículo como ese pequeño gesto le causase ese efecto a su cuerpo.

—No es la peor *pizza* que he comido. Esa fue en la universidad, cuando volvíamos de las fiestas de las hermandades, había un local que vendía cerveza, perritos y *pizza*. Todo a dos dólares. Era horrible, pero era peor no comer nada después de beber tanto.

—¡Señor Cornwall! —exclamó Adrien con sorpresa—. No le imagino borracho.

—¿Por qué soy al único de tus jefes al que no llamas por el nombre? —preguntó sin pensar. En realidad, ninguno de sus empleados usaba su nombre, no lo permitiría.

—Porque es el único capaz de despedirme —respondió Adrien con seriedad.

—Ellos también pueden hacer eso —contradijo.

—No, qué va —le contestó negando con la cabeza con efusividad—. Logan y Lucas preferirían despedirse a sí mismos antes que a mí —bromeó.

Esta vez se rio con él porque era cierto.

—Además, usted no es una persona del tipo… amigable. Así que…

Debería dejarlo estar, pero no quería.

—Solo soy estricto cuando es necesario. No soy tan malo como jefe, ¿o sí?

Adrien abrió los ojos y arrugó la nariz en una mueca muy cómica.

—Depende del día —contestó Adrien con timidez, haciéndole sonreír—. Aunque es un poco difícil imaginarle de otra manera que no sea con su traje y el ceño fruncido. ¿Un estudiante juerguista que va de fiesta en fiesta con sus amigotes y come *pizza* para evitar la resaca? Nunca lo habría dicho.

—No creo que sea algo tan extraordinario, ¿no lo hicimos todos en la universidad? —preguntó mirándolo.

—No lo sé, yo no fui. ¿recuerda?

—En realidad no es tan diferente del instituto. ¿O me vas a decir que tú no ibas a fiestas en aquel entonces?

En cuanto lo dijo supo que se había equivocado. La alegría con la que le recibió fue

sustituida por una expresión cautelosa.

—No a muchas. Soy de un pueblo cerca de Buckland, en el condado de Franklin. No había mucho movimiento. Al principio fui a algunas, pero dejé de hacerlo.

—¿No te gustó el ambiente? —Probó su tortilla, la verdad es que estaba buena.

Adrien miró a la mesa, unos segundos antes de dedicarle la sonrisa más falsa de las que le había brindado hasta el momento.

—No era lo mío. Ya me vio en la fiesta de empresa, las multitudes, los desconocidos, el ruido… no son lo mío. Soy una persona tranquila, me gusta estar solo.

No lo creía, pero no iba a decírselo.

—¿Eras buen estudiante? —le preguntó.

Una sonrisa extraña volvió a su rostro.

—El mejor de mi clase desde el primer año. Me encantaba estudiar, tenía facilidad para ello. Mi asignatura favorita era álgebra.

—A nadie le gusta el álgebra.

Adrien se rio dándole la razón.

—Si tenías buenas notas, ¿por qué no solicitaste una beca?

—Lo hice —contestó nervioso limpiándose las manos por cuarta vez con la servilleta.

—¿No te la dieron?

Adrien sacó el móvil del bolsillo de su sudadera y comprobó la hora.

—Es tarde. Lo siento, debería irme. Mañana tenemos reuniones y tendría que estar despejado.

—Deja que te lleve —se ofreció levantándose de la silla.

—No hace falta, puedo pedir un taxi.

—Son casi las cinco y tu hotel me queda de camino —insistió dejando un billete sobre la mesa para pagar la comida de los dos.

Fue un viaje incómodo, Adrien fue mirando por la ventanilla todo el camino, retraído y sin pronunciar ni una sola palabra.

—Lo siento. Fue muy amable al venir a acompañarme. Perdone, no me gusta hablar de mí —se disculpó Adrien en cuanto paró delante de su hotel.

—No debí preguntar —contestó. Quería saber más de su vida, pero entendía que era una persona muy cerrada.

Adrien le dedicó una triste sonrisa.

El impulso de solucionar lo que fuera que lo hiciera infeliz apareció de la nada, pero no desapareció mientras lo veía salir del coche.

Se quedó observándole subir las escaleras, intentando repasar la conversación en su mente para saber en qué se había equivocado.

Siguió dándole vueltas al volver a su apartamento y se metía en la cama. La mirada herida de Adrien, la fragilidad que demostró mientras le llevaba. Tenía la sensación de que le había lastimado, pero no comprendía cómo. El arrepentimiento tampoco era una emoción con la que estuviera familiarizado.

# CAPÍTULO 14

—Café —anunció Tifanny entrando en la sala de juntas.

Los jefes acababan de salir y estaban en la oficina de Alexander. Tenía dos horas libres hasta la comida con uno de los mejores clientes de la empresa.

—Oh, gracias. Eres muy amable —dijo sorprendido por su generoso gesto, desde que la conocía jamás le había dado nada—. No pude desayunar esta mañana y me moría por algo de cafeína.

Alzó la cabeza de su *tablet* para mirarla y se quedó desconcertado al ver la bandeja que llevaba.

Tiffany le dedicó una sonrisa fría con la que podría helar un desierto antes de dejar con cuidado una bandeja de madera a su lado.

—¿Me traes el desayuno? —preguntó asombrado al ver unos pequeños *croissant* y unos mini pastelitos dispuestos sobre un plato de fina porcelana. A su lado una taza de café con esponjosa espuma con cacao en la superficie—. Muchísimas gracias. —Puede que se hubiera equivocado con ella.

Las comisuras de los labios de Tiffany temblaron en un esfuerzo por no dejar de sonreír.

Tiffany colocó con cuidado la taza y el plato, junto a una servilleta de lino y unos relucientes cubiertos. Sacó una pequeña tarjeta que dejó al lado de la vajilla. Se dio la vuelta y se fue a la puerta sin decir ni una palabra.

Se detuvo cuando agarró el picaporte y volvió a girarse para mirarlo.

—Viene de Tribecca, ¿sabes? Cada uno de esos dulces son de un local distinto, francés, italiano y austriaco —dijo con rabia mal contenida.

—¿Gracias? —contestó sin saber qué decir ante su actitud pasivo agresiva. No entendía por qué tenía un gesto tan bonito, si luego iba a echárselo en cara.

—El café es el mejor de la ciudad. Cuesta veinte dólares la taza.

Se atragantó con la saliva al escucharla.

—¿Por qué? Es café, ¿fuiste a Colombia a recogerlo?

Tiffany enderezó la espalda apretando el picaporte entre sus dedos, creando un extraño sonido.

—No, recorrí Tribecca para conseguírtelo todo. El señor Cornwall fue muy específico con lo que debía traerte.

La miró mientras sus palabras cobraban sentido en su cabeza.

—El señor Cornwall usa a la gente hasta que no le sirven, no sé qué quiere de ti, pero esto no es a cambio de nada. Él no es así, te está tratando como a uno de sus clientes. Buscando la manera de llevarte a su terreno.

Luchó contra las lágrimas que se acumularon en sus ojos. Sus antiguos demonios golpeándolo con la fuerza de un mazo, hundiéndolo un poco más en el hoyo en el que llevaba semanas metido.

—No tengo nada, no hay nada que pueda darle a alguien como él. Solo soy el secretario de Logan, si lo que quiere es un espía no lo voy a hacer y él ya lo sabe —dijo en voz baja.

Tiffany asintió con brusquedad.

—Pues díselo, esto no es Boston. Este tipo de cosas —dijo señalando la mesa—. No pasan desapercibidas en Nueva York. Empezarán a pensar que eres un chivato y tus jefes desconfiarán de ti. No importará lo que digas o hagas, una vez la gente te señale como un traidor, siempre habrá la duda. No querrás quedarte sin trabajo, ¿verdad? Recuerda tu puesto.

Negó con la cabeza, mirando la mesa, hasta que escuchó cómo se abría y se cerraba la puerta.

Se derrumbó sobre la silla, el miedo extendiéndose por su cuerpo. Ya había pasado por eso antes, sabía lo que era perderlo todo.

Alcanzó la nota del plato, sacándola del pequeño sobre para poder leerla.

*"Te prometo que este café sabe a café de verdad.*
*A.C."*

Guardó el papel en su maletín, mirando el desayuno. Era precioso, tenía un aspecto perfecto, como un sueño… pero sabía de sobra que los sueños no eran más que trampas.

Alexander Cornwall era su jefe, el CEO de su empresa, solo eso. Puede que estuviera usando su indudable atractivo para manipularlo, la gente como él lo hacía a todas horas. Mentían, retorcían, prometían… lo que fuera para conseguir su objetivo, aunque lo destrozaran todo en el camino.

Igual que hizo Sam.

Saltó de la silla en cuanto ese nombre maldito volvió a su cabeza. Recogió sus cosas y salió de la sala de juntas sin tocar la comida.

—Adrien —escuchó a su espalda.

Pulsó varias veces el botón del ascensor, tratando de que llegara antes.

—Adrien —volvió a llamarlo Logan.

Se coló entre las puertas, deslizándose sin que terminaran de abrirse. Presionó una y otra vez para que se cerrara, pero Logan consiguió meterse dentro.

—¿Qué haces? ¿No me escuchabas? —le preguntó sonriéndole.

Adrien apretó la correa de su maletín entre los dedos.

—¿Adrien? —La sonrisa incombustible de Logan desapareció al verle a la cara. No supo que vio en él, pero enseguida estuvo a su lado—. ¿Qué ocurre?

—Me vuelvo a casa —No lo miró a la cara. No quería ver la decepción en su rostro.

—¿Qué? ¿Por qué? Lo estás haciendo genial, tienes a La Gran Manzana impresionada con tu talento. Esos estirados han estado hablando de ti, estás en tu elemento. Esta es tu oportunidad.

Tuvo que apretar los labios para no echarse a llorar allí mismo.

—No lo es. —Cerró los dedos en un puño—. Venir aquí fue un error.

—¿Qué dices? Esta era tu prueba de fuego y todo ha salido bien. El puesto es tuyo, siempre lo fue. Solo tenías que arriesgarte. No estés nervioso. —Trató de consolarlo acariciándole el brazo—. Es un hecho, eres el nuevo jefe de relaciones públicas de Doble L.

—No lo quiero —murmuró agobiado.

—¿Cómo no lo vas a querer?

—Me voy a casa. No quiero nada de esto. No lo quiero, no puedo.

—Ya está hecho. Lucas va a llevarnos a los dos a cenar para anunciártelo de forma oficial —le aseguró Logan.

Levantó la cabeza con horror. «No, no, no».

—No puedo hacerlo, lo siento. Yo… yo… recogeré mis cosas, cuando llegue.

—Pero… ¿Qué estás diciendo? No puedes irte por eso, es una locura —murmuró Logan

preocupado.

—Yo no… no puedo —susurró sin mirarlo.

—Tranquilo, tranquilo. Vamos a arreglarlo, nos iremos juntos a casa y podremos hablar de esto. —Logan lo atrajo a un abrazo, apretándolo con fuerza contra su cuerpo, intentando transmitirle calma.

—Logan, ¿dónde estabas? —los recibió Lucas cuando salieron al vestíbulo de salida—. ¿Va todo bien? —preguntó al ver sus caras.

Alexander y Tiffany iban detrás con dos ejecutivos, pero miraron en su dirección al escucharle hablar.

—Sí, sí —contestó Logan con más firmeza. Le sacó el identificador que llevaba colgado al cuello y se lo dio a Tiffany—. Me temo que tengo que volver a Boston.

—¿Por qué? —preguntó Lucas pasando la mirada del uno al otro.

—Cometí un error y organicé una reunión con el señor Marshall, olvidé decírselo a Adrien y ahora tenemos que volver. Ya sabes lo difícil que es, no podemos darle plantón.

—Estoy seguro de que el señor Marshall entenderá que cambiéis la cita, los premios se entregan esta noche —opinó Alexander. —Es importante que los dos estéis ahí.

Se encogió un poco al escuchar su voz. Logan lo notó porque estaban prácticamente pegados, puso la mano en su espalda y se sintió un poco mejor, más respaldado y seguro.

—Me temo que no podrá ser. Ya tenemos los billetes, Marshall es uno de nuestros mejores clientes, con premio o sin él no podemos dejar de hacer lo que hacemos. Es un hombre ocupado.

Lucas seguía observándolos en silencio, pero por fin interrumpió la conversación cuando Alexander parecía a punto de volver a hablar.

—No os entretenemos más, es un contrato importante —dijo Lucas lentamente sin dejar de mirar a Logan.

Los tres eran conscientes de que con que se fuera uno de los dos era suficiente, Lucas intuía que algo sucedía, pero confiaba en el criterio de Logan.

—Lo es —le aseguró a su amigo. En su fugaz cruce de miradas hubo toda una conversación que solo estaba destinada a ellos.

—Marchaos —les ordenó haciéndose a un lado.

Logan lo guio fuera sin soltarlo.

—Puedes quedarte, es un premio importante. Me iré solo —murmuró sintiéndose fatal por él, todos habían trabajado mucho para llegar hasta allí.

—Voy contigo —contestó parando a un taxi con un gesto.

—Logan, en serio. Esto es algo personal no tienes que…

—Tú eres algo personal para mí, somos amigos —le interrumpió enfadado.

—Venga… trabajamos a muerte por ese premio. Te mereces estar ahí para recogerlo —insistió.

—También es tuyo —le recordó Logan.

—Pues ve a esa cena por mí. Estaré bien.

Logan soltó un sonido exasperado, mirándolo como si hubiera perdido la cabeza.

—Acabas de renunciar a un trabajo que te encanta.

—No puedo hacer esto ahora. Lo siento.

—Adrien… —murmuró Logan con exasperación.

—No renunciaré —le prometió para que se tranquilizara—. Pero tampoco voy a aceptar el puesto. Gracias a los dos por confiar en mí y a ti por darme una oportunidad.

Logan lo miró fijamente, la preocupación marcada en cada centímetro de su cara.

—No te di nada, te la ganaste. Nunca te regalé nada, te esforzaste más que nadie. Te mereces ese puesto.

Adrien negó con la cabeza.

—Quédate, no me perdonaré si te quito esto. Te llamaré en cuanto llegue a casa, para que estés tranquilo. Te lo prometo.

—No sé —murmuró Logan sin acabar de convencerse.

—Confía en mí, ya me encuentro mejor. Me agobié, necesito pensar.

Logan lo observó tratando de saber si decía la verdad.

—Está bien, pero saldré mañana en el primer vuelo. Solo me quedaré para recoger el premio.

—Vale, gracias.

—Y, Adrien… hablaremos cuando vuelva —le advirtió abriendo la puerta del taxi para dejarle pasar.

Asintió y se metió en el coche para no decir nada más. Dio el nombre del hotel al chófer mientras consultaba internet. Canceló su billete de avión que tenía comprado para un par de días después y compró dos de tren para volver a casa.

Recogió sus cosas de la habitación y cogió otro taxi a la estación. Mintió a Logan y le dio el horario del siguiente vuelo a Boston, para que no se preocupara. Compró una botella de agua y esperó casi una hora a que saliera el primer tren.

Pasó tres horas de viaje antes de parar, no pudo aprovechar nada de su viaje. Se quedó sentando, sin moverse, viendo el mundo convertido en un borrón de color a su paso.

No sabía qué hacer. Era un volcán a punto de estallar, sin control y sin posibilidad de adivinar cuando arrasaría la lava.

Se compró un café doble en la estación mientras comprobaba el cartel de las salidas.

“Buckland”. Leyó dos veces la pantalla para asegurarse. Hacía más de diez años que no pensaba en ese nombre hasta ayer. Allí empezó y acabó su vida.

# CAPÍTULO 15

Compró un billete a pesar de que todos sus instintos le advirtieron de que no lo hiciera. Una hora más tarde, estaba de vuelta en el instituto. Volvía a ser un adolescente que se negaba a ver la realidad del mundo que lo rodeaba, vivía de migajas y se escondía de todos.

Llegó a la estación donde cogió un tren para huir con dieciocho años. Las mismas calles, sonidos e incluso el olor al río y las arboledas que rodeaban el pueblo.

La casa donde se crio estaba igual que siempre. Una valla desvencijada mal pintada en color blanco y un jardín cuidado con parches de hierba seca.

Observó el edificio desde la calle. La ventana de la cocina estaba medio subida, su madre siempre la mantenía abierta. En un lugar como Buckland no había que preocuparse por robos o la delincuencia. Las puertas nunca se cerraban con llave, todos se conocían, era un sitio seguro.

Las mismas cortinas de flores amarillas ondeaban movidas por la brisa, el segundo escalón de porche seguía torcido, todavía había una caseta de perro vacía. Bucky murió cuando él tenía ocho años, pero sus padres se negaron a regalarle otro perro.

Tomó una respiración, nunca imaginó volver a poner un pie en ese lugar. Había tenido pesadillas durante años enteros sobre su último día en esa casa.

No pudo quedarse con nada más de lo que llevaba puesto. Si se esforzaba podía verse a sí mismo, humillado y destrozado, mientras bajaba esos cinco peldaños llorando, rezando para que la puerta se abriera y alguien, quien fuera, le dijese que todo era un mal sueño.

—Hola. ¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó una mujer asomándose por una esquina de la casa.

Se quedó bloqueado al mirarla, agarrotado como si estuviera clavado al suelo.

No había cambiado nada, tenía unos rizos rubios naturales y definidos a la altura de la barbilla, maquillaje impoluto y un conservador vestido de flores hasta la rodilla. Era preciosa, siempre lo fue.

Cuando era niño todos decían lo mucho que se parecía a ella, le encantaba que la gente lo dijera, porque no conocía a ninguna persona más bonita que su madre. A su padre nunca le gustó la comparación. Solía fruncir el ceño y decir con voz enfadada. “Los hombres no son bonitos, eso es cosa de mujeres y flores. ¿Quieres ser una flor, chico?”

Se vio en ella y el vértigo hizo que se le doblaran las piernas. Se aferró con fuerza a su pequeña maleta de viaje, necesitaba que todo dejara de girar por un segundo para recuperar la compostura. Iba muy tapado con la bufanda y las gafas de son, además ya nada quedaba de su antiguo aspecto. Su yo de diecisiete años no se parecía en nada al adulto. Dios… la echaba tanto de menos. No sabía que todavía podía sentirse así.

Quiso llorar, por un segundo pensó en arrodillarse y suplicar perdón, la había necesitado tanto. Los primeros años después de irse solía soñar con ella. Fantaseaba que se presentaba en la puerta de su apartamento para llevarlo de vuelta a casa, que le pedía perdón… que le decía que nunca dejó de quererlo. Era poco menos que un niño, todavía creía en los finales felices y que la familia debía quererte sin importar lo que sucediera.

—¿Estás bien? —Ella se acercó sin perder la sonrisa.

—Yo… yo… —murmuró mientras su aroma lo alcanzaba. Margaritas y luz de sol. Su madre

siempre olía como un jardín de flores naturales, probablemente porque pasaba gran parte del día cuidando el patio trasero que siempre tenía llena de plantas.

Carraspeó intentando encontrar su voz.

—¿Qué vendes? —le preguntó señalando su maleta.

No podía decir ni una sola palabra. Su sonrisa, su voz, su olor… la quería tanto… no pensó que pudiera después de lo que pasó. Al parecer se había equivocado y todavía era un niño estúpido sin un ápice de sentido común en su cabeza.

—¿Te encuentras bien, cielo? ¿Quieres tomar un vaso de limonada? Es fresca, la hice esta misma mañana con los limones de mi huerto.

Era sureña, ese acento suave y cálido no podía ser de ningún otro lugar. La actitud abierta y acogedora, la hospitalidad… lástima que fuera solo una fachada.

—No hace falta. Gracias —murmuró sin poder dejar de mirarla.

Sus pendientes de perlas blancos, la fina cadena de oro al cuello, el anillo de pedida sobre su alianza de boda. Dolió. Ni siquiera perder a un hijo hizo que la perfecta Izzi Hart dejara a su marido. Claro que no.

—No es ninguna molestia. ¿Vendes útiles para la cocina? Hace una semana perdí mi fuente favorita al llevar una tarta a la iglesia —le dijo dibujando un puchero con sus labios.

Un gesto infantil que en otra persona quedaría ridículo, pero que a ella la hacía aún más adorable.

—Era casi una reliquia familiar, mi marido me la regaló la Navidad que nos casamos —le explicó sonriendo con cariño al hablar de él.

—Estoy seguro de que podrá dejarle otra cosa a sus hijos. —No debería haber dicho eso, tenía que salir de allí lo más pronto posible.

Ella sonrió de nuevo y las arcadas hicieron que tuviera ganas de doblarse.

—No tengo hijos, pero soy la orgullosa tía de cinco sobrinos y seis sobrinas. Somos una gran familia feliz.

Se le rompió el corazón. “Una gran familia feliz”. Sin hijos. Lo borraron como si su existencia no fuera nada, como si fuera la basura que tenía que esconder bajo la alfombra.

—Tengo que irme —la cortó antes de ponerse más en evidencia.

—Pero no me dijiste que vendes —le recordó riendo—. ¿Es tu primer día?

—Sí. —Volvió a fijarse en su cara, sus ojos siempre brillaban. Desde que tenía memoria lo había mirado con orgullo, hasta que decidió que era la peor vergüenza de su vida—. Lo siento, no estoy preparado.

—No te preocupes, vuelve cuando quieras —lo invitó sin perder la sonrisa.

—Lo haré —mintió sonriéndole como pudo. No quería hacerlo, sentía que le desquebrajaba la piel donde su sonrisa empezaba. No sabía que sonreír doliera tanto—. Cuídese señora Hart.

—¿Cómo sabes mi apellido? ¿Nos conocemos? —le dijo mirándole directamente a la cara—. ¿Eres de por aquí?

Se esforzó por no moverse ni reaccionar. No quedaba nada del Adrien que ella conoció, ellos se encargaron de aniquilarlo y él de reconstruirse con una apariencia que reflejara su yo real.

Se había cortado el pelo, deshaciéndose de sus rizos, y el tinte para borrar su rubio natural. Había perdido mucho peso, empezado a usar ropa de su talla y estilo moderno, incluyendo color a su vestuario. Su tez blanca había desaparecido cuando empezó a trabajar de repartidor por las tardes. Las gafas de sol ocultaban sus ojos que era lo único que no podía disimular. En diez años había cambiado tanto que incluso a él le costaba reconocerse al espejo.

—Me resultas familiar. ¿Nos hemos visto antes?

—No lo creo, gracias por su tiempo. Que tenga un buen día —se despidió obligándose a no mirar atrás. Nunca debió volver. No sintió la necesidad de hacerlo en diez años. ¿Por qué tuvo que hacerlo hoy?

Usó su móvil para pedir un taxi cuando estuvo lo suficiente lejos y volvió a la estación.

Fue una mala idea, lo sabía, pero el impuso fue más fuerte que su cabeza. Para sus padres la pérdida de su hijo no significó nada, un traspié fácil de olvidar.

Logan tenía razón, era el único que continuaba anclado en sus malos recuerdos. Todos habían seguido adelante menos él, y es que, al contrario que los demás, su libro quedó destrozado y sin páginas en las que escribir.

Suspiró con agotamiento mientras el tren se ponía en movimiento y su móvil vibraba dentro de su bolso.

Logan lo estaba llamando y en la parte de arriba podía ver que tenía correos, mensajes y llamadas sin responder. Descolgó, creyendo que algo malo habría sucedido.

—¿Dónde demonios estás? Y no se te ocurra mentirme diciendo que en tu casa porque te juro que cojo el siguiente vuelo para llegar hasta ti.

—Logan… —murmuró arrepentido en cuanto escuchó lo alterado que estaba.

—No me mientas más. Rosie te estuvo esperando en el aeropuerto por horas. Habló con la aerolínea y le dijeron que nunca hubo ningún billete a tu nombre.

—Lo siento —susurró apoyando la cabeza en el cristal. Aliviado de escuchar una voz amiga, aunque estuviera enfadado.

—Maldita sea Adrien. ¿Estás bien?

—Lo lamento, no quería mentirte —repitió. Logan era un buen amigo, no se merecía preocuparlo de esa manera.

—Estoy a unas dos horas de Boston. Ya voy en el último tren. Te enviaré el resguardo si quieres comprobarlo.

—Hazlo, por favor —le pidió Logan un poco más tranquilo.

Apartó el teléfono de su oreja y envío una captura de pantalla antes de retomar la llamada.

—Llevo llamándote las últimas dos horas, creía que habías tenido un accidente. Lucas y yo llamamos a todas partes. No es propio de ti no responder al teléfono. ¿Buckland? ¿Qué hay ahí? —le preguntó Logan después de ver lo que le había enviado.

—Nada. Preferí coger el tren y no quise decírtelo. Siento haberos preocupado, no era mi intención.

No le gustaba haberlo engañarlo, pero tampoco quería compartir esa parte de su pasado con nadie.

—Joder, solo no vuelvas a darme un susto así. Te juro que casi me da un ataque.

Lo conocía como para notar cuando mentía. Y se sintió aún peor, Logan se lo tomaba todo a risa, siempre tenía una actitud relajada, pero no quedaba ni rastro de ella en su voz. Estaba preocupado de verdad.

—Rosie estará esperándote en la estación —dijo sin darle opción a réplica.

—Vale —aceptó en voz baja—. ¿Logan?

—¿Qué? —contesto de mal humor.

—Gracias por preocuparte por mí —dijo en voz baja. No tenía a nadie más, a nadie le importaría nada si desaparecía o si enfermaba.

—Adrien…

—¿Estás hablando con él? ¿Está bien? —escuchó la voz de Lucas.

—Sí, el vuelo estaba completo y para no preocuparnos cogió un tren. Se quedó sin batería,

acaba de encenderlo —mintió Logan.

—Solo un susto, menos mal. Por Dios, le compraremos un segundo móvil. Dile que lo mataré cuando lo vea.

—Ya lo hice. Ahora me reúno con vosotros —le respondió Logan para que se fuera.

—Dile que lo siento.

—Deja de disculparte por Dios. Solo quiero que estés bien, voy a vigilar ese tren en tiempo real y no descansaré hasta que Rosie me envíe una foto tuya entrando por el portal de tu edificio —le advirtió.

Se rio por lo ridículo que estaba siendo, limpiándose las lágrimas que no dejaban de caer.

—No hagas tonterías, ¿vale? Solo quédate quietecito hasta llegar a casa. ¿Me lo prometes?

Se limpió las lágrimas mientras volvía a reírse.

—Te lo prometo. Te enviaré una foto en pijama desde el sofá.

Logan se rio con alivio.

—Más te vale.

—Te llamo cuando esté en casa. Suerte esta noche.

Colgó y volvió a guardar el móvil en su bolso. Miró por la ventana, dejando que el movimiento lo adormeciera.

Cuando salió del tren, Rosie ya le estaba esperando.

—Adrien. Nos tenías preocupados. Tienes mala cara, Logan dijo que no te sentías bien. Pasé por ese restaurante del muelle para comprarte sopa de pollo y verdura. Luego fui a la panadería del centro y compré esos panecillos redonditos que te gustan.

Se quedó parado a unos pasos de distancia, conmovido porque se hubiera molestado tanto por una enfermedad que ni siquiera tenía. Avanzó hasta ella y la abrazó con fuerza, Rosie no dudó en apretarlo contra sí.

—No te preocupes, cuidaremos de ti. —Rosie se separó para poder verle la cara, le palmeó las mejillas y sonrió—. Ya estás en casa, te tenemos Adrien.

Boston era su hogar, lo acogió cuando perdió el suyo. Lo vio destrozado y cómo se levantaba hasta conseguir lo que tenía ahora.

—Es bueno estar en casa.

# CAPÍTULO 16

**ALEXANDER**

—¿Enfermo? —preguntó Lucas quitándole las palabras de la boca.

—Sí, enfermo. El resfriado se le complicó —les explicó Logan.

—No parecía encontrarse tan mal cuando lo recogí en la estación de tren —dijo Rosie preocupada.

—Lo sé, él creía que estaba bien, pero ayer por la noche empezó la fiebre.

—¿Fue al médico? —preguntó Lucas frunciendo el ceño con preocupación.

—Lo llevé yo mismo, le sugirió que se quedara unos días en reposo, tomando líquidos y descansando.

Miró a Logan fijamente. Se fue la misma noche en que recogieron su galardón, parecía extraño en alguien que adoraba las fiestas que desapareciera de una que era en su honor. Tenía que ver con Adrien, estaba seguro. La forma precipitada en la que abandonó la ciudad, ni siquiera contestó al llamarlo por la tarde. Su cara cuando salió con Adrien del ascensor parecía desencajada, no entendía nada. ¿Habrían discutido?

—¿Varios días? —repitió Lucas con incredulidad.

—Lo sé, nos viene mal con las reuniones que…

—No lo digo por eso, nos apañaremos. Es que Adrien no falta al trabajo —le cortó Lucas.

—Nunca ha dejado de venir durante cinco años. Tiene que estar muy enfermo —dijo Rosie mirando a su jefe—. Voy a llamarle por si necesita algo.

No pudo evitar comprobar el móvil. Había llamado dos veces a Adrien sin conseguir respuesta, ni recibido un mensaje preguntándole por qué llamaba. No quería, pero empezaba a estar preocupado.

Consiguió contenerse una hora antes de enviarle un mensaje.

**Alexander:**
¿Estás enfermo de verdad?

Apareció leído casi al instante, pero no hubo respuesta. Esperó tamborileando con los dedos en la mesa. No conseguía quitarse la sensación de que había cometido un error. Ni siquiera le comentó qué le pareció el desayuno que encargó para él.

Tiffany entró en la oficina después de dar dos golpes en la puerta.

—Señor Cornwall. El informe de París ya está disponible, el señor Merè quiere una respuesta mañana.

Asintió y la despachó con un gesto antes de preguntar.

—Tiffany, ¿le llevaste al señor Lewis lo que te pedí?

Ella se giró con la sorpresa visible en su rostro.

—Sí, señor —contestó abriendo la puerta.

—¿Te dijo algo? —le preguntó antes de que se fuera.

La desaprobadora sonrisa de Tiffany le puso de peor humor.

—¿Señor?

Le dedicó una mirada intensa hasta que ella bajó la cabeza al suelo, consciente de que estaba al límite de su paciencia.

—No me dijo nada, pero creo que no fue de su agrado.

¿Cómo no iba a gustarle? Le había comprado el mejor desayuno de la ciudad.

—¿Qué te lleva a pensar eso? ¿Te lo dijo él?

—No, señor, es que lo dejó intacto. Ni siquiera se bebió el café, fue todo un desperdicio.

—¿Cómo? —preguntó enfadado—. ¿Y por qué no me lo dijiste?

Ella le dedicó una mirada molesta.

—No sabía que tuviera importancia.

Refrenó su mal genio, a punto de decirle que sí la tenía.

Llamó a Adrien en cuanto se cerró la puerta. No respondió.

Miró el móvil con incredulidad, sin terminar de creerse lo que estaba pasando. ¡Nadie ignoraba a Alexander Cornwall! Había gente que insistía durante meses solo para conseguir hablar con él unos segundos.

Descolgó el teléfono fijo de la oficina y lo llamó de nuevo. Respondió al primer tono.

—Dime Logan, ¿qué necesitas?

—No suenas muy enfermo.

—¿Señor Cornwall? —murmuró con sorpresa—. ¿Necesita algo? Rosie puede ayudarle con lo que sea.

—No se trata de trabajo, me preguntaba…

—Lo siento señor. Si no quiere hablar de nada laboral, debo colgar, estoy de baja.

—¿Cómo? Adrien, ¿qué…?

—Por favor, absténgase de contactar conmigo si no es por trabajo. No tengo nada que decirle.

Se quedó con el teléfono en la mano, escuchando como comunicaba la línea. ¿Le acababa de colgar?

Recogió su maletín y salió del despacho furioso. Tiffany intentó preguntarle algo, pero lo dejó estar al ver su cara.

Fred ya lo esperaba con el coche encendido.

—A casa de Adrien —le indicó.

Mientras llegaban, le ordenó a Tiffany que cancelara la reunión que le quedaba esa mañana, volvería a la oficina en una hora como máximo.

Adrien vivía en el tercer piso de un edificio de ladrillo con diez plantas. Subió en el ascensor, dando golpecitos de impaciencia en el suelo.

Fue directo a la letra C, pulsó el timbre y tapó la mirilla con el dedo.

—¿Sí? —preguntó Adrien desde dentro.

Volvió a presionar el timbre sin responder.

—¿Quién es? —inquirió al abrir la puerta—. ¿Alexander? Quiero decir, ¿señor Cornwall? —se corrigió con rapidez.

Se cruzó de brazos, mirándolo de arriba abajo. Salvo el sonrojo en su cara no había nada extraño en su aspecto, desde luego no que justificara que faltara una semana al trabajo. Llevaba un jersey fino de color azul claro que le quedaba grande. Un pantalón de pijama azul oscuro y unos calcetines blancos.

—¿No tienes nada que decirme? —preguntó.

—No señor, nada en absoluto.

Dejó salir un bufido perdiendo la paciencia antes de pasar al apartamento sin que lo invitase.

—No le di permiso para entrar —protestó Adrien todavía en la puerta.

—Lo tomé por mi cuenta —respondió soltando el botón de su chaqueta, sentándose en el sofá.

El interior del piso encajaba bien con el dueño. Muebles de líneas sencillas, pocos adornos, pero con carácter. Colores claros y algún toque de verde, era un lugar agradable. Nada ostentoso ni elaborado, pero cálido y hogareño.

Adrien cerró la puerta, casi temblando de indignación.

—Esto está completamente fuera de lugar. No tiene derecho a venir aquí sin invitación.

—Demándame.

Adrien lo miró como si pensara que estaba siendo ridículo. Suspiró con cansancio, pasándose la mano por la cara.

—¿Puede marcharse por favor? —le pidió con calma.

—¿Por qué no tomaste el desayuno que te regalé? —preguntó.

Adrien se cruzó de brazos en una pose defensiva.

—Eso no era un regalo. Le pidió a su secretaria que los comprara, así que supongo que debería ser ella la que estuviera haciendo una rabieta en el salón de mi casa.

—Soy un hombre ocupado, ¿no pretenderás que vaya recorriendo las cafeterías de la ciudad para buscar pasteles? Mi tiempo vale mucho dinero.

Adrien lo fulminó con la mirada.

—Por eso no comprendo cómo puede desperdiciarlo viniendo hasta aquí. Gracias por el desayuno, tenía un aspecto estupendo —dijo de forma mordaz.

Lo miró fijamente sin decir nada, esperando una explicación.

—Señor Cornwall… —comenzó con tono conciliador.

—Alexander —lo corrigió.

—Señor Cornwall… —volvió a empezar sin mirarlo—. Le agradezco el detalle, fue muy amable por su parte, pero innecesario. Está perdiendo el tiempo conmigo. No voy a contarle nada sobre mi empresa, ni mis jefes.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? No necesito saber nada más de ellos, ya sé todo lo que quería.

Adrien lo miró con intensidad.

—Pues entonces no sé qué quiere de mí, pero tiene que parar.

—No estoy haciendo nada —protestó desconcertado por su actitud.

—¿Qué imagen cree que proyecta cuando le pide a su secretaria qué haga algo así? —lo interrogó Adrien con exasperación.

—Ninguna, solo es un desayuno. Sé lo mucho que te gusta la comida y la noche anterior dijiste que el café sabía a agua sucia. Solo quería darte un buen desayuno, es comida. No significa nada.

Adrien chasqueó la lengua con molestia.

—¿Invita a todos sus empleados a desayunar?

—No seas ridículo —contestó crispado.

—No lo soy. No soy nadie, no puede hacer esas cosas y esperar que la gente no se fije en ello.

—Puedo hacer lo que quiera —protestó frustrado. ¿Cómo era posible que fuera malo tener un

gesto con él?

Adrien dio un pisotón en el suelo.

—Tiene razón, pero yo no. Tiffany dijo que usa a la gente y la creo. Lo único que no entiendo es qué espera sacar de mí.

Lo miró indignado, sentándose al borde del sofá en un intento de hacerle entender que no tenía sentido.

—Por Dios, ¿por qué eres así? ¡Es un puto desayuno! ¡Solo eso! Dulces y café, no quería ni esperaba nada. ¡Solo quería dártelo!

Adrien lo miró igual de frustrado que él, parecía estar al límite.

—La gente está empezando a comentar que me trata de forma distinta. Me gusta mi trabajo, no quiero que nadie dude de mi confianza cuando se vaya. Por favor, márchese.

—Todo esto por un desayuno —repitió sin dar crédito—. ¿Te das cuenta lo ridículo que es?

Adrien se enderezó, lanzándole una mirada que lo hizo sentirse insignificante.

—¿Y usted? —le devolvió con altivez.

Se levantó del sofá, indignado y salió al pasillo, bajó las escaleras sin esperar al ascensor. Necesitaba un momento para no decir algo de lo que se arrepintiera.

Se metió en el coche sin dar tiempo a que Fred para salir y abrirle la puerta.

—¿A dónde, señor? —preguntó el hombre cuando no le dio indicaciones.

Se quedó en silencio mirando el edificio con rabia.

Fred apagó el coche después de diez minutos sin decirle nada, salió a fumar un cigarrillo a los cuarenta, a la hora fue a por café y le pasó una taza sin pronunciar palabra. Por eso le gustaba Fred, siempre sabía cuándo estar callado.

Adrien salió con la misma ropa después de una hora, caminando directo hacia ellos con una bolsa en la mano. Lo miró a los ojos frunciendo el ceño, aunque no le dijo nada. Le tendió a Fred la bolsa con cuidado.

—Bocadillo de albóndigas y un refresco —le informó. Fred le dio las gracias y desapareció para sentarse en un banco de la calle.

—¿Tiene en mente acampar aquí fuera? ¿Debería traerle una tienda de campaña? No tengo, pero puedo conseguirle una.

Se mordió la lengua negándose a no responder.

Adrien bufó como un gato enfadado antes de apoyar la cadera en el coche inclinándose sobre la ventanilla.

—Un coche con chófer en esta calle también llama la atención. ¿Podría irse a otro sitio?

—La calle es libre —masculló.

Adrien sonrió a regañadientes, como si no quisiera hacerlo.

—Está bien, voy a suponer que no hay dobles intenciones en su gesto.

—Porque no las hay —le rebatió.

—Pero no estoy cómodo con ello, así que no lo haga. Y por favor, tampoco venga a mi casa, ni envíe a su chófer…

—¿Se puede saber qué hice? Estuvimos bien por la noche, de repente sales huyendo y eres otra persona. Creo que me merezco una explicación.

—En realidad, no. Todo el mundo tiene libertad para elegir con quién se relaciona y hasta cuándo, sin tener que dar una explicación.

Eso dolió, acababa de decirle que no era lo suficiente importante como para explicarle por qué le echaba y lo hacía sentirse un bicho raro. Era la primera vez en su vida que alguien lo rechazaba de esa manera tan extrema.

—No es una cuestión de libertad, es por humanidad y luego dicen que yo soy despiadado —murmuró girando la cabeza para no mirarlo.

—Lo siento, no quería que sonara así —se disculpó Adrien con rapidez.

—Suena a que me estás echando, sin explicación y sin motivo. Transformaste un gesto sincero en algo retorcido y extraño. Aun así, estás en tu derecho. No te preocupes, no volveré. ¡Fred! ¡Nos vamos!

—Oye no te vayas así, es que…

—Queda claro —le interrumpió subiendo la ventanilla mientras Fred se ponía al volante todavía terminando de masticar—. A la oficina —le ordenó.

—Sí, señor —murmuró en voz baja.

No sabía que lo llevó a venir en primer lugar, Adrien tenía razón. No era nadie para él.

# CAPÍTULO 17

Adrien miró la espalda de Alexander mientras le estrechaba la mano al fotógrafo que dirigiría la siguiente campaña. Todo en su postura recta, su tono firme y sus gestos hablaban de un hombre seguro, acostumbrado a ser la autoridad.

Tenía su mirada herida grabada en la mente desde que discutieron. Pudo ver el segundo en que le hizo daño, y la verdad es que le dolió también. Le parecía tan imposible que tuviera la capacidad de herir a alguien como él, que trató de convencerse de que solo eran imaginaciones suyas. Aun así, volvió a la oficina al día siguiente en vez de tomarse los días libres que Logan había sugerido.

En cuanto sus ojos se encontraron, Alexander apartó la mirada y pasó el resto del día ignorando su presencia.

Le embargó una sensación de alivio al entender que de verdad iba a dejarlo tranquilo… la satisfacción le duró un día, conforme pasaba el tiempo llegó la tristeza. Era raro ver a alguien a diario y no poder ni saludarlo. Era lo preferible, eso seguro. Cuanto más lejos lo tuviera mejor, no debería dolerle, no se conocían en realidad. ¿Qué importaba? Se iría en pocos días, no lo había visto ni una sola vez en cinco años, probablemente no volviera a verlo jamás.

—¿Cree que le robamos a su mascota o algo así? —le preguntó Logan después de una reunión interminable.

—¿De qué hablas? —Movió los hombros tratando de aligerar la presión de su nuca.

—De Alexander. ¿No crees que está raro? Hace unas semanas parecía relajado con nosotros. Ahora de vuelta a los ceños fruncidos y la mirada de acero. No hay quien le entienda, es tan retorcido.

—Creí que te caía bien —murmuró fijándose en la mesa para no tener que ver a Logan.

—No me malinterpretes, es un hombre brillante. Es excelente en su trabajo, el mejor de la industria, pero no es un tipo con el que puedas tomarte una cerveza o tener una cena agradable. Alexander Cornwall es puro negocio, si no tienes un símbolo de dólar estampado en el culo no le interesa nada de lo que puedas decirle.

Se mordió el labio mientras pensaba, y no podía estar más en desacuerdo. Incluso cuando Alexander empezó a cenar con él para preparar la campaña de Morrison, siempre consideró sus encuentros interesantes. Escucharlo hablar de cualquier cosa, apreciar su inteligencia, la conversación fluida, la buena comida, el ambiente relajado… repetiría sin dudarlo… si las circunstancias fueran distintas.

—A lo mejor está muy ocupado, parece que tiene muchas responsabilidades.

—Cierto, puede que se prepare para irse.

—Se marchan este fin de semana.

Su corazón dio un vuelco al escucharlo.

—Pero todavía les falta esta semana y la que viene. ¿Por qué se van? La fiesta del señor Morrison es el próximo jueves.

Logan se encogió de hombros.

—Ni idea, tiene mucho trabajo y creo que vuela a Europa muy pronto. Lucas y yo creemos que están preparando una expansión internacional a gran escala. Solo son rumores, pero eso

explicaría el motivo por el que estaba tan empeñado en conseguir el contrato de Morrison.

—Supongo que sí —dijo decaído. Era consciente de que no debía verle, pero le entristecía saber que realmente ya no podría hacerlo.

—Por cierto, ¿cómo vas? —lo interrogó Logan—. ¿Te encuentras mejor?

—Me preguntas eso todos los días. Sí, estoy mejor.

Logan lo miró entrecerrando los ojos.

—Perdóname por preocuparme por ti. No tienes buen aspecto, pareces distraído y algo triste. Me preguntaba si es el momento indicado para tener una conversación y que me expliques lo que pasó en Nueva York.

Dejó salir un gran suspiro, sabía que ese momento llegaría.

—Sé que has tenido mucha paciencia dándome espacio.

Logan asintió mirándolo con atención.

—Sé que lo necesitabas, estabas hecho polvo.

—Me gustaría ser sincero contigo y después del lío que monté te debo una disculpa.

—Pero no vas a hacerlo. Adrien… —protestó Logan.

—Mira, sé que pudo ser frustrante y que parece que hago las cosas sin motivo. Puede que creas que soy muy dramático o que estoy mal de la cabeza.

—Claro que no —le aseguró Logan—. Todos tenemos problemas y demonios propios, nadie está libre de cargas.

—Ya lo sé, por supuesto que lo sé. Es que no quiero hablar de eso. Corrección. No puedo.

—¿Eres un espía secreto y tendrías que matarme si me lo dijeras?

—Logan —pronunció exasperado.

—Adrien. Soy tu amigo, no le diré a nadie nada de lo que me digas.

—No es que no me fie de ti. —Dejó de hablar pensando en lo que acababa de decir—. Me fio de ti, en casi todo.

—Menos para confiarme tus secretos —adivinó Logan.

—Lo siento, sé que no es justo. Te mereces más que eso. Tú siempre eres sincero conmigo y yo…

Logan negó con la cabeza cortando su respuesta.

—No me idealices, no es real. Hay cosas que no te cuento, pero no porque no confíe en ti. Todos tenemos asuntos de los que no queremos hablar o que preferimos guardar para nosotros mismos. Mi intención no es inmiscuirme en tu vida privada, solo quiero ayudar.

Sopesó sus palabras, en cierta forma su capacidad para tener relaciones se había estancado en la adolescencia.

—Cuando vine a vivir aquí hice tabula rasa. Empecé de cero, creé un Adrien nuevo y dejé mi pasado atrás, donde debe quedarse.

Logan lo examinó con detenimiento.

—¿Y qué pasó con el otro?

—¿Con quién? —preguntó desconcertado.

—Con el antiguo Adrien. ¿Qué fue de él?

Miró al suelo con rapidez, cohibido, sorprendido al notar sus ojos cubriéndose de lágrimas.

—No lo sé y no sé si quiero saberlo —susurró—. Pensé mucho en nuestra conversación, en lo que me dijiste de estar estancado.

—No sabía de qué hablaba.

—Tenías razón. Es un instinto de protección, cuando llegué aquí probé muchas cosas, hice todo distinto a como lo conocía y cada vez me iban peor. Este trabajo me salvó. No es una forma

de hablar —le aseguró mirándolo a los ojos—. Me levantaba de la cama por inercia, iba a trabajar como un zombi, un trabajo después de otro para poder pagar las facturas y seguir un poco más…

—Adrien… —Logan cubrió su mano con la suya, apretándola con suavidad—. Lo siento mucho.

—Por aquel entonces no tenía muy buena opinión de mí mismo. No creía que mereciera la pena, ni que pudiera hacer nada que de verdad sirviera para algo. Me conformé con existir y olvidé que la vida no consiste en eso. Hasta que llegué aquí, incluso yo que estaba muerto por dentro, podía notar la fuerza, la energía de este sitio, de vosotros. De repente me levantaba lleno de ilusión, quería hacer cosas, fue como despertarse de un largo sueño —relató sin dejar de mirar al suelo.

—¿Y tienes miedo a que si cambias de empleo vuelvas a sentirte mal?

—En el fondo sé que no —respondió con sinceridad—. Pero me siento como cenicienta la noche del baile, me pregunto cuándo desaparecerá la calabaza.

Logan se levantó para abrazarlo, sentándose a su lado en el sofá.

—No lo hará, no hubo hada madrina. Tú creaste la magia. Todo es obra tuya, lo hiciste bien. Mejor que bien —dijo abrazándole con fuerza.

Era tan raro dejar que lo abrazaran, permitir que lo consolaran de nuevo, hacía años que no tenía ese tipo de contacto con nadie.

—Voy a aceptar el ascenso. Si Lucas y tú no estáis hartos de mí y el puesto sigue en pie —confesó limpiándose las lágrimas.

—¿Lo dices de verdad? —preguntó Logan sujetándole de los hombros para poder mirarle a la cara—. ¿Te sientes preparado?

—La verdad es que no —le confesó soltando una risita acuosa—. A pesar de ello estoy listo para intentarlo.

Logan volvió a abrazarlo con fuerza, soltando un grito efusivo que le destrozó el oído.

—Lo harás genial, esto solo puede ir a mejor. Ya lo verás.

No se atrevió a llevarle la contraria, deseaba con todas sus fuerzas que estuviera en lo cierto.

Lucas y Logan lo sacaron a cenar para celebrar su ascenso, lo pasaron muy bien los tres hasta que se les escapó que habían invitado a Alexander, quien rechazó asistir.

Al día siguiente hicieron otra celebración en la oficina con todos los demás, ni él ni Tiffany fueron. Se dijo que no tenía importancia, aun así, cuando se acostó esa noche en su cama era lo único en lo que podía pensar.

—Parece que las noticias corren rápido. Otro paquete para ti, Adrien —le dijo Logan tendiéndole una pequeña caja, al volver de su cita con un cliente.

—No han dejado de llegar en todo el día —le aseguró Rosie mirando el paquete con curiosidad—. La gente con la que trabajamos está enviando obsequios para celebrarlo.

—Son muy generosos, no hacía falta —murmuró mirando de reojo a Alexander que estaba leyendo las notas que le acababa de dar Tiffany.

—Nuestra gente te adora, ahora eres tienes un puesto importante, algunos de esos regalos son para hacerte la pelota —señaló Lucas.

—No es verdad, ya me enviaban regalos antes —protestó.

—Adrien esto también es para ti —le dijo el portero del edificio pasándole un gran ramo de flores.

Se quedó mirándolo asombrado, dejando salir el aire por la sorpresa. Era precioso, elegante, con flores blancas y beis entre un mar de rosas de un suave color melocotón.

—¿Quién te envía esa preciosidad? ¿Tienes algo que contarnos? —preguntó Rosie mirándolo más de cerca.

—Vamos chicos, tenemos trabajo —les ordenó Logan, echó un vistazo a las flores, pero se limitó a sonreír.

En cuanto todos se fueron buscó una tarjeta, no había nada. ¿Quién podría enviarle un ramo tan grande y caro sin decir quién era?

Volvió a contemplar las flores, eran preciosas, sencillas, elegantes… levantó la cabeza, mirando a la puerta cerrada del despacho de Alexander.

Alguien que sabía que su regalo no sería bien recibido.

Se dejó caer en la silla, abatido por la culpa. ¿Habría malinterpretado sus acciones?

Se prometió que no haría nada al respecto, su resolución duró hasta media tarde.

Llamó con suavidad a su puerta aprovechando que Tiffany salió al baño.

—Adelante.

Tomó una bocanada de aire para relajarse y entró a su despacho.

—Buenas tardes, señor Cornwall —dijo quedándose en la entrada.

Él levantó la vista de su ordenador y endureció su semblante.

—¿Qué necesitas?

Alexander alzó las cejas con gesto exasperado, esperando a que dijera algo.

—Quería agradecerle su regalo. Son preciosas, nunca me habían regalado flores.

—¿Qué te hace pensar que es mío?

—Todo en ese ramo lleva su marca.

Él suspiró tocándose la ceja con gesto de enfado.

—Lo encargué yo mismo, así que, si esto va a ser la continuación del drama con el desayuno…

—No, no es eso. No —le aseguró acercándose a la mesa—. Lamento todo lo que pasó el otro día. Creo que malinterpreté su gesto.

Alexander cerró su portátil para mirarlo en silencio.

—Solo quería mostrarte lo mejor de mi ciudad.

—Ahora lo sé, pero no fue adecuado.

—¿Por qué? —quiso saber Alexander.

—Porque hace que la gente imagine cosas, me pone en una postura complicada con los demás empleados.

—Eso es cierto, lamento haberte puesto en una situación difícil y no irme de tu casa cuando me lo pediste.

—Acepto sus disculpas, gracias. Ahora tiene que decir que admite las mías también —le indicó poniendo los brazos a la espalda, entrelazando las manos.

—Las acepto —asintió con rigidez Alexander—. No estoy acostumbrado al rechazo.

—Ni yo soporto sentirme acorralado. Los límites son importantes para mí.

Alexander asintió despacio.

—Lo recordaré.

—Supongo que ya no tiene sentido, dicen que se va la semana que viene. Así que…

Se balanceó sobre sus pies sin saber qué decir. El teléfono sobre el escritorio empezó a sonar, salvándole de añadir cualquier tontería, aprovechó la distracción para irse.

—Un momento —escuchó que decía a su espalda—. Adrien —le llamó.

Se giró a mirarlo, tenía el auricular tapado mientras lo sujetaba con la otra mano.

—¿Sí?

—Gracias por venir.

Sonrió dedicándole un asentimiento con la cabeza.

—Que tenga un buen día, señor Cornwall.

La sonrisa desapareció de su rostro en cuanto salió.

Tiffany lo observó de arriba abajo, mirándole con desaprobación.

Pasó delante de ella, ignorando su opinión. Se mordió los labios para no esbozar una sonrisa mientras volvía a contemplar su precioso ramo sobre el escritorio. Se sentía mucho mejor ahora que había solucionado las cosas con Alexander. Al menos sus caminos se separarían en buenos términos.

# CAPÍTULO 18

La fiesta del estreno de campaña del señor Morrison fue espectacular. No habían escatimado en nada, música, comida, bebida, el local, todo a la medida del cliente más exigente de la empresa. Mereció la pena; los invitados estaban encantados y las redes sociales se llenaron de fotos de la celebración.

Aguantó seis horas en la fiesta antes de estar seguro de que Logan ya no iba a necesitarlo más. Recogió la bolsa que había llevado con él y sacó sus deportivas blancas. Se quitó los zapatos a juego con su traje negro, eran preciosos, pero no muy cómodos para andar, se deshizo de la corbata y lo guardó todo en su bolsa de tela antes de salir por la puerta de servicio.

—¿Te vas? —preguntó Alexander a su espalda.

—Demasiada diversión para mí. —Se contuvo para no devorarlo por la mirada, su traje era gris, entallado y ajustado, con una camisa blanca y sin corbata, con dos botones desabrochados.

Alexander sonrió de medio lado, también parecía cansado. Los últimos días lo había visto trabajar sin descanso, ya estaba en la oficina cuando todos llegaban y todavía seguía allí cuando se iban.

—Creo que yo también he llegado a mi límite. ¿Nos vamos por detrás para que nadie se entere? —le ofreció Alexander.

—Era mi plan —confesó saliendo al callejón—. ¿Una semana dura?

—No tanto como la tuya. Una fiesta increíble, pensé que ya tomarías tu puesto.

Negó con la cabeza, levantando la cara al cielo, agradecido de sentir el frío nocturno.

—Todavía no. Aún estoy buscando a alguien que me sustituya y un ayudante para mí.

—Seguro de que encontrarás a la gente adecuada.

—Eso espero. —Salieron a la calle principal, Fred estaba ya fuera del coche, listo para llevar a Alexander de vuelta al hotel.

Alexander le quitó la bolsa de las manos y se la pasó a su chófer.

—Todavía no Fred.

—Por supuesto, señor —dijo el hombre con educación.

No se molestó en preguntar a dónde iban, lo siguió metiéndose en el paseo del puerto en el que no había nadie dado que era un jueves a las tres de la mañana.

—¿Supongo que tendrá ganas de volver a la Gran Manzana?

Alexander rio, causando un delicioso estremecimiento que le recorrió la espalda de arriba abajo.

—Me voy mañana, creo que podemos olvidar el trato formal por esta vez —le sugirió.

Sintió un pinchazo al pensar en no volver a verle.

—Podría intentarlo, pero solo porque mañana tengo el día libre. Esta será la última vez que nos veamos. Escuché en la oficina que te vas a Europa.

—No es un secreto. Volaré la semana que viene para abrir una nueva división, ya tengo al equipo.

—Eres el CEO de la empresa, ¿no es mucho trabajo para ti? Ahora tendrás que viajar a Europa constantemente.

—No. Estaré durante la apertura, asegurándome de establecer los estándares que espero de

ellos y un modelo de trabajo, pasado ese tiempo tienen que funcionar solos.

—¿Vas a quedarte mucho en Europa?

—Por lo menos dos meses, tres si las cosas no van bien.

—Yo me agobiaría, viajar en avión, vivir en otro país con otro idioma…

—Hablo francés y ya conozco París, no habrá problema. Además, estoy acostumbrado a viajar. Si no tienes miedo a volar es realmente cómodo.

—Ya, sobre eso me gustaría aclarar que no tengo miedo a volar.

Alexander lo miró con incredulidad.

—Recuerdo bien lo asustado que estabas cuando subimos al avión.

—Sí, lo sé. Pero no era por eso, no me gustan los espacios cerrados, ni estar en un lugar del que no puedo salir.

—¿Eres claustrofóbico?

—Supongo. No es la primera vez que volaba, es solo que fue demasiado. Estoy en un momento… complicado.

—Tú eres una complicación en ti mismo.

Dejó salir una risa al escucharle.

—Ya. Soy una pesadilla. Lo siento, no vengo con instrucciones.

—Eso lo haría más fácil. Quería preguntarte… ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—¿Sobre qué? ¿El ascenso? Es...

—¿Complicado? —sugirió Alexander.

Los dos se rieron al mismo tiempo.

—Lo es, parece lógico aceptar algo así, pero cada decisión conlleva unas repercusiones y bloquea una salida.

—Y no te gusta sentirte acorralado —recordó Alexander.

—Sí, justo eso.

Los dos siguieron andando unos cuantos pasos en silencio, deteniéndose a disfrutar de las vistas del puerto que estaba precioso decorado por cientos de luces.

—No te entiendo —reconoció Alexander observándolo—. Me frustra tu manera de ser, me estresa no comprender lo que haces. Eres contradictorio, desconcertante y desquiciante.

—Y por eso te alegras de perderme de vista. De nada, creo.

Alexander se giró llamando su atención.

—Todavía no estoy seguro si eso será algo bueno.

Se sostuvieron la mirada y ese familiar tirón que lo empujaba hacia Alexander fue más fuerte que nunca. Cada vez que avanzaba un milímetro en su dirección de forma voluntaria, lo atrapaba como si fuera la Tierra y el Sol, imposible romper la órbita.

Dio un paso atrás, tratando de conseguir algo de espacio y aire.

—A los dos nos vendrá bien volver a nuestra rutina. Es mejor así —dijo en voz baja.

—Sí, para los dos —estuvo en acuerdo Alexander.

Ambos coincidían, no había motivo para esa sensación de malestar que le llenó el pecho.

—Supongo que esto es un adiós —murmuró—. He aprendido mucho de usted, gracias. Le deseo lo mejor en sus nuevos proyectos.

Le ofreció la mano, Alexander la miró fijamente antes de tomarla con delicadeza.

Su mano tembló entre sus largos dedos, podía sentir su pulso martilleando contra su garganta, su boca se quedó seca, paralizado sin saber qué hacer.

Alexander alzó su mano despacio para besar el dorso con delicadeza.

Su centro se volvió líquido y espeso, sus huesos blandos y delicados.

—Adiós, Adrien.

Necesitó tres intentos para que le saliera la voz. No podía hablar si sus ojos plateados lo observaban de esa forma tan llena de necesidad, haciendo promesas que los dos sabían que no iba a cumplir.

—Adiós… Alexander —susurró dando un paso atrás, deshaciéndose de su agarre. Pronunciar su nombre en voz alta, le supo como un buen postre, dulce en el primer bocado y con un sabor sorprendente cuando se deshace en la boca. Delicioso.

La mirada de Alexander se oscureció y su agarre, que ya se estaba retirando, volvió a apretarlo con fuerza.

Sus respiraciones resonaron fuertes y entrecortadas, incluso con los ruidos de la ciudad de fondo.

Alexander tiró de su brazo y sus cuerpos chocaron. Por inercia puso las manos sobre su pecho, listo para empujarle lejos, pero no hizo nada. Sus pectorales estaban duros y marcados, su olor consiguió que su cuerpo se sintiera débil, obligándolo a apoyarse más contra él.

—Esto es una idea terrible —musitó tratando de que el sentido común se impusiera. Estaban en medio de una calle, a la vista de cualquiera que pasara cerca, con una fiesta de empresa a pocos metros.

—Horrible —le confirmó Alexander. Rodeó la cintura con sus brazos, acercando su cara a la suya.

Le clavó los dedos sobre la camisa, intentando que el mundo dejara de girar. Trató de empujarlo, de verdad que sí, pero sus manos cobraron vida propia y subieron por sus fuertes hombros.

Se respiraron el uno al otro, la necesidad crepitando entre ellos.

—Por favor… —susurró mareado por su proximidad, no sabía que estaba pidiendo, que se apartara o se acercara aún más.

En cuanto escuchó su súplica, Alexander estrelló sus labios, uniéndolos en un beso apasionado que profundizó en apenas un segundo. Se rindió a su boca si dudar, permitiendo el paso de su lengua. Un gemido escapó de sus labios, besaba de una forma tan demandante que era imposible mantener en orden sus pensamientos.

Todo a su alrededor desapareció, solo quedó la presencia imponente de Alexander, su cuerpo duro y fuerte, sus labios ardientes y su adictiva lengua.

Acarició su pecho con las manos, incapaz de seguir sin probar nada del magnífico banquete que suponía su cuerpo. Se aferró a sus costados, inclinando la cabeza para dejarle hacer.

Su mente quedó adormecida mientras sus lenguas jugaban, paró de pensar en cuanto sus dientes le rozaron los labios.

Quería alargar ese beso, quedarse en ese momento perfecto antes de las excusas y los arrepentimientos. No necesitaba escuchar que era un error, porque eso ya lo sabía.

El ruido alegre de varias personas al acercarse los hizo separarse. Se tambaleó sobre sus piernas inestables e imitó la postura de Alexander girándose hacia el puerto mientras un pequeño grupo de chicas pasaban por detrás.

Alexander carraspeó a su lado, recolocándose la chaqueta como si no hubiera sucedido nada. Hizo lo mismo, usando todos los mecanismos de autocontrol que conocía para tranquilizarse.

—Te llevaré a casa —dijo Alexander con tono frío.

—No es necesario… —trató de decir.

—Vamos. —No admitía réplica así que no se molestó en intentarlo.

Fred no hizo ningún comentario cuando los vio acercarse, se limitó a abrirles la puerta del

coche para dejarlos entrar y devolverle su bolsa.

Murmuró un gracias muy bajito al pasar, pegándose lo máximo posible a la puerta en cuanto volvieron a quedarse a solas. No era tan idiota como para creer que iba a pasar algo más, pero ya que no se opuso al beso, al menos podría consolarse pensando que lo había hecho al final.

Llegaron a su piso en lo que le pareció un suspiro, tomó una bocanada de aire y todo el valor que pudo reunir para mirarle.

La última vez que se veían en persona. Las palabras desaparecieron entre los dos, no eran necesarias, sus ojos lo dijeron todo.

"Adiós".

Salió del coche sin mirar atrás, con el pulso en la garganta y el corazón mucho más pesado que al empezar la noche.

Tenía el viernes libre, lo que le dejaba un largo fin de semana. En vez de disfrutarlo, pasó todo el día pensando en excusas para ir a la oficina y verlo una vez más. Limpió su apartamento de arriba abajo, fue a la compra, hizo toda la colada, salió a comer, borró mensajes antiguos de su correo, limpió todas las cartas y propagandas que había acumulado en el cajón de la cocina. Hizo todo lo que llevaba postergando por falta de tiempo y ganas, a pesar de ello, tuvo tiempo de sobra para contar cada hora que faltaba para su marcha.

Todavía tenía acceso a su agenda, Tiffany había puesto en color amarillo su vuelo a las siete y media de la mañana.

Dio vueltas en la cama, tratando de obligarse a dormir, nada estaba siendo de ayuda. Una vela de vainilla ardía sobre la mesilla, el aroma y la luz deberían ser relajantes, pero no conseguían que conciliara el sueño, a pesar de que ya casi eran las tres de la mañana.

—Por Dios… —murmuró exasperado consigo mismo. Se levantó de la cama, cogió el albornoz para cubrir su cuerpo desnudo y fue a la cocina. Puede que tuviera más suerte si tomaba algo dulce.

Eligió un mousse de chocolate, apenas le había dado un par de cucharadas cuando llamaron a la puerta.

—Voy Sandra —dijo resignado cogiendo el juego de llaves extra que tenía de su vecina. Ella trabajaba en el hospital y sus turnos eran tan brutales que muchas veces olvidaba las llaves, la tercera vez que la encontró durmiendo en la escalera se ofreció a guardar un juego de emergencia por si ella lo necesitaba.

Abrió la puerta sin dudar, pero quedó congelado con la manilla en la mano al comprobar que no era su vecina.

—¿Qué…?

No tuvo tiempo a decir nada, Alexander lo tomó en brazos, empujándolo dentro del apartamento, devorando su boca con besos desesperados y hambrientos.

Jadeó aferrándose a él, mientras metía los dedos entre su pelo. Dejó que lo aplastara contra la pared, su cuerpo duro lo hizo sentirse pequeño y a su mereced. Le encantó la sensación de perderse entre sus brazos.

Respondió con la misma intensidad, devorándolo en un beso brutal, intentando calmar sus ansias de tener un poco más de él, de hacerle sentir más, de poder estar más cerca.

Alexander lo manejó a su antojo, lo alzó en brazos, obligándole a rodearle con las piernas. Gimió aferrándose a su cuello con ganas, tratando de encontrar un punto de apoyo.

Giró la cabeza, recibiendo una lluvia de besos y mordiscos en su cuello que lo obligaron a

jadear con fuerza.

Tiroteó de su chaqueta hasta que consiguió sacársela y sin dejar de besarle siguió con su camisa. Cayeron juntos en el colchón y esta vez fue el propio Alexander quien terminó de quitarse la ropa.

Contuvo el aliento, había demasiada piel al descubierto, tenía un cuerpo precioso. Fuerte y trabajado en los lugares indicados, pero sin los excesos de quien es esclavo del gimnasio, la visión de lo que había bajo su ombligo hizo que se le secara la boca.

—¿Estás seguro? —le preguntó Alexander inclinándose sobre él, agarrando el cinturón de su bata sin ir más allá.

La señal de alarma sonó en su cabeza. No saldría ninguna cosa positiva de ahí, iba a arrepentirse, no debía hacer nada así con el jefe de su empresa.

Asintió, dándole permiso. No era la mejor idea, pero el anhelo hizo que esa necesidad acuciante ganara la partida.

Alexander agarró con suavidad de la tira de tela, abriéndolo despacio. Contuvo el aliento, con su pulso sonando como si fuera un tambor por todo su cuerpo.

Sus ojos grises volvieron a él, lamiéndose el labio inferior antes de que su atención fuera de nuevo a su bata. Retiró la tela con manos firmes, examinando todo lo que quedaba al descubierto.

Por un segundo quiso cubrirse, alejarse de la intensidad de su mirada, pero tan pronto como el pensamiento llegó, se fue.

No había rechazo en sus ojos, parecía fascinado. Observaba su cuerpo como si fuera algo especial, se sintió deseado y el calor floreció bajo su piel despertando de su largo letargo. Su deseo fue tan intenso que apenas podía pensar.

Lo agarró del cuello y tiró buscando su boca, deslizó su lengua con la suya separando las piernas para acercarle.

Alexander gimió dentro del beso, sus manos recorriendo su piel con ansia. Tembló cuando sus cuerpos desnudos se rozaron por todas partes.

Los labios de Alexander crearon un camino de destrucción por su cuello y su pecho, haciendo que los fuegos artificiales estallasen cuando lamió y chupó su pezón. Se aferró con fuerza a su espalda, apretando las manos en su piel.

Mordió su hombro, frotándose contra él, dejando salir sonidos que lo avergonzarían si alguna vez se atrevía a pensar en ello. Los dientes de Alexander rozaron su pezón, quitándole todo el aire de los pulmones.

Extendió la mano a ciegas y sacó el lubricante de su cajón, dejándolo sobre la cama.

Alexander hizo gala de nuevo de esa capacidad de controlarlo todo al alcanzar el frasco sin dejar de tocar sus sensibles crestas. Cerró los ojos preparándose para la incomodidad y molestia que conllevaba ese paso, habían pasado muchos años desde la última vez.

No sintió nada que no fuera placer. Alexander, lo saturó de caricias, estaba por todas partes, creando en él una acuciante necesidad que lo hizo mecerse contra su cuerpo cuando deslizó un dedo en su interior. Se tomó su tiempo, torturándolo mientras lo abría, sus manos y su boca descubriendo su cuerpo hablaban de un ansia que amenazaba con acabar con él, pero fue gentil mientras se aseguraba de que estuviera listo. Nunca había disfrutado de esa parte, aunque sin duda lo estaba haciendo.

—Necesitamos condones —murmuró Alexander mordiendo su cuello cuando gimió en protesta al retirar sus dedos.

Se retorció, acariciando su erección tratando de guiarlo a su interior.

—Adrien… —jadeó Alexander empujándose en su mano—. Condones, ahora.

—No uso —murmuró besando su mandíbula, mordiéndola como si fuera el mejor postre—. No los necesito.

Alexander musitó una maldición, alejándose de él apenas unos segundos para alcanzar su traje y sacar uno de la cartera.

Jadeó cuando volvió a la cama, cubriéndolo con su cuerpo mientras se ponía el preservativo. Lo atrajo a sus brazos, devorando su boca.

—Puedes decir que no —le recordó Alexander recuperando el lubricante para extenderlo en su erección.

Rodeó sus caderas con las piernas, pasando las manos por su pecho y sus hombros.

—Quiero decirte que sí —susurró rozando sus labios con los suyos. Alexander lo besó despacio, sus manos fueron a sus muslos, acomodándose a su alrededor mientras entraba en su cuerpo.

No paró de besarlo, bebiéndose cada uno de sus sonidos al convertirse en uno. Cerró los ojos dejando salir un suspiro cuando por fin tocó fondo.

Esperaron un segundo, dos, tres.

—¿Adrien? —susurró Alexander, destilando tensión por su esfuerzo en no moverse.

Abrió los ojos, conteniendo el aliento al verlo tan cerca, con los labios colorados por sus intensos besos y la mirada nublada de placer.

—Alex —El diminutivo los sorprendió a los dos, pero la lenta sonrisa que adornó su rostro le indicó que no estaba molesto.

Se retiró despacio y volvió a empujarse de nuevo, repitiendo el movimiento sin mucha fuerza hasta que consiguió que sus caderas se movieran juntas.

Hundió los dedos en la espalda de Alexander, presionándole contra su cuerpo, buscando estar lo más cerca posible.

Alexander aumentó el ritmo, girando sus caderas con cada embestida, asegurándose de que llegaba lo más profundo que podía, masajeando cada pequeña terminación de placer que tenía en su interior.

Su cabeza se perdió mientras gemía y el ritmo de sus embestidas se volvía cada vez más salvaje e intenso.

Alexander se empeñó a fondo, asegurándose de encontrar su punto de placer haciendo que se deshiciera bajo su cuerpo. Se aferró a él, metiendo las manos entre su pelo para poder besarlo como si quisiera devorarlo.

Sus gemidos y sonidos desesperados parecían alentar a Alexander, apretó con fuerza sus caderas entre las manos para cambiar el ángulo, embistiéndolo de forma desesperada. El orgasmo lo sorprendió sin avisar, atravesándolo desde la columna vertebral. Clavó las uñas en su espalda, arañándolo en medio del éxtasis más exquisito. Escuchó un gemido ronco y lo sintió terminar mientras todavía volvía a la tierra.

Alexander se dejó caer sobre su cuerpo, descargando su peso en él. Sonrió agotado, acariciándole la espalda, poniendo un beso en su hombro.

—¿Estás bien? —le preguntó al oído, causándole un delicioso estremecimiento cuando abandonó su interior al tumbarse a su lado.

Dejó salir un sonido de aprobación con la garganta, no quería hablar. El placer todavía lo tenía en una nube, el sueño y los nervios de los últimos días hicieron su trabajo y sin más, se quedó dormido.

# CAPÍTULO 19

Despertarse en su cama no era algo nuevo, el dolor sordo en algunas partes de su cuerpo sí. Tardó un poco en que su cerebro le proporcionara la información necesaria. Se giró buscándole sin encontrar ni rastro de él, sus sábanas estaban revueltas, pero su albornoz yacía perfectamente colocado al final del colchón. Tampoco quedaba ni rastro de la ropa que esparcieron por el suelo.

Cubrió su desnudez y salió al pasillo sin saber qué se iba a encontrar. Nada. Ni una pista de lo que había pasado.

Volvió a la habitación y recuperó su móvil, tenía mensajes, pero ninguno de Alexander.

Se sentó en la cama ignorando la molestia de su cuerpo, no era realmente doloroso. Se quedó en silencio por unos minutos, reviviendo lo que había pasado, tenía muchas preguntas, aunque sabía que no tendría respuesta. Tampoco es que esperase otra cosa. Pasó los dedos por sus labios, todavía sentía el peso de su boca sobre ellos.

Habían transcurrido muchos años desde que se permitió ser vulnerable con alguien y darle acceso a su cuerpo. La inquietud se arrastró sobre su piel, se obligó a hacerla retroceder. Alexander no era Sam. Puede que lo hubiese usado para el sexo, pero no podía quitarle nada, en todo caso sería él quien tendría mucho que perder.

Fue directo a la ducha tratando de llegar a algún acuerdo consigo mismo. El pasado no debía seguir dominando su presente, ni futuro. Logan se acostaba con varias personas al mes sin repercusiones, no podía continuar mirando atrás. Tuvieron sexo, los dos querían y desde luego fue consentido. No le daría más vueltas porque la situación no fue como aquel entonces. Era consciente de lo que hacía, Alexander no hizo promesas. Solo dos adultos compartiendo un momento. Sin más.

La calma le duró lo que un helado bajo el sol del verano. Pasó por varios estados a lo largo de la semana, aunque centrarse en encontrar personal nuevo y preparar su despacho ayudó a distraerle.

Durante el día tenía bajo control sus pensamientos, pero en cuanto llevaba a casa… se duchaba, cogía algo para cenar y se repetía como un mantra que no volvería a pecar.

Lo hacía de todas maneras, abría su *tablet* y miraba el horario de Alexander. Era patético, pero era real, como si saber qué hacía durante el trabajo le diera algún tipo de tranquilidad que no llegaba a entender.

Acostarse con Alexander no debería haber supuesto gran cosa en su vida, pero supuso un cambio. Como si al hacerlo se hubiera deshecho de una parte de él que había resistido al paso de los años.

Fue liberador, extraño y confuso, pero, sobre todo positivo. Logan volvía a tener razón, había que avanzar y por primera vez se encontraba genuinamente dispuesto a ello.

**Alexander:**
¿Por casualidad no conocerás un buen restaurante en París?

Leyó el mensaje y lo volvió a hacer.

“¿Por casualidad no conocerás un buen restaurante en París?”

Miró la hora, había una diferencia horaria de seis horas de Boston a París.

**Adrien:**
No, pero podría averiguarlo. ¿Para ir a cenar o comer?

No preguntó por qué no se encargaba Tiffany o en señalar que no era la primera vez que iba a París y ya tendría que conocer algún sitio.

**Alexander:**
¿Podrías encargarte de ambos por mí?

**Adrien:**
Por supuesto, ¿le envío los datos a Tiffany o prefiere que haga la reserva?

**Alexander:**
Todavía tienes acceso a mi agenda, busca el momento adecuado, ya conoces mis horarios.

Sus mejillas se le calentaron, no imaginaba que Alexander supiera que todavía podía ver sus horarios.

**Adrien:**
Por supuesto, señor. Actualizaré su agenda en cuanto lo tenga organizado.

**Alexander:**
Alexander.

Escribió la respuesta esforzándose por no sonreír mientras reescribía el mensaje.

**Adrien:**
Por supuesto, Alexander. Actualizaré tu agenda en cuanto lo tenga organizado.

Dejó el móvil a un lado y se puso a buscar restaurantes que pudiera recomendarle en función de sus gustos.

En apenas una hora había hecho reservas para toda la semana y los añadidos necesarios en la ajustada agenda de Alexander. Realmente era un hombre ocupado, no sabía cómo encontraba tiempo para nada con todas las horas que dedicaba al trabajo. En su estancia europea apenas tenía unas pocas horas al día para dormir.

No esperaba saber nada más de él, pero al despertarse se encontró un mensaje de Alexander.

**Alexander:**
Le pongo un siete sobre diez.

Se puso bocabajo en la cama, leyendo la pantalla tres veces antes de responder.

**Adrien:**
¿Y qué notas tenían los anteriores?

La contestación no llegaría hasta dos horas más tarde.

**Alexander:**
Un cuatro, siendo muy generoso con la nota.

Se carcajeó al leerlo, era odioso, incluso sin estar allí. Estaba acostumbrado solo a lo mejor y había visto en su agenda los restaurantes anteriores que Tiffany eligió para él, eran buenos lugares.

**Adrien:**
Parece un poco exagerado, dicen que Francia tiene una de las mejores gastronomías del mundo.

**Alexander:**
Sobreestimado. París es una ciudad ruidosa e incómoda. Todo tiene sabor a dulce y la comida es pesada.

Las carcajadas se le escaparon al leerle, era uno de los hombres más intimidantes que había conocido, pero podía comportarse como un niño caprichoso cuando quería.

**Adrien:**
¿De verdad eres neoyorquino?

**Alexander:**
Nacido y criado. Búscalo en Google.

Arrogante, era tan arrogante que no sabía cómo era posible que le gustara tanto. Debería ser exasperante…, pero no lo encontraba desagradable en absoluto.

**Adrien:**
Es difícil de creer que alguien de la Gran Manzana diga que considera la comida grasienta.

**Alexander:**
Eso lo dices porque no llegaste a probar la comida neoyorquina, tenemos los mejores restaurantes del mundo.

**Adrien:**
De nuevo, te recuerdo que estás en Francia, cuya gastronomía está considerada una de las mejores del mundo.

**Alexander:**
Solo dices eso porque no la probaste, me darías la razón si lo hicieras.

Y terco, era increíblemente obstinado, secuelas sin duda de criarse y vivir sin que nadie pueda llevarte la contraria.

**Adrien:**
Lo dudo mucho, tengo buen paladar.

**Alexander:**
Deberías venir aquí para poder darme tu opinión.

Se mordió los labios mirando el mensaje sin saber cómo contestar. ¿A qué se refería?

**Alexander:**
¿Te gustaría venir? Podría hacer los arreglos para que vengas este fin de semana y comparamos.

Su primer impulso fue aceptar, pero en menos de un segundo cambió de opinión. Puede que solo estuviera de broma o que fuera un comentario sin importancia, o…

**Alexander:**
Podría reservarte un billete para cuando salgas del trabajo el viernes y estar de vuelta el lunes por la mañana.

Miró la pantalla, indeciso. Ir a París era un sueño, pero le dejaba en clara desventaja y lo volvía dependiente de él. Ya confió en un hombre una vez, no repetiría su pasado. Lo que había sucedido con Alexander era una excepción, ir detrás de él era una declaración de intenciones, una muestra de interés que no podía permitirse porque lo volvía vulnerable. Si Alexander se daba cuenta de cuánto le gustaba, tendría poder sobre él.

**Adrien:**
Estoy ocupado. Aunque me da pena, me encantaría demostrarte que estás equivocado con la comida.

**Alexander:**
En otra ocasión será.

No hubo más mensajes, pero tampoco lo esperaba. Ya le había dicho una vez que no llevaba bien el rechazo.

Estaba seguro de que no sabría nada más de él.

—Adrien, la comida que pediste ya está aquí —le anunció Rosie poniéndole una bolsa sobre su nueva mesa.

—Yo no encargué nada de comer —respondió confuso. Miró la bolsa, era blanca y sin ningún nombre—. ¿Cómo sabes que es comida?

—Lo dijo el mensajero que lo trajo. Seguro que es algún regalo de felicitación. —Ella se encogió de hombros sin más.

—Supongo que sí, ¿puedes llevarle esto a Lucas?

—Por supuesto —le contestó con alegría saliendo de su despacho.

Apartó lo que estaba haciendo y abrió la bolsa con curiosidad. Los envases eran blancos y tampoco tenían ningún membrete, pegatina o nombre.

Su ordenador empezó a sonar, advirtiéndole que tenía una videollamada.

Su estómago dio una voltereta al ver el nombre de Alexander.

Cogió el móvil y comprobó en la cámara que tenía buen aspecto antes de responder.

—Hola —murmuró sorprendido al ver que Alexander estaba en la oficina—. ¿Necesitas algo? —preguntó tratando de calmar el latido de su corazón. Estaba muy atractivo con una camisa blanca, los primeros botones sueltos y las mangas remangadas mostrando sus antebrazos. No había ni rastro de su chaqueta o corbata habituales.

—¿No recibiste un paquete? —Él miró su reloj, comprobando la hora—. Les advertí de que debía llegar a esta hora.

—Espera, ¿esto es cosa tuya? —preguntó levantando la bolsa.

Por su rostro pasó un gesto de satisfacción antes de dedicarle una lenta sonrisa que hizo que se le moviera todo alrededor.

—Bueno, dijiste que no te gusta sentirte presionado, como no puedes viajar a París, te traje París. La comida del restaurante que elegiste tiene otro en Nueva York con un menú idéntico al que preparan aquí. Por casualidad, el segundo chef de Nueva York está en un seminario culinario en Boston, así que le pedí que te cocinara lo mismo que voy a comer yo. Así podemos probarlo juntos y comparar.

Adrien se quedó en silencio mirando su bolsa y a la pantalla.

—¿Tú le pediste al chef de un restaurante francés de Nueva York que me preparase la misma comida que tú vas a comer en París? —preguntó en un hilo de voz.

—Sí —le contestó Alexander—. Calculé bien los tiempos, ¿no? Es tu hora de descanso.

—Sí, sí —murmuró todavía mirándolo—. ¿Por qué estás haciendo esto?

Alexander lo miró directamente e incluso en continentes distintos, sintió la fuerza de su mirada como si estuviera en esa misma habitación.

—Odio no tener razón, quiero tu opinión.

—Alexander —le advirtió.

Él sonrió con malicia, parecía satisfecho de que hubiera vuelto a pronunciar su nombre.

—Dijiste que no soportabas sentirte acorralado, estoy respetando tus límites sin ceder a lo que quiero conseguir.

—¿Qué estás buscando?

Alexander le lanzó una mirada intensa que no supo descifrar.

—Solo quiero tu opinión. Sin letra pequeña, te doy mi palabra. Tengo curiosidad por saber qué te parece.

Su cabeza se llenó de posibles respuestas antes de optar por decir lo que realmente pensaba.

—No voy a ir a París para ser tu…

Alexander le dedicó una mirada burlona.

—¿Para ser mí…? —lo presionó con obvia diversión.

—No voy a acostarme contigo —terminó por decir con dificultad. Se negó a avergonzarse, ignorando el ardor de sus mejillas.

Su risa provocó que su estómago sintiera mariposas.

—¿No hicimos eso ya? Porque si no pasó fue un sueño muy vívido y no me importaría tener alguno más.

Adrien se rio sin poder evitarlo.

—Hablo en serio, no seré tu amiguito de juegos.

Alexander estalló en carcajadas, sacándole una involuntaria sonrisa.

—Bien. ¿Puedo ser yo el tuyo? Me ofrezco.

—No —contestó dedicándole una mirada de advertencia.

Los ojos de Alexander brillaron mientras se reclinaba sobre la silla y le hacia un gesto

indolente.

—Entonces supongo que solo nos queda comer, para que puedas darme la razón y podamos menospreciar juntos la gastronomía francesa.

Adrien sonrió mordiéndose el labio, todavía inseguro, pero incapaz de resistirse a esa sonrisa que lo hacía estremecerse.

—Vale, pero solo es una comida entre… ¿amigos? —preguntó inseguro.

Alexander lo miró con diversión.

—Amigos —concedió para tranquilizarlo—. ¿Podemos comer ya? Me gustaría ganar.

—No es una guerra —protestó empezando a sacar los envases de la bolsa.

—Contigo todo es una guerra, pero está bien, soy un buen estratega. Ya lo verás.

# CAPÍTULO 20

Escuchó de nuevo el sonido de la notificación de su móvil.

Sacó la cabeza de entre las sábanas, agradeciendo el aire fresco que entraba por la ventana y acariciaba su espalda desnuda.

**Alexander:**
Otra decepción. Tampoco tienen buen café, y luego tú te quejaste del de mi ciudad. Esto es alquitrán.

Rio lleno de una felicidad impropia por algo tan tonto.

Alexander llevaba toda la semana enviándole mensajes, quejándose de cosas aleatorias de París. Eran tonterías, la mitad estaba seguro de que ni eran verdad, pero cada vez que su móvil sonaba, una sonrisa aparecía en su cara y se le cortaba la respiración durante un segundo entero.

Las conversaciones empezaban por la mañana en cuanto Alexander comenzaba su día y terminaba justo antes de irse a dormir. No había vivido nunca nada semejante, era divertido, excitante y aunque daba vértigo le encantaba.

**Adrien:**
Eres muy quejica para ser un hombre tan intimidante.

**Alexander:**
No te noto muy intimidado cuando hablas conmigo, nunca lo hiciste.

**Adrien:**
Es que no me asusto con facilidad, tendrás que hacerlo mejor.

Sonrió mientras dejaba el móvil y cogía la taza que había puesto sobre su mesilla, mirando cómo el sol de la mañana entraba en su habitación.

Rio al escuchar el móvil. Desbloqueó la pantalla de forma descuidada, preparándose para seguir con su tira y afloja. La boca se le secó al ver la foto que acaba de enviarle.

Estaba en la terraza de su hotel, llevaba una camisa negra y miraba a la cámara con esa pose de perdonavidas que tanto le gustaba y que tanto asustaba a los de la oficina. Tenía todo el pelo echado atrás y sonreía de medio lado. Llevaban hablando una hora, sabía que tenía una reunión pronto y por eso no estaba en la oficina.

**Alexander:**
¿Qué tal ahora?

**Adrien:**
Sin palabras

**Alexander:**
¿Conseguí dejarte sin palabras?

Se mordió el labio, tenía ganas de verlo, muchas. Sin pensar demasiado en ello, pulsó el botón de videollamada.

—¿Me llamas para poder hacer mímica? —le preguntó Alexander sonriendo. Seguía en la terraza y sus ojos se veían más azules que grises por el reflejo del cielo.

La sonrisa de Alexander se congeló acercándose a la pantalla a la cara.

—¿Sigues en la cama? —le preguntó él.

—Aja —confirmó con una sonrisa traviesa.

—No puedes llamarme si estás en la cama —protestó Alexander sin dejar de mirar la pantalla —. Bueno, tú puedes llamarme cuando quieras y como quieras —murmuró distraído.

Se rio, encogiéndose un poco por la vergüenza.

—¿Estás desnudo? —interrogó con diversión.

—No —respondió demasiado rápido para ser verdad.

Alexander sonrió con malicia.

—Mentiroso.

Volvió a reírse negando con la cabeza con una sonrisa juguetona. Ese hombre era un peligro, cuanto más tiempo hablaban y pasaba tiempo con él, más le gustaba.

Alexander recorrió la pantalla despacio, fijándose en cada pequeño detalle.

—Enséñame tu habitación —le pidió tomándolo por sorpresa.

—¿Mi habitación? Ya la conoces.

—No tuve tiempo a fijarme en los detalles —le recordó con malicia—. Estaba ocupado.

Sus mejillas se encendieron por la vergüenza.

—Está bien —dijo pulsando el botón para girar la cámara, agradeciendo que no pudiera verlo —. Este es mi cuarto, cuando me vine a vivir estaba bastante destartalado y vacío, pero lo fui reformando poco a poco.

No sabía por qué se lo contaba, Alexander estaba acostumbrado al lujo, probablemente su casa le pareciera una caja de zapatos. A pesar de ello, siguió explicándole cada rincón, divagando sobre cómo había conseguido hacerlo.

—Ahí está el sillón en el que leo, lo puse bajo la ventana porque me gusta abrirla para leer. A veces solo me siento y bebo café mientras veo a la gente pasar. Y esta es la cama, la puse aquí para estar cerca de la otra ventana, siempre la tengo abierta.

—¿Incluso en invierno?

Se rio volviendo a poner la cámara enfocándole.

—No tonto, aquí nieva durante meses, me moriría de frío.

Alexander lo miró de una manera que lo hizo sentirse caliente por dentro y por fuera. Los dos se quedaron en silencio observándose mutuamente. El anhelo de que estuviese allí le hizo un agujero en el corazón.

—Ven a París —le pidió Alexander.

—Quiero ir, no te imaginas cuanto lo deseo —reconoció.

Alexander miró al suelo antes de volver a enfocarse en la cámara.

—Pero no lo vas a hacer —adivinó.

—Lo siento. —Quería retractarse y decirle que por supuesto. Que iría a París, a China o donde él quisiera, pero no podía.

Alexander se apretó el tabique de la nariz como si estuviera pidiendo paciencia.

—Lo entiendo. No me gusta, no es lo que quiero oír, pero lo comprendo.

—Gracias —le agradeció con sinceridad.

—Podrías visitarme cuando vuelva a Nueva York.

Se rio escondiendo la cara en el colchón.

—Eres implacable —protestó.

Alexander le sonrió en respuesta.

—Solo para que lo sepas. No tienes que dormir conmigo, te invitaría a un hotel y tendrías una habitación para ti. No es un intercambio, no espero nada.

—¿Y entonces porque quieres que vaya? —le interrogó con desconfianza.

Alexander pareció desconcertado por la pregunta.

—Para disfrutar de tu compañía.

—Seguro que sí —ironizó—. ¿Me estás diciendo que no quieres acostarte conmigo?

—Por supuesto que quiero —respondió Alexander sin inmutarse por su pregunta—. Pero también me apetece pasar tiempo contigo.

Su instinto le decía que no podía ser verdad, poco le ofrecería a alguien como él, pero las acciones de Alexander, su respeto ante las barreras que tenía le demostraban otra cosa.

—Adrien —lo llamó despertándole de sus pensamientos—. Ven a París o a Nueva York, te juro que no te pondré la mano encima, salvo que tú quieras.

La duda tuvo que verse en su rostro porque añadió con seriedad.

—Te doy mi palabra de honor. No va a pasar nada que tú no quieras, no voy ni a rozarte si no me das permiso. Te lo juro.

Su resolución se tambaleó al ver la verdad en sus ojos. No era un hombre que dijera cosas a la ligera.

—Te lo juro —repitió.

—Está bien —aceptó despacio—. Consultaré tu horario e iré un fin de semana que no tengas demasiadas cosas para no robarte tiempo.

Alexander sonrió como si le hubiera hecho un regalo.

—No. Haz la maleta y vete al aeropuerto, tendré un billete para ti en cuanto llegues.

—¿Estás loco? Son las ocho de la mañana en Boston. Entre los vuelos de ida y vuelta apenas podré verte unas pocas horas.

—Confía en mí. Vete al aeropuerto, te enviaré un mensaje con toda la información. Nos vemos pronto.

Adrien se quedó viendo la pantalla en negro. ¿De verdad iba a ir al otro lado del mundo para estar un rato con él?

Miró al armario donde tenía sus mochilas.

—Sí que lo vas a hacer —murmuró para sí mismo antes de correr para organizarlo todo.

Llegó a París por la tarde, después de un vuelo de casi siete horas. Fue un trayecto agradable, viajó en primera clase. Había una azafata esperándole cuando llegó a la puerta de embarque y no tenía ni idea de lo que hizo Alexander, pero no dejaron de acercarse para asegurarse de que se sintiera cómodo y tranquilo.

Le encantó la sensación de sentirse cuidado por él, aunque no estuviese a su lado. Nada más salir por la puerta de su vuelo, encontró a Fred. Fue hacia él con una sonrisa de alivio.

—Fred —murmuró al verle.

—Señor Lewis —lo saludó cogiendo la pequeña maleta de mano que había llevado—.

—Gracias Fred, perdona las molestias.

—Es mi trabajo —le contestó de buen humor guiándole por el aeropuerto a la salida—. El señor Cornwall se disculpa por no poder venir a recogerlo.

—No hay problema, ya sé que está ocupado.

—Y tanto, tiene varias reuniones al día y trabaja a un ritmo que está volviendo loco a todo el mundo. A esta sede todavía le queda, el señor tiene que extender su tiempo aquí.

Sabía que era así, porque tenía su agenda, pero escuchárselo decir a Fred lo hizo más real y consiguió que se sintiera mal. Alexander era una persona importante, le estaba quitando tiempo.

—Le llevaré directo al hotel —le dijo el hombre abriéndole la puerta.

—Gracias Fred —murmuró arrepentido. Intentaría molestar a Alexander lo mínimo posible.

Su plan dejó de tener sentido cuando llegó al hotel, Alexander lo esperaba en la recepción.

La sonrisa ocupó su cara mientras lo miraba. Dios, porque tenía que ser tan atractivo. Le temblaban las piernas al ver su porte imponente y la devastadora sonrisa que le estaba dedicando.

—Hola, qué casualidad —lo saludó—. ¿Vienes mucho por aquí?

Adrien estalló en risas que lo hicieron relajarse de forma instantánea. Le empujó con suavidad del hombro, cerrando un segundo los ojos cuando lo invadió su perfume.

—Pido permiso para saludarte —le dijo Alexander muy serio—. Un roce superficial y muy frío.

Adrien volvió a reír, apartando la mano que le tendía para darle un abrazo. Pretendía ser algo ligero y masculino. En su lugar, se aferró a su espalda y apoyó la cabeza en su hombro. Alexander respondió enseguida, rodeándolo con los brazos, aunque mantuvieron el gesto en algo platónico.

—Gracias por venir —le susurró Alexander al oído.

Se separó de él un poco avergonzado por el arrebato, pero como de costumbre, él se mostró muy tranquilo.

—¿Quieres ver tu habitación?

—Espero que no esté en el mismo piso que la tuya —le advirtió en broma.

—No lo está —le prometió con solemnidad.

Su “habitación” resultó ser una suite enorme con vistas a un impresionante jardín, a lo lejos la forma de la torre Eiffel le quitó el aliento. Salió a la terraza incapaz de dejar de mirar, era un sitio precioso.

—No me puedo creer que hace solo unas horas estuviera en mi cama.

—Desnudo —añadió Alexander.

—Desnudo —le concedió—. Y ahora estoy en París.

—Sabía que lo estabas —masculló él a su espalda—. Quieres descansar o prefieres comer algo. No te va a gustar, pero puedo llevarte a alguno de los sitios que elegiste para mí.

—Quiero… —Se giró sacando el móvil—. No puedes venir conmigo.

Alexander alzó una ceja.

—¿No puedo?

—No tendrías que estar aquí. Hoy tienes reuniones con…

Alexander le quitó el móvil, tirándolo sobre la cama sin mirar.

—Contigo —terminó.

Parpadeó tratando de comprender a qué se refería.

—Tienes como diez reuniones hoy.

—Tenía. Soy el jefe, yo decido cuándo trabajo y hoy no es ese día.

—No puedes faltar. Iré a hacer turismo y cuando puedas…

Alexander puso un dejo bajo su barbilla, empujando su cabeza con suavidad hacia arriba para mirarle a los ojos. Se lamió los labios con nerviosismo.

—¿A dónde te gustaría ir?

—No hablas en serio —dijo en voz baja.

—Pruébame, te dije que quería estar contigo.

Tragó saliva conteniendo a duras penas las ganas de besarle.

—No tienes que hacerlo por mí. Sé que estás aquí por trabajo, no quiero interrumpir.

—Estuve adelantando reuniones para cuando vinieras.

—Decidí venir esta mañana, no tuviste tiempo a… Sabías que diría que sí —dijo sorprendido al ver la sonrisa que apareció en su cara.

—No lo sabía, pero era una posibilidad y quería estar listo.

—Eres un manipulador —protestó pegándole en el brazo.

—No, solo se me da bien manejar probabilidades. Decide a dónde vamos, durante este fin de semana soy todo tuyo.

Tragó saliva alejando la vista de su sonrisa. Solo eso, el fin de semana… era más de lo que habría imaginado. Encontraría la forma de estar cómodo con la situación.

# CAPÍTULO 21

—¿Dónde estuviste este fin de semana? —preguntó Logan mientras comían juntos, examinando las últimas propuestas de una nueva campaña.

Se atragantó y tuvo que beber intentando despejar su garganta.

—¿Cómo? —preguntó carraspeando.

—Te llamé el sábado para que vinieras a comer conmigo a un sitio nuevo, pero tu teléfono estaba apagado.

—Ni idea… puede que estuviera en una zona sin cobertura.

Logan se encogió de hombros, pero no dejó de observarlo.

—También te llamé para cenar, apagado de nuevo.

Pensó en una excusa rápida.

—Se me estropeó la tarjeta SIM.

Logan sonrió como un niño la mañana de Navidad.

—Tiene que ser eso, porque también te llamé el domingo y cuando volvió a darme apagado me preocupé y fui a tu casa.

Removió la comida con el tenedor evitando mirarlo.

—¿Sabes que me dijo tu vecina?

—¿Qué vecina? —inquirió desconcertado.

—La señora mayor, la que saca a pasear su gato con correa.

—La señora Nelson —completó doblando su servilleta de papel.

—La amable dama me ofreció limonada y me contó una historia muy curiosa. Varias en realidad.

—Creo que tengo que…

—Quieto —lo cortó Logan agarrándolo del brazo para frenar su huida—. Me contó que el sábado por la mañana te vio salir corriendo con una maleta.

—Fui a tirarla, estaba de limpieza y esa maleta ya no tenía buen aspecto.

Logan asintió como si le creyera.

—La buena señora me dijo que parecías contento.

—La limpieza me pone de buen humor, ya sabes que odio el desorden. —«Debería dejar de hablar en algún momento».

—Por supuesto, por supuesto —le concedió Logan condescendiente con una sonrisa burlona —. También me contó algo que la tenía muy preocupada.

—¿Su gato hizo desaparecer su correa porque no quiere salir de casa?

—Me dijo que tu viaje podía estar relacionado con cierto caballero que te había visitado unas semanas atrás. Fue a verte de madrugada, ella lo vio porque tiene mal la cadera y a veces no la deja dormir.

—Qué lástima —masculló mirando a Rosie por la ventana, rezó para que los interrumpiera, pero no tuvo suerte y ella siguió hacia el despacho de Lucas.

—Un hombre muy atractivo, como una estrella de cine —puntualizó Logan con diversión—. Llamó a tu puerta y al parecer… os besasteis y desaparecisteis en la casa. ¿Algo que decir al respecto, Adrien querido?

—Era el fontanero, tenía una fuga en la ducha.

—¿El fontanero? —repitió Logan con incredulidad.

—Sí, había agua por todas partes. Horrible. —«¿Por qué sigo hablando?»

—Besaste al fontanero porque tenías inundado el baño —resumió Logan.

—Sí.

Logan lo taladró con la mirada.

—¿Prefieres soltarme una mentira patética a reconocer la verdad?

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó cruzándose de brazos.

—¿Qué voy a querer? Saber detalles. ¿Quién es él? ¿Cuándo empezasteis? ¿Es el mismo que te envió el ramo misterioso? ¿Cómo os conocisteis? Nadie está sorprendido, llevas semanas pegado a tu móvil, enviando mensajes como un quinceañero.

El alivio al darse cuenta de que Logan no sabía quién era, casi lo hizo echarse a reír. El respiro le duró un segundo.

—¿Cómo que nadie está sorprendido? ¿A quién se lo contaste? —exigió señalándolo con el dedo de forma amenazadora—. Sí se lo contaste a Rosie…

—No lo hice. ¿Por quién me tomas? Se lo dije a Lucas.

Adrien puso los ojos en blanco.

—Quién le dice todo a Rosie, que es la chismosa oficial de la oficina. La adoro, pero tú sabes que no puede mantener nada en secreto ni aunque su vida esté en peligro.

Logan tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Perdona. Estaba tan contento por ti que no pensé mucho en ello.

—Pues no tienes por qué. No estoy saliendo con nadie, solo estoy…

Logan esperó a que terminara la frase con cara de curiosidad.

—Pasando el rato.

Una risotada abandonó los labios de su amigo.

—No me hagas reír, tú no eres de esos. Desde que te conozco nunca te he visto con nadie.

—Pues ahora sí, este es el nuevo Adrien —dijo alzando la barbilla con orgullo—. Soy jefe de relaciones públicas y a veces salgo con hombres.

—¿En plural y general? ¿O en particular y con uno en especial?

—Eso no importa —se defendió.

—Con uno en particular, entendido.

Si las miradas mataran, Logan estaría tirado en el suelo.

—No es nada serio ni lo va a ser. Solo es…

La cara de Logan era de máxima concentración.

—Nos acostamos una vez.

—Felicidades, ya era hora. ¿Era tu primera vez? ¿Se portó bien contigo? Lo mataré si dices que no.

—No era virgen —protestó pegándole en el brazo—. Todo fue bien, pero no salimos ni nada.

—¿No sales con él, pero te vas de viaje con él? Claro… muy lógico todo.

—Es difícil de entender —concedió removiéndose en la silla con incomodidad por el interrogatorio.

—Te escucho, estoy curado de espanto. No me voy a sorprender por nada.

Adrien dejó salir el aire despacio.

—Ya nos conocíamos y tal vez… hayamos estado coqueteando un poco. Creo…

—¿Crees? ¿No lo sabes?

—Es que a veces es un hombre difícil de leer, pero creo que sí, definitivamente lo hicimos.

Quedamos de vez en cuando, hablamos mucho y no sé, solo pasó.

—¿Y cómo salió el tema del viaje?

—No sé. Nos enviamos mensajes a todas horas y hacemos videollamadas.

—¿No vive aquí?

—No —contestó con cautela, tenía que tener cuidado con sus respuestas.

—¿Es uno de los comerciales de la empresa? ¿Lo conozco?

—No te voy a responder a eso. El caso es que estábamos hablando y surgió el tema de acompañarlo al trabajo.

—No te aburriste, estarías todo el día solo.

Negó con la cabeza sonriendo al recordar su breve viaje.

—Se tomó el fin de semana libre para estar conmigo.

—Pero no salís —dijo Logan con diversión.

—No —repitió mirándolo con un mal gesto.

—¿Y conseguisteis dejar la habitación en algún momento?

—¡Logan! —protestó—. No hicimos nada, fuimos a pasear y comimos en sitios deliciosos.

Los ojos de Logan se estrecharon mientras lo observaba fijamente.

—¿Nada de nada?

Negó moviendo la cabeza con energía.

—¿A dónde dices que te llevó?

—No lo dije.

Logan lo miró, dándole tiempo para que continuase.

—Es raro que alguien con quien ya te acostaste te invite a pasar el fin de semana y no espere nada a cambio.

—No es ese tipo de hombre —lo defendió.

—Todos los hombres somos iguales, o casi todos. Si invitas a alguien a pasar el fin de semana, esperas tener un final feliz.

—Pues entonces supongo que estará muy triste porque no pasó nada. Ni un beso.

Logan se carcajeó.

—Personalidad ante todo —lo animó—. El tipo tiene buena pinta.

—No me hago ilusiones, no puede llegar a nada.

—¿Por qué?

—Tenemos vidas muy distintas, somos muy diferentes.

—¿Si lo tienes tan claro porque sigues quedando con él.

Lo miró sin saber qué responder.

—Te gusta —declaró Logan sonriendo con simpatía.

Asintió despacio, incapaz de decirlo en voz alta.

—Pues no le des tantas vueltas a la cabeza. Disfruta el momento, vívelo.

—¿Y qué pasará cuando se aburra y me parta el corazón?

Logan sonrió dándole un abrazo.

—Si ese tipo es listo, ya se habrá dado cuenta de lo especial que eres y no te dejará escapar. Tienes suerte de que yo nunca me haya sentido atraído por los hombres o hace años que hubiera puesto un anillo en tu dedo.

Se rio empujándolo lejos de él y de paso toda la inseguridad que le generó esa conversación.

—Está bien, no me lo presentes todavía, pero háblame de él. Necesito datos, Lucas espera más información.

Volvió a reírse.

—Sois una panda de chismosos. Es francamente impresionante. Tiene un carácter duro y serio y es muy irónico.

—Parece una persona encantadora. Cambié de opinión, no quiero conocerlo, odio a los estirados.

Negó mientras jugaba con el tenedor y sonreía.

—A mí me gusta, me hace reír su sentido del humor. Es muy inteligente, aprendo mucho con él, puedo escucharlo hablar durante horas.

—Puaj, por tu culpa no quiero comer —le dijo Logan empujando el plato lejos de él con cara de asco.

—Me gusta que sea así, hace que me sienta seguro. Tiene mucha fuerza interior y es muy protector, de alguna manera me pasa parte de esa energía y consigue que me sienta más valiente. ¿Es una tontería?

Logan sonrió un poco.

—No, no lo es. Lo entiendo.

—¿De verdad? Porque yo estoy hecho un lío. ¿Me lo explicas?

La mirada de Logan se transformó en un gesto indulgente y cariñoso.

—Te gusta porque te cuida, tiene sentido, no permites que nadie lo haga. Me parece lógico que te atraiga un hombre así.

—Sé cuidarme solo, gracias.

—Claro que sabes, pero a veces está bien dejar que alguien se encargue y tener un lugar seguro que nos haga sentir a salvo e invencibles al mismo tiempo.

—¿Tú también tienes a alguien así? —preguntó no muy convencido.

—Claro —contestó Logan enseguida—. Lucas y tú. Sois mi refugio, y estoy seguro al cien por cien de que Lucas se siente igual conmigo, pero nunca pude ser eso para ti.

—No digas eso —protestó frunciendo el ceño.

—Es la verdad y está bien. Yo sería tu apoyo y confidente en todo si tú quisieras, lo que pasa es que eso no se elige, tienes que sentirlo.

—Yo te quiero —se apresuró en decir a pesar de la vergüenza.

Logan le dedicó una enorme sonrisa, atrapándolo con el brazo, apretándolo contra su costado.

—Y yo a ti. Estaré para ti siempre que quieras y me necesites, pero me alegro de que encontrases a alguien en quien confiar de verdad.

Adrien no le llevó la contraria, no sabía si podía fiarse del todo en Alexander, sin embargo, era consciente de que ya confiaba en él en muchos aspectos. Tenía viejos demonios que todavía se retorcían solo con pensarlo, pero también sabía que no había sido de la mañana a la noche, si no fruto de la paciencia inagotable que Alexander tenía. No estaba derribando sus muros para llegar a él, simplemente se había colado entre las rendijas sin que se diera cuenta.

Las horas que vivió en París fueron maravillosas, pasearon por los Campos Elisios y comieron a las orillas del Sena. Lo acompañó hasta la puerta de su habitación sin un solo intento de acercarse, ni tentarle a romper su acuerdo.

Desayunaron en una cafetería preciosa frente a la catedral de Notre Dame, Fred los llevó a Versalles y recorrieron el magnífico palacio y sus jardines durante horas. Comieron cerca de los canales y pasaron la tarde sentados en el parque bajo la torre Eiffel, improvisando un pícnic con vino, fruta y quesos del país. Tuvieron una cena temprana en un pequeño restaurante, cerca del hotel. Se despidió con pena, no solo por irse de un país que lo dejó fascinado, sino por tener que separarse.

Durmió todo el vuelo de vuelta y aunque apenas le dio tiempo a ir a casa para cambiarse y

comprar el café más grande que encontró, volvería a repetirlo con los ojos cerrados. No por la ciudad, no por la deliciosa comida, ni los lugares increíbles.

Lo haría solo por él, Alexander fue explicándole curiosidades sobre los sitios que visitaron, la arquitectura, el arte e historias de reyes que murieron siglos atrás, de los que nunca había tenido noticia.

Alexander era una fuente inagotable de conocimientos, que se movía con facilidad en un idioma que sonaba a poesía cada vez que lo usaba.

Si antes se sentía perdido, el fin de semana no hizo más que crear un gigantesco agujero negro. Estaba fascinado por él, hechizado y lejos de aburrirse, solo quería más.

Sería patético, si no fuese por Alexander, que parecía satisfecho pasando el tiempo con él. Sonrió al ver cómo se iluminaba la pantalla, recuperó el móvil ignorando la mirada burlona de Logan. No sabía qué eran, casi prefería no ponerle nombre para no hacerlo más real.

# CAPÍTULO 22

Su primer evento como relaciones públicas oficial de Doble L, llegó varias semanas después y aunque llevaba años desempeñando esas funciones, estaba nervioso.

Ya no podía esconderse detrás de Logan, ahora tenía que estar junto a ellos, con su propia secretaria lista para socorrerlo si olvidaba algún nombre. No lo haría, pero era el protocolo.

Martha tenía unos veinticinco años, un año de experiencia como dependienta y ni una sola idea de lo que suponía su nuevo cargo. Le gustó en cuanto la vio, era muy trabajadora y con ganas de aprender.

El secretario de Logan, se llama Samuel. Tenía experiencia en el sector y buen carácter, tardó poco en aprender lo que necesitaba y adaptarse al ritmo de trabajo de la empresa.

Se alisó la chaqueta de su traje, había tardado toda la semana en decidir cómo se vestiría. Era una tontería querer causar buena impresión porque ya los conocía a todos. No funcionó, la ansiedad y los nervios lo devoraron día a día.

Logan y Lucas habían tratado de calmarle sin mucho éxito. Alexander escuchó todos sus temores con paciencia, recordándole sin cansarse que estaba listo para hacerlo y lo bueno que era en ello. Si hubieran estado en la misma ciudad, lo habría besado hasta destruir su miedo entre sus labios.

Luchó contra la ansiedad saludando a todo el mundo con una sonrisa falsa y tensa que le levantó jaqueca. Los invitados no dejaban de llegar, así que seguía allí plantado, deseando encontrar un lugar en el que poder esconderse.

Adrien miró alrededor, un poco superado. Estaba fallando, acababa de empezar y ya se encontraba al borde de un ataque de ansiedad.

—Adrien, tómate un segundo si lo necesitas —le dijo con discreción Logan.

—No quiero irme —murmuró antes de saludar a otro cliente.

—¿Cuántas veces me has visto tomarme un respiro? No pasa nada.

Racionalmente sabía que era verdad, tanto Lucas como Logan tenían que parar de vez en cuando, aun así, se resistía a rendirse.

—Lamento llegar tarde.

Sus piernas se volvieron un poco inestables al oír su voz ronca. Alzó la vista y ahí estaba, Alexander Cornwall en todo su esplendor, con un traje negro y camisa burdeos que consiguió que se le secara la boca.

Intentó hablar, pero las palabras se le atascaron. Alexander acababa de volver a la sede central en Nueva York y sabía que estaba hasta arriba de trabajo por el retraso de París. No podía estar allí.

Trató de recomponerse mientras Logan y Lucas lo saludan con familiaridad.

—Alexander Cornwall, CEO general de la empresa —le susurró Martha cuando él le tendió la mano y se quedó quieto sin responder.

Alexander dejó el gesto estoico que mantenía en público y le sonrió. Escuchó como Martha y Rosie contenían el aliento y es que una sonrisa suya, era un fenómeno extraño en público.

—Gracias por venir —murmuró aturdido, estrechando su mano. Sintió la energía subiendo desde las partes de sus cuerpos que estaban en contacto, primero como chispas trepando por su

brazo, esa sensación estalló en su pecho y se expandió en forma de un calor cálido y acogedor que lo hizo relajarse al instante.

—No podía perdérmelo —le aseguró rozando su muñeca con los dedos cuando le soltó, ya habían excedido el tiempo en que dos hombres podían darse la mano.

—Gracias —repitió tratando de controlar el sonrojo que le calentaba sus mejillas.

—Alexander, acompáñame —le pidió Lucas—. Te presentaré a algunas personas —ofreció.

—Quizá más tarde, me gustaría beber. Adrien, ¿me haces una visita guiada?

—Por supuesto —dijo de una forma, quizá demasiada ansiosa, aunque nadie pareció notarlo. Le hizo un gesto a Martha para indicarle que no lo siguiera y se marchó con Alexander hasta la barra.

Alexander pidió una copa, esta vez no se molestó en tratar de que bebiera con él, sabía que no iba a conseguir que lo hiciera. Sonrió para darle las gracias por recordarlo.

Comprobó que no hubiera nadie cerca antes de hacerle la pregunta que necesitaba saber.

—¿Por qué estás aquí? ¿Vienes por negocios?

—Llevas semanas asustado por esta noche, creí que te vendría bien una cara amiga, pero si lo prefieres puedo irme.

—No quiero que te vayas —dijo con rapidez—. Aunque tampoco molestarte, ya estás muy atrasado, tu agenda es una locura.

—No te preocupes por eso, sé lo que hago.

—No quiero que te sobresfuerces para venir a sostener mi mano, puedo apañármelas solo.

Alexander le cogió la mano, tirando un poco de él para acercarlo y cubrirlos de ojos curiosos.

—¿Estás preocupado por mí? —preguntó sonriendo—. Eso es muy dulce.

Miró al suelo un segundo para escaparse, pero sus ojos traidores volvieron a los suyos enseguida.

—¿Tienes planes en Acción de Gracias? Porque si no tienes nada que hacer podría ir a visitarte.

La sonrisa sorprendida de Alexander mereció la pena el esfuerzo de ofrecer algo así.

—Suelo trabajar —le contestó.

—Oh, bueno. Está bien, solo era una idea.

—Quiero que vengas, he tenido unos meses estresantes, me vendría bien tomarme unos días libres. Aunque podría venir yo a Boston.

—Odias Boston —murmuró comprobando que siguieran solos.

—No lo odio, solo creo que mi ciudad es mejor. Aun así, puedo hacer una excepción, realmente no hago nada diferente a ningún otro día. Sé que te sentirás más cómodo aquí, así que puedo venir ese fin de semana y dejar que me arrastres a algún restaurante de los tuyos.

Adrien sonrió como un idiota, trató de contener la sonrisa. Apreciaba tanto que fuera tan considerado. Se inclinó sobre él para hablarle al oído, no había nadie cerca, pero era mejor ser cuidadoso.

—Te besaría ahora mismo.

Escuchó el siseo de Alexander y retrocedió con rapidez deshaciéndose de su agarre.

—Alexander, aquí estás —dijo Lucas desde atrás.

Aprovechó para escabullirse en la multitud, demasiado mortificado por su arrebato.

—Adrien, ¿estás bien? —Logan lo agarró del brazo acercándolo a él cuando pasó a su lado.

—Sí, es que estoy un poco agobiado.

Logan le puso la mano en la espalda, guiándolo a un lateral de la sala.

—¿Por qué eres tan terco? Hiciste un trabajo impresionante, es hora de relajarse y disfrutar.

—¿No puedo irme? —preguntó con un gemido lastimero.

Logan se rio mientras pedía una botella de agua y se la pasaba.

—Aún no, tienes que quedarte al menos dos horas.

Abrió los ojos, ya estaba agotado. No quería ni pensar en seguir allí tanto tiempo.

—No te preocupes, pasará rápido. Intenta comer algo y sal a tomar el aire cuando sea demasiado. Queremos presumir de nuestro nuevo relaciones públicas, no podemos hacerlo si está desmayado en el suelo.

Su móvil vibró en el bolsillo y al alzar la mirada, encontró a Alexander mirando en su dirección. Desbloqueó la pantalla mientras se esforzaba por tragar saliva.

**Alexander:**
Me debes un beso.

El resto de la noche la pasó sonriendo como un idiota cada vez que sus miradas se encontraron, lo que pasaba muy a menudo porque Alexander siempre parecía estar pendiente de él.

Se estremeció cuando notó una mano en su espalda; supo que era él de inmediato.

—¿Nos vamos? —le preguntó al oído.

Hizo un esfuerzo para separarse un poco de él, dejando espacio.

—Sí, acabo de decirle a Logan que me voy. Tú puedes quedarte. —Sabía que no lo haría, pero quería tomarle el pelo, un poquito más.

Alexander lo miró de una forma que solo podía calificar como hambrienta.

—¿Crees que vas a deshacerte de mí?

Adrien soltó una risita nerviosa.

—No sé qué crees que va a pasar, pero no sucederá.

Alexander sonrió lleno de malicia, consiguiendo que su estómago diera un vuelco de anticipación.

—Voy a acompañarte a casa.

—Vale —aceptó tratando de dejar de sonreír—. Pero eso es todo, me llevas a casa, te doy la mano y nos despedimos en tu coche.

Alexander fingió que lo pensaba unos segundos.

—Contrapropuesta. Te besaré todo el camino hasta que olvides tu apartamento, te llevo a mi habitación de hotel y tenemos amnesia juntos.

Adrien rio con nerviosismo, tirando del cuello de su camisa. ¿Quién había apagado el aire acondicionado.

—Oferta rechazada. Mi propuesta, me voy en un taxi y tienes amnesia en el coche tu solito.

Alexander estalló en risas.

—Estamos en un punto muerto de la negociación, deberías reconsiderar los objetivos antes de tratar de llegar a algún acuerdo intermedio —le dijo Alexander con solemnidad.

Adrien volvió a reír. ¿Era raro que su actitud malcriada le resultara encantadora?

Alexander lo guio al exterior con la mano en la parte baja de su espalda, sin pararse a saludar a ninguna de las personas que trataron de llamar su atención.

Fred ya estaba listo, Alexander le hizo un gesto para despedirse y el hombre tomó su lugar al volante.

—Como parte interesada en que nuestra negociación prospere… —le advirtió Alexander parándose junto a la puerta—, Voy a sugerirle, señor Lewis, que reconsidere su posición.

Levantó la cabeza, mirándolo a los ojos y contuvo a duras penas las ganas de besarlo allí mismo, sin preocuparse por quién pudiera mirarlos.

—Gracias por el consejo, señor Cornwall, lo tendré en cuenta.

Alexander le regaló una sonrisa mientras se sentaba, cerró la puerta y fue al otro lado del coche para entrar.

Fred se puso en marcha y una agradable música llenó el silencio del interior. Miró por la ventana, contemplando el perfil de Alexander.

Quería llevárselo a casa, meterse entre las sábanas y recorrerlo de la cabeza a los pies. Deseaba de verdad repetir, sin la sorpresa y la confusión de la primera vez. Siendo más consciente de sí mismo y de él. Lo haría si estuviese preparado, pero no se sentía listo.

No podía explicar qué necesitaba, porque Alexander estaba siendo maravilloso, paciente y encantador, aun así, había una parte en su interior que se resistía.

—¿Puedo acompañarte a la puerta? —le preguntó Alexander cuando se detuvieron delante de su edificio.

—Depende —dijo bajando la voz para tratar que Fred no les oyera, algo que racionalmente sabía que era ridículo, pero no por eso dejaría de intentarlo—. ¿Vas a comportarte?

—Seré el santo más puro del cielo —le prometió saliendo del coche para abrirle la puerta.

—Iremos de cabeza al infierno —murmuró cuando le dejó pasó.

Alexander se rio, caminando a menos de un palmo de él.

—¿Qué crees que piense Fred de todo esto?

La sorpresa se reflejó en los rasgos de Alexander.

—¿Qué debería pensar?

—No lo sé, la discusión en mi casa, que lo envíes a recogerme, invitarme a Francia… tendrá una opinión.

—Por supuesto que sí, pero es excelente en su trabajo y se crio en Inglaterra. Nunca lo dirá en voz alta —resumió.

—Una buena cualidad en alguien que te acompaña por todo el mundo.

—Sin duda —admitió Alexander mirando como abría el portal de entrada—. ¿Qué haces tú?

—¿Cuándo? —preguntó desconcertado.

—En Acción de Gracias. ¿No hay pavo, arándanos y una familia ruidosa? Te pegaría tener una.

Miró al suelo, una punzada de dolor atravesándole su pecho.

—Perdona, no quería…

—No tengo familia, solo soy yo —le interrumpió evitando que se disculpara. Levantó la cabeza y vio su mirada llena de preocupación—. Todos tratan de que vaya con ellos para no quedarme solo, pero prefiero estar en casa y pedir algo de comer.

Alexander lo sujetó de los antebrazos, apoyó la frente contra la suya, haciendo un ruido suave con su garganta, como si fuera un animal asustado.

—Gracias por querer pasar ese día conmigo —murmuró.

Su cuerpo tomó la decisión por él, alzó la cara y lo besó. Fue un suave toque de labios, pero Alexander interpretó el gesto como lo que era, una invitación. Sus manos le rodearon la cintura y con una delicadeza impropia para alguien de su carácter, lamió su labio inferior de forma casi perezosa, convenciéndole de dejarle entrar.

Su cuerpo se aflojó mientras sus lenguas se encontraban sin prisas, deslizándose juntas, bailando despacio.

Acarició su pecho sobre su chaqueta, sintiendo su corazón bajo la palma de su mano, latiendo

igual de rápido que el suyo. La erección de Alexander se apretó contra su estómago, se inclinó para tratar de profundizar el contacto, pero él rompió el beso dejándole un corto beso en los labios, retrocediendo para alejarse de él.

—Buenas noches —dijo Alexander en voz baja, con la respiración entrecortada.

Adrien dejó salir todo el aire de una sola vez, tentado por un momento a decirle que subiera.

—Nos vemos la semana que viene.

Alexander inclinó la cabeza y se dio media vuelta directo al coche. Se despidió con la mano mientras trataba de calmarse lo suficiente para llegar al ascensor.

—No te hagas el estrecho con un hombre así, si yo fuera diez años más joven… —le reclamó la del primero desde la ventana. Su vecina, la señora Nelson estaba junto a ella, las dos eran inseparables y solían ir juntas a todas partes.

—¡Señoras! —protestó—. Hace diez años usted seguiría teniendo la edad suficiente para ser su abuela.

Ellas se rieron sin inmutarse por la pulla, felices como adolescentes en pleno chismorreo.

—Y a pesar de ello lo hubiera subido a mi casa para revolver mis sábanas.

# CAPÍTULO 23

Durante más de la mitad de su vida, Acción de Gracias y Navidad habían sido sus fiestas favoritas. Su madre implicaba a la familia al completo, primos, tíos, hermanos, abuelos, todos tenían una tarea.

Los niños recogerían hojas y ramas que se usarían para decorar la casa, pasarían días enteros haciendo cadenas de hojas secas, corriendo por la sala de estar mientras los adultos montaban una gran mesa en el garaje de la casa de su abuela.

El Día de Acción de Gracias empezaría en la iglesia, verían el desfile juntos para luego volver a casa a comer durante horas, disfrutando de juegos de mesas y sufriendo por el ruido.

Era un día feliz, siempre lo fue… hasta que se convirtió en un día en el que la ausencia y el dolor del abandono hizo un agujero en su pecho tan grande que creía que la herida no podría sanar. Pasaba el día tratando de entumecer su mente, cerrando puertas y ventanas para no recordar la familia que había perdido.

Este año, sin embargo, tenía que hacer algo distinto. Se planteó seguir la corriente a Alexander y reservar en un sitio que disfrutasen los dos, pero era una época muy complicada para él, no sabía si podría soportar a todas esas familias felices a su alrededor.

Decidió que sería más inteligente mantener la celebración en casa. Pediría comida en uno de sus sitios favoritos y fingiría que es un día como cualquier otro. Rodeó el día con rotulador rojo en el calendario sobre su mesa y aparcó el tema.

Por lo menos lo intentó, pero su resolución se tambaleó cuando al volver del trabajo vio las hojas secas cubriendo el suelo del parque. Se obligó a seguir sin pararse, pero a los dos días, mientras hablaba con Alexander sobre un contrato en el que estaba trabajando, volvió a detenerse. Recogió las hojas más naranjas y marrones, las guardó con cuidado en su bolso y continuó su camino de vuelta.

Siempre hacía videollamadas con Alexander de noche, así que cuando le preguntó para qué quería las hojas no le quedó más remedio que decirle la verdad. No habló de su familia, solo de las tradiciones que seguía de niño.

Alexander escuchó todas sus historias sin parecer aburrido, siguió todo el proceso mientras cogía hilo de su costurero y trenzaba una sencilla cadena con él para ir colgando las hojas. Entre los dos decidieron que quedaría mejor si decoraba la ventana y supervisó dando consejos para que lo pusiera centrado mientras colgaba las tiras.

Al día siguiente, volvió al parque a por más hojas que colocó en las cortinas como si estuvieran cayendo de un árbol. Quedó infantil y básico, pero bonito.

No fue la única novedad del día. Martha y Rosie le trajeron emocionadas un precioso ramo de rojas, granates y naranjas, decorado con hojas secas de arce. No era excesivo, ni estaba hecho para impresionar, Alexander lo había elegido para su casa, de forma que encajase con su sala y su pequeña decoración. Tiffany no habría optado por algo así, solo podía haberlo hecho él mismo.

Tuvo que echar a las chicas de su despacho para leer la tarjeta con calma.

*"No puedo recoger hojas, ni ayudarte con las cadenetas, espero que esto lo compense.*

*Fui a la floristería yo mismo, quería que fueran perfectas para ti.”*

La sonrisa le duró todo el día. Cuando volvió a casa esa noche con su ramo, después de ducharse y ponerse su sudadera favorita, hizo tiempo esperando su videollamada con Alexander mientras buscaba recetas por internet.

No era un gran cocinero, así que se aseguró de elaborar un menú muy básico. Estaba tan nervioso que apenas consiguió dormir un par de horas antes de volver a levantarse para ir al supermercado. Bombardeó a preguntas sobre comida a todos en la oficina, recibiendo de buen grado cada consejo, apuntándolo en su *tablet*.

Tenían libre el día antes de Acción de Gracias, por lo que se preparó para pasar la tarde en la cocina. Se puso un jersey cómodo y música suave antes de comenzar, preparó la salsa, horneó el pavo y empezó con el pastel de queso.

El timbre sonó dos veces antes de que pudiera llegar a la puerta.

—Voy, voy —murmuró tratando de limpiarse las manos con un trapo mientras abría—. ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido.

Alexander sonrió observándolo de arriba abajo, siguió su mirada. Su jersey tenía harina y azúcar por algunas partes.

—Estaba preparando una tarta de queso —explicó sacudiendo la tela.

—¿De queso? ¿La tradicional no es la de boniato?

Se sonrojó tirando del dobladillo de su jersey.

—Como no vas a pasar el día en tu ciudad y allí la tarta tradicional es la de queso… pensé…

Alexander se rio tirando de él para besarlo allí mismo, en la puerta de su casa, con la vecina probablemente pegada a la mirilla.

—Gracias —murmuró contra sus labios.

—Pensé que llegabas mañana —dijo besándolo de nuevo, renuente a alejarse tan pronto.

—Lo adelanté cuando me dijiste que cocinarías tú. Ya me perdí las hojas, no quería renunciar a todo lo demás. Aunque te advierto que lo máximo que sé de cocina es calentar los platos en el microondas si se quedan fríos.

Rio tirando de él dentro del apartamento.

Alexander se quitó el abrigo y lo siguió a la cocina.

—Huele muy bien —dijo al acercarse.

—¿Verdad que sí? —preguntó con ilusión—. No es demasiado elaborado, pero estoy siguiendo las instrucciones y elegí las recetas más fáciles. ¡Son a prueba de torpes!

—Ya veo —comentó Alexander con diversión—. ¿En qué puedo ayudar?

—Solo queda hacer el puré, pero eso lo haré mañana. Encárgate de enjuagar las frutas para la cobertura de la tarta.

—Puedo hacer eso —aceptó remangándose el jersey.

Adrien sonrió mientras le pasaba la caja de frambuesas.

—¿Lo has hecho alguna vez? —preguntó no muy seguro.

—¿Qué? ¿Limpiar una fruta antes de comerla?

Adrien se rio de buen humor, feliz mientras la música seguía sonando y los dos trabajaban poniéndose al día como si no lo hiciesen a diario. ¿Era posible tener cosas que contarse incluso después de hablar varias veces al día?

Cogieron copas de vino y pasaron la tarde en el sofá, vigilando el pavo y viendo una película antigua. Hicieron sándwiches de queso que quedaron un poco tostados, pero deliciosos. Puede que fuese bueno cocinando después de todo.

Alexander parecía contento y relajado, sentado en la alfombra, con la espalda apoyada en el sofá donde él estaba tumbado. Probablemente tuviera que ver con que no dejaba de acariciarle el pelo como si estuviese mimando a un gatito. Un gatito, enorme y sexy, de largas piernas y pecho amplio.

Se rio con suavidad al escucharle soltar un gemido de protesta cuando se levantó para apagar el horno. Quedó satisfecho con el resultado, un pavo pequeño, perfectamente dorado y con un olor apetecible.

Alexander giró el cuello pidiendo más caricias en cuanto se sentó. Tiró de su cabeza hacia atrás, metiendo los dedos entre su pelo. Besó su sien, sonriendo cuando lo escuchó ronronear.

—¿Quieres quedarte a dormir? —le ofreció hablando contra su piel.

Él giró la cabeza, encontrándose con sus ojos.

—¿Quieres hacer una fiesta de pijama? ¿O es más como una fiesta sexual? —preguntó alzando las cejas.

—Fiesta de pijamas —decidió.

Alexander puso cara de pena.

—Voy a tener que rechazar la oferta, no tengo pijama para ponerme y nunca he ido a una antes.

Adrien rio tirando de él por un beso.

—Supongo que como eres un invitado especial podría hacer una excepción —dijo en broma —. O quizá debería prestarte uno de los míos.

La risa ronca de Alexander hizo que se le erizara la piel.

—Lo rompería si intentara ponérmelo.

—No eres tan grande —protestó haciendo un mohín.

Él rio, levantando sus manos juntas para que pudiera apreciar la diferencia de tamaño entre ambos.

Su piel era más clara que la de Alexander, sus dedos más cortos y efectivamente su mano podía perderse en la de él.

—Puedes volver al hotel si lo prefieres. Yo voy a darme una ducha, dejaré toallas para ti. — Se levantó besándole la parte superior de la cabeza.

Lo escuchó hablar por teléfono, supuso que era por trabajo, pero al salir su maleta estaba sobre la cama.

—¿No es un poco pretencioso? —preguntó sonriendo al ver cómo cogía algo de ropa.

—Puedes echarme en el momento que quieras —le contestó él con tranquilidad.

—¿Aunque sea en medio de la noche? —dijo en broma.

—Podría darte motivos.

—¿Sí? ¿Cómo cuáles?

—Ronco, me muevo mientras duermo, robo las mantas… hay toda una lista.

Se carcajeó acercándose a él.

—Usaré tapones, haré una barrera de almohadas y pondré una manta extra.

Alexander rio.

—Siempre preparado.

—Para todo. Ve a la ducha, tenemos que dormir. Mañana tendremos un día ocupado. —Lo empujó al baño antes de meterse en la cama.

Si Alexander no hubiera estado con él, no habría conseguido conciliar el sueño. Por suerte, en cuanto su cálido cuerpo se pegó a su espalda y sus brazos le rodearon la cintura, el sueño apareció como por arte de magia.

Se despertó envuelto en un resplandor. Tuvo que parpadear varias veces para entender lo que eso significaba. Ya era tarde, por la luz que entraba a la habitación. Levantó la cabeza, Alexander dormía bajo su cuerpo, tuvo que moverse en algún momento de la noche. Ahora estaba medio acostado sobre su pecho desnudo, ya que pese a las bromas había terminado por dormir en ropa interior.

Besó su pecho, apoyando la cabeza sobre su corazón que latía despacio. Nunca había hecho algo así antes, no había vivido lo que significaba compartir cama con otra persona, la intimidad que se creaba cuando se atravesaba la barrera de la amistad. Con Sam nunca tuvo nada parecido.

Creía que aquello era amor, que era correspondido… estupideces de un adolescente inocente y asustado, que se conformó con tener las migajas sin saber que había un plato principal. Sam le hizo creer que todo era normal, mintió y modificó la realidad para hacerle falsas promesas, se aprovechó de él jurando un amor que nunca fue de verdad. Eso era lo que le daba más lástima, lo perdió todo por nada.

—No me gusta esa cara —la voz de Alexander sonó ronca.

—Pues lo siento mucho, resulta que es la única que tengo.

—Mentira, resulta que estoy muy familiarizado con esa cara, pero no con esa mirada triste.

—No es nada, solo estaba pensando.

—Bien —aceptó Alexander. En un rápido movimiento le dio la vuelta, quedando encima de él—. Te prohíbo volver a pensar en ese tema.

Se rio, acariciándole la cara. No era justo que fuera tan atractivo cuando estaba todo despeinado y sin afeitar.

—¿Así de fácil?

Alexander le besó la palma de la mano, mirándolo con seriedad.

—¿Qué pasa?

—Nada, supongo que estas fiestas me ponen triste.

—Por tu familia —adivinó Alexander.

Asintió con pesar.

—Olvidemos el tema, no quiero estropear el ambiente.

—No hagas eso —le pidió Alexander acercando su cara a la suya—. No preguntaría si no quisiera saberlo.

Suspiró acariciando sus costados, tirando de él para que se dejara caer encima.

—Voy a aplastarte —le advirtió.

—No me importa, aquí debajo no puede pasarme nada malo.

Alexander rio, mirándolo con ternura.

—¿Tus padres murieron?

—A efectos prácticos sí. O yo morí, no están muy claros los términos, pero sí el resultado. Estoy solo.

Alexander bajó la cabeza, rozando sus labios juntos, en una suave caricia llena de cariño.

—Eso no es verdad. Estuve aquí el tiempo suficiente para saber que todo el mundo te adora, Lucas y Logan casi me matan solo por sugerir que te despidieran.

—Es que eras un idiota —protestó defendiéndolos.

Alexander rio entre dientes.

—¿Qué pasó? ¿Eras un rebelde? —dijo en broma tratando de aligerar el ambiente.

—Más bien todo lo contrario. Siempre fui un niño tranquilo; hacía lo que me decían, cuando me lo pedían. En realidad, tenía una vida muy corriente. Mi familia era religiosa. Son —se corrigió estremeciéndose al pensar en ellos—. Tienen fuertes creencias sobre lo que está bien y

lo que te lleva de cabeza al Infierno. —Trató de sonreír, pero a juzgar por la mirada preocupada de Alexander no hizo un buen trabajo—. Vivíamos en un pequeño pueblo, una comunidad pacífica donde nadie se sale de la línea. Vas a misa todas las semanas y si algún vecino olvida dejar la basura se convierte en la comidilla del lugar.

Alexander lo movió para quedar de costado, su fuerte muslo entre los suyos y su mano en la cintura, colándola bajo la camisa de su pijama para acariciar su piel en círculos relajantes.

—Supongo que es una historia aburrida en realidad. Me di cuenta de que era gay, aunque no supuso un problema al principio. Quería a mis padres con todo mi corazón y sabía que nunca admitirían tener un hijo gay, así que los elegí a ellos y me callé.

El entrecejo de Alexander se frunció aún más.

—No te enfades por mí, me parecía bien. Quiero decir, sabía que en algún momento tendría que hacer algo al respecto, pero iba a estudiar en Harvard, era mi sueño llegar ahí. Estudié al máximo y me esforcé para lograrlo.

—Querías escapar —adivinó Alexander.

Soltó una risa amarga.

—No era tan valiente para llegar a ese pensamiento. Estaba asustado y era cobarde. Quería ir a la universidad, averiguar si realmente era gay, pero poder volver a casa con los míos. Lo quería todo.

—Es comprensible, eras joven.

—Sí, creo que sí y ese fue el problema.

# CAPÍTULO 24

Tomó aliento intentado ordenar sus ideas, preguntándose durante un segundo si de verdad quería que Alexander conociera su vida. No quería y al mismo tiempo las palabras parecían salir de su boca a borbotones.

—Mi último año de instituto participé en el máximo de actividades que me permitía mi horario. Quería créditos extra para mejorar mi expediente, pero estaba agotado y ninguna de las actividades me gustaba, así que mi tutor tuvo una idea brillante. Me ofreció un puesto como profesor particular, siempre he sido paciente y disfrutaba de ayudar a los demás, parecía el trabajo perfecto.

—Si tu profesor se pasó de la raya, lo buscaré —amenazó Alexander con un gruñido.

Sonrió con lástima, acariciando su pecho para calmarlo.

—No fue eso, tenía tres alumnos y uno de ellos era el defensa del equipo de fútbol, uno de los mejores. Era popular, fuerte, guapo… y por supuesto, igual que cualquier chica del instituto, yo estaba colgado de él. Todos los del equipo se creían importantes, iban por ahí como si fueran los dueños del lugar, su vida se resumía en fiestas y futbol. Les tenía envidia. Yo no era demasiado popular, tenía un pequeño grupo, todos más centrados en los estudios que en cualquier otra cosa. Nunca había hablado con nadie del equipo, me esperaba un chico orgulloso y prepotente, o a uno agresivo.

—¿Y no lo era?

Se quedó en silencio pensándolo.

—La verdad no lo sé. No llegué a conocerlo en absoluto. El primer día vino con su libreta, parecía tímido como si le diera vergüenza necesitar ayuda. Reconozco que eso hizo que me gustara aún más. Aprendía muy despacio, no era precisamente un portento en matemáticas, pero nunca faltó a una clase y siempre cumplía con las tareas que le daba. Empezó a mejorar y no sé, nos hicimos algo así como amigos. Me hablaba de los partidos, de su hermana pequeña que lo volvía loco, aunque se notaba que la adoraba. Empezó a quejarse del ambiente del vestuario, de lo pesados que podían ser los chicos, de las expectativas que debía cumplir y lo encerrado que se sentía.

Alexander se tensó entre sus brazos.

—Un día me preguntó si podíamos dar las clases en su casa, porque le habían cambiado los horarios de entrenamiento. Me pareció bien, sus padres eran muy conocidos en el pueblo, así que me dieron permiso. Su madre nos traía galletas mientras estudiábamos en su cuarto, decía que él estaba más centrado desde que yo era su tutor, que era una buena influencia. Sam empezó a sentarse cada vez más cerca de mí, me miraba a todas horas, me acompañaba a casa si se hacía tarde… un día, cuando sus padres fueron al rastrillo de la iglesia, me besó por primera vez. Me asusté tanto que intenté marcharme, Sam me dijo que llevaba mucho tiempo queriendo hacerlo. Me juró que se había enamorado de mí.

—Y te lo creíste —adivinó Alexander.

—Creí lo que me convencí de que era verdad. Él me gustaba, nunca había conocido a otro chico gay antes, fue como jugar con gasolina con una cerilla en la mano. —Se puso bocarriba, agobiado, no quería tocar Alexander con esos horribles recuerdos.

»Durante meses viví la historia de amor más romántica del mundo, mi vida se convirtió en una película cutre. Nos veíamos a todas horas, nos besábamos detrás de las gradas después de sus clases particulares, me llevaba a casa, me traía chocolatinas… yo le dejaba notas románticas en su taquilla, le hacía esquemas para ayudarle a estudiar. Olvidé todo lo que no fuera él, incluido la precaución.

Alexander puso la mano sobre su abdomen, tratando de consolarlo, pero se la apartó con cuidado.

—Antes de las vacaciones de pascua mi tutor me dijo que estaba admitido en varias universidades, que podía elegir porque algunas incluso me daban una beca completa. Estaba feliz, Sam me llevó a celebrarlo a un descampado y después de semanas frenando sus avances porque no estaba muy seguro…

—Te acostaste con él.

—Sí. Y aunque no fue una experiencia memorable, fue mejorando con el tiempo. Con él descubrí el sexo, a veces las dudas y los remordimientos me echaban para atrás, pero Sam sabía tranquilizarme. Me aseguraba que nada de lo que hacíamos era sucio o incorrecto. Le creí, era imposible no hacerlo. No era yo mismo, consentí cosas que no se deben permitir. Seguía saliendo con chicas, las besaba en los partidos, decía que no se acostaba con ellas, que tenía que mantener las apariencias… dolía, pero él juraba que todo terminaría cuando estuviéramos lejos.

Se limpió con rabia las lágrimas.

—Tenía tanto miedo de que me dejara por otra, que nunca decía que no… por eso cuando una tarde me pidió que me arrodillara para él en el aula de música lo hice. Uno de sus compañeros nos vio… la foto estaba en todas partes antes de que saliéramos.

—Adrien… —murmuró Alexander con voz dolida.

—Fue horrible, mi sexualidad usada como arma para destrozarme. Las chicas del instituto me insultaban, los chicos me decían cosas horribles, me molestaban con bromas que rozaban el acoso sexual.

—¿Y los profesores? —preguntó Alexander en voz baja.

Se rio con la voz entrecortada.

—Nadie movió un dedo. No por un gay. Intenté hablar con mi tutor, dijo que no malgastaría su recomendación con alguien con tendencias anormales.

Prácticamente notaba las oleadas de furia saliendo de Alexander, pero no se arriesgó a verlo por miedo a parar. Nunca había contado esa historia antes.

—Sam les dijo a todos que se lo pedí, que le rogué que me dejara hacérselo, que era la primera vez y que no importaba de quién fuera la boca mientras pudiera correrse. Durante meses me amargaron la vida, todo el instituto parecía estar de acuerdo en que merecía un castigo… nadie le dijo nada a Sam. Era hombre, al fin y al cabo, ¿Quién podría resistirse a una mamada? Lo peor es que no me importó, no mientras mis padres no se enteraran, estaba tan asustado de que lo hicieran.

»Una tarde, al bajar del autobús encontré la maldita foto en cada buzón de mi calle, los chicos del equipo de fútbol las pusieron allí, Sam iba con ellos. La imagen aparecía cortada, para que solo se me viera a mí… querían que mis padres se enteraran, pero no estaban dispuestos a sacrificar a Sam en el proceso.

—Por Dios Adrien —murmuró Alexander apoyando la frente en su hombro.

—Arranqué todos los que pude mientras ellos se reían, cuando llegué a casa los gritos de mi padre se oían desde la calle. Intenté que mi madre, me entendiera. Solía decir que siempre me iba a querer, que era su niño del alma y, aun así, me gritó que me marchara. Juró que ya no era su

hijo —consiguió decir en un hilo de voz.

Alexander tiró de él, cobijándolo en su pecho, acariciándole la espalda con suavidad.

—No fue culpa tuya —murmuró una y otra vez al oído mientras lloraba.

—Me fui de mi casa sin dinero, con la mochila, con mis libros del instituto y quince dólares en la cartera —musitó contra su piel mojada cuando fue capaz de hablar—. Estaba en shock, fui a la estación y pregunté que tren iba más lejos con el dinero que tenía. Así llegué a Boston —murmuró.

—¿Conocías a alguien aquí?

—No, los primeros días dormí en un parque, demasiado asustado para hacer nada más. Me pasaba el día llorando. Cuando me di cuenta de que no podría volver tuve que tomar decisiones, no tenía dinero, ni estudios… ni a nadie.

Los brazos de Alexander lo estrangularon por la fuerza en que lo agarraba.

—Encontré trabajo descargando fruta en el mercado, podía llevarme comida así que no pasé hambre.

—¿Dónde dormías?

No contestó, el sonido ahogado de Alexander le dijo que entendía su respuesta de todas formas.

—No es tan malo como parece. Dormía en un banco, cerca de una escuela. Era un lugar seguro y como era verano no pasé frío. Me duchaba en un albergue de la iglesia, eran buenas personas y me recomendaron para un trabajo en una cafetería por las tardes. Es difícil conseguir un trabajo a los dieciocho años sin una dirección, nadie quiere meterse en problemas. Tardé tres meses en poder alquilar una habitación. Durante mucho tiempo estuve en piloto automático, estaba destrozado, aunque me negaba a darme por vencido, es raro. ¿No? Hubiera sido más fácil rendirse, pero mi instinto de supervivencia se ocupó de todo.

—No digas eso ni en broma —le dijo Alexander con voz oscura.

—Estoy agradecido de tener esa capacidad, creí que las cosas nunca mejorarían, mi vida era una carrera interminable de trabajos a medio tiempo y extras los fines de semana… hasta que llegué a Doble L. Empecé a tener propósitos, a mejorar, a querer pelear de verdad. Me costó tanto conseguir ponerme en pie de nuevo que bloqué cualquier posibilidad de cambio.

—Te protegías —murmuró Alexander.

—No hay nadie más para hacerlo, soy yo contra el mundo, no hay red de seguridad… no sé si quiero una. Sé que Logan, Lucas o Rosie… o cualquiera de los chicos me ayudaría si se lo pidiera, pero nunca termino de fiarme.

—Te quieren —dijo Alexander sin asomo de duda.

—Lo sé. La gente cree que el amor es ilimitado, que todo lo puede como si fuera una magia mística. No es verdad, no lo es. Fui un buen hijo, siempre obedecí a mis padres, los respeté… y a pesar de ello decidieron dejarme. Sam juró que me quería y no dudó en venderme para salvarse. El amor es una hipoteca, crees que tienes la casa porque puedes disfrutar de ella, pero nunca es tuya del todo.

Alexander lo obligó a levantar la cabeza, mirándole a los ojos.

—No voy a hacerte daño.

Suspiró sin retirarse.

—Ese es el tema contigo, sé que no es una trampa, sé que puede acabar mal y cuanto más te tengo, más quiero. Intento recordar que ya no soy esa persona, que tú no eres ellos, pero no funciona así este miedo que tengo dentro, a veces me devora y ya no sé qué creer.

—Cree en mí. No voy a hacerte daño.

—No lo sabes, ni yo tampoco. Mis instintos me dicen que estoy repitiendo la historia, que puede que no tenga tanta suerte la próxima vez. Aun así, quiero confiar en ti, porque escuchas cuando te hablo, me das espacio, y sigues en esta cama después de contarte que fui un indigente.

—No tienes de que avergonzarte, todo lo contrario, fuiste muy valiente.

—Lo fui, no me da vergüenza. Sé que tuve mucha suerte, pero pelee para seguir en pie cada segundo del día —reconoció—. No sé cuándo va a terminar esto, solo voy a pedirte una cosa. Una nada más.

—Lo que quieras —aceptó Alexander enseguida.

—No me mientas, nunca —le dijo muy serio—. No me expongas públicamente, ni le hables a nadie de mí. No me des largas, si ya no tienes ganas de estar conmigo, dímelo. Sin más, sin explicaciones, solo dime que no. No seas cruel, no dejes que yo siga colgado de algo que es imposible.

—¿Y qué pasa si no quiero terminar con esto?

Adrien sonrió con tristeza.

—Lo harás. Soy la novedad, no eres gay, no pertenecemos al mismo mundo. Alguien como yo no puede mantener interesado a alguien como tú, eres excepcional y yo soy uno más —dijo en voz baja—. Vives en Nueva York, yo nunca dejaré Boston. Estamos en un tiempo muerto, te cansarás de seguir solo, de no vernos a diario, buscarás a alguien que ocupe tu cama… lo entiendo.

—¿Y aun así quieres estar conmigo? ¿Pensando todo eso? ¿Creyendo que podría hacerte lo mismo?

Adrien le acarició la cara, recorriendo su frente y sus pómulos altos.

—Es la primera vez desde que salí de mi casa que deseo estar con alguien, que siento algo de verdad. No puedo darle la espalda, no quiero. Saber que es por un tiempo limitado ayudará cuando llegue el final.

Alexander lo miró con una emoción fuerte que no supo descifrar. Parecía querer decirle algo, pero en su lugar tomó su boca despacio, girándolo para ponerse encima.

Adrien lo besó, porque después de contar su historia se sentía vulnerable, efímero. El peso de Alexander sobre su cuerpo lo volvía real, sus manos desabrochando su pijama eran un recordatorio de que seguía allí con él.

Se apretó contra su cuerpo, olvidando bajo sus manos los fantasmas que él mismo había atraído, atándolo a esa realidad.

—No soy como él —murmuró Alexander deshaciéndose del pantalón—. Puedes fiarte de mí.

Quiso decirle que lo sabía, que trataba de recordárselo cuando las dudas volvían, en su lugar hundió los dedos en su pelo y lo atrajo para darle un beso. Puso todo lo que sentía en él, el miedo, dolor, soledad, pero sobre su esperanza, esa pequeña luz en su corazón que creía aniquilada y a la que Alexander le había devuelto la vida.

Apenas permitió que se fuera lo justo para terminar de desnudarse. Separó las piernas y lo atrajo de nuevo hasta él.

—Hazlo rápido, no necesito preliminares… —murmuró mirándolo a los ojos—. Quiero olvidarme de todo, excepto de ti.

Alexander recorrió sus muslos con manos ardientes y grandes. Su boca firme contra la suya, sus lenguas alimentando el hambre del otro, captando el estado en el que estaba.

Gimió inclinando la espalda, uniendo sus pechos. Jadeó sin aliento, negándose abandonar sus labios. Él deslizó un dedo en su interior sin resistencia, su cuerpo estaba desesperado por tenerle, hambriento de contacto después de tantas semanas desde la primera vez.

Alexander supo leerle, añadió otro dedo con lubricante y trabajó su interior con un ritmo rápido, aunque certero. Sabía lo quería e iba directo a por ello, tiró de su pelo disfrutando de la intromisión y sufriendo porque no era suficiente. Apretó sus músculos internos, atrapando sus dedos para hacerle saber lo necesitado que estaba.

Alexander rompió el beso, enfebrecido de deseo, mordió su cuello y arrastró los dientes por su pecho hasta su pezón, atrapándolo entre sus labios, torturándolo.

—Alexander… —se quejó moviendo las caderas para encontrarse con sus caricias, llevándolo lo más profundo posible. El placer hizo que cerrase los ojos, su cuerpo entero temblaba pendiendo de un hilo.

Sintió como se retiraba y el sonido del envoltorio del preservativo, dejó salir el aire con alivio. Alexander cayó sobre él, posicionándose con rapidez.

Se agarró a sus antebrazos mientras su miembro se adentraba un par de centímetros en su interior.

Su cuerpo tembló y se contrajo alrededor, la sensación de plenitud colmándolo, mientras por fin lo llenaba.

—Joder, Adrien —murmuró con voz grave y tensa, apoyando la frente en la suya—. Casi no tengo espacio. Ábrete para mí, cariño.

No creía posible hacerlo, pero su cuerpo reaccionó obedeciéndole como si fuera suyo. Movió las caderas en círculos, acariciándole el cuello con las manos, gimiendo contra su piel. Los dos jadearon cuando se deslizó hasta el fondo.

Se miraron a los ojos, resollando sin aire. Alexander le dio un beso superficial y tierno, que creó un contraste enloquecedor por la forma en que estaban unidos. Tomó una respiración sobre sus labios, dedicando un momento para disfrutar de sentirse tan lleno, tan profundo en su interior. Era una sensación adictiva tener sus cuerpos unidos de esa forma tan íntima.

Su mente le decía que tuviera cuidado, que era fácil mentir cuando se trataba de deseo, pero la forma en la que ansiaba tener a la Alexander era completamente nueva para él. Su cuerpo reaccionaba al suyo como si fueran uno, vibraba bajo sus atenciones.

Nunca fue así con Sam, no sentía esa necesidad de poseer, esas ganas de saciar, el impulso de adueñarse de cada pequeña parte de él que pudiera conseguir.

Se movieron juntos, despacio. El placer extendiéndose desde su vientre a todo su cuerpo, sus huesos convirtiéndose en mantequilla, haciéndose moldeable para él.

—Alex —murmuró acariciando su nuca. Disfrutó de decirlo, de darle un nombre propio en un momento que solo era suyo. Tenías las palabras en la punta de la lengua, pero se obligó a ahogarlas. No podía volver a decir eso, reconocer que era vulnerable. Cada vez que alguien dijo esas palabras mintió, cuando fue él quien lo hizo, las pronunció como si no fueran nada. Solo al romperle el corazón entendió el poder que tenían esas palabras y la destrucción que ese sentimiento suponía.

Alexander jadeó trayéndolo de vuelta con él, desterrando los recuerdos que insistían en colarse entre ellos. Meció las caderas en movimientos suaves, retirándose hasta dejar apenas el glande dentro para volver a empujar en su interior.

Gimieron juntos mientras encontraban el ritmo que necesitaban, Alexander lo embistió con contundencia, golpeando su próstata una y otra vez sin descanso.

Era tan bueno y sabía darle justo cómo necesitaba, sin parar, escalando sin pausa a un placer que amenazaba con hacer que perdiera la cabeza.

Entendía por qué la gente disfrutaba tanto del sexo, podría dejarlo todo de lado y vivir así, debajo de su cuerpo, abierto y lleno de Alexander.

Sus manos le aferraron las caderas con fuerza, solo para poder golpearlo con movimientos rápidos que fulminaron su capacidad de hacer nada que no fuera murmurar su nombre.

Alexander inclinó sus caderas, metiendo la mano bajo su cuerpo para arquearle la espalda y poder usar todo su peso. Bombeando en su interior hasta que el placer resultó avasallador para sus sentidos saturados.

Llegó al éxtasis intacto, sin más contacto que el roce de su piel. Volvió a la realidad a tiempo de presenciar el espectáculo que ese hombre representaba sobre él. Sus músculos tensos, su cuerpo sudoroso, sus ojos de plata, su olor… si no acabara de correrse volvería a hacerlo.

Acarició su pecho y sus caderas, agarrándoselas para empujarlo en su interior sin dejar de comérselo con los ojos. Pequeños retazos de placer lo sacudieron a pesar del agotamiento de su cuerpo, disfrutó de ellos mientras lo veía deshacerse encima de él.

Alexander se dejó caer sobre él y la habitación se llenó de sus respiraciones erráticas. Pasó la mano entre sus mechones de pelo y atrajo su cabeza para un beso en los labios. Dejó que lo llevara con él cuando se deshizo del preservativo, relajándose entre sus brazos. Cerró los ojos y se obligó a dormir. No quería desperdiciar el tiempo que tenían juntos, esperaría a quedarse solo para afrontar lo que había pasado.

# CAPÍTULO 25

**ALEXANDER**

Escuchó a su jefe de proyecto durante diez minutos antes de desconectar. No podía ser más aburrido, mismo concepto de siempre. A los clientes le encantaba e iban en consonancia con las campañas de publicidad que se hacían en ese momento, pero no tenían nada especial.

Observó cuidadosamente el informe, decidió ignorar la charla, el proyecto estaba listo para presentarse al cliente. Todavía tenían que mostrarle otros diez y no tenía tiempo que perder para hacer todo lo que necesitaba.

Abrió su servicio de mensajería y comprobó lo último que le había escrito Adrien.

Adrien, probablemente el motivo por el que no podía concentrarse. Apenas habían pasado cuarenta y ocho horas desde que se despidieron con un beso en la puerta de su casa. Los mensajes que hasta entonces eran constantes se espaciaron en el tiempo y Adrien había rechazado su videollamada nocturna con la excusa de que salía a cenar con Logan.

Estaba distante y después de lo que le contó no podía esperar otra cosa. Al conocer su pasado, todas las piezas de Adrien encajaron. Su rechazo a los cambios, su desconfianza, esos límites tan duros al principio, con el tiempo habían cedido, pero cada milímetro ganado era a base de paciencia. Algo de lo que no iba especialmente sobrado, sin embargo, Adrien era una excepción en casi todo, era capaz de esperar cuando se trataba de él, e incluso de ignorar el sexo con tal de tenerlo.

Hasta Adrien nunca le interesaron los hombres, ni siquiera había pensado en ello antes. Solo para sí mismo podía admitir que Adrien lo tenía completamente vencido. Intentó alejarse sin éxito, se sentía atraído por él de una forma que nunca había experimentado.

Desde su adolescencia pasó por muchas mujeres, aunque el número fue bajando cuando se centró en su carrera. No tenía tiempo para las relaciones que le quitaran energía y le causaran dolores de cabeza. Curioso porque Adrien podía dejarlo agotado y desde luego le dolía la cabeza de tanto pensar en él.

Tenía los contactos necesarios para contratar a un investigador que le diera el nombre de los que habían ido a clase con él. Solo Dios sabía lo mucho que quería esa lista, necesitaba gente a la que hacer pagar por lo que Adrien tuvo que sufrir.

Se echó atrás en su silla y todos en la sala le lanzaron una mirada de miedo, anticipándose a que rechazara la propuesta en marcha.

Contra su buen juicio se contuvo, no quería pasar uno de los millones de límites que Adrien se había impuesto. Pero quería, no necesitaba averiguar si el destino le dio a esa panda de desgraciados lo que se merecían.

En algún momento la haría, aunque no sería hoy.

Ahora solo podía pensar en Adrien. No sabía que lo hizo confesarle su pasado, pero sabía que sin duda los muros tras los que solían esconderse estarían más firmes y gruesos que nunca.

Volvió a mirar la pantalla. Doce horas sin enviarle un mensaje, no parecían muchas, pero entendía lo que significaba. Quería regresar a Boston, no. Necesitaba volver a Boston ya mismo

y saber que era imposible, no ayudaba a mejorar su humor. Toda la semana tenía distintos proyectos que hacer, avances en diferentes clientes que no continuarían sin él.

Si no estuvieran así, le pediría a Adrien que lo acompañase, pero no quería presionarle. Tenía miedo a lo que podría pasar si lo hacía.

Se levantó de la silla en medio de la siguiente exposición.

—Quiero nuevas propuestas al final del día, todo esto ya lo he visto.

Abandonó la sala con Tiffany siguiéndole los talones, entró en su despacho, cerrando la puerta con firmeza para dejarle claro que no era bienvenida. Fue hasta su silla, colgando la chaqueta en el perchero antes de tomar asiento.

Odiaba no poder hacer nada, no saber lo que iba a pasar. Le gustaba controlarlo todo, había hecho de ello un verdadero arte, interpretar a los demás, calcular riesgos… con Adrien nada de eso funcionaba, no le servían los trucos, ni los atajos. Solo podía esperar. La impaciencia se lo estaba comiendo por dentro.

Las palabras de Adrien le causaron un malestar que no conseguía sacarse de encima. Odiaba que pensara que podía comportarse como ese cabrón. Reconocía que a lo largo de su vida nunca se había preocupado por sus compañeras de cama, más de lo imprescindible para que los dos tuvieran un buen rato, pero no podía dejar de pensar en él.

El Día de Acción de Gracias lo habían pasado tranquilos, comiendo una comida casera y sencilla que lo llenó de ternura por lo nervioso que parecía Adrien cada vez que probaba uno de los platos. Puede que exagerase un poco sobre lo bueno que estaba, aunque sin duda mereció la pena por verlo todo sonrojado y feliz.

Se balanceó en la silla con impaciencia. Quería mensajes, escuchar su voz cada noche, volver a su apartamento…

Mierda, se estaba comportando como un idiota. Se daba cuenta y aun así no podía evitarlo. Adrien apelaba a una parte de él que no sabía ni que tenía. Le gustaba su sentido del humor, ácido y rápido. Su saber estar y su forma de ser tranquila, que lo hacía sentirse relajado. Su inteligencia práctica, su trabajo duro y metódico. Estaba seguro de que Adrien creía que al contarle su historia cambiaría su opinión sobre él y lo hizo, pero a mejor.

Conocía a grandes hombres de negocios, personas que ya habían nacido ricos o con un patrimonio propio que engrosar, como en su caso. También a los que trabajaron duro y tuvieron un golpe de suerte que acabó por impulsar su proyecto, la historia de Adrien no se parecía en nada a eso.

Lo dejaron solo en el mundo, sin oportunidades, y consiguió ponerse en pie sin ningún tipo de ayuda. La presión y el miedo que tuvo que sentir… se aflojó la corbata. Estaba ansioso, una sensación a la que tampoco estaba acostumbrado.

Se acercó a sus gigantescos ventanales, mirando a la ciudad que a medio día se encontraba llena de gente corriendo a todas partes. Tenía que darle espacio, y respetar sus tiempos. Se sentó en el sofá frente a los cristales, sacando el móvil para escribir. Podía hacer las dos cosas, respetar lo que Adrien necesitaba y tratar que entendiese que con él estaba a salvo.

**Alexander:**
Me gustaría que vinieras este fin de semana a verme. Sé que no lo harás, pero quería que lo supieras, siempre serás bien recibido.

Suspiró dejando el móvil a un lado. Podía decirle mucho más, pero escribiera lo que escribiera, Adrien no lo iba a creer. No en ese momento.

Volvió a su mesa, le vendría bien hacer ejercicio para tratar de deshacerse de la frustración, por desgracia ese plan quedaría cancelado hasta la noche. Tenía muchas libertades por su cargo, muchos beneficios, pero también un sinfín de obligaciones. Era la primera vez desde que tenía ese puesto, que le molestaba la falta de tiempo.

**ADRIEN**

Miró el edificio de cristal con aprensión. Probablemente tendría que haberle advertido a Alexander que iba a estar en su oficina, pero la oportunidad surgió de improviso y fue él mismo quien pidió realizar el viaje.

El señor Morrison por fin firmaría un contrato en exclusiva que les garantizaba sus próximas campañas y como no podía acudir a Boston, Lucas quería que Logan fuera para asegurarse el trato. La agenda de Logan estaba un poco ocupada y en el par de minutos que intentaron encontrar un hueco se ofreció a ir él.

Los dos parecieron encantados con su sugerencia y aceptaron que fuera, incluso cuando aseguró que no necesitaba llevar a su secretaria. Era una visita rápida, vuelo viernes por la mañana, firma por la tarde y cena con el cliente, volvería a casa el sábado.

Apretó con fuerza el asa de su bolso, dudando si subir o no. Tenía un par de horas libres y quería verle. Le echaba terriblemente de menos, no debería ser así cuando fue culpa suya alejarse de él durante tantos días. Paró de responder a las llamadas de Alexander, limitando el contacto a los mensajes. No tenía excusa, hablar de su pasado lo dejó vulnerable y roto, creyó que el transcurso de los días a solas lo ayudaría a tranquilizarse, sin embargo, el silencio que solía calmarle ahora se sentía vacío.

Estaba nervioso por aparecer así, no era justo mantener ese contacto errático y por más que lo intentaba no sabía cómo hacer las cosas de otra manera. Alexander no querría verle allí, casi seguro. ¿Cómo iba a justificar su presencia en el edificio? No quería ponerle en una situación extrañada si él no quería verle.

Recordó el mensaje que le envió la semana pasada, diciéndole que siempre sería bien recibido.

Se mordió los labios dejándose llevar por la inquietud. La única forma de tener una respuesta era preguntar. Tomó una respiración profunda y fue directo a la puerta. Tuvo que dar su nombre e identificación en el control de la entrada.

Esperó con paciencia mientras el ascensor subía con otras veinte personas, casi era la hora de la comida, pronto el edificio estaría medio vacío.

Necesitó dos segundos extra al abrirse las puertas para reunir el valor de salir al pasillo. Sabía por la última vez dónde estaba su despacho, pero encontró la puerta abierta y el mostrador de Tiffany vacío.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarle en algo, señor? —le preguntó la secretaria de la mesa cercana.

—Buenas tardes. Estaba buscando al señor Cornwall.

—¿Tenía cita? —le preguntó—. Porque suele tener reuniones por las tardes.

«Estúpido», se maldijo para sí mismo. Por supuesto que no estaba disponible, era la persona más ocupada de la empresa, tenía que haberle avisado.

—¿Quiere que llame a su secretaria o dejarle algún mensaje?

—No gracias —murmuró abatido, se moría por verlo y saber que estaba cerca y no podría

hacerlo, solo agrió más su humor. Ni loco llamaría a Tiffany, podía enviarle un mensaje, aunque ahora que sabía que tenía un día ocupado no quería molestarle más. Lo intentaría por la noche, después de la cena cuando Alexander volviera a casa.

Fue de vuelta al pasillo y llamó al ascensor sintiéndose derrotado. Estaba cansado de sentirse tan inquieto, triste, ansioso y necesitado.

—¿Adrien? —Se giró al reconocer su voz.

Alexander salía de la sala de juntas con un hombre y Tiffany a su espalda.

Abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Sus ojos le dijeron todo lo que necesitaba saber, se alegraba de verlo. Alexander fue hacia él dedicándole una sonrisa que hizo que su estómago se llenara de mariposas.

—Christopher, este es Adrien Lewis, el mejor relaciones públicas que tenemos —le presentó poniéndose a su lado.

El hombre le sonrió tendiéndole la mano.

—Adrien. Tú eres quien consiguió el contrato de Morrison —dijo mientras se la estrechaba.

—Sí señor, es un placer.

—Christopher es uno de nuestros socios —le explicó Alexander. Su mano fue a su espalda, era un toque suave e inocente desde fuera que hizo que quisiera acurrucarse contra su costado.

—Alexander tiene muy buen concepto de la sede de Boston y de ti especialmente —le comentó mirándolo con curiosidad.

—Estoy seguro de que exagera, solo hago mi trabajo —contestó sorprendido. ¿De verdad hablaba de él con otras personas?

—¿Nos vemos esta noche para tomar una copa? —preguntó Christopher volviendo su atención a Alexander.

—Hablamos más tarde —respondió distraído terminando la conversación de manera abrupta.

Adrien intentó mantener la vista en el suelo, que era mucho más seguro que mirarle a él. La mano en su espalda lo guio con suavidad para alejarlo del grupo, directos a la oficina.

—¿Vienes por Morrison? —preguntó en voz baja mientras andaban. La secretaria de antes los observó con curiosidad—. Creía que vendría Logan. ¿Por qué no me avisaste? Habría enviado a Fred a buscarte. ¿Hasta cuándo te quedas? ¿A qué hora es la firma?

Adrien sonrió al escuchar el aluvión de preguntas, esperando al segundo en que la puerta del despacho se cerró a sus espaldas para alzar la cabeza y rodearlo con los brazos.

Besarlo de nuevo era como volver a casa después de mucho tiempo en un mal lugar. Las manos de Alexander se aferraron a su cintura, pegándolo a su cuerpo firme y duro.

Suspiró cuando sus lenguas se frotaron, y el calor de su piel atravesó la ropa, haciendo que olvidase el estrés de las últimas semanas.

—Me siento tan seguro cuando estoy contigo —murmuró pasando las manos por su pelo mientras lo miraba a los ojos.

Podría pasar días enteros así, solo contemplándose a través de él.

Alexander capturó su boca con delicadeza, frotando sus labios despacio.

—Entonces no te vayas —susurró sin alejarse de él, apretándolo con fuerza.

Apoyó la mejilla en su hombro y cerró los ojos envolviéndose en él. Tomó una respiración profunda y su aroma lo rodeó encerrándole en su burbuja privada.

—Te echaba tanto de menos —reconoció besando su hombro—. Lo siento, te estoy mareando, no es justo para ti. Perdona.

—Sé que no lo haces a propósito. Volviste, confiaba en que lo hicieras —musitó sobre su cuello, aferrándose a él con más fuerza—. Gracias a ti, estoy aprendiendo a ser paciente.

Se separó de él para verle a la cara mientras se reía. Le acarició las mejillas, recorriendo su rostro como si fuera la primera vez. Alivio, esa era la sensación que lo llenaba por dentro.

Ahora lo entendía, había pasado esas semanas inmerso en un duelo anticipado, esperando lo peor. Que Alexander dejase de mirarlo como lo hacía, con esa ansia y ese brillo en los ojos, con ese gesto de felicidad que le decía cuánto se alegraba de verle.

O en un segundo escenario donde era él quien se negaba a seguir. No porque no quisiera, sino que después de contárselo todo sabía que no había marcha atrás. ¿Qué posibilidades reales tenían? Alexander no era gay, no vivía en su ciudad.

Al verle y volver a estar entre sus brazos, todo pasó a un segundo plano. Teniéndole así, con sus labios rozando los suyos como ahora, todo era posible.

Alexander lo obligó a moverse, sin dejar de besarlo. Sus manos llenas de una necesidad recorriendo su cuerpo y un apremio que no había percibido antes en él. Era su forma de sentirle, de comprobar que en verdad estaba allí con él.

Se dejó hacer, estremeciéndose cuando su espalda chocó con la pared, tirando de su corbata para que lo presionara con su cuerpo.

Alexander gimió clavando sus caderas en las suyas, frotándose contra él.

Adrien pasó la mano por sus hombros, bajando por su pecho sin dudar, empezaba a estar familiarizado con el cuerpo de Alexander, pero todavía quedaba mucho por descubrir.

Acarició su erección sobre la tela del pantalón. Alexander le mordió el labio inferior, agarrando su trasero con las dos manos.

Jadeó imitándole para que sus cuerpos se apretasen aún más. Tiró de su corbata mientras sus labios le recorrían el cuello, Alexander se hizo cargo, empezando a soltar el nudo.

Dos fuertes golpes en la puerta los hicieron quedarse petrificados, todavía aferrados a la boca del otro.

—Ahora no Tiffany, estoy reunido —contestó Alexander con voz oscura sin dejar de observarlo. Esa mirada estaba llena de promesas, promesas que Adrien quería cobrarse.

Alcanzó su cinturón, y lo desabrochó sin dejar de mirarle a los ojos mientras lo hacía retroceder hasta el sofá junto a los gigantescos ventanales.

—Pero señor, es importante —insistió Tiffany.

Adrien sonrió mordiéndose los labios, tirándolo en el sofá sin miramientos. Alexander alcanzó un mando que había sobre la mesilla, oscureciendo los cristales.

Se dejó caer de rodillas entre sus piernas abiertas, besándole en los labios mientras retiraba su ropa interior. Acarició su erección, estremeciéndose al tocar su piel ardiente.

—Señor es que…

—Fuera —ordenó Alexander con una voz inflexible que no dejaba pie a réplicas.

No se hizo esperar, su erección ya estaba dura y fue llenando su boca mientras se iba acostumbrando a su tamaño.

Cerró los ojos dejando salir un ronco gemido, siempre le había encantado esa parte. La sensación de poder y el placer de saber lo mucho que disfrutaba el otro.

Alexander le dio el tiempo justo para adaptarse, empujándose en su boca mientras le sostenía de la nuca, imponiendo el ritmo que necesitaba. Cerró los ojos, su cuerpo ardía mientras los gruñidos de Alexander le hacían perder la razón. El glande frotándose contra su lengua ansiosa, antes de llegar al fondo, su tronco mantenía sus labios estirados a su alrededor.

Gimió mientras su cuerpo se tensaba, su vientre ardiendo por la necesidad de tenerle dentro. Se aferró a sus muslos, notando como se endurecían bajo sus dedos, advirtiéndole que no quedaba mucho.

Alzó la vista, los ojos de Alexander ya estaban en él. Sus caderas se balanceaban, empujándose en su boca, asegurándose de llegar tan lejos como le era posible. No había nada más íntimo que tener a alguien dentro, sin embargo, la forma en que lo estaba mirando hizo que se sintiera mucho más profundo.

Alexander cerró los ojos como si fuera demasiado para él.

—Cariño… —le advirtió con voz ronca.

Acarició sus muslos con las manos en una caricia suave para que supiera que quería hacerlo.

Alexander terminó enterrándose en su garganta, con un gemido destrozado.

Se quedó quieto, sin dejar de tocarle, ni retirarse mientras recuperaba el aliento.

—Ven aquí —murmuró levantándolo en peso. Lo sentó sobre su regazo, con las piernas a cada lado de sus caderas y lo besó con todo el deseo que todavía le recorría el cuerpo.

Hundió las manos entre su pelo, tirándose de su cabeza hacia atrás para mirarse a los ojos.

—Alex… —ronroneó lamiendo su labio inferior con ganas, intentado que comprendiera las ganas que tenía de sentirlo dentro de él.

Lo entendió en el primero segundo y sus fuertes manos fueron directas a su pantalón para abrirlo.

Alguien volvió a llamar a la puerta, pero no fueron dos golpes sin más. Dos rápidos y uno un poco después.

—Alexander —la voz de Christopher llegó desde el otro lado de la puerta—. Estoy esperando, es de mala educación hacerme esperar.

—Un minuto —contestó él.

Alexander no hizo ningún intento de levantarse, en su lugar lo atrajo de nuevo a él.

Le alejó dándole un golpe en el pecho bajando de su regazo.

—Vístete por amor de Dios. ¿Hay algún sitio donde pueda esconderme? —preguntó, mirando alrededor de forma frenética.

Alexander lo miró como si estuviera loco.

—Ya sabe que estás aquí, entraste conmigo. Hay un baño detrás de esa estantería —dijo señalando una puerta que estaba hábilmente oculta en la pared—. Puedo encargarme de ti y luego…

Lo fulminó con la mirada, corriendo a por su bolso que había quedado tirado en el suelo para encerrarse en el baño.

Escuchó voces mientras se aseaba y se aseguraba de que su aspecto no reflejase que habían estado a segundos detener sexo. ¿Qué demonios le pasaba? Tiffany pudo entrar en cualquier momento, la puerta ni siquiera tenía cierre.

Volvió a mirarse al espejo una última vez, negando con la cabeza. Alexander conseguía que se olvidara de todo, pero el mundo real seguía ahí fuera. Esperando.

# CAPÍTULO 26

—Pues tráele contigo —estaba diciendo Christopher.

—Es una persona reservada, lo le gustan las multitudes ni la gente nueva —respondió Alexander aun sin mirarlo.

—¿Desde cuándo eres tan cuidadoso?

—No te molestes por mí —los interrumpió comprendiendo que hablaban de él—. Comeré algo por ahí y luego tengo la reunión con el señor Morrison. Sigue con tu agenda como si yo no estuviese.

Antes de que Alexander pudiera hablar, Christopher se adelantó.

—De ninguna manera. Ven a comer conmigo, te invito mientras Alexander hace eso tan importante. Me gustaría conocer un poco más el sistema de trabajo de Boston, hay un proyecto que…

—De eso nada —repuso Alexander con voz oscura—. Ya te dije que no. Saldremos a comer.

—Para hablar de negocios —añadió enseguida.

Christopher seguía observando a Alexander.

—Soy tu socio —le recordó.

—Sí —accedió Alexander, mirándole con los ojos entrecerrados.

—Y tu amigo desde la universidad.

—Eso dices tú, nunca me escucharás admitirlo.

Adrien los observó sorprendido. Un momento…

—¿Christopher? ¿Eres Chris? ¿Ese Chris?

Conocía ese nombre, Chris era uno de sus amigos, solía comer o cenar con él al menos una vez a la semana. Hablar durante meses a diario hizo que ambos tuvieran referencia de la gente a la que veían y sus costumbres.

Eso pareció captar el interés de Christopher que lo miró con gesto de aprobación.

—¿Te gustan las ostras? —le preguntó con una sonrisa llena de malicia.

Todavía no entendía cómo había pasado de estar a punto de acostarse con Alexander, a sentarse en uno de los mejores restaurantes de la ciudad con un grupo de personas a las que conocía solo a través de lo que él le había contado. Aunque para ser justo, los describió a la perfección.

Christopher era el animado del grupo, su novia Jenna compartía su extraño sentido del humor. Daniel era el estirado, aunque se reía de buena gana de cada una de las bromas de Christopher. Su prometida, Laura era tranquila y elegante, el tipo de persona que siempre está asegurándose de que los demás están bien. Le gustó de inmediato, todos en realidad.

Lo recibieron de buen grado y con curiosidad. Hicieron preguntas discretas sobre su trabajo, en el que no estaban realmente interesados.

Parecían más centrados en probar la comida y pasar el rato. Alexander se sentó a su lado, sugiriéndole los platos que creía que le gustarían y manteniéndole al tanto de los temas que hablaran para que no se sintiera excluido.

La verdad es que no le hizo demasiada falta, era alarmante darse cuenta de repente del conocimiento que tenía sobre la vida diaria y personal de Alexander. Comprendió casi todas las bromas internas del grupo y reconoció en mayor o menor medida los temas de los que hablaban, fue agradable.

—Tienes que venir a la cena de Navidad —le dijo Laura mientras les servían los postres—. Cocinaré comida típica de mi país.

—Comida inglesa. ¿No? —contestó sonriéndole al camarero mientras le dejaba su postre, un apetitoso plato de buñuelos.

Laura asintió satisfecha, intercambiando una mirada con Daniel y Jenna.

—Sí, a medianoche, iremos a una fiesta impresionante. Definitivamente debes acompañarnos, sin falta.

—No soy muy navideño, lo siento. —No había pensado en cómo celebrar la Navidad, sobre todo porque nunca lo hizo desde que lo echaron de casa. Era especialmente doloroso, mucho peor que Acción de Gracias.

Alexander se inclinó sobre su comida, examinándola con curiosidad.

—Mi tarta no es gran cosa —se quejó cortando la conversación—. ¿Qué tal la tuya?

Adrien le lanzó una mirada agradecida, era la segunda vez que tenía que salir a rescatarlo.

—Te está bien empleado, una tarta de menta, pistacho y plátano. Estaba claro que eso terminaría en desastre. ¡Oye! —protestó pegándole en la mano cuando le robó uno de sus buñuelos.

Alexander apoyó el codo sobre la mesa mientras masticaba con aire pensativo.

—¿No se parece un poco a esas cosas alargadas que comimos en París? ¿Cómo se llamaban?

—*Eclairs* —contestó enseguida, sonriendo al recordar su viaje.

—Los de crema eran deliciosos, de lo mejor que probé en mi vida —dijo Alexander robándole otro.

—¡Para! —protestó alejándolo de su plato—. Te los estás comiendo todos.

Alexander no se rindió sin pelea, lo sujetó de la cintura para apartarlo y robó el último.

Mordió el pequeño dulce sin dejar de mirarlo, un campeón sonriendo con su trofeo.

—Eso es infantil y egoísta —le reprendió muy serio.

La cara de Alexander cambió de repente a un ceño fruncido por la preocupación de haberle enfadado de verdad.

—Pídeme otro, y asegúrate de que me lleve uno extra de vuelta al hotel —lo calmó sonriendo.

—Puedo darte mi tarta —le ofreció empujando el plato casi sin tocar.

—Aparta esa cosa tóxica de mí. No pagaré el precio de tu mal gusto.

Alexander le sonrió mientras obedecía y giraba la cabeza buscando al camarero que se acercó enseguida.

Un carraspeo los hizo recordar que no estaban solos.

Los otros cuatro los miraban con gestos educados, aunque desconcertados.

—Alexander, creía que no te gustaban los dulces —comentó Jenna mirándolo fijamente.

—Adrien me dio a probar algunos con los que disfruto.

—Parece que hay muchas cosas que no te gustaban y ahora sí —murmuró Christopher de forma audible mientras Alexander pedía que volvieran a traer buñuelos.

Adrien bajó la cabeza a la mesa, con las mejillas coloradas, esforzándose por no hacer contacto visual con nadie.

—Ya sabes, hay que probar un poco de todo, con suerte encuentras algo que merezca la pena

—contestó Alexander con tranquilidad.

Adrien lo miró tan rápido que le dolió el cuello. Alexander le sonrió, no parecía preocupado, pero la aprensión hizo que se le encogiera el estómago, de repente ya no tenía ganas de tomar nada más.

—Brindemos —pidió Alexander alzando su copa. Todos los demás lo imitaron con las suyas.

Clavó sus ojos grises en él con tanta intensidad que la copa estuvo a punto de escapársele de la mano.

—¿Qué estamos celebrando? —preguntó con sorna Christopher a pesar de que parecía encantado.

Alexander no se giró hacia su amigo, seguía mirándole a él.

—La vida, que no deja de darme sorpresas y ofrecerme sabores inesperados.

Adrien tuvo que esconder la sonrisa mientras bebía. La mano de Alexander atrapó la suya entrelazando los dedos en su regazo.

Miro a los demás para asegurarse de que nadie les estuviera prestando atención, no lo hacían, discutían sobre posibles planes de ese fin de semana.

Se relajó contra el cómodo respaldo de la silla, acariciando el costado de su mano con el pulgar. Alexander sonrió mientras escuchaba a sus amigos pelear, parecía contento y satisfecho.

Dio otro pequeño sorbo a su copa.

—¿Te gusta este? ¿No es un poco amargo? —se interesó Alexander inclinándose sobre él.

—Para nada. Además, en un champán como este, una nota amarga intensifica el sabor dulce de la uva. Es un buen contraste —contestó mirándolo a los ojos.

—Conseguiré unas cuantas botellas por Navidad —le prometió.

Dejó la copa sin parar de acariciarle la mano bajo la mesa.

—¿Estás suponiendo que vamos a pasarla juntos? —respondió sonriendo a pesar de sus palabras. Por supuesto que lo harían. Tomaría cada segundo que quisiera pasar a su lado.

Alexander alzó una ceja mirándolo de forma altiva. Se acercó aún más a él dejándole oler su maravilloso perfume, tuvo que cerrar los ojos y tomarse un segundo disfrutando del momento.

—Sé que vamos a hacerlo. Podríamos viajar a algún sitio, pasarlo en tu casa o usar la mía.

—¿Quieres que vaya a tu casa? —preguntó con sorpresa.

Alexander le ofreció varias veces ir a Nueva York, pero siempre había asumido que sería a un hotel.

—Claro —le contestó muy seguro—. Vas a conocerla hoy.

—Cuánta prepotencia —dijo burlón. Si dependiera de él ya estarían en su casa, concretamente en su cama—. Creo que esta noche no vas a tener suerte —mintió con descaro.

—Perfecto —aceptó Alexander sin discutir—. Aunque eso no cambia nada. Vendrás a mi casa y te quedarás en la habitación de invitados, te arroparé y te contaré un cuento si eso es lo que se necesita para tenerte allí.

La carcajada se le escapó sin remedio. Sabía que, si no quería estar con él, lo respetaría y no trataría de hacer nada.

—Así que esta noche jugamos al parchís y nos vamos cada uno a la cama con un vaso de leche y galletas —dijo en broma.

Alexander estaba casi sobre él, con los ojos brillando con picardía.

—Podemos jugar a las cartas si quieres. Podríamos probar el Strip póker.

—No sé jugar a eso, perdería todo el tiempo. —Le dolía la cara de sonreír, siempre sonreía cuando él estaba cerca.

—Mejor, será más interesante —respondió dedicándole una mirada ardiente—. Y en cuanto a

la cena... tú encárgate de las galletas, yo te doy la leche.

—¡Alex! —exclamó escandalizado pegándole en el brazo mientras él se reía a carcajadas apoyando la cabeza en su hombro.

—¿Señor?

El camarero esperaba detrás de ellos con otro plato de buñuelos. Intentó soltar sus manos, porque desde allí, él se daría cuenta de lo que pasaba bajo la mesa.

Alexander le dio un suave apretón, volviendo a sentarse en su silla, ya que prácticamente estaba sobre él, pero no le permitió soltarse.

El camarero ni se inmutó, sirvió su postre y se fue con discreción, sus amigos, sin embargo, los miraban con distintos grados de sorpresa. No sabía si era porque estaban al tanto de sus manos o por el golpe en el brazo.

—Creo que tus amigos lo saben —murmuró cuando ellos se apresuraron a seguir hablando para disimular.

—¿Qué saben?

—Sobre esto. Sobre nosotros —le explicó nervioso.

Alexander lo miró sin un solo gesto de agobio en el rostro.

—¿Y?

—¿Cómo qué “y”? Son tus amigos, algo tendrás que decirles. Inventa una excusa.

Su mirada bastó para que guardase silencio.

—No soy un niño. No necesito el permiso de nadie para hacer lo que quiero, yo decido y ya he tomado una decisión.

—¿Y si no les parece bien? Las personas son crueles.

Alexander alzó sus manos unidas, después de mirarlo por unos segundos.

Observó conteniendo el aliento, con el corazón latiendo descontrolado. Una parte de él quería apartarse y dejar de llamar la atención, su parte más vulnerable le dijo que esperase.

El gris de los ojos de Alexander brilló mientras giraba su mano con delicadeza y dejaba un beso sobre el dorso. Su corazón se detuvo de forma abrupta, contó hasta tres antes de volverlo a sentir. Era lo más dulce y romántico que había vivido nunca, era tan significativo para cualquiera que los estuviese viendo que no supo cómo reaccionar.

Alexander sonrió, repitió el gesto más despacio, convirtiéndolo en algo tierno e íntimo.

—Solo me importa lo que tú pienses —dijo en voz baja contra su piel, de forma que solo él pudiese escucharlo—. Si no les parece bien y me dan la espalda, entonces no son amigos y tampoco los querré en mi vida.

Intentó contestar algo, cualquier cosa, pero las palabras se negaban a abandonar sus labios. Quería decirle que era la persona más valiente que había conocido, que era impresionante mostrarse tan firme.

Se atrevió a mirar al frente, todos volvían a observarlos, aunque nadie parecía escandalizado o enfadado. Percibió en ellos sorpresa, pero ninguna reacción negativa.

Todavía quedaba bastante gente en el restaurante, un rápido vistazo le sirvió para confirmar que habían llamado la atención. Volvió la vista a los amigos de Alexander, era más seguro que mirar a los desconocidos que los juzgaban.

Daniel sonrió de manera amigable, cogió la botella y rellenó sus copas vacías.

—No sé vosotros, pero creo que necesitamos otra de estas.

# CAPÍTULO 27

Su firma fue más rápida de lo esperado. Cenaron hablando de lo bien que había funcionado la campaña, pero como Morrison tenía prisa, terminaron la cena antes de tiempo.

Fred lo esperaba fuera, Alexander había insistido en que fuera así.

—Fred —lo saludó sonriendo.

El hombre le devolvió el gesto, mientras le abría la puerta. Fred le gustaba, siempre era amable con él y lo hacía sentirse cómodo.

—¿A dónde le llevo, señor Lewis?

Se mordió el labio mientras pensaba, podía volver al hotel, Alexander no lo presionaría.

—¿Sabe Alexander que ya terminé?

—No por mí, señor —contestó el hombre con una pequeña sonrisa.

—Pues es mejor que no lo sepa. ¿Sigue en la oficina? —preguntó esperanzado, haciendo planes rápidos.

—Sí, señor.

—¿Podrías dejarme entrar en la casa de Alexander sin decírselo a él? —Le daba un poco de vergüenza pedírselo, pero después de todo Fred siempre estaba a su cargo, tenía que saber lo que pasaba entre ellos.

—Estoy seguro de que puedo —contestó el hombre sonriendo.

Dio una palmada por la emoción, Alexander siempre lo sorprendía, había llegado el momento de hacer algo especial para él.

Lo tenía que concederle a esa bulliciosa ciudad es que fuera la hora que fuera se podía conseguir cualquier cosa. No tuvo problema para hacer un par de compras antes de pasar por el hotel para dejar vacía su habitación.

Fred lo llevó a casa de Alexander y usó su llave para abrirle la puerta del lujoso ático, asegurándole que el personal de servicio no estaba en la casa. Miró alrededor, impactado. Su apartamento era una mezcla de cristal, negro y blanco. Intimidante, aunque con muy buen gusto. Investigó el lugar, familiarizándose con su disposición que Alexander ya le había mostrado durante sus charlas.

Supo enseguida cuál era la habitación de Alexander en cuanto abrió la puerta. Todo en ese cuarto gritaba el nombre de su dueño. Pasó los dedos por encima del suave edredón negro mientras iba al vestidor. Su perfume estaba sobre la cómoda, justo al lado de la puerta abierta por la que podía ver trajes. Tuvo que rebuscar un poco antes de encontrar lo que quería.

No sabía si Alexander se tomaría bien que ocupase su habitación, así que dejó sus cosas en la de al lado y se dio una ducha antes de prepararse para lo que quería hacer. Estaba nervioso y emocionado, como si estuviera a punto de recibir un regalo.

Fred le envió un mensaje advirtiendo que estaban en camino, tal y como le había pedido. Corrió a la cocina tratando de contenerse, nunca había hecho nada parecido. Dejó listo lo que necesitaba y lo escondió todo dentro del horno.

Volvió de forma apresurada al piso de arriba y se ocultó en la habitación de invitados justo cuando se abría la puerta de entrada. Su móvil se iluminó con los mensajes de Alexander, le había quitado el volumen.

**Alexander:**
Acabo de llegar a casa, cené en el despacho. ¿Te falta mucho?

Sonrió removiéndose con nerviosismo.

**Adrien:**
Deberías irte a dormir, creo que esto va para rato.

**Alexander:**
Me iré a la cama, pero te esperaré despierto. ¿Vendrás a mi casa o debería ir yo a tu hotel?

El sonido de la ducha le llegó desde la habitación de al lado.

**Adrien:**
Te llamo al salir, quizá sea demasiado tarde.

**Alexander:**
No te preocupes, estaré esperándote.

Rio mientras lo escuchaba silbar en la ducha, se coló en su habitación y robó el frasco de su perfume antes de volver a esconderse.

Se miró en el espejo, retocándose el pelo, se desabrochó un par de botones, puso un par de gotas de perfume detrás de las orejas, en sus muñecas, en el centro de su pecho y por encima de su ombligo. Su cuerpo se calentó al notar el aroma de Alexander, era muy excitante percibirlo de una forma tan evidente en su piel.

Esperó a duras penas, demasiado impaciente para quedarse quieto. ¿Iba a hacer el ridículo? ¿Le parecería una tontería? No importaba si lo era. Alexander no era cruel, no se reiría de él. Salió de la habitación y bajó las escaleras al escuchar que cerraba el grifo.

Se movió casi de puntillas, recogió las cosas que había escondido en el horno, las colocó sobre la mesa y apagó las luces del salón que Alexander dejó encendidas, quedando a oscuras salvo por la luz que entraba a través de los cristales.

Se colocó en el sofá grande, probando varias posturas hasta estar contento. Los pasos de Alexander bajaron la escalera, demasiadas videollamadas como para no saber que le gustaba sentarse con un vaso de alguna bebida fría en la sala cuando volvía a casa.

—¿Qué pasa con la luz? —murmuró Alexander confuso al llegar y encontrarlo todo a oscuras.

Tragó saliva en un intento por contener los nervios, viéndole pasar delante de él sin advertirle.

Alexander encendió la luz que tenía más cerca y se dio la vuelta para marcharse.

Se obligó a quedarse quieto cuando sus ojos lo recorrieron de arriba abajo.

—¿Y esto? —le preguntó sonriendo. Intentó acercarse a él, pero le hizo un gesto con la cabeza señalando el sillón de enfrente.

—Bien, lo entiendo... Me encanta lo que estoy viendo. Por mí podría quedarme toda la noche mirándote —le dijo esbozando una sonrisa lenta.

Alexander se dejó caer donde le había indicado, sin dejar de recorrerle milímetro a milímetro

con los ojos.

—¿Solo quieres mirar? ¿No tienes preguntas qué hacerme? ¿Cómo llegué aquí? ¿Quién me abrió la puerta?

Alexander sonrió, toda su atención en sus piernas. Las movió con suavidad, dándole un mejor espectáculo.

—No me importan nada los detalles, me los puedo imaginar —comentó Alexander, sin quitarle la vista de encima.

Cruzó las piernas en el sofá y se estiró lo justo para que la camisa se subiera un poco a sus muslos desnudos.

Alexander soltó un gruñido y se lamió los labios antes de levantarse del sofá.

—No —le ordenó. Comprobó con satisfacción como se dejaba caer de vuelta al sillón—. Ya te dije que no tendrías suerte esta noche.

—No sé qué decirte, yo me siento bastante afortunado —respondió Alexander con una sonrisa oscura que lo hizo temblar.

Sacó lo que había escondido bajo el cojín en el que se recostaba y lo lanzó a sus pies.

—Bien por ti, te hará falta.

Alexander miró la baraja en el suelo y estalló en risas.

—Estoy completamente a favor de esta idea, sea lo que sea. —Su voz ronca le dio escalofríos, contuvo a duras penas las ganas de levantarse—. Jugaré contigo a lo que me pidas.

Sonrió, llevándose la mano al pecho, acariciando su piel desnuda a través de los botones desabrochados.

—Muy… muy a favor —murmuró Alexander perdido en seguir el recorrido de sus dedos.

Colgó el índice en el tercer botón y tiró con suavidad, hasta que se abrió mostrando otra pequeña porción de piel.

—No me traje pijama —le explicó sentándose en el sofá, manteniendo las piernas juntas de forma recatada—. Tomé prestada una de tus camisas, espero que no te importe.

Alexander dejó salir un sonido áspero a modo de risa.

—Te la regalo, es más, siempre deberías ir así —dijo con voz ronca.

Soltó una risita nerviosa, intentando que no se notara lo excitado que estaba.

—Demasiado llamativa para el trabajo. ¿No crees? —le preguntó cruzando las piernas con naturalidad, dejando que la camisa se le subiera a los muslos, dándole una imagen reveladora.

—Adrien… —murmuró Alexander con voz ronca.

—Me puse tu perfume, quería llevarte sobre mí —reconoció en voz baja, su piel se erizó al escuchar la respiración entrecortada de Alexander.

La fuerza de su mirada lo hizo estremecerse. Estaba enamorado de Alexander, no importaba cuantas excusas y barreras hubiera puesto para tratar de frenar sus sentimientos. Lo quería, tan simple y complicado como sonaba. El miedo le retorció las entrañas, pero su mirada hizo que todo se volviera difuso.

—Estoy enamorado de ti —murmuró en voz baja.

Alexander sonrió y su estómago estalló en cientos de fuegos artificiales.

—Y yo de ti —le contestó con ese tono calmado que tanto le gustaba.

—No tenemos futuro, es una locura.

Alexander se levantó y se arrodilló entre sus piernas, separándoselas con suavidad.

—¿Me quieres?

Asintió mordiéndose el labio.

—¿Confías en mí? —los ojos de Alexander reflejaron lo mucho que necesitaba escuchar esa

respuesta.

—Lo hago, puede que acabe destrozado, pero lo hago —reconoció.

Alexander tiró de su cintura, acercándolo a él.

—Conseguiremos que funcione, solo aférrate a mí con fuerza. Encontraré una manera.

Acarició su fuerte mandíbula, ahuecando las manos en torno a sus mejillas.

—Te quiero —murmuró apoyando su frente contra la suya. Decirlo en voz alta no fue difícil, las palabras prácticamente escaparon de su boca, tenían un sabor dulce, sonaban a verdad.

Alexander cerró los ojos, disfrutando de sus palabras.

—Te quiero —repitió.

Sus dudas y miedos los habían sumido en una serie de vaivenes emocionales, pero Alexander había aguantado sin quejarse, demostrándole a diario que era diferente. Merecía escucharle pronunciar esas palabras y lo más importante, quería decírselas porque las sentía de verdad.

—Te quiero.

Alexander hizo un ruido con la garganta, atrapando su boca en un beso apasionado. Sus manos recorriéndole las piernas desde los tobillos hasta los muslos, dejándolas resbalar por ellas.

Adrien gimió dentro de su boca cuando lo aferró con fuerza, tirando de él para ponerlo sobre sus piernas, agarrándole del culo. El calor inundó sus mejillas cuando lo escuchó contener el aliento por la sorpresa.

—No llevas ropa interior.

Dejó salir una pequeña risa que sonó como un jadeo, en vez de responder lo atrajo a un nuevo beso, chupando su lengua con ganas. Tiró de su camiseta, necesitando tocar su piel. Recorrió sus hombros desnudos, aferrándose a sus antebrazos cuando Alexander se movió.

Lo dejó con suavidad en la alfombra, poniéndose encima de él. Alexander puso cadenas de pequeños besos y ásperos mordiscos que lo hicieron retorcerse bajo su cuerpo. Gimió echando la cabeza hacia atrás, exponiendo su cuello, anhelando tanto de él como pudiera tener.

Alexander tocó sus piernas, clavando los dedos en sus muslos turgentes, manteniéndolo abierto.

Recorrió su pecho, bajando por él con besos febriles, alzó la cabeza para mirarlo mientras abría un poco la camisa.

Adrien gimió al ver el bulto en el pantalón de pijama de Alexander, una demostración física de que los dos estaban al mismo nivel de necesidad.

—Eres tan bonito —murmuró Alexander soltando el primero. Se inclinó para besar la suave piel de su vientre.

Jadeó apoyando la mano sobre su hombro, queriendo acercarlo a donde necesitaba.

—Tan suave… —Su lengua rodeó su ombligo retirando otro botón, mordió su costado marcando su piel con los dientes.

Sus caderas se alzaron buscándole, pero una de sus manos lo mantuvo presionado contra el suelo.

—Tan dulce… —Sus labios chuparon con fuerza, marcando la piel sobre su cadera, el tercer botón se abrió, rebelando su cuerpo desnudo.

Respiró con dificultad, intentando calmarse, pero cometió el error de bajar la cabeza. Alexander lo estaba mirando. Sonrió continuando con su camino descendente, tomándolo en su boca.

Empujó dentro de su cálido interior, incapaz de soportar la sensación de sus manos por su cuerpo, la suavidad de la camisa, la textura de la alfombra en su espalda.

Gimió mientras la boca de Alexander se empeñaba en la punta de su erección, torturando su

glande con la lengua.

Se mordió los labios, intentando controlarse mientras se hundía en su boca. Se removía tanto que consiguió librarse de su agarre, empujándose contra él en busca de una liberación que parecía próxima.

Alexander adivinó sus intenciones, incluso antes de que él llegara a entenderlo. Se separó de él, besando sus muslos y tocando sus piernas, dejándole algo de espacio para recuperar el control.

—Estoy listo, me preparé antes —dijo con urgencia. Metió la mano bajo el cojín, recuperando la botella de lubricante y los preservativos—. Podemos hacerlo.

Alexander le dio un beso en la cadera, sonriendo con malicia.

Gimió doblándose, intentando que volviera a él, pero lo único que consiguió fue que lo sujetara de las rodillas, abriéndolo aún más. Su lengua creó un camino por la cara interna de su muslo hasta el costado de su erección, trató de girarse, pero solo consiguió escuchar la risa maligna de Alexander.

Besó sus testículos, chupando la delicada piel sobre ellos, succionando sin ejercer demasiada presión.

Se cubrió la cara con los brazos, mordiendo su antebrazo.

—No te escondas de mí, amor. Mírame, deja que te escuche.

—No —murmuró frustrado.

Alexander tuvo el descaro de volver a reírse.

El sonido del envoltorio al romperse lo hizo temblar.

Abrió los ojos al sentir como se alejaba de él. Alexander lo agarró de la cintura, alzándole en brazos para hacer que se colocara en su regazo. Contuvo el aliento mientras su erección iba adentrándose en su cuerpo. Cerró los ojos disfrutando la sensación de sentirle por fin.

Dejó salir un suspiro de satisfacción, apoyando la frente en su hombro.

—No te muevas —susurró besando su piel, pasó la lengua despacio por su cuello—. Quédate un momento así.

Alexander no cuestionó su petición, acarició su espalda y sus costados, besándole la cara con labios suaves. Adrien cerró los ojos, dejando que esa sensación de calidez se expandiera por su cuerpo como la miel. Alexander conseguía que se sintiera valorado, especial.

Meció con suavidad las caderas sobre él, mirándole a los ojos. Quería hacerle sentir igual de cálido y seguro, igual de único. Las manos de Alexander rodearon sus caderas y acariciaron sus costados de una forma casi lánguida.

—Te quiero.

Adrien dejó de moverse, nunca se acostumbraría a esas palabras viniendo de él. Alexander sonrió mirándolo con cariño.

—Te quiero, te prometo que voy a asegurarme de que nunca dudes de ello.

Lo sujetó de la cintura, alzándolo un poco para poder empujarse en su interior. Adrien gimió al sentirle moverse.

Los sentimientos se agolpaban en su cabeza y su cuerpo parecía responder a esa intensidad, volviéndose aún más sensible. Sus caderas cobraron vida propia, persiguiendo el ritmo que Alexander le impuso. Lo montó sujetándose a él, sin espacio que los separase y con sus bocas suspirando juntas la una sobre la otra.

Ya le había enseñado cada parte de él, ahora estaba listo para confiar en que no lo usaría, en que entendería lo frágil que era y lo mantendría a salvo.

Creyó en sus promesas porque le demostró que era alguien digno de confianza, se dio cuenta

de que creía de verdad en sus palabras.

—Alex —murmuró jadeando, clavó las uñas en sus hombros, empujándose sobre él con fuerza, casi dejándose caer en su regazo para llevarlo lo más profundo posible.

Alexander les hizo girar, poniéndose sobre él para ganar velocidad y potencia en sus movimientos. Gritó su nombre sin contenerse, rompiéndose la voz al terminar juntos.

Sonrió mientras Alexander se desplomaba sobre él, todavía tratando de recuperar el aliento. Cerró los ojos disfrutando de la sensación de plenitud, podría quedarse allí para siempre.

Alexander lo besó de forma descuidada, todavía con la respiración entrecortada, haciéndolo girar para quedar frente a frente.

—Olvidé una cosa —dijo separándose de él, sentándose en la alfombra.

—Sea lo que sea, no importa, vuelve aquí —murmuró Alexander somnoliento.

Lo ignoró a favor de recoger el paquete que había dejado al lado del sofá.

Se rio mientras se lo pasaba, esperando su reacción.

—¿Qué es esto?

—Yo te pongo las galletas —le dijo recordándole lo que había dicho en el restaurante. Miró de arriba abajo su cuerpo desnudo—. Ya sabes lo que te toca poner a ti.

# CAPÍTULO 28

Pasaron todo el fin de semana entre las sábanas y haciendo planes para Navidad. Volvió a casa con el tiempo justo de dejar la maleta, darse una ducha e ir al trabajo.

—Te llamé para cenar el sábado, creía que volvías esa tarde. ¿Me estás haciendo ghosting? —le preguntó Logan ese mediodía cuando estaban comiendo juntos en uno de sus restaurantes favoritos.

—Te contesté en cuanto recibí el mensaje —se defendió.

—Ya, otra excusa. ¿Cuándo voy a conocer al tipo que te tiene secuestrado?

—No estaba aquí, cambié mi billete para quedarme más tiempo en Nueva York.

Logan lo miró todavía sin acabar de confiar en su palabra.

—Odiamos esa ciudad tan sobrepoblada. ¿Qué había allí para que quisieras quedarte?

Adrien guardó silencio aprovechando que el camarero sirvió los ñoquis con trufa que habían pedido.

Logan lo miró expectante esperando una explicación.

—La verdad es que creo que voy a ir más a menudo allí.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad.

Había pensado mucho en contarle a Logan lo que pasaba, no quería que nadie se imaginase cosas raras. Alexander era el jefe, muchos creerían que solo se acercaba a él por dinero, otros lo criticarían al saber que era gay. Tiró del cuello de su camisa, agobiado.

—¿Qué pasa? —preguntó Logan con preocupación.

—Estoy saliendo con alguien.

Logan soltó un resoplido, poniendo los ojos en blanco.

—Eso ya lo habíamos aclarado. Solo me falta saber el nombre de tu amante infame.

—Alexander —admitió.

Logan bajó la copa de la que estaba a punto de beber.

—¿Qué?

No fue capaz de volver a decirlo, las palabras de rechazo de sus padres lo alcanzaron como si hubiera pasado ayer mismo.

Logan parpadeó mirándolo durante unos segundos, sus ojos abriéndose por la comprensión.

—Dios mío —murmuró sin aliento—. ¡Tu novio secreto es Alexander Cornwall!

—Shhh —le ordenó horrorizado mirando alrededor con vergüenza—. Lo siento yo…

—Tiene todo el sentido del mundo —siguió Logan ignorándolo—. ¿Cómo no me di cuenta antes? Alexander estaba obsesionado contigo desde el principio. No era por tu puesto, era por ti.

—¿Cómo dices? ¿Obsesionado?

—Sí, sí —respondió Logan riéndose—. Dios, está tan claro ahora. Siempre haciendo preguntas sobre ti. Lo mucho que se enfadó cuando no viajaste con nosotros, su cara de loco el día que te saqué de su oficina.

Adrien miró a su comida intacta sin saber qué decir.

—¿Estás viajando a visitarlo? —Su boca se abrió con sorpresa—. Madre mía, la maleta. ¡Alexander estaba en Francia y tú desapareciste todo el fin de semana!

—Deja de gritar —le ordenó fulminándolo con la mirada—. Sí, llevamos meses viéndonos.

A veces voy a verlo y otras viene él.

Logan inclinó la cabeza asintiendo.

—Perdona, es que me cuesta mucho pensar que alguien como él deja todo de lado para correr a ver a su ligue.

—No somos así —protestó frunciendo el ceño.

—¿No?

—No tiene que ver con el sexo —le aseguró a pesar de la incomodidad—. Nos fuimos conociendo poco a poco y… supongo que solo pasó.

—¿Quién fue a por quién? Es un hombre decidido, apuesto a que fue él.

—¡Logan!

Su amigo se rio dándole un gran sorbo a su copa de vino.

—Estoy tan feliz por ti. Es un buen tipo, un poco intimidante, pero es genial. Creo que encajáis mucho en realidad, los dos tranquilos, serenos, os compaginabais bien trabajando juntos. Aunque estoy confundido, ¿Alexander es gay?

—No.

—¿Y eso no es confuso para ti?

—No, Alexander ya me ha demostrado todo lo que necesitaba para sentirme seguro.

—¿Y es una cosa esporádica? ¿Estás probando?

—No lo es —murmuró avergonzado—. Creo que no.

Logan pareció pensarlo durante unos segundos.

—Oye, ¿no intentará llevarte a Nueva York? De eso nada, no te irás —ordenó señalándolo muy serio—. Pelearé por ti.

—¿Qué? —inquirió desconcertado.

—Le retaré a duelo, ahora que por fin te tenemos en la plantilla y eres legal, no voy a renunciar a ti.

Soltó un resoplido, moviendo la cabeza. Logan era el rey del melodrama, sabía qué tonterías decir para quitarle hierro al asunto.

—Siempre fui legal, soy mayor de edad.

—No te hagas el tonto, sabes a lo que me refiero. Trabajabas en la sombra, eras un empleado de armario.

Estalló en risas, incapaz de contenerse.

—¿Es ofensivo decir eso porque eres gay? —preguntó de repente preocupado.

—No, está bien. Lo pillo y no… no me voy a vivir a ninguna parte.

La cara de Logan se puso seria.

—¿Le quieres?

—Creo que sí —murmuró avergonzado. Nunca había dicho cosas como esas en voz alta, reconocer que estaba interesado en un hombre.

—¿Crees? No lo sabes.

—Le quiero. —Su cara y su cuello irradiaron calor, pero la risita de Logan lo hizo sonreír.

—Eres tan dulce. Apuesto a que Alexander se muere por ti.

Su cara volvió a arder y una enorme sonrisa se le escapó al pensar en Alexander.

—Estás empalagosa y asquerosamente enamorado —decidió cogiendo su copa de vino—. Está bien. Le doy permiso para cortejarte, le daré mi aprobación cuando me lo pida.

Adrien se atragantó con el aire en su prisa por responder.

—No va a pedirte nada, soy adulto.

Logan estrechó sus ojos hasta convertirlos en dos pequeñas rendijas.

—Más le vale que venga, y haga las cosas de forma apropiada. Hay gente que cuida de ti, somos muchos los que te queremos. No puede sacarte de casa a oscuras para llevarte a un descampado a tratar de meterte mano.

—¿Oscuras? ¿Descampado? Esto no es *Grease*. Y nadie puede llevarme a ningún sitio, yo elijo irme con él.

—¿Al descampado? ¡Pero Adrien! —gritó Logan indignado. La pareja de al lado los miró con curiosidad—. De eso nada, que sea decente contigo o lo buscaré y le daré una paliza.

—¿A quién vas a pegarle? No seas salvaje. Además, Alex te dobla el tamaño, te dejaría inconsciente de un puñetazo.

—¿Alex? —murmuró él con los ojos muy abiertos.

Se llevó la mano a la boca cubriéndola al darse cuenta de lo que había dicho.

—¡Alex! —repitió Logan indignado—. Camarero, tráigame una infusión calmante. Estoy mareado, tengo arcadas.

Estalló en risas mientras el matrimonio cuchicheaba entre ellos.

—Eres el rey del melodrama.

—Lo que quieras, pero no te casarás sin mi aprobación —continuó Logan convencido.

—¿Casarme? —musitó alarmado.

Logan lo observo, esperando su reacción.

—¿Es muy pronto para eso?

Se removió inquieto en la silla, mirando a todas partes menos a su amigo.

—Los hombres no pueden casarse.

—Oh, Adrien —murmuró Logan con lástima—. Claro que puedes. Hay muchos estados y países que permiten bodas entre personas del mismo sexo.

Un sudor frío se extendió por su piel. Eso no fue lo que le enseñaron en la iglesia, eso no era lo que decían en su casa. Entendía que ellos fueron retrógrados y anticuados, aun así… no se sentía bien.

—¿Podemos hablar de otra cosa? ¿Por favor?

Logan abrió la boca, dispuesto a discutir, pero cambió de opinión. Respiró profundamente en un claro intento de dejarlo estar antes de dedicarle una sonrisa.

—Por supuesto… así que… ¿Toda esa seriedad y ese mal genio también lo usa en la cama? ¿Quién manda a quién entre las sábanas? —preguntó subiendo y bajando las cejas.

—¡Camarero, otra infusión! —pidió alarmado al pobre hombre que pasó a su lado mientras Logan se reía.

Contárselo a Logan supuso que todos en la oficina lo supieran. Aunque nadie comentó nada directamente, las sonrisitas y los susurros continuos cada vez que pasaba, persistieron incluso después de dos semanas. Sentía ansiedad al pensar que todos estuvieran al tanto de su orientación sexual y su relación, pero al contrario que en su adolescencia, nadie lo trató mal, ni le dijo nada hiriente. En realidad, solo parecían emocionados por un nuevo cotilleo.

Lucas le sugirió que agrupase el trabajo para que los viernes le quedaran libre o hiciera teletrabajo. Adrien podría haberle besado solo por eso, adelantó tareas para quedar libre una semana antes de Navidad y poder viajar a Nueva York, ya que Alexander tendría que estar en la oficina hasta el día de Nochebuena.

Alexander le había comprado todos los billetes que había necesitado, pero ahora que eran más estables, insistió en darle una tarjeta para que pudiese hacerlo por sí mismo y visitarlo

cuando pudiera.

Una parte de él quiso revelarse, no le gustaba depender de nadie ya que podía vivir cómodamente, pero no era viable pagar vuelos de última hora que eran mucho más caros. Entendía que ese dinero no era nada para Alexander, pero seguía sin convencerle del todo.

Fred le esperaba en el aeropuerto, con una sonrisa y de buen humor a pesar de la nieve. Nueva York nevada era más bonita, era casi hipnótico ver los copos caer desde el gran ventanal del ático de Alexander.

Cuando hablaron de que viajara a verle decidieron no hacer nada especial, pero ahora se preguntaba si era adecuado que Navidad pasara sin pena ni gloria cuando tenía tanto que celebrar. Quizá podría salir a encontrar un regalo para Alexander.

Una llamada, tres horas y muchas compras después, Alexander llegó a casa para encontrarla llena de bolsas.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó desconcertado, aflojándose la corbata.

Adrien corrió a recibirlo, echándole los brazos al cuello para besarlo después de semanas sin verse.

Alexander dejó caer su maletín, alzándolo en brazos, igualando sus ganas.

—Fui de compras —dijo con los ojos brillante—. Hice chocolate con nubes, ¿quieres? —le ofreció besando su mejilla y sus labios.

Alexander se rio, llevándolo hasta el sofá para sentarse con él todavía en su regazo.

—No tienes que hacer eso. Escribe una nota y déjala en el cajón bajo el teléfono de la cocina, el servicio se encargará de traértelo todo.

—No me importa. He pensado que podíamos decorar un poco juntos… —murmuró avergonzado. Alexander siempre estaba ocupado, era una tontería.

—Pensándolo mejor, ve a ducharte. Lo haré mañana, mientras trabajas.

—Quiero ayudar —le aseguró acercándolo para besarlo—. ¿Vas a hacer más guirnaldas?

Sonrió, complacido con su respuesta.

—Puede. ¿Es muy infantil?

—No, es adorable. Deja que me duche y te ayudo, también querré algo de ese chocolate.

—¿Sin nubes? —preguntó sabiendo que no le gustaría el exceso de azúcar.

—Por favor —asintió dándole un último beso para irse al baño.

Adrien sonrió yendo a la cocina y preparaba su bebida junto con algo de comer.

Los brazos de Alexander lo rodearon de la cintura mientras pegaba el pecho a su espalda.

—Huele bien —murmuró en su oído.

Adrien cerró los ojos haciendo un sonido de gusto.

—Solo es un sándwich de queso, ya sabes que no soy muy bueno en esto.

—Puedo comerte a ti —murmuró mordiendo su cuello.

Se rio inclinando la cabeza, apagó la cocina y recogió el plato.

—Primero comida de verdad —le ordenó girándose entre sus brazos.

Se sentaron en el suelo del salón, hablando del día mientras comenzaba a hacer guirnaldas. Alexander le ayudó después de poner una película navideña.

No tuvieron sexo esa noche, pero Adrien durmió sobre el pecho de Alexander, sintiendo calor por fuera y por dentro.

❧

—Solo una más —pidió tirando del brazo de Alexander.

Él le puso los ojos en blanco, pero le siguió dentro de la tienda de decoración sin protestar.

—Ahora podemos volver a casa —decidió feliz después de comprar lo que necesitaba.

Alexander llevaba las últimas dos bolsas en una mano.

—¿No prefieres comer en algún restaurante de por aquí?

—No —protestó agarrándose a su brazo mientras miraba el precioso paisaje—. No me gusta esta ciudad, pero los neoyorquinos sabéis celebrar la Navidad.

—¿Acabo de escuchar algo positivo de mi ciudad viniendo de ti?

—No te acostumbres —le advirtió sin perder la sonrisa—. Se quedó paralizado al ver como varias personas salían de una iglesia cercana.

Todos iban arreglados, hablando y riendo. Era común que la afluencia en esa época subiera, las misas de Navidad eran sus favoritas, todos estaban muy arreglados y la iglesia se llenaba del aroma de los centros de abeto.

—¿Lo extrañas?

—A veces —murmuró—. Supongo que en el fondo es más por la idea de lo que suponía.

—Podemos ir si quieres.

Lo miró sorprendido.

—¿Lo harías? ¿Eres religioso?

Alexander negó con la cabeza.

—La religión no significa nada para mí, pero si es lo que quieres podemos hacerlo. No me importaría —le aseguró.

Adrien sonrió apretando más su brazo.

—Quizá algún día. No sé hasta qué punto puedo reconciliarme con una religión que cree que el amor solo es posible entre un hombre y una mujer. Quizá ya no sea lo mío, como lo de ser rubio.

—¿Rubio? ¿Eres rubio natural? —preguntó Alexander desconcertado.

—Sí. Lo era, me teñí de negro cuando empecé a trabajar en la cafetería.

—¿Por qué? —inquirió.

—No lo sé, supongo que quería alejarme todo lo que pudiera de mi antiguo yo. Ese chico gordito, de pelo rubio, que siempre estaba asustado. Pensé que, si no me parecía a él, podría hacer las cosas de una manera diferente. Sé que es una tontería.

—No lo es —le aseguró Alexander tirando de su mano con suavidad para hacer que se detuviera mientras a su alrededor la gente seguía andando—. Quiero reducir a cenizas a cualquiera que te haya hecho daño alguna vez.

Soltó una risita nerviosa, podía notar sus mejillas calentándose.

—Eso podría ser un poco excesivo.

Alexander no sonrió.

—Lo digo de verdad, no dejaré que nadie te haga daño de nuevo.

Adrien se mordió el labio, tratando de contener el impulso de saltar sobre él allí mismo.

—Ahora me cuido solo. Ha pasado mucho tiempo.

—Lo sé —reconoció Alexander—. Pero no puedo evitar preocuparme por ti.

Incapaz de resistirse, levantó la cabeza para robarle un beso.

—Me gusta que lo hagas —reconoció.

Alexander le agarró la mano tirando de él hacia el local en el que habían dejado a Fred.

—Volvamos a casa, voy a enseñarte todas las formas de las que puedo cuidar de ti.

# CAPÍTULO 29

Entró en el edificio, con una sonrisa.

—¿Nombre y planta que va a visitar? —le preguntó el guardia de seguridad. El hombre y su compañero parecían aburridos, pero no podía culparlos, era día de nochebuena. Tenían que estar deseando marcharse.

—Adrien Lewis, voy a la última planta.

Sonrió mirándose en el espejo de reojo, no sabía qué iba a decir Alexander, pero estaba contento de haberlo hecho.

—¿Con quién tiene cita? —le preguntó la secretaria frente al escritorio de Tiffany, que no parecía estar por ningún lado.

—Con Alexander Cornwall —mintió sin inmutarse.

Alexander le había dicho que podía ir a verlo cuando quisiera.

—¿Su nombre, por favor?

—Adrien Lewis —contestó sonriéndole.

La chica levantó con cabeza, mirándolo con obvia curiosidad. Trató de no encogerse bajo su escrutinio, quizá debería haber ido a cambiarse.

Salió de casa para dar un paseo, solo llevaba un pantalón negro, con un grueso jersey rosa pálido y un abrigo largo también negro. No había pensado en ir a la peluquería, pero acabó por entrar después de meditarlo durante unos segundos.

Pidió que le cortaran el pelo que ya llevaba un poco largo, pero en cuanto se sentó en la silla decidió que quería recuperar su color para que su pelo volviese a su tono natural.

—El señor Cornwall dio orden de hacerle pasar, aunque no estuviese y que se le notificara la visita.

—¿Dónde está? —preguntó tratando de actuar con normalidad.

—En la sala de juntas, le acompañaré a su despacho. —Se levantó con su vestido negro ajustado y sus tacones altos, mostrándole el camino—. ¿Puedo ofrecerle té o café?

Adrien sonrió reconociéndose a sí mismo cuando era el ayudante de Logan.

—Café con leche, por favor.

—Por supuesto, señor Lewis.

Adrien se puso cómodo, dejó el bolso y su abrigo mientras ella volvía con su bebida. Se miró en los ventanales de la oficina. Estaba guapo, aunque su cara de rasgos suaves parecía más delicada que nunca. Esa fue una de las razones por las que se lo tiñó más oscuro, para endurecer sus facciones delicadas, también era uno de los motivos por el que solía usar gafas grandes que ocultasen sus largas pestañas.

Recogió sus gafas del bolso con actitud nerviosa mientras ella le servía el café y lo dejaba solo en su oficina.

Esperó unos minutos antes de moverse del sofá, recorrió el despacho, fijándose en los detalles. No había fotografías ni nada personal a la vista. Se sentó en la silla de Alexander, meciéndose de lado a lado mientras bebía su café. Giró para apreciar las vistas, casi tan espectaculares como las de la casa de Alex.

—No sabía que ibas a venir —dijo a su espalda. —Es una buena sorpresa.

—Digamos que actué por impulso —contestó girándose para poder verlo y mostrarle su cambio.

Alexander se quedó parado, mirándolo fijamente.

—No te gusta —decidió después de que siguiera en silencio—. Es demasiado. —Se levantó de la silla nervioso, caminando hacia él.

Alexander, seguía recorriendo su cara, también moviéndose en su dirección.

—Iré a arreglarlo —ofreció preocupado.

Alexander negó con la cabeza, acercándose más.

—¿Qué? —preguntó sorprendido mientras lo alzaba en brazos, obligándole a rodearle con las piernas.

—Estás precioso, eres precioso de todas las maneras.

Adrien sonrió abrazándose a su cuello.

—¿De verdad? ¿No es demasiado… femenino? Llamo mucho la atención, la gente no deja de mirarme.

—Déjalos que lo hagan, no tienes que ocultarte de nadie. ¿A ti te gusta?

Jugó con un dedo en su pecho, mientras evitaba mirarle.

—Mmm.

Alexander lo besó con fuerza, haciendo que el jersey le sobrara, tenía calor. Los llevó hasta el sofá, sentándose con él sobre su regazo.

—Me gusta mucho —reconoció.

—A mí también, aunque siento curiosidad, ¿por qué el cambio?

—No lo sé, iba a retocarme el corte y pensé que tendría que teñirme en unas semanas, luego me di cuenta de que ya no estaba obligado a hacerlo si no quería. En su momento mi cambio de aspecto tenía sentido, me apetecía comprar ropa con colores y de mi talla, quería estar guapo y no reconocerme en el espejo.

—Querías un nuevo comienzo.

—Sí, estuvo bien en su momento, fue como disfrazarme para crear un nuevo yo. Me ayudó a distanciarme de lo que me pasó.

Alexander le acarició la espalda, apretándolo contra él, dejándole un beso en la sien.

—Estoy bien —lo tranquilizó—. Pero creo que también retrasó que me enfrentase a ello.

—Hiciste lo mejor para ti en ese momento.

—Lo sé. Pero este año he cambiado muchas cosas en mi vida, asumí riesgos en el trabajo y en mi vida personal. Creo que estoy listo para recuperar una parte de mí. Aunque sea algo tan tonto y superficial como mi pelo.

Alexander sonrió, metió la mano entre sus mechones y lo atrajo a un beso. Adrien gimió enredando su lengua con la suya, se dejó llevar, cerró los ojos perdiéndose en la sensación.

—No es una tontería —musitó Alexander al separarse.

Él apoyó su frente en la suya, dejando otro beso sobre sus labios.

—Entonces, ¿te gusta de verdad?

Alexander lo sostuvo de la barbilla, moviéndole la cabeza de lado a lado como si realmente lo estuviera considerando.

—Me gustas de cualquier forma —le aseguró mirándolo a los ojos—. Con el pelo negro. —Le besó la mejilla—. Rubio, pelirrojo, castaño, calvo, con cresta.

Adrien se rio removiéndose entre sus brazos, recibiendo un beso con cada palabra.

—No quiero llevar cresta, estaría horrible —protestó riendo mientras se encogía intentando escapar—. Solo quiero seguir adelante y ser yo. Además, quería darte una sorpresa, ya sabes, un

cambio de estilo por vacaciones.

—Así que… ¿Eres mi regalo de Navidad?

—No lo sé, ¿qué tal te estás portando este año? ¿Fuiste bueno?

Alexander rio echando la cabeza hacia atrás. Le encantaba hacerle reír y la facilidad con la que conseguía arrancarle una sonrisa a pesar de su carácter cerrado.

—¿Eres un elfo? ¿Vas a chivarte a Santa?

Adrien se carcajeó con las mejillas encendidas, le encantaba tontear con él.

—Depende —admitió acariciándole el pecho, nunca se cansaba de tocarlo—. Si hiciste cosas muy malas, puede que tengas que intentar sobornarme. Podría hablar en tu favor si consigues algo que llame mi atención de verdad.

—En ese caso… fui terrible, me porté muy mal, pero estoy dispuesto a hacer un trato. —Lo besó con fuerza, metiendo la mano bajo su jersey, acariciando sus costados desnudos.

—Eres bueno negociando —le concedió riéndose en un vago intento de alejarse de él.

—Soy excepcional. Por eso sé que para lograr un buen trato, hay que conseguir algo que merezca la pena intercambiar —le dijo de forma seductora besando su cuello.

—Tiene sentido —murmuró cuando su mano rozó su pezón bajo la tela.

—Y tengo algo en lo que creo que podrías estar interesado.

—Soy difícil de satisfacer.

—Mucho. —Alexander lamió su cuello hasta la base, mordiendo con suavidad y chupando después haciendo que soltase un siseo cuando la sensación fue demasiado—. Pero tengo algo con lo que estoy seguro de que quedarás muy satisfecho.

Alexander alzó las caderas haciéndole notar su erección. Se presionó contra él, meciéndose para aumentar el contacto.

—Yo también lo creo… —murmuró haciendo un ocho sobre su miembro despierto con las caderas—. Aunque puede que necesites insistir.

La risa de Alexander en su hombro lo hizo estremecer.

—Repetiremos tanto como sea necesario, soy un trabajador incansable —le prometió levantándole el jersey.

—Bueno, supongo que…

Alguien llamó a la puerta. Saltó lejos de él, sentándose al otro lado del sofá y colocándose la ropa a toda velocidad.

—Adelante —dijo Alexander en voz alta en cuanto se aseguró de que ya estaban presentables.

—Señor Cornwall, ¿necesita algo más? —preguntó Tiffany al entrar en la oficina. Se quedó congelada en la puerta, mirándole con los ojos muy abiertos.

—Hola, Tiffany —la saludó.

—Adrien —murmuró.

—Señor Lewis —la corrigió Alexander.

—Por supuesto —asintió Tiffany con rigidez—. ¿Quería saber si necesitaba algo más?

—Puedes irte a celebrar las fiestas —le contestó él.

—Gracias, señor.

—Espera —la detuvo abriendo su bolso y sacando un pequeño paquete. Se acercó a la puerta para entregárselo—. Esto es para ti.

Ella lo aceptó con incomodidad, dedicándole una tirante sonrisa.

—Feliz Navidad, Tiffany.

—Feliz Navidad, señor Lewis. —Sacudió la cabeza de forma tensa antes de desaparecer.

Suspiró mientras volvía a su regazo, sentándose de lado.

—No tenías que hacer eso, le pago el triple por venir hoy —le aseguró Alexander.

—Pasa mucho tiempo contigo, quiero que tengamos un trato cordial. Le caigo fatal, no me gustaría que la situación fuera más extraña de lo que ya es.

—¿Qué es extraño? —quiso saber él.

—Vamos, no me digas que no te das cuenta. Eres su jefe, me conoció como secretario de Logan y ahora tengo un puesto superior al suyo y salgo con… —Se cubrió la boca con la mano, mirándole.

Alexander sonreía con los ojos brillantes.

—Salgo con… Salgo con rapidez del trabajo, porque puedo salir antes que ella ahora que ya no soy secretario —terminó notando como le ardían las mejillas.

Pegó a Alexander en el hombro cuando empezó a reírse de él.

—Muy buena salida, un diez en imaginación.

—¡Cállate! —le ordenó cruzándose de brazos.

Él lo atrajo en un beso, riéndose todavía contra sus labios.

—Puedes decirlo sin entrar en pánico. Somos adultos.

—Habla por ti, viejo. No tengo nada que decir —le aseguró escondiendo la cara en su hombro. En realidad, tenía muchas cosas para contarle, pero todas lo hacían sentirse tímido.

—¿Quieres que lo diga yo?

—¿Podemos no decirlo en voz alta? ¿Por favor? —Su cara ardía con fuerza.

Alexander lo besó en la sien.

—Te quiero —murmuró en su oído.

Se derritió sobre él, acurrucándose más en su pecho, aplastando la sonrisa contra su cuello. Le encantaba escuchárselo decir, cada vez que lo hacía su corazón daba un pequeño salto.

—¿Tienes que seguir trabajando o podemos ir a casa? —le preguntó abrazándolo con fuerza.

Alexander sonrió, sujetándole la cara para darle un beso en los labios.

—Soy todo tuyo. Nos vamos a casa.

A casa. Hacía mucho tiempo que no pensaba en eso. Ahora mismo no sabía si su hogar estaba en Boston o en Nueva York. No tenía importancia, porque fuera donde fuera, mientras estuviera con Alexander se sentiría en casa.

Se removió en la cama, decidido a no levantarse todavía. Sentía el cuerpo dolorido en los lugares indicados, sus músculos laxos después de una noche de sexo muy larga.

Rio hundiendo la cabeza en la almohada de seda, estaba tan satisfecho y relajado. Alexander había ido a la oficina, para cerrar tratos antes de las fiestas de fin de año.

Cogió el móvil y contestó un par de mensajes a Logan. En un arranque de maldad, se hizo una foto dejando su espalda desnuda al descubierto y poniendo especial cuidado en que se miraran las rojeces que tenía en la parte baja, donde la barba de varios días de Alexander le había dejado marcas.

**Adrien:**
Vuelve a casa pronto, estoy herido. Vas a tener que cuidarme.

Sonaba un poco caprichoso, pero podía serlo con él, le encantaba consentirlo.

**Alexander:**
Cuando llegue a casa voy a buscar cada rozadura y a cuidarla una a una. Puede que acabes con unas cuantas más, pero no te preocupes amor. Yo te cuido.

**Adrien:**
Sí, por favor. No tardes, estaré listo para ti.

Volvió a reírse mientras dejaba el móvil y se estiraba. Se daría una ducha, desayunaría algo y esperaría ansioso a que llegara la hora de comida porque estaba seguro de que los dos estarían muertos de hambre.

Acarició su estómago desnudo bajo las sábanas, recordando la forma en que Alexander había marcado aquel camino con sus propios labios antes de tomarlo en su boca y torturarlo durante lo que le parecieron horas antes de por fin…

—¿Quién eres tú?

Gritó tirando de las mantas para cubrirse mientras veía a una chica joven mirándole desde el marco de la puerta.

Iba muy bien vestida, con un vestido ajustado rojo a juego con sus uñas. Tacones de vértigo marrones y su pelo largo castaño esparcido por su espalda.

—Llamaré a seguridad si no me contestas. ¿Quién eres? —le exigió ella cruzándose de brazos.

—Yo, no… yo —murmuró bloqueado.

—Señorita, no puede estar aquí. Le dije que debía llamar al señor Alexander —le riño Vilma a la recién llegada.

Dejó salir el aire con alivio al verla. Hacía solo un par de días que Alexander insistió en presentarle a Vilma, ella se encargaba de mantener su casa limpia y surtida. Había sido muy amable con él, pero su presencia por las mañanas todavía lo hacía sentirse un poco incómodo.

—Bueno, esta es mi casa también. No sabía que tuviera prohibido pasearme por ella —protestó la chica indignada.

Aprovechó para ponerse el pijama que ayer había dejado tirado por el suelo mientras ellas seguían discutiendo.

—Señorita Melani, por favor. El señor Alexander estará furioso cuando sepa que está aquí incomodando.

—¿Incomodando? —repitió ella con la fuerza de sus escasos veinte años—. Esta casa también es mía.

—Melani —repitió mientras recordaba dónde había escuchado ese nombre antes—. Eres la hermana de Alexander.

Ella volvió a mirarle, con actitud altiva.

—Hermanastra —le corrigió—. La cuestión, aunque sea redundante, es… ¿quién demonios eres tú? Porque toda la ciudad está hablando del amante de mi hermano, quien hasta el día de hoy creía que era heterosexual y que tenía una novia.

—¿Novia? —repitió sin voz.

—Señorita Melani —volvió a llamar Vilma con tono preocupado.

Respiró tratando de calmarse.

—¿Por qué no habla? —preguntó Melani perdiendo la paciencia—. ¿Es mudo?

—No, señorita. Lo siento, señor Adrien. Intenté detenerla.

—Adrien —repitió ella. Lo miró de la cabeza a los pies, poniendo especial empeño en analizar su cara.

Eso lo hizo despejarse. No iba a consentir que nadie lo menospreciara, era consciente de lo que parecía la situación y del aspecto que tenía, pero estaba decidido a mantenerse tranquilo.

—Si no te importa, espera a tu hermano en el piso de abajo.

—Esta es la habitación de mi hermano, su casa y…

—Es mi habitación también —la cortó—. Si no te importa espera en el piso de abajo y por supuesto siéntete cómoda, eres bien recibida en nuestra casa.

—¿Vuestra casa? —pronunció ella con incredulidad—. ¿Quién te crees que eres?

—Vilma por favor, acompáñala abajo. Bajaré cuando esté listo.

La mujer le dedicó una pequeña sonrisa antes de cerrar la puerta llevándose a la chica.

Se dejó caer en la cama. Alexander iba a matarlo.

Bajó en poco menos de quince minutos, solo después de asegurarse de que estaba presentable, aunque nada arreglaría su horrible primera impresión.

—Dijo que era su casa —la escuchó decir mientras se acercaba.

—Porque lo es —dijo Alexander.

—Es un hombre —reclamó ella indignada.

—Felicidades. Tu vista es perfecta, hermanita.

—No eres gay.

—Cierto, y aun así irrelevante.

—No lo es. No puedes hacerte gay a los treinta años, nos estás avergonzando.

Adrien se encogió al escucharla.

—Puedo hacer lo que quiera —la cortó Alexander con dureza—. Adrien es mi pareja y lo tratarás con respeto.

—¿O qué? —le preguntó ella furiosa.

—Melani —le dijo con paciencia—. Eres mi hermana y te quiero, pero si sigues haciendo una pataleta voy a pedirte que te vayas y reflexiones.

—Me dijiste que tenías pareja. Pudiste decirme que era un hombre.

—Te recuerdo que te llamé varias veces y te pedí comer juntos para contarte algo importante.

—¿Ese chico era tu algo importante?

—Es lo más importante que me ha pasado en la vida.

Cerró los ojos sonriendo. Una vez más, Alexander le demostraba que estaba a la altura. Entró en la habitación y los dos hermanos se giraron a verle.

Fue directo a Alexander, que lo observó intentando adivinar los daños que el encuentro había causado.

—¿Estás bien? Si ella dijo algo que no debía…

—Estoy bien —lo tranquilizó—. Solo estaba sorprendida, es normal.

Sonrió sintiéndose mucho más relajado, impregnado de la seguridad y el amor que Alexander le proporcionaba.

—Soy Adrien. Encantando de conocerte Melani.

Era cierto, lo había hecho, aunque nunca le enseñó ninguna imagen de ella. Ni en su oficina, ni en su casa había fotografías que pudiera ver.

Ella entrecerró los ojos, viendo su mano extendida.

—Melani —le advirtió Alexander.

Se la estrechó a regañadientes, apenas ofreciéndole la punta de los dedos.

—No me gustas.

—¡Melani! Compórtate.

—Esto es ridículo. ¿Vendrás a la cena familiar o no?

Miró a Alexander con sorpresa.

—Creía que pasabas las fiestas solo.

Melani soltó un bufido indignado.

—Porque trabaja veinticuatro horas al día. Cada año intentamos que venga, y todas las veces dice que no, pero a cambio conseguimos que nos dedique un par de horas. Cosa que no pasó en Acción de Gracias ni en Nochebuena.

—Te lo dije, estaba ocupado —repitió con calma Alexander.

—Ya veo lo que te tenía tan ocupado. Te has divertido, ahora déjalo estar. La gente está hablando de ti, lo llevas a todas partes como si fuera un accesorio. Lo entiendo, él es impresionante. Has vivido una aventura excitante y exótica. Termínala, nos estás abochornando —le exigió con dureza.

Se hizo pequeño al escuchar sus palabras tan duras y crueles, pero Alexander se acercó a Melani y le dedicó una mirada tan fría que retrocedió un par de pasos.

—Fuera, ahora —le dijo señalando la puerta.

—¿Es broma? —preguntó ella alzando la voz.

Agarró el brazo de Alexander para llamar su atención.

—Eso no es necesario, yo puedo irme…

—Márchate. Podrás volver a esta casa cuando te calmes y estés dispuesta a ser respetuosa —le dijo a su hermana, ignorándolo.

Melani lo observó un segundo, dedicándole una mirada helada antes de marcharse indignada.

—Eso no era necesario. Puedo irme para que habléis y…

—No —le interrumpió Alexander—. No vas a esconderte, ni vamos a disimular nada. No te preocupes por ella, no está acostumbrada a que le lleven la contraria.

—Eso me resulta familiar —murmuró con tristeza—. Dios, tu familia va a odiarme.

—Oye, mírame —le pidió Alexander abrazándole de la cintura—. Mi familia es conservadora. Estarán sorprendidos, sin duda, pero lo asumirán.

—No sé, Melani parecía muy enfadada.

Alexander sonrió besándole la sien.

—No lo hace, es una hermana celosa. Solo está molesta porque no le presto atención. Nada más —le aseguró—. Si mi familia da problemas, yo lidiaré con ellos. Es problema mío.

—No. No lo es. Acabará por afectarnos y…

—Adrien, confía en mí. Todo irá bien. Es más, creo que vamos a aceptar esa cena.

—No estoy invitado —dijo alarmado.

—Ahora sí. Yo me encargaré, pero ahora tengo que regresar a la oficina. Volveré en un par de horas. ¿Estarás bien? —le preguntó dándole un beso.

—Eh… no estoy muy seguro de que esto sea buena idea —murmuró nervioso.

Alexander sonrió volviendo a besarlo.

—No tienes nada de qué preocuparte. Te lo prometo.

# CAPÍTULO 30

—¿Adrien? —le preguntó Alexander al verlo paralizado en medio del jardín lleno de nieve.

Lo ignoró mientras contemplaba la gigantesca mansión. Sabía que la familia de Alexander tenía dinero, pero era intimidante estar delante de aquella construcción rodeada por grandes jardines.

Alisó de forma inconsciente su jersey trenzado blanco. Fue una mala elección, demasiado sencillo, con un pantalón negro y abrigo largo a juego. Incluso su gorrito blanco y sus guantes parecían infantiles y demasiado corrientes para estar allí.

—¿Cariño?

Miró a Alexander, vestido con un traje verde y camisa blanca, incluso se había puesto corbata.

—¿Estás bien? —preguntó acercándose a él con gesto preocupado.

—Creo que esto es un error. Volveré con Fred a casa —dijo agobiado.

Alexander le agarró las manos, acercando su cara a la suya.

—Si quieres regresar porque no estás seguro de conocer a mi familia o no te encuentras bien, puedes hacerlo.

—No es eso —le aseguró con rapidez sin separarse—. ¿No tienes miedo a que te rechacen?

—Sé lo que significó para ti pasar por esto y lo mal que te hace sentir, pero no es mi caso. No te haría vivir algo así, nunca permitiría que nadie te trate mal en mi presencia —le prometió.

Le creyó, incluso a pesar del miedo que sacudía su estómago, causándole escalofríos y haciéndole temblar.

—Venimos a que mi familia te conozca y se haga a la idea. Te harán preguntas, pero puedes elegir qué quieres responder. No eres un experimento y no estoy avergonzado, quiero que sepan que soy feliz.

Sonrió con timidez, abrazándose a él en busca de consuelo.

—No quiero que te pase lo mismo que a mí, mucha gente te rechazará por elegirme. Podemos ser discretos y no llamar la atención cuando venga a verte, o podrías venir tú a Boston y así nadie…

—Adrien, para —le ordenó Alexander con suavidad—. No voy a esconderte, no voy a dejar de vivir por lo que puedan decir los demás. Sé que con tu historia es difícil de creer, pero créeme cuando te digo que estoy deseando presumir de ti.

Sonrió con nerviosismo apretando su mano y respiró profundamente buscando valor.

—¿Listo? —le preguntó Alexander ahogando una sonrisa.

—Todo lo que puedo estar, si vomito sobre ti será a medias culpa tuya.

Alexander rio a carcajadas mientras llamaban a la puerta de la entrada.

—Buenas noches, señor Cornwall. Señor —les saludó el hombre que les abrió la puerta—. Sus abrigos, por favor.

—Solo sé tú mismo. Ellos te tienen más miedo que tú a ellos —trató de tranquilizarle Alexander mientras recorrían una preciosa galería en la que podían oír voces al final.

Se enderezó, poniéndose un par de pasos detrás de él para mantener la distancia y que su familia no los viera tan juntos.

Podía hacerlo, Alexander merecía la pena el esfuerzo. Solo esperaba que no lo culpara si su familia desaparecía después de ese día.

La familia cercana de Alexander era pequeña, su abuela Ruth todavía ejercía como matriarca. Los esperaba sentada en el centro de un gran sofá blanco, vestida con un recatado y elegante traje de Chanel de dos piezas.

Detrás de ella, estaba la madre de Alexander. Mandy Cornwall fue famosa durante su juventud, en la que trabajó como modelo de prestigiosas marcas. Era una mujer muy guapa, llevaba un vestido blanco con un discreto escote en forma de corazón que le llegaba hasta las rodillas. Se casó con George Cornwall a los veintidós años, los dos eran de buena familia y sus fotos de boda todavía estaban en la red. Fue un gran acontecimiento en su momento.

George había fallecido de un ataque al corazón a los cuarenta años. Tras un respetable periodo de luto de dos años, se casó con el empresario Timothy Osval. Quien se sentaba en un sillón con una copa de *whisky*, embutido en un impecable traje marrón.

Melani ocupaba el otro asiento, con un vestido muy similar al de su madre.

Se quedó paralizado en la puerta, sin saber qué debía hacer. Alexander se adelantó para besar las mejillas de su madre y su abuela.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó Ruth.

«Amigo. Sí, podían hacer eso, decir que eran amigos y calmar la situación». Pensó frenético, tratando de calmar el dolor que sentía en el pecho. «¿Me está dando un infarto?»

Alexander lo miró, volviendo a por él cuando se dio cuenta de que no había llegado a entrar en la habitación.

—No es mi amigo, abuela —dijo con calma—. Familia, os presento a mi pareja. Adrien. —Sostuvo su mano fría y agarrotada en la suya con firmeza.

Contuvo el aliento en medio de un opresivo y sorprendido silencio. Los echarían de la casa, por su culpa Alexander perdería a su familia y nunca volvería a saber de él.

La voz de Ruth llenó la habitación mientras dejaba su taza de té sobre la mesa.

—Ya era hora, había perdido la esperanza de que encontraras a alguien.

—Abuela —protestó Alexander.

Ella le dedicó una mirada poco impresionada.

—Acércate, Adrien. Mi vista ya no es la de antes y tengo curiosidad por conocer a alguien capaz de separar a mi nieto de su empresa.

Alexander tiró de él con suavidad, guiándolo hasta el sofá y quedándose cerca.

Se sentó con torpeza al lado de la mujer, que lo examinó de forma cuidadosa.

—Tienes una cara preciosa. No sé por qué esperaba a alguien exótico.

—¿Exótico? —repitió en voz baja.

—Sí. Mi nieto ha evadido durante años a las mujeres y cualquier intento de relación. Creía que si un día traía a alguien a mi casa sería algo fuera de lo común. Aunque supongo que un hombre lo es, dado que nunca tuvimos noticias de que se decantase por esa tendencia.

—Lamento decepcionarla señora —respondió inseguro.

Ella hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—No era una crítica —comentó de forma seca.

El gesto era el mismo que solía hacer su nieto. Miró a Alexander intentando obtener alguna pista de cómo debía reaccionar. Él le sonrió, tratando de calmarlo.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó Mandy. No le puso mala cara, pero no parecía muy contenta.

—Es su secretario —respondió Melani en un tono burlón.

—Fui secretario —contestó sin avergonzarse—. De uno de los jefes de la central de Boston. Ascendí hace unos meses, ahora me encargo de las relaciones públicas.

—¿Y cuándo dices que empezaste con mi hermano? —preguntó ella con malicia.

—Sus jefes ya habían planeado su ascenso mucho antes de que yo llegara, nuestra relación empezó después —aclaró Alexander con frialdad.

—Ya —murmuró Melani burlona. Era obvio que no lo creía.

Deseó no haber ido, sabía que Alexander tenía dinero y su familia también, ahora probablemente pensaban que era un cazafortunas.

—Suficiente —ordenó Ruth todavía mirándolo—. ¿Cuándo vas a mudarte?

—Abuela —volvió a protestar Alexander.

—No está en mis planes por el momento. Me gustaría seguir mi carrera en Boston.

—Una actitud entendible desde luego. Aunque mi nieto vive aquí —le señaló.

—Soy consciente, pero Alexander entiende lo importante que es la independencia para mí.

—¿Planeas seguir trabajando?

—Sí, señora —respondió sin dudar.

—Será difícil, con mi nieto aquí, con todos los viajes que tiene que hacer y el tiempo que pasa trabajando.

—No puedo ver el futuro, pero creo que podremos con ello.

—Todo el mundo dice eso al principio, es la fase de luna de miel —intercedió Mandy.

—No sé lo que hacen las demás personas. Solo hablo por nosotros.

—No será fácil —opinó Ruth.

—La vida tampoco. Las cosas buenas requieren esfuerzo.

—Eso es verdad —cedió Ruth pensativa—. ¿Qué opina tu familia de tu relación con mi nieto?

—Estarán pletóricos pensando en todo lo que pueden ganar —se burló Melani.

—No tengo familia —dijo ignorando la forma en que se contrajo su garganta al decirlo—. Solo soy yo.

Alexander entrelazó sus dedos con los suyos, consolándolo. Sonrió al mirarlo, un poco más tranquilo.

—Lamento escuchar eso —el tono de Ruth era sincero, le dio una pequeña sonrisa dejándole entender que ya había pasado mucho tiempo.

—¿Como murieron? —preguntó Melani con curiosidad.

—¡Melani! —el reclamo seco de Timothy, hizo que la chica diera un respingo.

—No tienes que responder la pregunta —le aseguró Alexander con rapidez.

Apretó la mano para calmarlo, su familia podía tratar de averiguar cosas sobre su pasado, sería peor si se enteraban luego. Además, ya no tenía nada que ocultar.

—No lo hicieron.

El silencio volvió a apoderarse de la habitación mientras interpretaban sus palabras y les daban sentido.

—Entonces…

—¡Ya basta! —le ordenó Timothy a Melani con dureza cortando su pregunta.

—¿Eras muy joven? —preguntó Ruth con delicadeza.

No le dio una respuesta, solo se limitó a mirarla. Ella asintió despacio.

—La cena ya está servida —anunció el mayordomo.

Mientras los demás los adelantaban, Alexander lo mantuvo en el salón.

—No tenías que contarles la verdad.

Se relajó apretando la cara contra su cuello, sonriendo al notar como dejaba un beso en su pelo.

—No iba a mentir, acabarían descubriendo la verdad y ya no volverían a confiar en mí. Pienso aguantarte durante bastante tiempo, así que es mejor que sepan a qué atenerse conmigo, porque me quedo.

Alexander se echó para atrás, buscando sus ojos.

—¿Y yo no tengo nada que decir al respecto?

—Nada en absoluto.

Alexander se carcajeó apretándolo de nuevo entre sus brazos.

—Te quiero muchísimo. Eres increíble, tan fuerte y tan valiente —murmuró sobre su pelo.

Sonrió estrujándole todo lo que pudo. Por eso estaba haciendo eso. Porque quería quedarse con él y si para eso tenía que abrirse a su familia, merecía la pena el esfuerzo.

Alexander sujetó su cara con suavidad, besándolo con tanta delicadeza que sintió ganas de llorar. No era un hombre de grandes palabras románticas, pero sí de gestos enormes que con los que llegar al fondo de sus miedos para acabar con ellos.

Respiraron juntos, perdiéndose con facilidad en la dulzura de ese beso que significaba tanto para los dos. Estaban avanzando, creando las bases de un futuro y una vida en común.

Un carraspeo los hizo separarse.

—Alexander —llamó Mandy desde la puerta mirando al suelo para darles privacidad—. Os estamos esperando.

Sus mejillas se encendieron por la vergüenza, apoyó la cara en el pecho de Alexander, mientras él se reía.

—Gracias mamá, ahora vamos.

No salió de su escondite hasta que escuchó sus tacones alejándose.

—Genial, nada mejor para causar buena impresión que tu madre encontrándonos en medio de un beso.

Alexander lo rodeó de la cintura, guiándolo por el pasillo por el que llegaron.

—No te preocupes por eso. Gracias a este momento mi madre tendrá nuevas reuniones a las que asistir apoyando los derechos del colectivo.

—No creo que haga eso —murmuró confundido.

—Claro que sí. No permitirá que nadie la avergüence, por eso, lo convertirá en algo positivo. Ya lo verás. Así funciona la familia Cornwall, blindamos lo que los demás podrían entender como debilidades para que nadie pueda usarlas en nuestra contra.

—Yo no soy un Cornwall.

Alexander le robó otro pequeño beso.

—Todavía no, pero lo serás.

# EPÍLOGO

Dos años después.

—Señor Cornwall —le llamó la enfermera—. El doctor, le está esperando.

Asintió con la cabeza, poniéndose en pie para seguirla a través de la sala de visitas.

—¿Está estable? —preguntó en voz baja.

—Sí, salió del coma hace algo más de una hora, poco después de notificárselo a su familia. Está consciente, aunque todavía tendrá que quedarse un tiempo ingresado. Será una recuperación lenta —le advirtió deteniéndose en la puerta de la habitación.

Esperó a que se fuera para entrar. Tocó la madera mientras se mentalizaba, sabía que no estaba listo, pero también era consciente de que no tenía otra opción.

Su mente absorbió la imagen que le esperaba en el interior.

Su padre estaba tumbado en la cama, rodeado de cables y máquinas, con su madre dándole la mano.

Los dos se giraron en su dirección, sus rostros cansados y envejecidos, mirándole sin comprender. Por supuesto que no podían reconocerlo.

Intentó hablar, pero no fue capaz. Las palabras subieron por su pecho, pero se le atascaron en la garganta.

—Está bien querido —dijo con suavidad Mandy entrando detrás de él. La llamada del hospital llegó el día después de que su oficina recibiera un gran premio. Toda la familia había decidido viajar para celebrarlo con él.

Desde que compraran una gran casa en el centro de Boston, Melani siempre estaba feliz de pasar con él grandes temporadas. Su relación empezó mal, pero el paso de las semanas y los esfuerzos de Alexander hicieron que acercasen posiciones. En la actualidad hablaban a diario y la consideraba su propia hermana. Ruth pasaba el verano entre los Hamptond y Boston, huyendo de la multitud que invadía Nueva York durante las vacaciones.

—¿Quién es usted? —preguntó su madre, mirándolos sin comprender.

Mandy enderezó la espalda como hacía siempre que estaba molesta. Esbozó la sonrisa tensa que ponía en público acercándose a la cama.

—Soy la madre de Adrien.

—¿Adrien? —repitió su madre, giró la cabeza con rapidez por la sorpresa. No hizo ningún atisbo de levantarse, solo se lo quedó mirando como si fuera algo extraño.

—¿Por qué estás aquí? Nadie te llamó —su voz estaba quebrada por la debilidad, pero tuvo la sensación de que le gritaba.

Mandy se movió un paso, ocupando el espacio de forma que estuviera en medio de los tres.

—Adrien tuvo que acudir al registro hace un año para poder casarse, la mujer del mostrador se quedó sus datos aparentemente, estábamos celebrando un gran éxito laboral cuando alguien nos interrumpió con esto —dijo señalando la habitación.

—¿Casarse? —preguntó su madre esperanzada—. ¿Estás curado?

Las arcadas hicieron que su estómago se encogiera.

—Nunca estuvo enfermo —la voz de Alexander y su presencia inundaron la habitación ayudándole a respirar mejor. Su fuerte brazo le rodeó la cintura, atrayéndolo a él.

Toda la familia de Alexander era ya suya, podía acudir a cualquiera de ellos sin pensarlo, sabiendo que siempre estaban dispuestos a ayudarle, a escuchar lo que tuviera que decir.

Su relación también hizo que Alexander estuviera más cerca de su familia, algo que definitivamente hizo que se unieran más.

—Fuera, nadie te quiere aquí —pronunció su padre con desprecio.

Adrien observó a su madre, ella solo tenía ojos para su marido, esperando que él estuviera a cargo de la situación. Siempre hacía eso, acataba las decisiones que tomara sin preguntar.

—Nos vamos —dijo Mandy—. Pero no porque tú nos los digas, sino porque no tenemos nada que hacer en este lugar. Por desgracia, Adrien es mejor persona que vosotros, quiso saber si había sobrevivido, aunque no lo merezca —su tono cortante hizo que la cara de su padre estallara en llamas.

—Eso no es asunto suyo —le respondió él de forma agresiva.

—Cierto y falso al mismo tiempo —contestó ella con desprecio en la voz—. Como ya dije, soy la madre de Adrien y estoy tan orgullosa de mi hijo que quería ver a la cara a los seres que le dieron la vida. No concibo una madre y un padre capaces de renegar de su propio hijo, echándolo a la calle sin dinero, sin preguntarse ni una sola vez si comía, o tenía frío. Sin sentirse culpable de cómo podría haber acabado por vuestra culpa.

—Él tomó una decisión al hacer esas cosas asquerosas. Dejó de ser nuestro hijo cuando se corrompió de esa manera.

Alexander se puso tenso a su lado, pero Mandy no había terminado.

—Se enamoró y alguien tan prejuicioso y enfermo como tú, le arrancó algo que era privado. Era un niño, tenías que protegerlo. Poner una denuncia por violar su intimidad, hablar con los padres de esos chicos, con el colegio… en su lugar te uniste a la hoguera para quemarlo.

Su madre se estremeció, como si el peso de las palabras de Mandy la hubieran golpeado.

—La lujuria es un pecado, él estaba infectado, tan sediento que ni le importaba quién lo estuviera mirando —respondió su padre sin dejarse amedrentar.

Mandy alzó la mano como si fuera a abofetearlo, pero se contuvo en el último momento.

—Jesús dijo, ama al prójimo como a ti mismo —le recordó ella con la voz temblando de rabia—. Todas las palabras son de amor, de aceptación. No encontrarás una sola frase en la biblia donde se aliente a dar la espalda a alguno de sus hijos. Dios es amor, sacrificó a su hijo para salvarnos a todos. Sin hacer excepciones entre dignos y pecadores. Por desgracia hay algunos que no merecen su gesto.

Su padre apartó la mirada, incapaz de soportar cómo lo estaba observando Mandy.

Ella hizo un ruido de desprecio, antes de clavar sus ojos en los de su madre.

—Siento lástima, os habéis perdido la maravillosa persona en la que se convirtió, incluso a pesar de vosotros. Luchó para salir adelante por sí mismo, ahora tiene una casa, una familia propia y un marido. Todo sin vuestra ayuda. Aun así, es tan generoso que insistió en venir aquí. No os lo merecéis, no estáis a su altura —lo pronunció con tanta saña que los dos se encogieron.

Sabía que Mandy pensaba todo lo que decía, desde el momento en que conoció la realidad de su vida se mostró horrorizada, pero ver la forma en que lo estaba defendiendo hizo que la parte de su corazón donde había relegado de sus padres se cerrase de manera definitiva. Llevaba clausurando partes de su vida desde que conoció a Alexander, su amor por él ayudó a sanar las profundas heridas que la vida le había causado.

Puso la mano sobre el corazón de Alexander, alzando la cabeza para mirarlo. Él se la devolvió y se entendieron sin palabras.

—Mamá, nos vamos —la llamó Alexander.

Mandy seguía pendiente de los dos ocupantes de la habitación.

—Todavía no —contestó ella.

—Mamá —la llamó con suavidad.

Mandy se giró al escucharlo, segura de que era para ella. Su madre también alzó la cabeza.

—Se acabó, ahora lo sé. No sé quiénes son estas personas, se parecen a mis padres, pero no son ellos.

Mandy fue directa hasta él, abrazándole con fiereza.

—Gracias mamá —dijo apretándola también.

—Sois mis hijos, no hay nada que no daría por vosotros —le respondió acariciándole la cara.

La emoción le estranguló la garganta, sabía que lo decía de verdad, se lo había demostrado cada día desde que se conocieron.

Alexander los rodeó con los brazos, guiándolos fuera. Timothy y Melani estaban esperando en el pasillo, por sus caras se dio cuenta de que lo había escuchado todo.

Melani se agarró de su brazo, apoyando la cabeza en su hombro.

Iba a estar bien, la herida seguía abierta, pero por primera vez en años tenía la seguridad de que por fin había empezado a cicatrizar.

#### ALEXANDER

—Todavía faltan cinco minutos para que terminen —le anunció Fred cuando aparcaron.

—No importa, iré a esperarlos —le dijo saliendo del coche.

Algunas personas empezaron a abandonar la Iglesia, los saludó al pasar. Solía acompañar a Adrien a la Iglesia los domingos, no era algo de lo que disfrutara, pero estaba orgullo de él porque quisiera hacerlo. Ver a sus padres por última vez sirvió para reconciliarse con su fe. Su abuela había estado contenta de que al menos uno de sus nietos quisiera acompañarla y el párroco era un hombre afable, de actitud abierta, que recibía a todos sus feligreses sin juzgar.

Solo por eso ya estaba agradecido, Adrien tuvo que renunciar a muchas cosas para sobrevivir y poco a poco había recuperado las que de verdad le dolió perder.

—¡Alexander! —gritó Adrien corriendo en su dirección en cuanto atravesó la puerta.

Lo abrazó con fuerza, pegándolo a su pecho, apartando el ramo de flores que le había traído.

—Hola, cariño —murmuró besándole en los labios—. ¿Me echabas de menos?

Miró su rostro y se perdió en él, era tan bonito que le picaban las manos por tocarlo. Sus mejillas sonrosadas, los ojos brillando de felicidad, la sonrisa en su preciosa cara. Dios, quería tanto hacerle feliz. Adrien se había convertido en el centro de su mundo, en lo más importante de su vida. Nunca imaginó que aquel viaje a Boston, con el que creía que alcanzaría la cima en su trabajo, lo cambiaría todo.

Había conseguido muchos hitos en su vida laboral después de salir con Adrien, pero ninguno le hacía tan feliz como estar con él. Nada podía compararse al vértigo que le producía esa sonrisa mientras se inclinaba para oler el ramo.

—Siempre te extraño —murmuró dándole otro beso—. Gracias por las flores.

—Y no hay nada para mí, por supuesto —protestó su abuela—. Qué vergüenza de nieto.

Se acercó a besarla en la mejilla, ofreciéndole un brazo a cada uno para volver al coche.

—Hay otro para ti en el restaurante donde vamos a comer la familia. Me aseguré de enviarlo antes, así todo el mundo podrá ver lo mucho que te quieren tus nietos.

Su abuela rio palmeándole el brazo.

—Así me gusta, es lo mínimo que debería recibir una abuela. Devoción y adulación perpetua.

Los dos se rieron mientras la acompañaban al coche en el que había llegado con Adrien.

—Nos vemos enseguida —se despidió Adrien.

Su abuela y su madre estaba fascinadas con Adrien, su carácter había conseguido ganarse un lugar entre su familia y amigos con facilidad. No podía estar más orgulloso de tenerle, de ver la persona en la que se había convertido. Con Adrien en su vida se esforzaba por ser un mejor hombre. Quería estar a la altura, que se sintiera orgulloso de llamarle marido.

Abrió la puerta del coche a Adrien y la cerró hablándole a Fred en voz baja.

—Cogemos el camino largo al restaurante, Fred. Habrá mucho tráfico.

Fred asintió disimulando a duras penas la sonrisa.

—Por supuesto, señor Cornwall.

Rodeó el coche, y entró pulsando el botón que separaba los dos compartimentos del vehículo. Lo había cambiado mientras preparaban la boda, correr de un lado al otro por la ciudad hizo que aprovechara cada segundo que estaban a solas.

Adrien se acercó a él en cuanto estuvo sentado.

—¿Vamos a contárselo hoy a la familia? —preguntó emocionado—. Casi se lo digo a la abuela ayer. ¿Crees que estarán ilusionados?

—Por supuesto que lo estarán. Todos se volverán locos en cuanto lo sepan —lo tranquilizó besándole en los labios.

Adrien sonrió confiado.

—¿Estás seguro de que quieres mudarte de forma permanente a Boston? Aún tienes tiempo de echarte atrás —bromeó.

No fue una elección al azar, habían pasado los últimos cuatro años moviéndose de una ciudad a otra sin problema. Lograron grandes cosas juntos en lo personal y laboral, pero había llegado el momento de asentarse. Los dos querían algo más y por fin estaban listos para dar un nuevo paso.

—No voy a echarme atrás —le prometió.

Adrien le acarició el brazo.

—Estoy deseando tenerte todos los días en casa —dijo Adrien sonriendo.

—¿No acabarás harto de mí? —preguntó apretándolo contra él.

—No lo sé… —contestó Adrien mirando al techo—. Déjame que lo piense. Después de casi cinco años juntos… puede que te tenga muy visto.

Miró su cara y giró la cabeza mientras lo observaba.

—No, creo que no. De hecho, creo que por lo menos nos queda uno o dos meses antes de que pierda el interés por ti.

Rio mordiéndole el cuello como represalia.

Adrien le acarició el pelo, apoyando la frente contra la suya.

—Espero que a la familia le haga tanta ilusión como a nosotros. Sé que no necesitamos su aprobación, pero quiero que les parezca bien.

Lo atrajo a su pecho, pasando la mano por su espalda para relajarlo.

—Vamos a adoptar un niño, estoy seguro de que estarán encantados. Hace tiempo que hablamos de ello, no creo que les tome por sorpresa.

—Ya, pero pensarán en bebés adorables y no en… —Adrien guardó silencio buscando una manera de explicarlo.

—¿En una preciosa y encantadora niña de ocho años? Supimos que era nuestra hija en cuanto la vimos, eso es lo que importa.

Sus ojos brillaron al recordar la visita al orfanato. Christine fue la única niña que no se había

acercado, estaba pintando sola en una mesa, pero en cuanto fueron a saludarla y los miró… fue amor a primera vista. Les había roto el corazón dejarla allí, pero tuvieron que pasar un infierno de entrevistas para que servicios sociales les dieran el visto bueno.

Les permitieron visitas a la pequeña todos los fines de semana para que pudieran familiarizarse entre ellos, algo que fue fácil y que siempre terminaba con Adrien al borde de las lágrimas por tener que irse.

La verdad es que para él también era duro decirle adiós, pero debían ser fuertes, habían recorrido un largo camino y por fin podrían llevarla a casa, tenerla a salvo con ellos.

—¿Terminó el pintor con las paredes de su habitación? —le preguntó a Adrien.

—Sí, justo ayer. Ya llegaron los muebles que elegimos y están instalados. Solo compré un par de cosas básicas, creía que sería mejor si ella misma elegía lo que quiere usar y los juguetes que más le gusten.

—Buena idea. Además, nos ayudará para fijarnos en qué prefiere —opinó.

Adrien dio un pequeño chillido emocionado.

—La abuela la amará, es tan dulce y tímida —imaginó.

—Melani y Mamá la consentirán a todas horas —adivinó sonriendo.

—Timothy la encubrirá cuando haga trastadas, será el peor.

Se sonrieron el uno al otro, emocionados por lo que les deparaba el futuro.

—¿Estás tan nervioso como yo? —le preguntó Adrien.

—No. Siento que llevo toda mi vida preparándome para este momento. Estoy deseando tenerla en mis brazos y saber que ya no voy a decirle adiós. Solo quiero a nuestra pequeña, en nuestra casa, con nosotros.

Adrien alzó sus ojos llenos de lágrimas hacia él.

—Te quiero muchísimo —murmuró besándole—. Voy a quereros mucho a los dos, te prometo que voy a esforzarme para ser el mejor padre y marido posible para vosotros.

—No necesito nada más que eso.

# AGRADECIMIENTOS

Gracias en primer lugar a vosotros, que siempre estáis a mi lado, dándole una oportunidad a mis libros.
A mis editoras por ayudarme en cada paso del camino y conseguir que lo imposible se haga realidad.
Gracias sobre todo a mi consorte, que siempre encuentra tiempo para leerme y darme su opinión.
Sin ti nada de esto sería igual, gracias por darme seguridad cuando me hace falta.

# SOBRE LA AUTORA

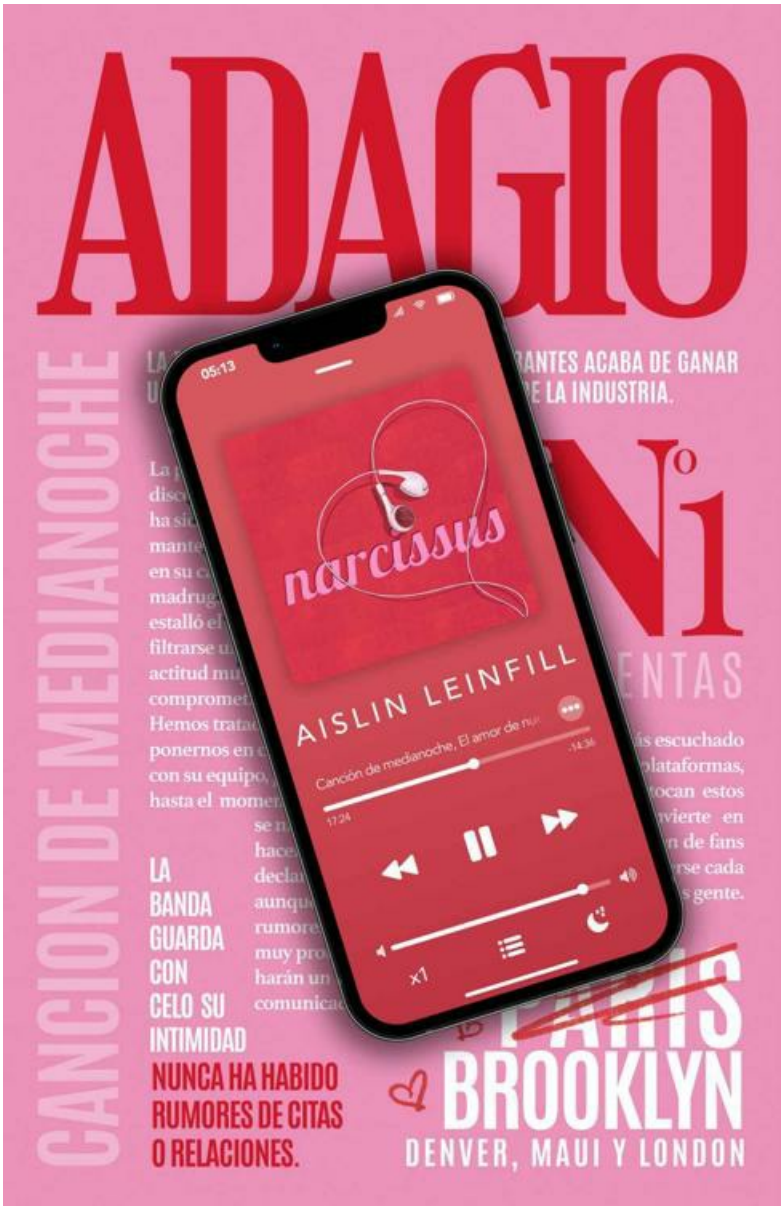
**Aislin Leinfill** ha cautivado a miles de lectores a lo largo de sus 10 años publicando en plataformas de lectura, recopilando más de 5 millones de visitas en Wattpad, la plataforma narrativa más famosa en el mundo.
Lectora ávida de casi todos los géneros, tiene debilidad por las historias de romance clásico y los mundos fantásticos.
Apasionada por todo tipo de arte, mitología y música. Sus estaciones favoritas son el otoño y el invierno. No hay nada mejor que el sonido de la lluvia y la brisa fresca en la cara mientras escribes una buena historia.
.

Puedes seguirla en sus Redes Sociales y estar al día de las novedades y próximos lanzamientos en su web

https://aislinleinfill.com

Twiter: @aislinleinfill
Instagram: @asilinleinfill

# OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

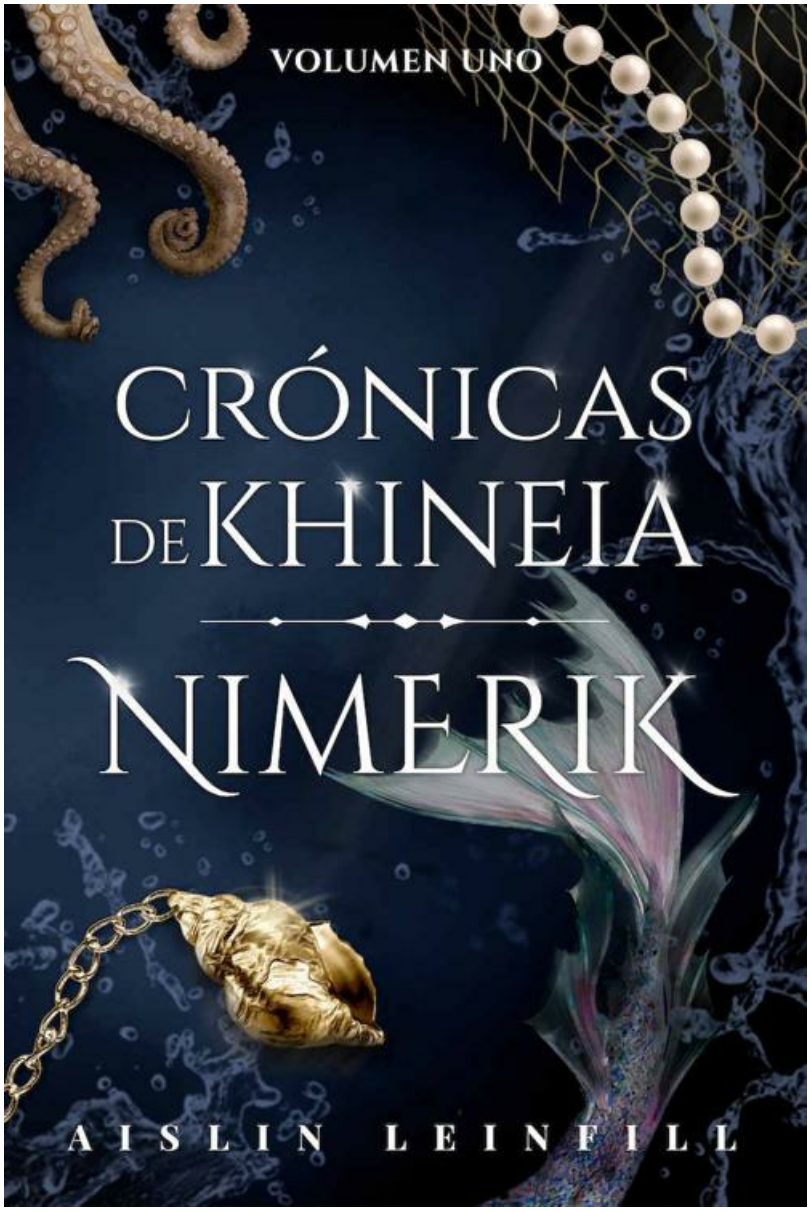



*Adagio. Canción de medianoche*

Vivían a medias, con los pies en la cima y la mente en el suelo. Sobrevivían a base de parches, tan gastados que ya no quedaba nada que unir.
Era cuestión de tiempo que todo se derrumbara, lo sabía y, aun así, no supo escuchar el principio de su cuenta atrás.

Trabajaron juntos durante años para salir del garaje en el que ensayaban. Lucharon sin descanso por ganar cada milímetro de esas escaleras hasta alcanzar la cima. Estaban tan centrados en subirse al pódium que nunca se pararon a pensar en las partes de ellos a los que renunciaban.

Saga Crónicas de Khineia

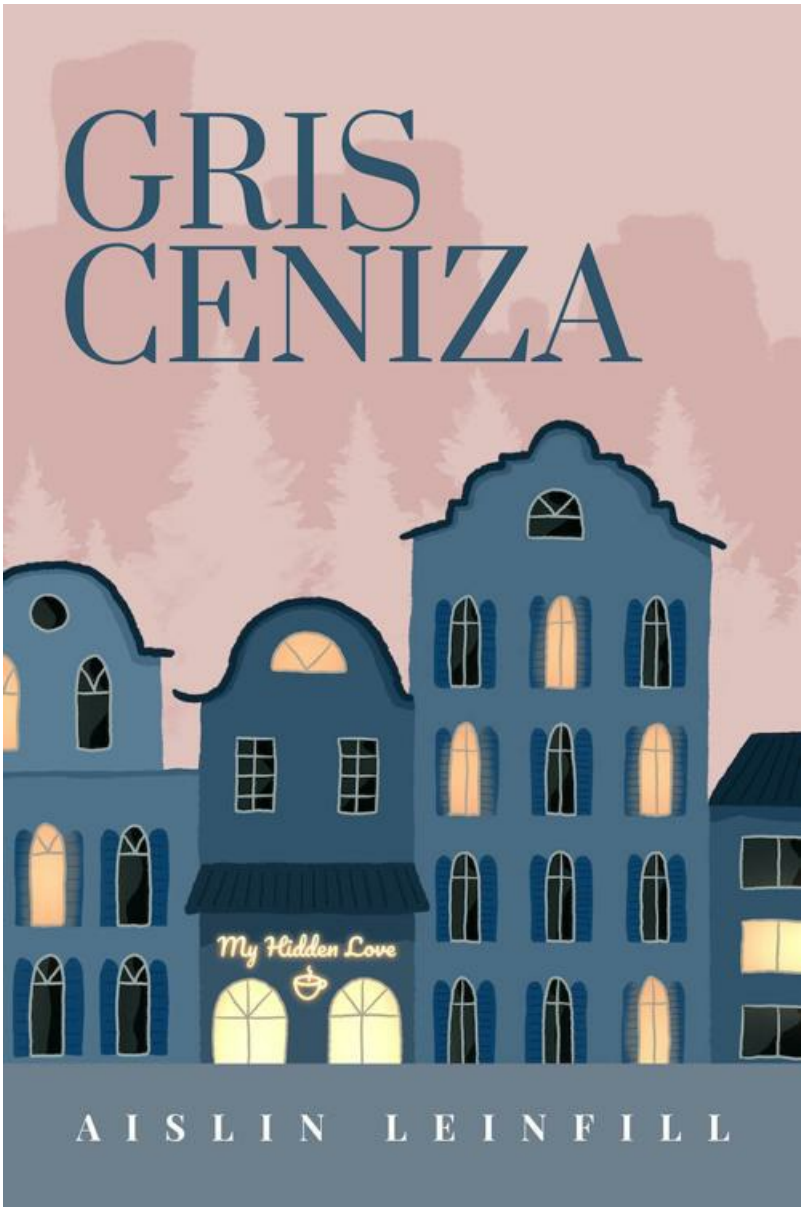



*Nimerik*

Las leyes son claras, sencillas, los niños crecen repitiéndolas para grabarlas en lo más profundo de su mente. Obedece, cumple las normas y nunca discutas la autoridad, mientras sigas sus

reglas, puedes ser uno más. Vivirás bajo el amparo de las murallas, contarás con la protección del ejército más poderoso del mundo y nunca tendrás que preocuparte de lo que se esconde bajo el agua. Hasta que llegó él y lo obligó a sumergirse en un mundo complejo y desconocido. Khirstan. Solo con pronunciarlo, cada defensa que lo rodeaba caía como si nunca hubiera existido, tan peligroso y misterioso como el océano e igual de intimidante que él.

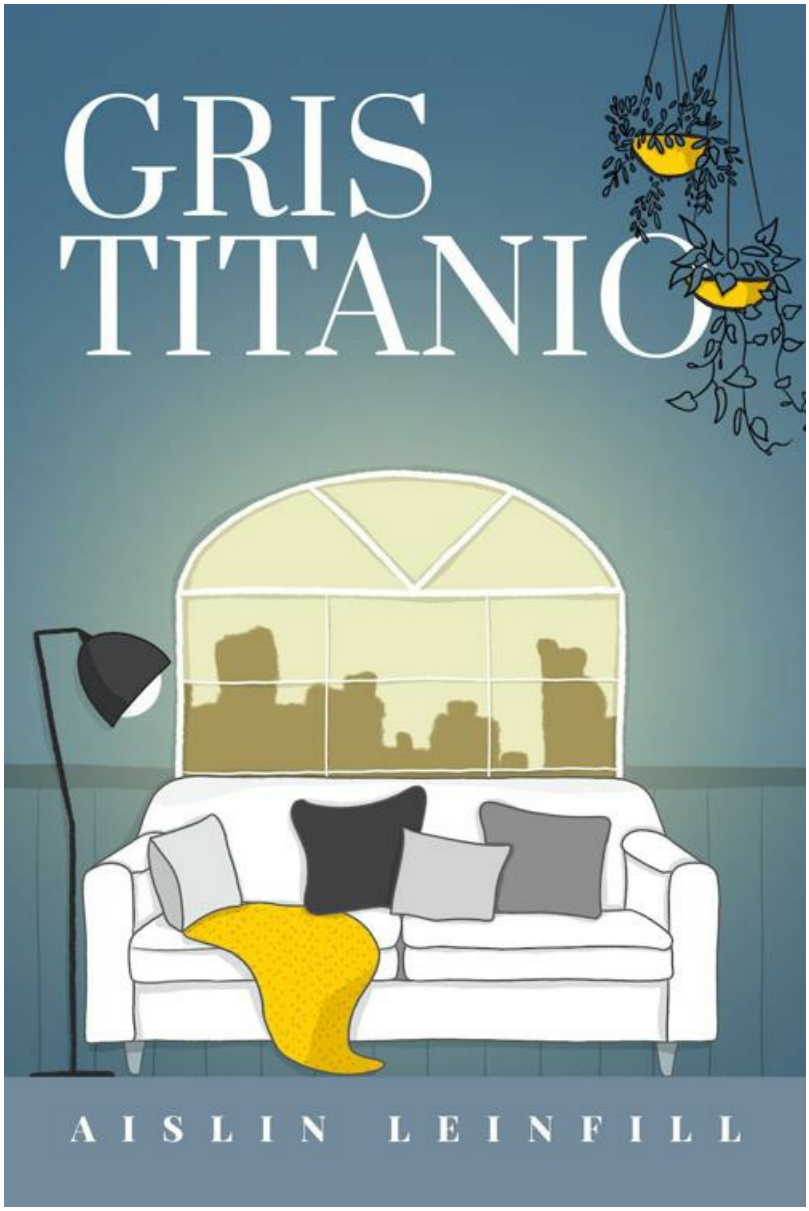
Serie Escala de Grises




*Gris Ceniza*

La vida de Jackson Cadwell cambió en un solo segundo el día que conoció a Dominic Hellbort. Tardó años en encontrar la forma de lidiar con él y tratarle como uno más. Renunció a él porque no tenía esperanza, porque era algo imposible.

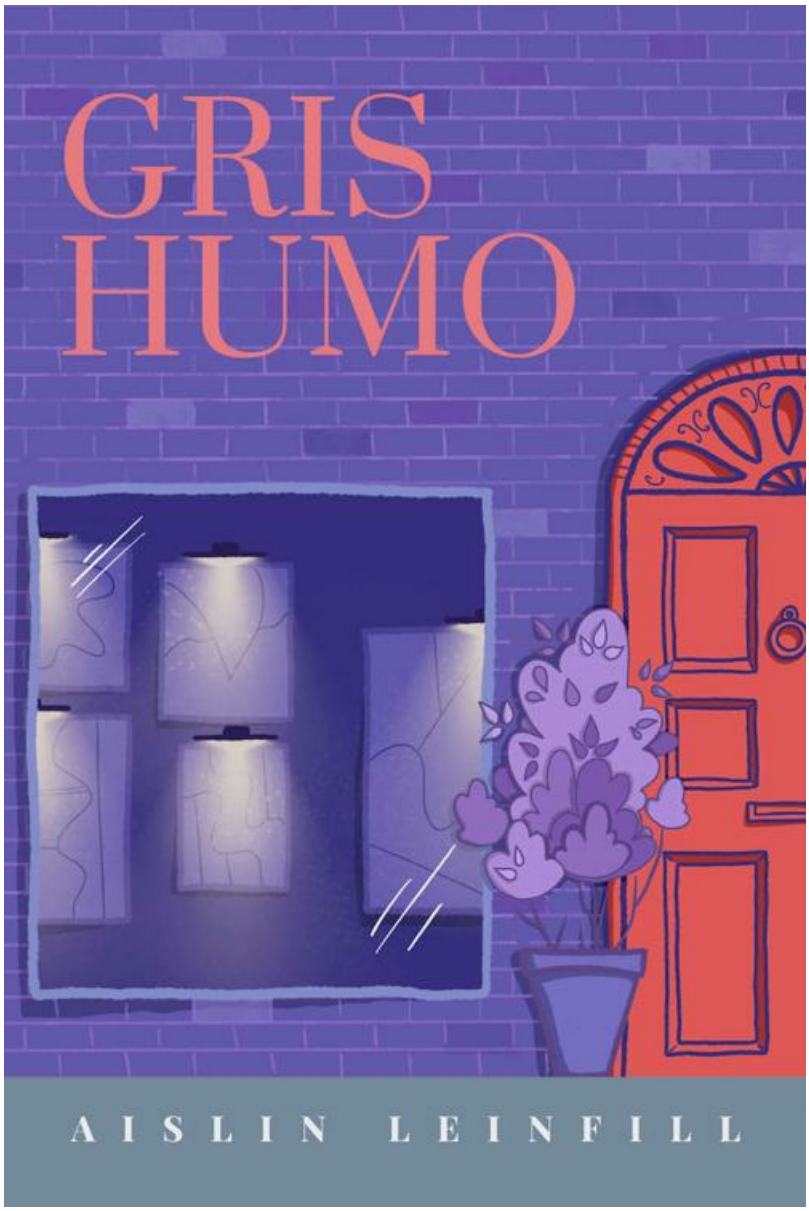
Quizá lo hizo demasiado pronto…




*Gris Titanio*

Matt Anderson tiene una vida tranquila, medida, ordenada. Le gusta vivir sin sobresaltos, hasta que conoce al piloto de NASCAR Kane De Luca.

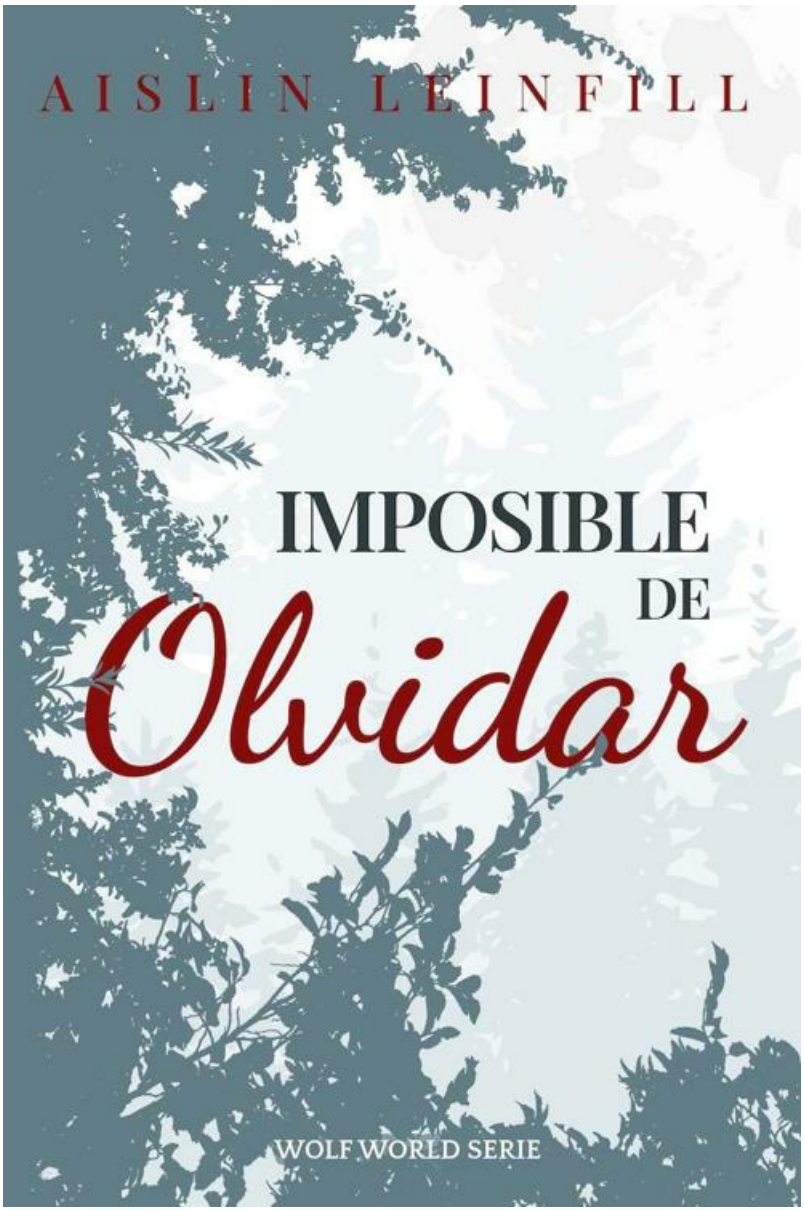
Kane vive la vida igual que conduce, quemando kilómetros y devorando las curvas. Ahora está dispuesto a ganarle a él también.




*Gris Humo*

La gente cree que la vida son los grandes momentos, él también lo creía, pero ahora sabe la verdad. Un instante puede cambiarlo todo, una mirada basta para destrozar tu mundo entero y hacer que te replantees cada pequeña parte de tu vida y de ti mismo.
Solo hay dos cosas que se pueden hacer en esa situación, ignorarlo y tratar de seguir adelante o luchar arriesgándote a perderlo todo

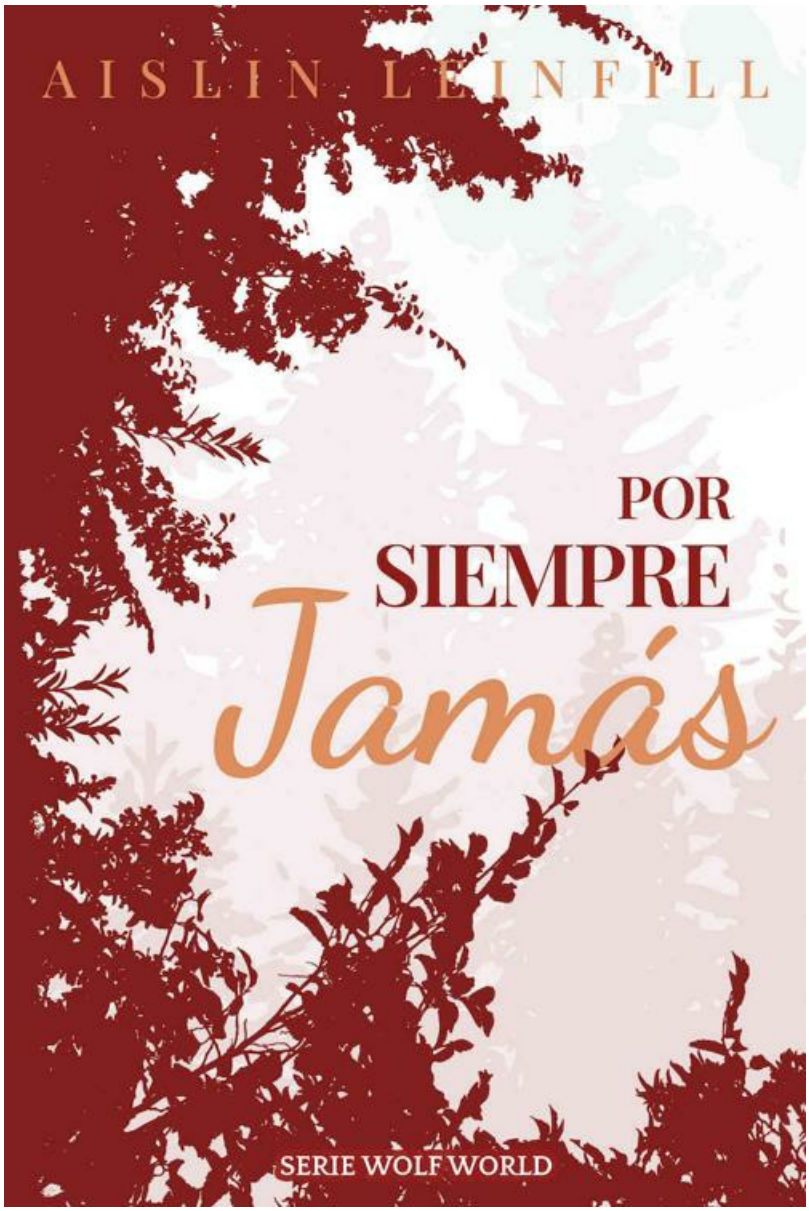
Serie Wolf World




*Imposible de olvidar*

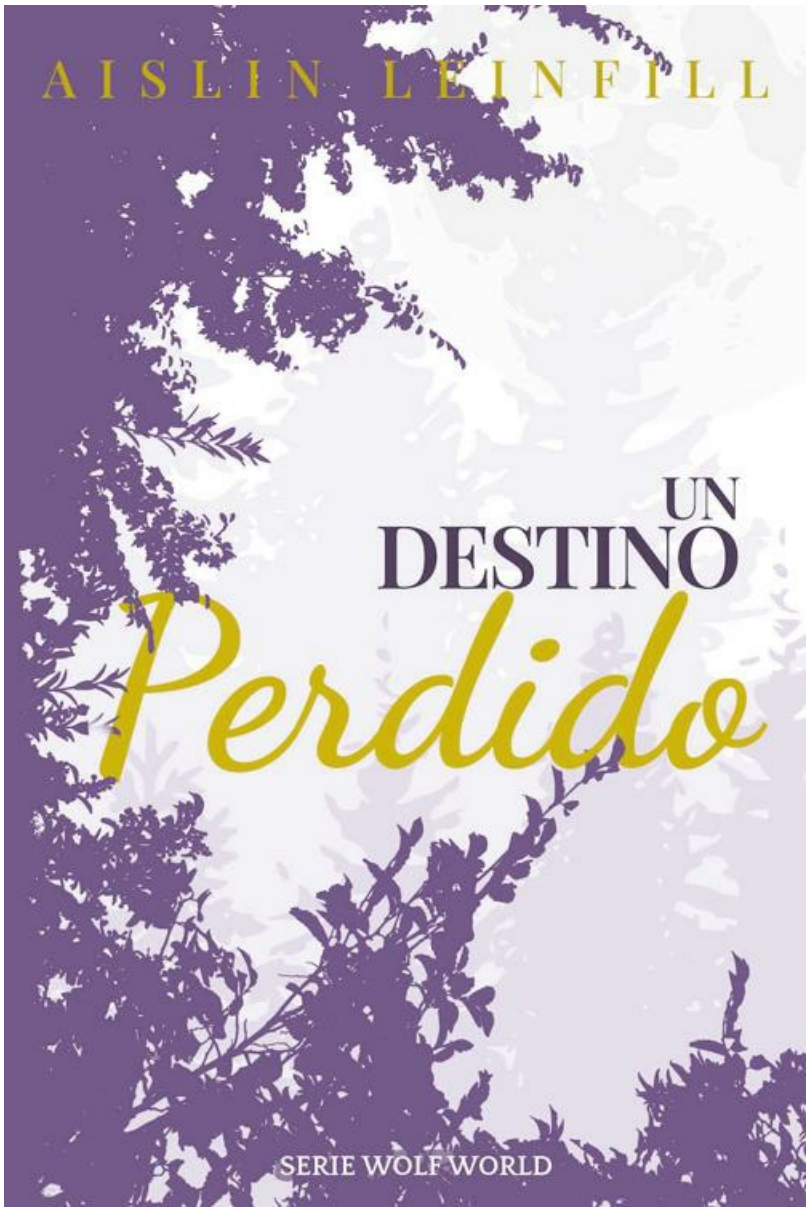
Fue a primera vista, como una enfermedad extraña, como el más peligroso de los venenos, fue adueñándose poco a poco de él, milímetro a milímetro, pedazo a pedazo.

Tendría que haberse dado cuenta antes pero no supo ver los síntomas. Hasta aquel fatídico día en que su mundo fue sacudido y por fin los engranajes giraron de repente y todo encajó.




*Por siempre jamás*

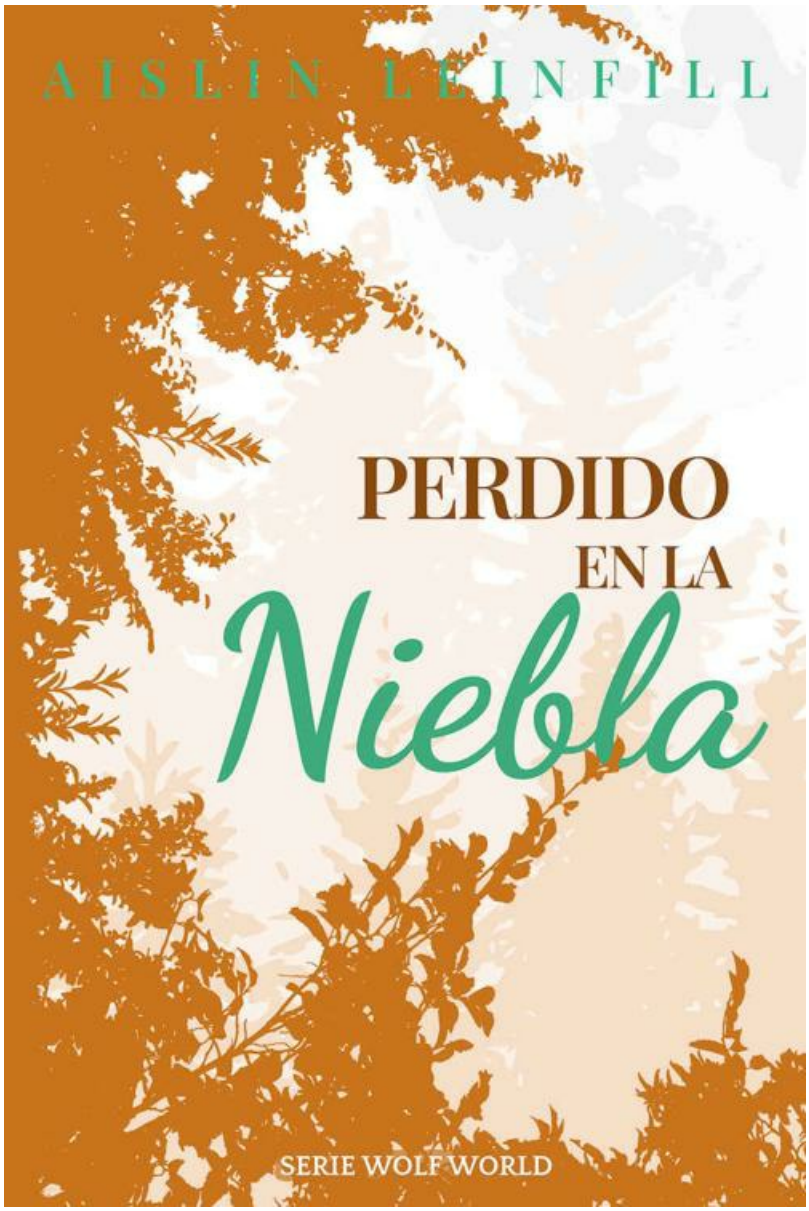
La vida de Wess cambiará por completo cuando se descubra un terrible secreto del pasado, su vida no podrá ser la misma, por suerte tiene a su manada y a dos nuevos amigos para ayudarle a crear una nueva. Incluso Knox que nunca ha reconocido su existencia parece dispuesto a estar a su lado, lamentablemente su corazón ya parece ocupado.




*Un destino perdido*

Las primeras impresiones pueden ser engañosas, las apariencias en ocasiones no son más que sombras llenas de mentiras y medias verdades. Por suerte, Deklan tiene un buen instinto y no se deja engañar con facilidad. Por desgracia, Rhys está decidido a ponérselo difícil.

Hay almas que nacen para estar juntas. Da igual el tiempo que transcurra, no importa quién se interponga. Su destino está escrito en las estrellas y pase lo que pase… encontrarán el camino.




*Perdido en la niebla*

Desde que era niño se sentía incómodo en su propia piel, irrelevante en el mejor de los casos, raro como norma. Su vida era una repetición calcada del día anterior. Y cuando por fin le pasó algo que prometía un gran cambio, todo se volvió mucho peor de lo que había sido hasta el momento.

No estaba preparado para las repercusiones que tuvo aceptar esa invitación, tampoco lo que supondría entrar a una realidad muy distinta a la que conocía.




*Sangreal.Las obligaciones del rey*

El momento más poderoso del año es la noche de Litha. Las barreras entre el mundo de los vivos y los muertos cae para dejar que la energía de ambos se una. Solo durante esa noche, los límites se desdibujan y lo imposible podría volverse posible bajo las condiciones adecuadas.Julian eligió a Atik como el rey de su tablero sin saber, que esa decisión lo cambiaría todo.Manadas desaparecidas por completo sin dejar rastro, brujos sin escrúpulos y la unión de los alfas frente a un enemigo en común.